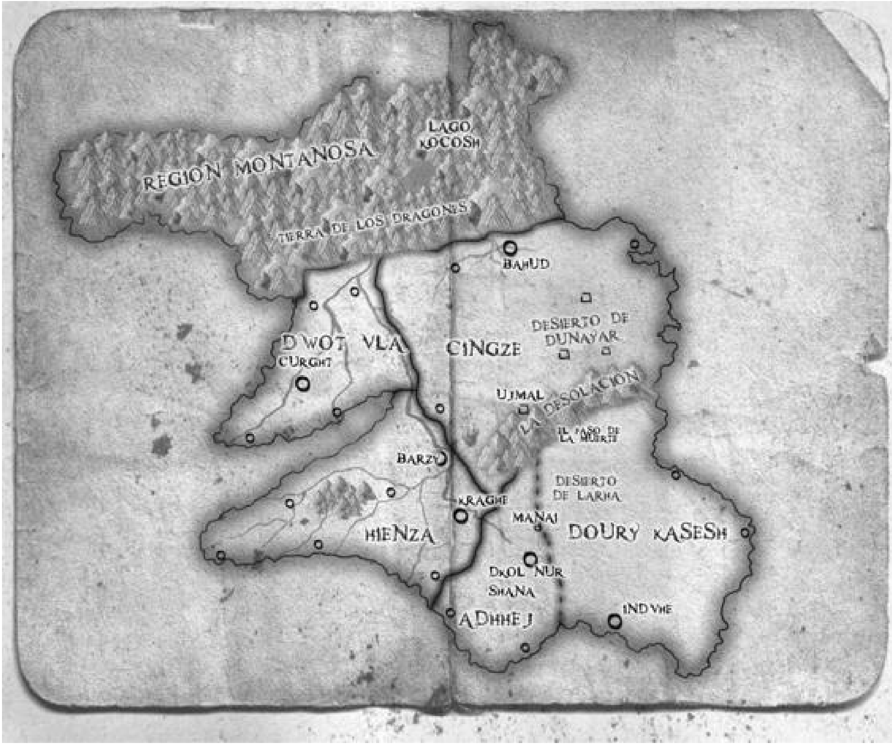

SAMANTA ESPERÓN
LOS COLORES DE SANGRE
UNA CHICA Y UN DRAGÓN
LIBRO 1

Los personajes y eventos retratados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no intencionada por la autora.

Diseño de portada: Samanta Esperón.
Ilustraciones: Samanta Esperón


LOS
COLORES
DE LA
SANGRE

Mapa de Ásico



Personajes

Por orden alfabético:

Akram: Cinti kanafi, esclavo del Gran Señor Uzair.
Ákrut: Tío de Akram.
Amira: Quinta hija del Tjar Rizwan. Su madre es una princesa de Dwot Vla, Lucyl.
Assim: Príncipe heredero de Hienza, hermano mayor de Yásid.
Azhar: Paraki a las ordenes del Tjar Rizwan. Hermana gemela de Ysha.
Baddi: Hija mayor del Gran Señor Uzair.
Bjasa: Se pronuncia *jasa.* Guardia del Tjar Rizwan. Trabaja en las prisiones de Dkol nur Shana.
Burya: Guardia y compañera del príncipe Yásid.
Garth: Uno de los espíritus de Akram. En vida, fue el único que se preocupó por Akram en sus primeros años de esclavitud.
Gran Señor Uzair: Gobernante de la ciudad de Dkol nur Shana.
Índara/ Indra: Ladrona de Dkol nur Shana. Trabaja junto a Rajesh, para asegurar el regreso al trono del príncipe de Adheej.
Jhasia: Madre de Akram.
Mhena: Se pronuncia *mina.* Yaducare, compañera y amiga de Rajesh.
Ojab: Espíritu a las órdenes de Akram. En vida, fue su vecino.
Rajesh: Ciudadano de Dkol nur Shana. Junto a Mhena, es quien conoce a todos aquellos que están ayudando a que el príncipe de Adheej pueda regresar a reclamar su trono.
Renjy: Se pronuncia *renyi.* Esposo de Baddi. Exitoso y hábil comerciante de Manai.
Ryza: Se pronuncia *raiza.* Heredero al trono de Doury Kasesh.
Shas: Guardia y compañero del príncipe Yásid.
Sitha: Princesa de Hienza. Hermana menor de Yasid.
Tjar Jalush: Último soberano de Adheej. El Tjar Rizwan lo mató en el campo de batalla.
Tjar Rizwan: Soberano de Doury Kasesh.
Tjarina Jelena: Se pronuncia *ielena*. Esposa del Tjar Jalush. Falleció en la Noche de la Caída de Adheej.
Tjarina Navila: Tjarina de Hienza, madre de Yásid, Assim y Sitha.
Tjarina Thaba: Esposa principal del Tjar Rizwan.
Vintha: Hija mayor del Tjar Rizwan. No es la heredera al trono,

ya que su madre es una esposa secundaria.

Yásid: Príncipe de Hienza.

Ysha: Paraki a las ordenes del Tjar Rizwan. Hermana gemela de Azhar.

Advertencia

El siguiente libro contiene situaciones de violencia física y sexual; asesinatos, torturas, drogas y palabras malsonantes.

Se recomienda leer bajo su propia responsabilidad.

Prologo

Dkol nur Shana

—¡Ve por ella! —rugió el amo Uzair. Su mano ensangrentada cubría la herida en la frente de su hijo, que lloraba sin contenerse.

Akram asintió. Tomó una vara de madera y buscó la salida. No le costaría mucho alcanzarla ni obtener una gota de su sangre. Tampoco tendría dificultades para conseguir un mechón de su cabello. Nunca le costaba mucho.

Vio su sombra escabullirse en los callejones y, sigiloso y veloz, corrió tras ella. La muchacha trepó un muro y él se detuvo al ver la agilidad con la que se movió por la estrecha superficie. Parecía no necesitar hacer equilibrio y estaba seguro de que, de haber errado un paso, se hubiera roto el cuello en la caída.

La muchacha alcanzó el tejado siguiente y escaló, ágil como un gato callejero. Cuando estuvo arriba, se dio vuelta y buscó con la mirada a Akram. La luz de la luna se le enredó en el largo cabello, que flotaba con la brisa nocturna, arrancándole destellos plateados.

Él aún no había vuelto a despegar los pies del suelo, y ella pareció tomarse unos segundos más, esperándolo, desafiándolo, invitándolo a seguirla. Al ver que no se movía, la muchacha se llevó una mano a los labios, besó su palma y extendió el brazo, como si estuviera lanzándolo hacia él. Luego, le dio la espalda y se perdió en la oscuridad.

En los labios de Akram se dibujó una sonrisa involuntaria. Hacía tiempo que su cuerpo no tenía la oportunidad de reaccionar por sí mismo. Hacía más tiempo aún que no tenía motivos para sonreír. No supo por qué; ese descarado y burlón gesto lo divirtió cuando, normalmente, lo habría hecho enfurecer. Tal vez fue la sorpresa, debió ser eso… Hubiera bastado con arrojarle la vara para derribarla y arrastrarla a los pies de su amo, pero por alguna razón no lo hizo.

Se apresuró a subir al tejado por el que había escapado y corrió tras ella, otra vez. El amo le ordenó ir por la muchacha y debía hacerlo. Akram vio su silueta recortarse en la claridad de la luna y trató de apresurarse. Si la perdía de vista, no podría capturarla esa noche y le llevaría algunos días volver a tener la oportunidad de atraparla. La sombra bajó a la calle otra vez y Akram la imitó a los pocos segundos.

Un fuerte golpe en la espalda lo sorprendió apenas sus pies tocaron la arena. Akram soltó la vara y trató, instintivamente, de protegerse la cabeza con los brazos. Otra vez su cuerpo reaccionaba de

forma inesperada. Esperó, preparado para el siguiente golpe, pero como no sucedía, se movió apenas y la vio. Una lámpara de la calle le iluminaba el rostro y se dio cuenta de que lo miraba con compasión.

—Perdón —murmuró la muchacha. Retrocedió despacio, se agachó para dejar la tabla con la que lo había golpeado, y se escabulló entre los callejones.

Akram permaneció en el mismo lugar y en la misma pose defensiva que adoptaba cada vez que el amo Uzair lo golpeaba. Cerró los ojos y respiró profundo, pero las piernas le fallaron y cayó. Retrocedió hasta la pared y se cobijó en las sombras, para abrazarse las rodillas y quedarse allí, hecho un ovillo, con la cabeza escondida. Quería pensar, pero su cabeza era un lienzo en blanco, en el que aparecían, de a poco, unos pocos trazos que dibujaban una extraña realidad.

Él nunca se acobardaba cuando estaba en la calle. Los únicos que tenían derecho a golpearlo sin que él respondiera, eran los de los *naasdis* superiores. Las lacras como esa ladrona recibían una respuesta de su parte.

Aunque no siempre. No esa vez, al menos. La primera vez.

En ese momento se dio cuenta de que las cosas no estaban del todo bien. Algo extraño le pinchaba en el centro del pecho. Algo como la punta de una espina que buscaba la forma de abrirse lugar en su interior.

—¿Te encuentras bien? —La voz llegó desde algún punto sobre él. Akram se apresuró a incorporarse y se giró para verla. Una bolsa de tela cayó a su lado y algunas piezas de oro repicaron entre sí—. Está todo ahí… Lo que robé.

—Si regreso sin tu sangre y sin tu cabello, mi amo… —Akram se incorporó, cuidándose de permanecer al resguardo de las sombras; tomó la bolsa y la lanzó hacia el tejado. La muchacha la alcanzó antes de que iniciara su caída.

—Eres un *dedo azul* —murmuró y los faroles iluminaron el asombro que se pintó en su rostro—. Eres… Eres un cinti kanafi.

—Vete. —Akram apretó la mano, como si con eso pudiera borrar de la mente de la chica lo que ella vio.

—Deberías hacer algo para liberarte, tienes el poder en tus manos. —La muchacha desapareció de su vista y Akram volvió a dejarse caer en el lugar.

Se miró las manos. El dedo anular derecho estaba azul por completo. No podía verlo, puesto que las sombras se robaban todos los colores, pero sabía cómo lucía. Recordaba cómo se había transformado. Despacio, aunque sin detenerse. Tal vez, tardó unas horas, pero fueron eternas para Akram. Un lunar nació a mitad de su dedo y comenzó a extenderse. Primero hacia los lados para formar un

anillo, que fue engrosándose más y más hasta que lo tiñó por completo. Cuando la oscuridad dejó de crecer sobre su piel, Akram no supo cómo sentirse, pero recordó que su maestro lo felicitó al día siguiente.

1 - Indra

Las manos comenzaron a temblarle con un poco más de insistencia, por lo que rebuscó en su bolso hasta que encontró un pequeño saco de cuero. Lo abrió, tomó una pizca y se la llevó a la nariz. La aspiró deprisa y sintió como le cosquilleaba al ingresar. Los espasmos desaparecieron, su mente volvió a estar clara y despejada, y el frío de esa noche abandonó su cuerpo, otra vez.

Indra guardó el saco y volvió la vista hacia el patio del palacio del Gran Señor Uzair. Había algunos guardias, pero los ineptos estaban ocupados jugando a vaya uno a saber a qué, sin prestar atención a lo que ocurría más allá del tablero.

La última vez que Indra estuvo allí, hacía casi un mes, se había pasado de *polvo de estrellas*, por lo que su cuerpo estaba demasiado torpe como para no hacer ruido. Ingresó por una ventana de la cocina, robó un par de copas de oro, se chocó un aparador ni bien dio dos pasos, y despertó a esclavos y señores cuando las cacerolas y cucharas cayeron al suelo.

«A la mierda con el sigilo» sonrió, aunque luego se dio un par de golpes en la mejilla. «Concéntrate, no puedes fallar esta vez».

Descendió del tejado, corrió por el muro y saltó hacia el césped. Siempre le asombraba la hipocresía del cabrón que estaba usurpando el palacio del difunto Tjar Jalush. No había agua para darle a la gente, pero sí para mantener un patio inmenso lleno de césped y flores de toda clase.

«Impuestos para sacar agua del río y su puta madre».

Indra sacudió la cabeza para sacarse el resentimiento de encima y así poder concentrarse en su tarea. Ingresó por una ventana diferente esta vez y, recordando los planos que le habían mostrado, caminó en silencio por las galerías hasta la biblioteca, donde el Gran Señor de Dkol nur Shana guardaba sus documentos importantes. Llegó a la habitación sin problemas y se encontró con una cantidad inmensa de estantes, rollos de pergamino, libros y papeles de toda clase.

«Carajo». Se pasó las manos por la cabeza, para acomodar ideas y cabello, y comenzó a revisar los libros que había sobre el escritorio. «Letras y números, letras y números» pensaba mientras recordaba lo que le dijeron. «¿Cómo mierda no mandaron a alguien que supiera leer?»

Indra encontró un libro con letras y números y, sin saber si era el que necesitaba, lo guardó en su bolso. Se acercó a una de los ventanales que daba a la calle, lo abrió y salió. Cuando se giró para

cerrar la ventana, se encontró con una sombra del otro lado; su corazón se aceleró y el cuerpo se le bañó de sudor.

«No podía haber sido todo tan fácil».

—Sabiendo que un cinti vive aquí, ¿cómo se te ocurre dejar cabellos? —dijo e Indra pudo reconocer la silueta del muchacho que la siguió la vez anterior.

—Todavía eres un esclavo —dijo con una sonrisa, en un intento de mantener la calma.

El muchacho extendió la mano y tenía los dedos juntos, como si sostuviera algo pequeño. Sus cabellos abandonados, tal vez. Indra se restregó la nariz, que le picaba como un infierno.

—¿Me los devuelves?

—Si los quieres… —El muchacho salió al jardín delantero. Indra extendió la mano para tomar sus perdidos cabellos, pero él la sujetó con fuerza, la atrajo hacia él y le dio un puñetazo en la boca.

—Por los bigotes de… —Indra se llevó una mano al rostro, retrocedió un par de pasos y, luego, escupió la sangre que brotaba de sus labios partidos.

—Ahora tengo tu sangre, también. Gracias por eso. —El cinti se miró los nudillos, e Indra aprovechó el descuido para buscar su daga y lanzarse sobre él. El muchacho trastabilló por la sorpresa y ambos cayeron entre los matorrales de flores.

—Devuélveme mis cabellos o te arranco los putos dedos —dijo poniendo el filo en su cuello.

—Los dedos están un poco lejos de mi cuello, me parece —respondió, divertido.

«No más polvo antes de una misión».

Le dio un puñetazo y el muchacho se quejó, pero empezaba a sentir que los efectos del polvo estaban desapareciendo y eso la hacía estúpida y pesada. Creyó que si aspiraba una pizca pequeña, no arruinaría las cosas como la última vez; contaba con salir de allí antes de que el efecto comenzara a desvanecerse, pero el cinti volvió a cruzarse en su camino.

—Ahora yo tengo tu sangre y tu cabello —dijo y le arrancó algunos pocos pelos antes de querer escapar. Sin embargo, el cinti la tomó por el tobillo e Indra se fue de boca al césped.

«Lenta y estúpida». Se dio vuelta hasta quedar tendida sobre su espalda, para así hacerle frente, pero el muchacho fue más veloz. Se montó sobre ella y le puso ambas manos en el cuello.

—No deberías haber regresado —murmuró y la presión aumentó. El aire dejó de ingresar a su cuerpo y, en su desesperación, sus manos tomaron a las del muchacho para alejarlo, pero no pudo hacerlo. Casi sin fuerzas, sus dedos buscaron la forma de infligirle alguna clase de herida, aunque se encontró con que sus músculos estaban endurecidos

y tensos, y las uñas cortas de Indra no le hacían ningún daño. Quiso llegar a su rostro, sin embargo, no lo consiguió. Los brazos cayeron a los lados de su cuerpo y, sin intención, rozó las rodillas al muchacho, lo que lo hizo sobresaltar. La presión disminuyó por apenas un instante y una leve bocanada de aire le refrescó el cuerpo. Indra aprovechó ese breve momento de alivio para mover la mano por su pierna. El muchacho volvió a estremecerse por el contacto, y quitó algo de la atención que tenía puesta en ahorcar a Indra.

—No… No lo hagas… —murmuró, tratando de alejar su pierna de ella, pero eso lo obligaba a liberar su cuello, algo que parecía no querer hacer.

Indra le golpeó la entrepierna con las últimas fuerzas que tenía, que parecían no ser suficientes para nada. Sin embargo, el débil golpe le ocasionó un gran dolor al cinti.

El aire volvió a entrar en el momento en que el muchacho cayó hecho un ovillo, gimiendo y quejándose. Indra tosió y se arrastró para alejarse de él lo más posible. Sentía que se estaba incendiando por dentro y, a la vez, que le pinchaban cientos de agujas heladas en el pecho.

—Maldito imbécil —dijo con la voz ahogada. El muchacho parecía no poder moverse, por lo que Indra se incorporó y, después de asegurarse de que el libro estaba en su bolso, se alejó corriendo. Habría tiempo para respirar cuando estuviera completamente a salvo. Al carajo si tenía su cabello y su sangre, debía llevar el libro a Rajesh, o todo sería en vano. Si ella moría, que al menos los demás lograran algo de provecho.

Giró en el primer cruce de calles y trepó un muro para llegar hasta el tejado. Los perros ladraron en los patios pero, aunque se asustó, Indra los ignoró y continuó avanzando hasta que llegó a un palomar abandonado. Entró al desvencijado refugio y, antes de terminar de componerse, buscó en su bolso el saco de cuero y aspiró dos pizcas de polvo.

«Mierda, sí que estuvo cerca».

◆◆◆

Rajesh cerró el libro con un golpe seco y respiró profundo. Se masajeó la frente y se dejó caer en la silla. Indra no podía interpretar qué era lo que sentía; si alivio, desilusión, frustración u orgullo.

—Nos trajiste un registro de nacimientos, Índara —dijo al fin.

Indra, recostada en la silla y con los pies cruzados sobre la mesa, resopló y fijó la vista en el techo.

—¡Es el puto *polvo de estrellas* que aspiras a cada rato! —exclamó Mhena, una muchacha flacucha que parecía tener más dientes y

nervios que años, y que siempre iba acompañada de un perro pulgoso, más hambriento, dientudo y nervioso que ella misma.

—No metas al polvo en esto —murmuró Indra.

—¿Que no meta al…? —Mhena miró, incrédula, primero a ella, luego a Rajesh y de nuevo a Indra—. ¿Es una broma?

Indra no se dignó a quitar los ojos de las vigas de madera algo podrida que corrían sobre su cabeza. Se preguntó en qué momento colapsarían y le partirían el cráneo.

—Ojalá pudieses invertir en estudiar las letras, algo del tiempo que pierdes buscando esa mierda de polvo —gruñó Rajesh.

—No tengo más que estirar un brazo y lo alcanzo, no me hace falta *buscarlo*.

—¿Estás drogada? —preguntó Rajesh.

—¿Y tú qué crees? —murmuró Mhena—. Está todo el día drogada.

—Drogada o no soy la única imbécil que se atreve a entrar a ese condenado palacio. El kanafi casi me mata esta vez —dijo, se levantó de la silla y señaló las marcas en su cuello—, pero lo único que les preocupa es que le haya errado de libro. ¿Quieren que vaya de nuevo? Iré, ¿cuál es el problema?

—El cinti estará esperándote.

—Le romperé las pelotas de una patada, antes de que me ponga las manos encima otra vez. —Indra les dio la espalda y caminó hacia la salida.

—No te vayas…

—Déjala, seguro necesita una pizca más —dijo Mhena. Aun así, Rajesh la alcanzó a poco de dejar el edificio.

—Índara, espera.

—¿Qué? —preguntó sin un ápice de interés en lo que iba a decirle.

—Quiero que entiendas que esto es importante y…

—Lo sé.

—Tienes que aprender a leer.

—Todas las letras son iguales.

—Si te esforzaras…

—No puedo. No soy capaz de distinguir una de otra.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que dije. No entiendo cómo funcionan las letras.

—Vaya… Bueno, en ese caso, la próxima vez irás acompañada.

—En tus sueños. —Indra se volteó y comenzó a caminar.

—No podemos continuar avanzando si no obtenemos ese libro, Índara. —Rajesh fue tras ella—. Y no puedes entrar al palacio a cada rato a buscar un libro diferente. El cinti kanafi estará esperándote, como sucedió esta noche y puede que las cosas empeoren si está con

alguien más.

—Iré sola, no quiero arriesgar otra vida por mi error.

—Yo iré contigo.

—¿Qué? No, de ninguna manera. Piensa en las palabras que pueden estar en la primera página, o en la tapa, y escríbelas para que pueda compararlas con los libros. Iré ahora mismo al palacio. El kanafi no estará allí, porque me vio tomar lo que buscaba… o lo que creía que necesitaba.

—¿Estás segura?

Indra asintió y Rajesh regresó al interior. Ella, por su parte, aprovechó para meterse una pizca más, porque necesitaba estar ágil y con la mente despejada para ser capaz de distinguir las condenadas palabras del libro que necesitaban, sin mencionar que debía estar atenta por si el kanafi estaba esperándola. Era una lejana posibilidad, pero existía.

Rajesh regresó con un trozo de tela en una mano y una antorcha en la otra, y le enseñó lo que había escrito.

—Espero que puedas hacer algo, ten. —Rajesh quiso entregarle ambas cosas y, como Indra tomó solo la tela, él insistió—. ¿Cómo vas a ver lo que dice?

—¿Cómo se supone que entre al palacio con una antorcha? La idea es que no sepan que estoy dentro.

—Discúlpame, estoy nervioso.

—No deberías.

—Es muy arriesgado que regreses.

Indra elevó una ceja. Acercarse al palacio siempre era arriesgado, pero en el estado que estaba, volver a entrar se le parecía a un día de paseo.

—Da igual, tengo que arreglar lo que arruiné.

—¿Y si te atrapan?

—Nos vemos en unas horas.

Se trepó por el muro y corrió, otra vez, por los tejados, aunque tomó una ruta diferente para que los perros no pudieran asustarla. El polvo le alteraba bastante los sentidos y también los nervios, por lo que quería evitar sobresaltos innecesarios. Se dijo hacía unas pocas horas que «no más polvo antes de una misión», pero ya estaba bastante puesta con lo que había aspirado y no podía, simplemente, no hacerlo porque le haría más daño la falta que meterse una pizca más. Las estrellas le nublarían la vista y le sería imposible manejar el cuerpo por los temblores. Lo más seguro era que terminara desmayada en la biblioteca del Gran Señor si no se daba otro poco cuando llegara a su destino.

Antes de bajar a la calle, Indra buscó el trozo de tela que Rajesh le dio. Lo miró por unos largos segundos, tratando de grabar en su

mente cómo se veían los caracteres. Cuando creyó que los había memorizado, descendió de un salto, corrió hacia el jardín del palacio y se dirigió directo al ventanal por el que salió horas antes. Las flores estaban aplastadas en desprolijas matas y la hierba resquebrajada allí en donde habían caído el muchacho y ella. Aspiró un poco más de polvo y trató de convencerse de que sería la última vez que inhalaría antes de hacer algo importante.

Sin esperanzas de que cediera, empujó la ventana por la que había salido y, para su sorpresa, esta se abrió. Indra entró y volvió a cerrarla. Caminó con cautela al escritorio, tomó un libro y lo acercó a la ventana para poder ver si tenía algunas de las letras que había memorizado. Sin encontrarlas, lo cambió por otro ejemplar con letras y números. Esta vez le pareció hallar alguna coincidencia, por lo que buscó en el bolsillo de su chaleco la tela que le dio Rajesh.

«¡Al fin!»

Una de las palabras era bastante similar, así que se guardó el libro. Cuando se dispuso a dejar por segunda vez el lugar, vio una sombra moverse junto a la ventana y se agachó justo para evitar el golpe que se dirigía a su rostro.

—Mierda —murmuró e Indra usó todo el peso de su cuerpo para arrinconarlo contra el muro, poniendo el antebrazo en su pecho.

—¿Cómo están tus bolas? —sonrió.

—Bastante bien, ¿quieres echar un vistazo?

—Si invitas… —Indra movió su mano libre, mirando el parche de oscuridad permanente que lo ocultaba. Se preguntó cómo se las ingeniaba en todo momento para que su rostro no se viera en lo absoluto.

—¿Qué…? ¿Qué haces? —tartamudeó, alarmado, y le sujetó la muñeca cuando ella quiso desprenderle el cinturón.

Indra levantó una ceja.

—Echarles un vistazo.

—Estás loca.

—¿Te parece? —rio y le dio con la rodilla en la entrepierna. El muchacho se dobló al medio, entre quejas y maldiciones, e Indra le revolvió el cabello y le dio un beso en la cabeza—. Espero que sigas bien.

En el momento en que quiso alejarse, el cinti le sujetó la muñeca con fuerza, por lo que Indra levantó el brazo y, en un rápido giro, lo colocó de cara contra la pared. Buscó su cuchillo y lo puso en su cuello.

—¿Cómo sabías que iba a regresar?

—No sabía —dijo entre dientes—, estaba revisando para saber qué te habías llevado.

—No entiendo por qué podría interesarte.

—Le robaste a mi amo Uzair.

—Tu amo sirve a un patán extranjero que…

—No te interesan mis asuntos, los de mi amo ni los del Tjar Rizwan, glorioso y magnánimo señor de…

—Maldito imbécil. —Indra le golpeó la sien antes de que terminara esa ridícula frase aprendida de memoria. El muchacho se desvaneció, por lo que Indra lo sujetó para que no hiciera ruido al caer.

Tenía un libro y el cinti estaba inconsciente, lo que le daba un poco de tiempo. Tal vez, podría revisar algún que otro libro más, para ver si encontraba una de las otras palabras que Rajesh le escribió en la tela.

Con algo más de calma, y con otra pizca más de polvo de estrellas, Indra ojeó dos ejemplares más y decidió llevárselos, porque le pareció que podrían ser de utilidad.

Estaba saliendo con los libros en las manos cuando un esclavo entró a la habitación y la vio. De inmediato, arrojó hacia ella lo que llevaba, una pesada campana de bronce que reventó el vidrió y la golpeó en el hombro. El objeto cayó en la hierba y repiqueteó varias veces, haciendo un ruido infernal.

—¡Ladrona! —repitió el esclavo a los gritos.

Indra tomó la campana y la tiró de nuevo hacia el interior, rompiendo otro de los vidrios y haciendo más ruido, si se podía.

Empezaron a escucharse más gritos, pero Indra no se quedó a esperar para ver qué más iba a ocurrir, corrió hacia el muro más cercano, lo trepó y se escondió en los tejados. Desde la seguridad que le otorgaba la noche, Indra vio que el jardín se inundó de soldados y guardias, de antorchas y faroles, por lo que se alejó hacia los galpones abandonados de las afueras de Dkol nur Shana.

◆◆◆

Rajesh caminaba de un lugar al otro cuando Indra miró hacia el interior por una rendija entre las maderas del tejado. Se sentía absolutamente estúpida, mareada y sudorosa y no quería que la vieran así. Sí, Rajesh parecía que iba a explotar de un instante al otro por la tensión que acumulaba, pero no estaba en condiciones de saludar, siquiera. Era consciente de lo importante que era que consiguiera esos libros, puesto que necesitaban saber con cuánta frecuencia llegaban a recolectar los impuestos que exigía el Tjar Rizwan, pero no los iba a matar esperar un par de *ratos* más, hasta que se le pasara un poco el malestar.

Hacía dieciocho años, el entonces príncipe Rizwan traspasó la invisible línea que separaba a Adheej de la vecina nación de Doury

Kasesh. El Tjar Jalush salió al encuentro del invasor, pero ni su determinación ni el sentimiento de deber fueron suficientes para enfrentar al ejército ni a los mil quinientos mercenarios de Hienza que el Tjar pagó para arrasar a Adheej. Jalush murió por una flecha envenenada y el príncipe Rizwan entró a Dkol nur Shana comandando el carro del vencido y con la cabeza del Tjar Jalush clavada en su lanza. La Tjarina Jelena, los príncipes y princesas, los hermanos y sobrinos de los Tjares, los sirvientes, ministros y consejeros fueron asesinados, para así evitar una revolución en contra del nuevo regente.

Desde el inicio, el Tjar Ralesh, padre de Rizwan hizo cambios drásticos en la sociedad adheejiana. Como primera medida prohibió el culto a la diosa Vari, la única venerada en Adheej, y obligó a la población a aceptar a los dioses de Doury Kasesh. Los prury, la etnia que poblaba Adheej, se resistieron a hacerlo, pero el Tjar no tenía piedad con los herejes y pronto quedó en claro que no habría perdón ni compasión para quienes no aceptaran a Birha y a Sheera como sus verdaderos y únicos dioses. Derrumbaron templos, destruyeron estatuas, quemaron los libros sagrados de Vari y empalaron a sus sacerdotes y sacerdotisas. Cazaron a los fieles como si fueran animales y los quemaron vivos en las plazas de cada aldea, poblado y ciudad. Como si con eso no bastara para deshumanizar a la población de Adheej, también se prohibieron las festividades a las que estaban acostumbrados, y el nuevo Tjar llenó las ciudades y aldeas de douryenses, que usurparon los hogares y se adueñaron de todo lo que veían. La mayor parte de los prury pasaron a pertenecer al primero de los siete *naasdis* que clasificaban a los ciudadanos douryenses según su condición social, y muy difícilmente se salía de allí.

La Noche de la Caída de Adheej, un grupo de quince sirvientes logró escapar del palacio con uno de los príncipes, un pequeño de ocho años. Huyeron a La Desolación, las montañas del nortes que separaban Adheej de Cingze, y se refugiaron allí por más de una década, mientras esperaban que la estabilidad regresara. Fieles a su país, a su antiguo Tjar y al niño que vivió, los sirvientes se turnaron para regresar a la capital con regularidad a recolectar noticias y sembrar pequeñas semillas de ilusión en los corazones de los prury. Uno de los príncipes estaba vivo y regresaría para tomar lo que le fue arrebatado.

Primero fue un rumor, pero pronto los ciudadanos comenzaron a reunirse en secreto, arriesgando su cabeza y la de su familia, para prepararse para la llegada del príncipe heredero. Los sirvientes se reunían con ellos cada vez que podían y leían los extensos mensajes que el príncipe les enviaba, para mantener encendida la llama de la esperanza.

Sin embargo, no pasó mucho para que los rumores llegaran también a los oídos del Gran Señor Uzair, gobernante de Dkol nur Shana, quien infiltró a su gente en las reuniones clandestinas. Más de cuatrocientas personas fueron torturadas hasta la muerte. Alrededor de trescientas casas fueron quemadas hasta los cimientos. No quedaron huérfanos, ni viudos, ni nadie que fuera a reclamar los cuerpos. No hubo tumbas, ya que los cadáveres fueron empalados fuera de los muros de la ciudad para que los carroñeros se encargaran de ellos.

Los sirvientes del príncipe dejaron de ir a la ciudad, por miedo a que alguien los reconociera y los vendiera a los soldados, pero cuando las noticias de lo ocurrido en Dkol nur Shana llegaron a los oídos del príncipe, ninguno de ellos pudo evitar que el muchacho abandonara la seguridad de las montañas para regresar a la capital. Ya no era un niño y había acumulado resentimiento y deseos de venganza por mucho tiempo. Indra, por supuesto, no recordaba cómo había sido la vida antes de que Adheej dejara de existir; desde que tenía memoria, todo era huir de un lado a otro con sus padres primero, con su madre después, sola a los pocos años, como otros tantos miles de niños que quedaron huérfanos en aquellos años.

Indra bajó del tejado cuando el amanecer amenazaba con borrar el brillo de las estrellas; su cabeza ya estaba lo suficientemente despejada como para no decir ninguna burrada. Se acomodó el atuendo y se peinó un poco el cabello con los dedos. Estaba sucio, áspero y opaco, pero dado que el agua era escasa, no podía darse el lujo de bañarse cuando lo necesitaba…

—Los tengo —dijo Indra ni bien abrió la puerta. Rajesh la miró asombrado y el perro de Mhena comenzó a ladrar enfurecido, como cada vez que la veía llegar—. Aleja esta mierda de mí, o le voy a bajar los dientes a patadas —dijo mirando al saco de pulgas.

—Calla, Bitzan —ordenó Mhena, y le arrancó el libro de las manos—. ¿Por qué tardaste tanto?

—Por nada, me fue bastante bien, por si le interesa a alguien. —Indra se acercó a la mesa y dejó dos libros más, los que llevaba en su bolso—. Tengo que desaparecer por un tiempo, un esclavo me vio.

—El cinti —murmuró Rajesh, que al fin pudo reaccionar.

—No, él… Bueno, sí, pero ya me vio la primera vez que entré, también, y todavía sigo viva, así que no cuenta. Uno más, uno diferente. Me vio y dio la voz de alarma, así que van a buscarme por cielo y tierra. —Rajesh asintió e Indra señaló los libros—. ¿Sirven?

—Sí, claro que sí, es más de lo que hubiera imaginado, Índara. Muchas gracias.

—Necesito un trago y un par de piernas que me acompañen en lo que queda de noche. —Indra saludó levantando la mano y se alejó

hacia la salida.

—Ya casi es de día —apuntó Mhena.

—No te pregunté.

—Dijiste que te esconderías, Índara, ¿qué necesidad tienes de arriesgarte?

Indra se detuvo, se dio vuelta y lo miró por unos segundos.

—Podrías acompañarme tú, entonces…

—¿Cómo te atreves? —Mhena saltó de su asiento y su bolsa de pulgas estalló en ladridos histéricos.

—Yo… Índara… —tartamudeó, confundido y abochornado.

—Volveré en cuanto se calmen un poco los soldados—dijo, divertida.

2 - Indra

Saltó de un tejado hacia el de la casa vecina y aterrizó flexionando las rodillas. Se detuvo unos instantes para recuperar el aliento y mirar sobre su hombro a los tres soldados que la seguían con sus armas en las manos. Se encontraban a dos casas de distancia, gritando, insultando y ordenándole que se detuviera. Les devolvió una sonrisa burlona y volvió su vista hacia adelante.

«Es momento de bajar».

Corrió hasta el borde del tejado y miró debajo de ella, a ambos lados, buscando un lugar en el cual caer. Estaba en una de las calles del mercado y los toldos de los puestos no eran una opción demasiado segura. Lastimó a varias personas antes y se rompió una mano el año anterior, que le dolía bastante cuando una tormenta de arena se avecinaba.

—¡Detente de una puta vez! —exclamó una voz a sus espaldas.

La muchacha volvió a mirar hacia atrás y comprobó que los soldados estaban bastante cerca. Sin pensarlo demasiado, Indra retrocedió unos pasos y, luego, corrió hacia la esquina del tejado.

Cerró los ojos, sus pies impulsaron su cuerpo al aire y, por unos breves segundos, sintió ese cosquilleo en el estómago tan familiar y único. El viento caliente, que arrastraba diminutos granos de arena, le acarició el rostro y se le enredó en el cabello, le susurró mentiras y esperanzas. Le habló de grandes hazañas que nunca lograría, de tesoros que nunca encontraría, de amores que nunca sentiría.

Siempre era así, el viento le contaba los misterios de una vida que jamás podría conseguir y ella disfrutaba creyéndolo, aunque fuera por un breve segundo. Se soñaba vestida como una princesa, con los brazos llenos de oros y piedras preciosas, como vio en un retrato de la Tajrina Jelena, con las sedas acariciando su piel; sus pies suaves, su cabello perfumado y su piel untada de aceites exóticos.

Abrió los ojos luego de ese instante de libertad y aterrizó como un pequeño ovillo en una nube de polvo, para darse de lleno con una realidad que tenía muy poco de gloriosa. Seguía oliendo a mugre, sus cabellos parecían paja seca y sus pies descalzos tenían una suela de callos ajados. La gente gritó alarmada y sorprendida al verla caer casi sobre ellos y le llovieron insultos en varios idiomas. Indra se puso de pie de inmediato y sacudió el polvillo blanquecino que había ensuciado, aún más, su cabello y sus raídos ropajes. Sin perder más tiempo, acomodó sobre su cabeza el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y se escabulló hacia un callejón a su derecha.

Escuchó que los soldados preguntaban por ella y de nuevo comenzó a correr, esquivando la mayor cantidad de personas posibles.

—¡Al suelo! —gritó alguien y poco después una flecha rebotó en una pared a su lado. Indra giró en una esquina, mientras miraba hacia atrás.

—Te tengo. —Un soldado sujetó con fuerza los delgados brazos de la muchacha.

—Déjame, esto es injusto —se quejó.

—Injusto es que le robes a la gente honesta que trabaja cada día para poder vivir con dignidad —dijo el soldado, arrastrándola sin mayores problemas. Indra pateaba con fuerza, y se sacudía para todos lados en un intento de liberarse de quien la había apresado.

A pesar de que casi se deja caer en la desesperación, saber que la habían atrapado solo por un par de frutas no era tan grave como si la hubieran descubierto por robarle los libros al cabrón del palacio.

—No sé por qué pierden el tiempo conmigo. Hay asesinos sueltos por todos lados y lo único que les preocupa es capturar a una niña.

—De niña tienes poco ya… —El soldado forcejeó con ella, que seguía intentando liberarse.

—¿Acaso les faltan huevos para meterse con los tipos malos de verdad? Volveré a escapar, ya lo saben.

—Aquí está a quien buscaban—dijo el guardia a sus compañeros.

—Amárrenla —contestó el de mayor rango. Siguiendo sus órdenes, dos soldados la encadenaron de pies y manos y la llevaron a los tirones, mientras reían y bromeaban, ajenos a las quejas de la muchacha.

Indra intentó resistirse a que la unieran a la larga fila de personas; tiró de sus cadenas, pateó y gritó, pero se quedó quieta tras recibir un puñetazo en la boca que le hizo escupir sangre y un montón de maldiciones. Una vez estuvieron todos encadenados, los condujeron por las callejuelas hasta llegar a una amplia explanada de piedra y los hicieron sentar en el suelo caliente. Volvió a quejarse, pero recibió un nuevo golpe en la cabeza que la dejó inconsciente por unas cuantas horas.

Cuando despertó, notó que tenía el rostro cubierto por su pañuelo. Al parecer, alguien se había tomado la molestia de protegerla de los fuertes rayos del sol del desierto. Miró a su alrededor, aún un poco atontada y adormecida. Todavía se encontraban en el mismo lugar y el día ya comenzaba a escapar con algo de pereza. Se sentó y su cuerpo resintió los movimientos. Se llevó las manos a la cabeza y descubrió que el cabello estaba pegoteado en una madeja de sangre seca.

—Quiero agua —murmuró. Miró a quienes se encontraban a su alrededor y estos negaron moviendo la cabeza de lado a lado,

visiblemente derrotados y sin esperanzas—. ¿No les dieron agua en todo el día?

—A quien se atrevió a reclamar le fue igual o peor que a ti —contestó una mujer.

Indra se puso de pie y vio que la explanada estaba casi llena de gente en las mismas condiciones que ella. Volvió a sentarse y suspiró. No fue tan malo que la golpearan, después de todo. Hubiera perdido la razón de haber tenido que estar despierta durante ese tiempo.

No pasó mucho hasta que llegaron unos enormes carros con barrotes de hierro y los prisioneros fueron arreados cual ganado para ser trasportados hacia su próximo destino.

A las afueras de la ciudad se encontraba un antiguo palacio que habían acondicionado y convertido en la peor cárcel de todo el país. Era una ruina en sí misma, cuyas paredes descascaradas se venían abajo con demasiada frecuencia y, más de una vez, los trozos de mampostería aplastaron a varios prisioneros.

Indra ya no llevaba la cuenta de cuántas veces escapó de la cárcel, porque no le suponía un gran problema hacerlo. Sin embargo, cada vez que era capturada, la golpeaban con ferocidad antes de ser encerrada. Sabía lo que le esperaría al llegar y su maltrecho cuerpo se estremeció al pensarlo.

Los carros partieron del centro de la ciudad y cruzaron las calles atestadas de gente que, a su paso, les arrojaban insultos y frutas podridas. Los presos se pelearon entre ellos por poner sus manos encima de alguna de estas últimas, aunque tuvieran que apartar los gusanos para comer un miserable bocado. Indra se contentó con un manojo de dátiles marchitos que se ganó tras golpear a un muchacho con los grilletes que sujetaban sus muñecas. Después de un día al sol, con sed y con hambre, eran manjares de los dioses.

Arribaron al derruido edificio cerca del anochecer y los hicieron colocar en una fila para registrar el ingreso de cada uno.

—¿Nombre? —dijo el grasoso guardia de la puerta cuando llegó su turno.

—Indra.

—¿Indra qué?

—Solo Indra.

El guardia levantó la vista de sus notas por primera vez y la miró apenas, pero regresó a garabatear letras en su libro.

—Hacía tiempo que no te veía.

—Debes trabajar muy poco, porque ya me escapé demasiadas veces de aquí.

—Y no has aprendido a callarte, por lo visto —dijo, sin levantar la vista de su trabajo.

—Hay cosas que uno tarda en aprender.

El hombre terminó de escribir y la miró con más detenimiento.

—Vaya, es cierto que casi te arrancas un ojo. —El rostro sudado del guardia se acercó a observar la cicatriz que le cruzaba de lado a lado la frente, le cortaba la ceja derecha y casi llegaba a recorrer el párpado entero—. No lo creí cuando lo dijeron.

Indra recordó que le había arrebatado la daga a uno de los guardias reales el día que quisieron que fuera una de las muchachas que su apestosa majestad llevaba a sus aposentos.

Sonrió.

—Más vale tuerta, que ser una puta más del Tjar.

Una bofetada de la rechoncha mano del guardia le sacudió toda la cabeza, las ideas se le enredaron y el oído derecho empezó a zumbarle.

—A ver si aprendes modales de una vez. Si el Tjar quiere que seas su puta, deberías sentirte honrada y abrir las piernas antes de que él te lo pida.

Indra sonrió de nuevo.

—Ya no va a poder ser. Le gustan los rostros perfectos y el mío ya no cumple los requisitos.

—Yo no soy tan exigente —dijo, sus compañeros rieron y él soltó una risotada que le sacudió toda la grasa que tenía depositada bajo el mentón—. Tienes tetas y un par de agujeros donde meterla, para mí eso es suficiente.

—Tú también tienes tetas, más grandes que las mías por lo que se ve… —contestó con una mueca que intentaba ser una sonrisa, porque lo cierto era que le dolía toda la cara. Los enormes dedos de Bjasa se cerraron sobre las mejillas de Indra y le acercó su grasoso rostro. Indra retrocedió unos pasos, pero los soldados la sujetaron, divertidos—. Y también tienes agujeros donde meterla, ¿tus compañeros lo saben?

Los dedos de Bjasa le apretaron más las mejillas y la peste de su aliento le provocó náuseas; quiso apartarse, pero le fue imposible.

—Te extrañamos por aquí, quizás visite tu celda —susurró—. Te aseguro que la vamos a pasar bien.

El asqueroso sujeto quiso besarla, pero sintió un fuerte tirón en uno de sus brazos y alguien la apartó.

—No te pases, Bjasa. —Una voz grave y profunda habló de repente y las risas dieron paso al silencio. Quien anotaba los nombres de los prisioneros retrocedió, deshaciéndose en reverencias y sonrisas. El que acababa de llegar era el único guardia que nunca la golpeaba y, al parecer, a uno de los pocos que respetaban los demás.

—¡Maldito gordo inmundo!—exclamó Indra antes de escupirle la cara. Bjasa cerró brevemente los ojos, pero no dijo ni una sola palabra—. Te voy a rebanar en mil pedazos cuando tenga la oportunidad, maldita bola de grasa.

—Cálmate, te llevaré a tu celda —dijo el guardia que había llegado último. La sujetó del codo y la sacó del lugar con algo de esfuerzo, porque Indra continuaba amenazando, gritando e insultando—. Lo estás empeorando, ¿sabes?

Indra dejó de gritar y lo miró.

—¿Qué quieres decir?

El guardia hizo un largo silencio. Continuaron caminando y sus pasos resonaron en los altos pasillos en penumbras.

—No podré estar aquí todo el tiempo para protegerte.

El hombre se detuvo frente a una puerta de madera con apenas una pequeña apertura a la altura de los ojos. No era una de las celdas donde normalmente la encerraban, ya que esta tenía muros de piedra hasta el techo, no los barrotes herrumbrados a los que estaba acostumbrada y a los que podía burlar con facilidad.

—¿Por qué te detienes aquí? —El guardia le quitó las cadenas de brazos y piernas. Indra miró desesperada a su alrededor—. ¿Por qué aquí?

—Le robaste al Gran Señor Uzair. Además, te ensañaste con su hijo. Ya no eres una simple ladronzuela, eres peligrosa.

—Eso fue hace más de un mes y, además solo lo empujé, no debe haber sido para tanto.

—El chico tiene una cicatriz en su rostro —dijo y la llevó hacia el interior.

—Por favor, no. —Indra se arrodilló y posó la frente a sus pies—. Haré lo que quieras y no me quejaré. Puedes usar mi cuerpo como prefieras, o puedo robar para ti, o matar por ti, lo que me pidas…

—Ponte de pie. —Intentó hacerla incorporar, pero Indra se liberó de su mano y volvió a arrojarse a sus pies.

—Por favor, no me dejes aquí —sollozó.

—Levántate.

—De verdad, sácame de aquí y te prometo que haré todo lo que quieras. Todo.

—¡Ya basta! —El guardia la hizo poner de pie y ella lo miró. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro pálido—. Lo mantendré en secreto lo más que pueda, pero debes quedarte aquí por tres días, al menos, porque eres reincidente. Todavía los demás no se dieron cuenta de que eres quien le robó al Gran Señor Uzair, pero puede que lo descubran.

—Llévame a otro lado, por favor.

—No puedo, eres reincidente y por eso debes permanecer aquí. Compórtate lo mejor que puedas y no llames la atención, para que no tengan que mirarte, o sí que la pasarás mal.

—¿Y Bjasa?

—Se olvidará de ti, no te preocupes.

El guardia dejó la precaria celda, cerró la puerta con un candado y sus pasos se perdieron por los pasillos. Indra volvió a arrodillarse y apoyó la frente sobre sus manos, vencida. No podría escapar de ese lugar.

Con el miedo y la tensión entumeciéndole el cuerpo y jugando con su razón, Indra no podía ni pensar en dormir. Permaneció la mayor parte de la noche con los ojos puestos en la puerta, atenta a cada sonido, por mínimo que fuera. Los ratones y cucarachas entraron y salieron de su celda a su antojo, entre chillidos y correteos. El ulular de los búhos hacía eco entre los pasillos de la prisión y se magnificaba en cada recoveco, haciendo que la piel de su espalda se erizara cada pocos minutos, obligándola a taparse los oídos en algunas ocasiones o a canturrear cualquier cosa con tal de poner su atención en algo diferente.

Antes de perder la poca cordura que le quedaba, Indra comenzó a caminar de un lado al otro, como el animal enjaulado que era. Cuatro pasos de ida, cuatro de vuelta. Una y otra vez. Si se quedaba quieta, cabía la posibilidad de que se durmiera y si se dormía, podía despertarse cuando tuviera a Bjasa frente a ella. O sobre ella. El guardia le dijo que la inmunda bola de grasa no entraría, pero no estaba segura de que fuera así.

La habían despojado de su bolso en cuanto entró a la prisión, pero tenía una pequeña reserva de polvo de estrellas en su chaleco, para emergencias. Aspiró una muy diminuta cantidad, que no contribuyó demasiado a calmarla y solo hizo que sus deseos de meterse un poco más de polvo aumentaran.

La noche se volvió una tortura y estaba con los nervios a punto de colapsar cuando, al final, la claridad del día comenzó a ingresar por la apertura de debajo de la puerta. Sin embargo, solo pudo relajarse y sentarse en la pila de paja del rincón después de aspirar una pizca un poco más grande de polvo, cuando los demás presos despertaron y los guardias comenzaron a recorrer los pasillos.

A media mañana un cuenco de lata se deslizó por debajo de la puerta. La mitad del caldo se derramó en el camino y algunas cáscaras de patatas quedaron adheridas al borde. Indra lo levantó y, aunque no podía saber qué era, lo engulló sin pensarlo demasiado. Era un caldo aguado, tibio y espantoso, pero hacía bastante que no comía.

Sacó el cuenco vacío por debajo de la puerta y se tiró a dormir, ya más tranquila al comprobar que había gente caminando constantemente por los pasillos. Durmió sin poner atención a los gritos, los golpes ni los insultos que se entremezclaban con sus sueños, pero despertó cuando escuchó que su puerta estaba abriéndose.

Por suerte, era solo la porquería que le daban de cena, pero era mejor eso que Bjasa o que algún otro soldado que fuera a buscarla.

Indra no dijo ni una palabra y permaneció en las sombras cuando uno de los guardias le ordenó ponerse de cara a la pared para limpiar la celda.

Y pasó el primer día, entre sobresaltos, nervios y unas ganas impresionantes de gritar. Sin embargo, lo peor llegó con la noche, cuando la necesidad de aspirar una pizca un poco más generosa de polvo de estrellas se volvió una tortura. No le quedaba mucho y todavía tenía dos días con sus noches por delante. Trataba de no pensar demasiado en eso, pero su mente caía una y otra vez en la idea de que se iba a quedar sin polvo y que iba a perder la cordura ahí dentro.

El problema no eran los temblores, las estrellas que le nublaban la vista o el sudor, el problema sería cuando empezara la fiebre, cuando esta le cocinara los pocos sesos que le quedaban, cuando comenzaran los delirios y ella empezara a decir incoherencias, porque entre esas incoherencias, podía llegar a nombrar a sus compañeros y a lo que estaban haciendo a espaldas del Tjar para que Adheej volviera a ser lo que era, para que las flores volvieran a crecer en todas las casas, no solo en el palacio. Indra soñaba con ver flores, gente limpia y bien alimentada, niños sonriendo, adultos felices, ancianos… Casi nadie llegaba a ser un anciano en Dkol nur Shana.

—Flores —susurró Indra, y se imaginó llevando un collar de flores, como en una pintura que había visto de cuando el Tjar Jalush vivía y Adheej era una nación feliz. Su dedo tembloroso dibujó una flor en la tierra de su celda. Una flor deforme y de pétalos irregulares.

◆◆◆

Indra nunca se imaginó que podía volver a sentirse *normal* sin aspirar una buena pizca de polvo o sin sufrir la larga agonía de la desintoxicación. Había intentado antes dejarlo, pero se rendía cuando la fiebre cedía un poco y le permitía moverse por sus propios medios. Sin embargo, recuperó el control de su cuerpo y de su mente en un santiamén, cuando dos guardias entraron a su celda, la tomaron de los brazos y la arrastraron por los pasillos. De alguna forma se dieron cuenta de quién era.

«Tienes que ser fuerte, Indra».

La llevaron a una sala vacía, le echaron un baldazo de agua, le sujetaron con pesados grilletes de hierro los brazos y los tobillos y le pusieron una bolsa de tela en la cabeza. Apestaba a muerto y, si hubiera tenido algo en el estómago, de seguro hubiera vomitado. Sin decirle a dónde la llevaban, la arrojaron a un carro y dejaron el lugar. Indra quería gritar y maldecir, golpear gente y escapar de allí, pero no era posible.

El carro traqueteó por los caminos y se detuvo en un momento incierto. La sacaron a los tirones y volvieron a arrastrarla por unos pasillos oscuros y fríos, muy diferentes a los de la cárcel en la que estuvo antes. En un momento le quitaron las cadenas y la capucha. Estaban en un calabozo nuevo y la humedad se deslizaba entre los hongos negros que habían nacido en las piedras que componían las paredes. Era raro ver humedad en Dkol nur Shana, era una ciudad en medio del desierto y por un muy breve instante tuvo miedo de que la hubieran llevado a otra ciudad.

«Nada está a menos de tres días de viaje, ridícula».

Cuando sus ojos se pasearon por la habitación, no se sintió mucho mejor.

«Tú puedes soportar cualquier cosa, maldita seas, fuiste entrenada para esto».

La ataron a una mesa levemente inclinada, en la que quedaba con la cabeza más baja que las piernas. Los soldados se retiraron sin decir ni una palabra y la dejaron sola allí, esperando. Tuvo que reconocer que la incertidumbre era una de las torturas más perversas. Tal vez, más que los golpes o que perder un par de uñas. Más aún que un hierro al rojo, quizás.

Esperó bastante y primero se aguantó las ganas de orinar, pero después de medio día allí, su propia orina le cosquilleó por la espalda y le empapó el cabello.

«Gracias a Vari que me tienen muerta de hambre, o me cagaría hasta el cuello».

La sed comenzó a maltratarla después de orinar, pero Indra no abrió la boca para quejarse ni una sola vez, ni para pedir agua, ni para preguntar qué demonios estaba sucediendo, aunque ya lo sabía de sobra.

Se había librado de que la atraparan por más de un mes, lo que fue bastante tiempo, pero le bastó confiarse como una idiota y robar un par de frutas para que se fuera todo al demonio.

Recién al anochecer escuchó que alguien se acercaba y no supo si debía alegrarse por ello. Por un lado, era un alivio, por otro la certeza de que buscarían la forma de hacerla hablar.

La puerta se abrió y entró un hombre vistiendo costosas prendas, collares de oro y un enorme anillo de sello en una mano; llevaba uno con un rubí en la otra. Indra seguía cabeza abajo y le parecía que estaba caminando en el techo de la celda.

—¿Dónde están mis libros?

—El Gran Señor Uzair en persona, qué vergüenza presentarme ante usted con el cabello empapado de orina.

El hombre sonrió, o eso le pareció a Indra, porque en la posición en la que se encontraba, no estaba muy segura de ser capaz de

interpretar correctamente las expresiones faciales.

—¿Quién tiene mis libros? Dudo que alguien con tus fachas sepa leer.

—Acertó. No sé leer. Pero no por mis fachas, sino porque no entiendo cómo funcionan las letras.

—Sabías lo que buscabas… ¿Cómo lo explicas?

—Suerte y un *poco bastante* de polvo de estrellas.

El señor le asestó un puñetazo en medio del estómago e Indra se quedó sin aire.

—¿Quién tiene mis libros?

Otro par de golpes más.

—¿Pero quiere que le responda o no? —dijo con la voz ahogada.

El Gran Señor Uzair se acercó a su rostro y el muy cabrón olía a flores.

«Flores entre la mierda» pensó Indra.

—¿Me harías el favor? —Su voz sonó como el murmullo del recodo del río cuando corría entre las piedras… pero antes de que el Tjar Rizwan decidiera desviar la mayor parte del cauce hacia Indvhe, la capital de Doury Kasesh.

—Los libros… —susurró, obligándolo a acercar aún más el oído a ella. Indra abrió la boca y, aunque casi decide no hacerlo, al final le mordió la oreja con todas las fuerzas que tenía. El hombre gritó y quiso apartarse, pero los dientes de Indra mordieron con más empeño y pudo oír un crujido cuando estos se enterraron en la carne.

Uzair clavó el cuchillo en la mesa, rozando su brazo, pero Indra no lo soltó. El hombre tironeó hasta que pudo apartarse, aunque dejó parte de su anatomía en la boca de la prisionera. Indra escupió el trozo de oreja y soltó una carcajada, que se mezcló con los gritos de dolor.

—En tus putos sueños vas a saber dónde están los libros, maldito usurpador.

Ni bien terminó de hablar, la celda se llenó de soldados, todos alarmados y acelerados, que se detuvieron al ver al gobernante de la ciudad soltando sangre a montones y a Indra riendo, con la cara ensangrentada. Dos de ellos salieron pronto de su estupor y se apresuraron a ayudar al Gran Señor Uzair.

—Le faltaba un pedazo de oreja —murmuró uno en cuanto el hombre salió de la sala, sin dejar de maldecir y berrear como una cabra.

—Allí —señaló otro y alguien se apresuró a romper un trozo de su camisa para tomarlo. Dejó la celda de inmediato, al parecer, con la esperanza de que los sanadores pudieran volver a ponerla en su lugar.

—Si lo hubiera sabido, la hubiera masticado un poco.

Uno de los soldados la golpeó e Indra, por su parte, sonrió. No

tenía demasiadas razones para hacerlo, porque pronto le caerían con todo, pero podía darse el lujo de disfrutar por haber arrancado un pedazo de oreja al maldito usurpador del palacio del Tjar Jalush. Si alguna vez volvía a ver a Rajesh, no se ahorraría los detalles, aunque el tipo fuera bastante blandito de estómago y se pusiera verde por el malestar.

«Haz que sus nombres no salgan de mis labios, Vari amada» pensó en cuanto uno dio la orden de desatarla. Para su sorpresa, solo le arrojaron un baldazo de agua y la arrastraron por los pasillos que conducían a las celdas.

3 - Akram

Era normal encontrarla en el mercado a media mañana, pero el sol estaba ya casi en su punto más alto e Indra no se dejaba ver. Vio cuando la apresaron y la subieron a uno de los carros de la prisión, pero después de tres días, debería haber escapado, como hacía cada vez que la llevaban, o tendrían que haberla liberado. Sin embargo, Indra siempre se escapaba antes de tiempo. Después que otro de los esclavos averiguó su nombre, el amo le ordenó seguirla para obtener su sangre y su cabello, y Akram obedeció. Le llevó poco menos de una semana encontrarla otra vez, Dkol nur Shana no era una ciudad tan grande si se sabía con quién hablar.

En su investigación, supo que Indra robaba objetos de valor que luego vendía a precios ridículos al primero que quisiera comprarlos, solo para sacárselos de encima cuanto antes. Parecía que tenía más interés en molestar y hacer daño a los señores adinerados que en llenar su estómago, porque podría haber vivido rodeada de lujos con lo que la vio robar en el tiempo que estuvo siguiéndola.

Por lo que pudo concluir al observarla, no hablaba con mucha gente, más que lo indispensable. Parecía molesta la mayor parte del tiempo, enojada con la vida o con vaya uno a saber qué. Solo la veía ser diferente cuando escapaba, cuando trepaba de un tejado a otro, cuando saltaba de nuevo hacia el suelo. Tal vez, esos eran los únicos momentos en los que la veía sonreír. Eran, con seguridad, los únicos momentos en que Akram sonreía. Sin embargo, llevaba varios días sin verla y, en lugar de sonreír, una dolorosa angustia le apretaba las entrañas. Tuvo unas cuantas oportunidades de acorralarla, de cortarle un mechón de cabello y de obtener algunas gotas de su sangre, pero cada vez que estaba a punto de acercarse a ella, su cuerpo dejaba de responder. Recordaba las primeras palabras que le oyó decir y su mente quedaba en blanco. Nadie le había preguntado, en sus veinte años de vida, cómo se encontraba. Indra lo había golpeado, sí, pero ¿quién no lo había hecho alguna vez?

—Muévete, escoria. —Se escuchó entre el griterío de los mercaderes que ofrecían sus productos a los transeúntes. Un bastonazo en medio de la espalda lo obligó a protegerse la cabeza, pero un empujón lo arrojó a la calle antes de que pudiera apartarse.

Ni siquiera se preguntó quién fue, los golpes eran el pan de cada día, al fin y al cabo. Se arrastró para quitarse de la calle y sacudió el polvillo blanquecino que cubrió su atuendo desteñido, pero las marcas en las rodillas de su bombacho no se quitaron y sus manos ensuciaron

lo que antes lucía relativamente limpio.

Akram miró a su alrededor y vio que estaba en la calle principal, que corría de este a oeste. Allí, los edificios de llamativos colores y diminutas y numerosas ventanas, alcanzaban los cinco pisos. La mayoría eran las casas de los señores pudientes; sin embargo, bastaba hacer un par de calles hacia el norte o el sur para ver que no toda la ciudad era tan hermosa como parecía. La pintura de los edificios, descascarada en inmensos parches, mostraba las diferentes capas que alguna vez les dieron color. Había muchos niños sucios y perros flacos, mucha basura en las calles y ratas correteando, muchas personas desdentadas con la mirada perdida en el horrible paisaje; muchos gritos, muchos llantos, muchos borrachos.

Akram dejó la concurrida calle central, donde los guardias observaban con total desinterés la constante procesión de lujosos carros de madera blanca, y corrió hacia otras por donde los señores de la ciudad rara vez circulaban; no era su intención arruinarles la visión con su andrajosa presencia. Se fue a paso rápido hacia la cárcel, al norte de la ciudad, ya que necesitaba saber si Indra se encontraba allí todavía.

Los edificios empezaron a volverse más deteriorados a medida que se alejaba, aunque no más bajos. El estado de abandono era evidente en la mayoría de ellos; no podía saberse con certeza cuál fue el último color con el que los pintaron y, además, carecían de ventanas y puertas, que con seguridad terminaron alimentando algún fuego.

La sociedad de Doury Kasesh estaba dividida en siete *naasdis* o estratos sociales. Los esclavos pertenecían al más bajo, le seguían aquellas personas que vivían de mendigar, robar, traficar o vender sus cuerpos, luego quienes se ganaban la vida haciendo las tareas menos honrosas, como la limpieza de las calles, templos u hogares de la gente adinerada. Al cuarto estrato pertenecían quienes producían alimentos y trabajaban en los campos, luego los soldados y guardias; el anteúltimo era el de los maestros y sacerdotes, y el último el de los Grandes Señores, que eran los ministros y gobernantes del Tjar. El soberano y su familia no pertenecían a ningún naasdi, puesto que eran la reencarnación de los dioses en el mundo y, por lo tanto, de naturaleza sagrada. En Adheej, antes que el magnánimo Tjar Rizwan llegara a liberarlos de su ignorancia, no existían los naasdis, aunque Akram ni siquiera recordaba cómo era la vida antes de la conquista. Lo único que sabía era lo que el amo Uzair le había dicho, que el Tjar Rizwan llegó para guiar a un pueblo ensombrecido hacia la luz.

Akram pertenecía al primer naasdi desde que tenía memoria y, en la parte central de la ciudad, su vida no valía más que la de un perro callejero. Sin embargo, en los barrios bajos gozaba de una *casi*

libertad, porque allí los cintis eran respetados. Akram nunca cubría sus manos, para que todos vieran las manchas azules que significaban que usaba sus poderes. En el centro de la ciudad nadie se dignaba a mirar a un esclavo el tiempo suficiente como para reparar en ese detalle, pero en las orillas sí.

Cuando un cinti kanafi completaba su aprendizaje, era una especie de bautismo que hechizara a alguien para asesinar a cualquier otra persona, fuera un conocido o no. Era lo mismo decirles «Mata a tu vecino» que darle un nombre. Cuando el hechizado cumplía con la orden, uno de los dedos del cinti se teñía por completo de azul y de ahí provenía el apodo con el que se los conocía: dedo azul. Nadie sabía por qué resultaba de esa forma, pero sin fallar, la primera muerte se marcaba en el dedo anular de la mano útil.

Los niños corrían a esconderse en cuanto veían a Akram. Si alguien lo provocaba, él respondía, pero hacía años que nadie se atrevía a molestarlo. Podía matar con sus hechizos y sin ellos, y ya lo había hecho de las dos formas, por orden de su amo o por decisión propia. Mientras no matara a otro Gran Señor sin que él mismo lo hubiera ordenado, el amo no tenía objeciones.

El Gran Señor Uzair era uno de los gobernantes más importantes del Tjar Rizwan y, por ende, tenía la libertad de ocultar cuanta muerte su esclavo causara. Sin embargo, Akram intentaba no utilizar tanto sus poderes, porque sabía los riesgos que corría. Con cada hechizo que pronunciaba, una nueva mancha azul aparecía en su cuerpo y su sangre se tornaba más oscura. Cuando sangrara negro y su piel se volviera toda azul, moriría. Ya tenía el brazo derecho casi al completo tomado por el color, un par de manchas en las piernas y en su pecho. No sabía cómo se veía su espalda.

Akram llegó a la prisión al promediar la tarde. Hacía un calor sofocante y dentro del edificio se sentía con más intensidad.

—Necesito saber de alguien —dijo y depositó una moneda de plata sobre el escritorio.

—Por supuesto —contestó el hombre de grasosa humanidad que estaba apoyado en el marco de una puerta, refrescándose en la corriente de aire aunque, al parecer, sin mucho resultado, puesto que su cabello ensortijado se pegaba en su sudorosa frente y en su cuello. Se dirigió, presuroso, a un estante de madera donde había un montón de gruesos libros. Sacó uno de ellos, lo acercó al escritorio y lo depositó sobre la moneda. Abrió el libro frente a Akram y lo miró—. ¿Nombre?

—Indra.

Buscó entre las páginas, moviendo el dedo con lentitud. Akram quería arrancarlo de sus inútiles manos y buscar él mismo, pero mantuvo la compostura

—Aquí —dijo y lo giró para que Akram leyera—. Celda de castigo número 127 de las mazmorras reales.

—Está en la ciudad.

—Por supuesto, la trasladaron a pedido del Gran Señor Uzair.

—Gracias. —Akram dejó otra moneda de plata sobre el libro y se retiró. Quería correr de regreso a la ciudad, aunque se contuvo de hacerlo. Las mazmorras reales eran un infierno en la tierra y sabía que Indra no iba a tener una agradable estadía en ese lugar.

Ya era de noche cuando arribó a su destino y estaba agotado y nervioso. Como si el problema de Indra no lo alterara lo suficiente, Akram sabía que no podía llegar tan tarde a casa sin tener una razón, pero la golpiza que le caería por su infracción le impediría salir por dos o tres días; así y todo, decidió ir a ver a Indra antes de regresar, para ver en qué estado se encontraba.

Akram se conocía las cárceles de memoria, las tres de la ciudad, y creía saber cómo hallar la celda de Indra sin alertar a los guardias, por lo que corrió contando las ventanas que había a ras del suelo. En su mente estaba grabado el número 127, todavía podía ver la desprolija caligrafía de quien hizo el informe.

Se tendió en la tierra de la calle cuando pensó que estaba en el lugar correcto.

—Indra —susurró.

—No es aquí —respondió alguien en voz baja.

—¿Sabes dónde está Indra?

—Creo que… cinco celdas hacia el norte, o por ahí.

Akram rebuscó en su bolso y, cuando la encontró, dejó caer una fruta dentro de la celda.

—Gracias. —Volvió a correr por un corto trecho y se arrojó al suelo de nuevo—. ¿Indra? —. Nadie respondió, por lo que asomó por la ventana. La vio en un rincón, abrazando sus rodillas y con la mirada perdida en la nada. Se veía muy mal y esa extraña y nueva sensación que llevaba en el pecho desde que no la veía, le aguijoneó con mayor intensidad—. Indra.

Sus ojos extraviados y enrojecidos miraron hacia la pequeña abertura y él, instintivamente, se cubrió el rostro con el pañuelo que llevaba en el cuello.

—¿Cómo sabes mi nombre? —susurró con la voz apagada. Parecía afiebrada y temblequeaba a cada movimiento que hacía.

—Ten. —Rebuscó en su bolso y dejó caer dentro de la celda un par de frutas.

—¿Por qué…? —Akram se arrastró fuera de su vista—. No te vayas, extraño…

La oyó decir antes de largarse. Ya era demasiado tarde y su amo se cobraría el retraso.

4 – Indra

La sacaron de su celda por segunda vez al día siguiente del incidente con el Gran Señor Uzair. Al amanecer la arrastraron por los pasillos hasta la misma sala, la ataron en la mesa inclinada y la dejaron allí, sin más compañía que sus atormentados pensamientos.

Las primeras horas fueron soportables, pero luego empezó a agobiarla un fuerte dolor de cabeza que se sentía peor que cualquiera de los golpes que había recibido en su vida. La falta de polvo de estrellas no ayudaba en nada; si bien el día anterior su paranoia se interrumpió por la repentina tensión a la que se vio sometida, en la segunda jornada su cuerpo no toleró la falta de su dosis habitual. Llegó el dolor de cabeza, el mareo, las estrellas, la fiebre… Indra no supo si algo más, porque cuando volvió en sí, estaba sola y no oía más que su respiración agitada y temblorosa. Estaba empapada, no sabía si era de sudor o porque se había orinado encima otra vez, pero lo más seguro era que ambas cosas hubieran ocurrido.

«¿Los meos de cuántas personas habrá entre las grietas de la madera?» pensó una vez… O varias. Tal vez, constantemente. Su cabeza era un maldito desastre.

Alguien entró al atardecer, la liberó de las correas, le tiró un baldazo de agua y la llevó de regreso a su celda. Un rato después le dieron un caldo aguado que olía a muerto, y que no tocó porque sentía un malestar espantoso.

Para su sorpresa, los días siguientes transcurrieron de igual forma. La sacaban al amanecer, la ataban patas arriba y la dejaban allí hasta la noche, cagada y meada hasta el cuello. La falta de polvo empezó a dejar de maltratar su cuerpo y su mente en alguno de los días siguientes, aunque le era un poco difícil saber cuánto tiempo había pasado desde la primera vez que la ataron a la insoportable tabla.

Hubiera preferido que la golpearan, que le sacaran algunos dientes o, incluso, estaba dispuesta a sacrificar un par de dedos con tal de que no volvieran a atarla a esa puta mesa, aunque no les hizo tal sugerencia.

No supo cuántos días pasaron, pero calculaba que unos dos o tres, cuando su nueva rutina se vio interrumpida otra vez. El cinti fue a verla, aunque más que a verla, solo dijo su nombre para llamar su atención, dejó caer una fruta en su celda y se largó sin más palabras.

A Indra se le hizo raro. Principalmente, porque no la conocía de nada, pero sabía su nombre. Le había golpeado las pelotas dos veces y, además, le había robado a su amo. Sin embargo, volvió la noche

siguiente, y la que le siguió, pero nunca se quedó allí el tiempo suficiente como para poder preguntarle alguna cosa. Luego pensó que, tal vez, el cinti también estaba trabajando con Rajesh y Mhena.

Ellos dos eran los únicos que conocían a todos los que se movían en los callejones de Dkol nur Shana para conseguir la información y los elementos necesarios para asegurar el regreso a salvo y con éxito del príncipe heredero. Era la mejor forma de cuidar las identidades de los involucrados.

Quizás el cinti iba a verla para que ella supiera que no la olvidaban… pero descartó esa idea después de darle varias vueltas al asunto. De haber sido así, el cinti podría haber robado los condenados libros o haber buscado la información que Rajesh solicitaba sin la necesidad de ponerla a ella en peligro, o no la hubiera ahorcado casi hasta matarla. No, el cinti no tenía nada que ver con Rajesh o con Mhena…

—Indra. —Como cada vez, una sombra se recortó en la tenue luz del ventanuco e Indra levantó la vista. De nuevo el extraño tenía el rostro oculto, pero sabía que era él, el muchacho *dedo azul*, el kanafi. Le reconoció la voz aunque no dijera más que un par de palabras cada vez—. Ten—susurró.

El muchacho dejó caer algo dentro de su celda y se marchó, sin decir más, como de costumbre. Indra se apresuró a buscar el bulto, ya que pasaba más hambre allí que cuando estaba en las calles. Y en las calles sí que se pasaba hambre.

Desenvolvió el atado de telas y se sentó frente al parche de luz blanquecina que entraba por el ventanuco, para poder ver qué le había llevado esa noche. Cuando corrió las telas, vio entre el velo que nublaba sus ojos, un par de frutas iguales, aunque no era de las que le llevaba siempre. Eran especiales. Eran tan coloridas y brillantes que hasta daba miedo siquiera tocarlas. Las llamaban *sangre de dragón*, y eran perfectas, perfumadas, de un rojo vivo, como se suponía que era la sangre de un dragón, aunque Indra no tuviera la certeza de que fuera así. Sintió que sus ojos se empañaban un poco y lo que parecían unas manos fuertes empezaron a apretarle la garganta. Quiso evitarlo, pero rompió a llorar.

—¿Por qué lloras, imbécil? —se quitó las lágrimas de las mejillas con un gesto brusco, molesta por su sensibilidad.

Lloraba porque le costaba creer que alguien pensara en ella sin tener el deber de hacerlo, que la fuera a ver cada día, que le llevara obsequios sin siquiera conocerla y a pesar de que las veces que se vieron, no fueron amables el uno con el otro.

El esfuerzo de llorar le provocó un dolor insoportable en los ojos y empezó a sentirlos hinchados y calientes. Hizo un esfuerzo por controlarse, se limpió el rostro con la túnica y le pareció que los

globos oculares sobresalían en su rostro. Tratando de no alarmarse por su condición y de no esforzarse de más, cerró los ojos y tomó una de las frutas. Se sentía suave, firme y sin irregularidades en su cáscara. Tomó la otra y notó que había algo más debajo. Un objeto no más grande que su mano. Se incorporó y se acercó al ventanuco, como si con eso fuera a lograr que la luz de la luna se volviera más intensa y su visión más clara. Sin embargo, se ayudó con las manos para darse cuenta de que era una muñeca tallada en madera y que no tenía demasiados detalles. El rostro era liso y no tenía manos.

Indra sonrió entre lágrimas, mientras la sostenía contra su pecho. La muñeca estaba vestida con una túnica que parecía un poco desprolija, pero ¿a quién le importaba? Parecía hecha para una criatura e Indra recordó a su bebé, a quien nunca tuvo la oportunidad de abrazar, de acariciar, de cuidar. Se tocó el vientre, vacío desde hacía un par de años, y se acordó de la sensación de llevar una vida en su interior, del cosquilleo en sus entrañas cuando su bebé se movía, de cómo era ver su vientre crecer. Se preguntó cómo hubieran sido sus ojos, sus mejillas, su cabello… Muy a menudo se lo preguntaba, se lo imaginaba, lo soñaba.

Indra volvió su atención a las frutas, antes que a alguno de los guardias se le ocurriera entrar en su celda y molerla a golpes por tener algo de afuera. Aunque le parecía una atrocidad hacerlo, mordió una de ellas y, estuvo segura, conoció el paraíso en ese instante. Ni el polvo de estrellas ni la mejor compañía ocasional que pudiera encontrar en cualquiera de los tugurios que frecuentaba en las noches de soledad, se asemejaba a las nuevas sensaciones que acababa de despertar al probar esa fruta.

—Esta cosa es orgásmica, maldición.

Era muy dulce y algo ácida, y le pareció más adictiva que la mierda que aspiraba a diario, por lo que no tardó nada en terminarla y tomar la segunda. Le hubiera gustado guardarla para otro día, pero era una pésima decisión, dadas las circunstancias. Indra agudizó el oído y, más allá del clásico griterío ahogado de los demás convictos, no se escuchaba que ningún guardia estuviera acercándose.

Se sentó en el montón de paja del rincón y se quedó allí, esperando otro amanecer y otra sesión de ver el mundo patas arriba, aunque tenía la esperanza de que la rutina cambiara. Los dolores de cabeza empezaban cada vez antes y, para cuando llegaba el anochecer, sentía que algo se le iba a reventar adentro y que si no cerraba los ojos con fuerza, estos iban a salírsele. No sabía cuántos días más iba a soportar sin que le estallase alguna cosa o se le saliera un ojo, pero tampoco sabía si un cambio en la rutina le haría mejor. Seguramente todo lo contrario.

«Es lo que tienen las torturas…»

◆◆◆

Se durmió en algún momento, al parecer, y cuando despertó se dio cuenta de que la muñeca estaba rota. Volvió a juntar las manos, como si con eso fuera a hacer que se arreglara. Cerró los ojos de nuevo, porque no sabía si aún veía borroso o si era por la penumbra, hasta que el sol nació en el horizonte y comenzó el rutinario trajín en la ciudad.

El sonido de una pelea en la calle la sacó de su estupor e Indra abrió los ojos. Miró a la muñeca y, a pesar de que su visión continuaba nublada, pudo distinguir que tenía dos puntos negros por ojos y una sonrisa dibujada. El vestido que llevaba era de una tela desteñida, que una vez fue naranja. Indra volvió a sonreír. La miró con algo más de esfuerzo, para ver si encontraba alguna forma de componerla, pero cuando separó las partes descubrió que en su interior había un trozo de tela enrollada. Tenía palabras escritas, pero como no sabía leer, decidió guardarla en donde estaba. Si el kanafi regresaba, le preguntaría qué significaban esas letras. Los cinti tenían que estudiar muchos libros para poder convertirse en hechiceros, así que de seguro podría quitarle la duda.

Siempre se decía que los cintis oscuros, los kanafi, los paraki y los yadugari, eran personas malvadas y que era mejor alejarse de ellas, pero le hicieron más daño los simples mortales que el muchacho dedo azul, que no era tan malo, al parecer. ¿Cómo podía ser malo alguien que se tomó la molestia de llevarle frutas y una muñeca con un mensaje que no podía leer?

«Bueno, tal vez quiere matarme él mismo, sin más» se respondió.

—Indra.

—Tú. —Indra saltó de su montón de paja y se acercó a la ventana. El muchacho llevaba medio rostro cubierto, como de costumbre, y uno de sus ojos tenía una aureola verdosa a su alrededor—. ¿Qué te pasó en el ojo?

—Soy un esclavo —respondió sin ninguna clase de emoción en su voz—. ¿Por qué tienes los ojos así?

—¿Así cómo?

—No tienes blanco dentro del ojo, está todo rojo.

—Soy una prisionera… —El cinti bajó la vista y no dijo nada más—. ¿Qué dice aquí? —Se apresuró a buscar el rollo de tela de la muñeca y tendió la mano para dárselo.

—Léelo hasta que se haga realidad. Todo está bien —dijo antes de tocarlo, siquiera. Indra frunció el ceño.

—No sé leer, por eso quiero que lo hagas tú.

—Eso es lo que dice.

Indra miró la tela.

—¿Y a ti te funciona leerlo? —preguntó sin levantar la vista. El muchacho se tardó en contestar.

—Ten —dijo, en cambio, y pasó otro saco de tela por la ventana—. Ya debo irme.

—¿Por qué haces esto? —Indra levantó la vista—. ¿Por qué no me matas de una vez?

Buscó sus ojos, pero él miraba el polvo de la calle.

—No quiero que mueras —respondió en voz apenas audible.

—¿Por qué?

Él encogió un hombro.

—Porque no quiero.

—Me harías un favor si me mataras.

—Los cinti no hacemos favores.

El muchacho quiso alejarse otra vez, pero Indra lo detuvo.

—Espera.

—¿Qué? —Esta vez sí la miró y pudo ver que sus ojos eran grises. Grises y atormentados. Indra le dio la muñeca.

—Se me rompió, ¿puedes arreglarla?

—No está rota —dijo e Indra vio que sus ojos se achicaban, como si estuviera sonriendo—, solo está desarmada.

Unió las piezas, las hizo encajar y la muñeca quedó como nueva.

—Me hiciste un favor, al final —dijo Indra cuando la tomó y él sonrió, otra vez.

5 – Akram

Akram se alejó de allí y se fue a dar otra vuelta al mercado, para comprar lo que le habían encargado.

La última golpiza del amo, lo dejó inmovilizado por varios días. Sin embargo, conocía el escondite de Indra y, dado que ella estaba encarcelada, lo había ocupado de forma provisoria. Tenía un plan y solo debía esperar unos días más para que su destino cambiara para siempre. Y el de Indra también, por añadidura. Tendrían que dejar la ciudad, pero ninguno de los dos tenía nada allí, de todas formas.

«Eres un kanafi, maldito idiota» se dijo mientras caminaba entre los puestos, «no deberías haberte acercado nunca a esa muchacha».

El casi buen humor que tenía, se agrió por completo. Estaba jugando con fuego y se iba a carbonizar hasta los huesos. Iba a carbonizar a Indra, también, si no tenía más cuidado. Los cintis estaban malditos desde su primer hechizo efectivo; estaban condenados a una vida en solitario, a no acercarse a nadie, a amar en silencio. Y no debía haber peor maldición que esa. Se dio cuenta cuando conoció a Indra. Antes no le importaba, tenía los sentidos anulados y su única preocupación real era recolectar la menor cantidad de golpes posibles, pero Indra le dio un sentido a la vida que no sabía que existía y que no creyó que fuera capaz de imaginar por sí solo.

Indra estaba rota al medio, tal como él. Sin embargo, dos mitades de la misma cosa hacen una unidad. De lo que sea. Y Akram quería ser una unidad con ella, pero no quería que ella quisiera lo mismo. Quería que Indra viviera y ella no duraría demasiado si… No, no era posible. Debía detenerse y alejarse de inmediato.

Akram regresó a la casa con la espada doblada por las frutas, las hortalizas, la culpa y el malhumor. Se apresuró a cumplir con sus demás obligaciones, porque todavía le dolía el cuerpo por la paliza de días atrás y no quería provocar al maldito amo. Había empezado a detestarlo, a hacérsele un espanto vivir bajo sus órdenes y quería que sufriera en carne propia lo que él vivía a diario. Sin embargo, sonrió cuando recordó que Indra le había arrancado un pedazo de oreja. Sonrió aún más porque sabía que los sanadores tuvieron que cortarle otro poco de oreja por la infección que le causó haber cosido el trozo mutilado a donde correspondía. Sí, el amo estaba de peor humor que nunca, pero esa era una muy pequeña victoria para Indra y para él también. Darse cuenta de que antes se hubiera preocupado hasta la muerte por la salud de ese cabrón, le hacía sentir un poco de asco,

pero a la vez, se sentía orgulloso de haber abierto los ojos.

Desde que los esclavistas arrasaron su aldea y encadenaron a los sobrevivientes para venderlos en la ciudad, su vida se convirtió en un desastre. Creyó que no habría nada peor que ver a su familia arder en llamas, pero para su sorpresa, sí que había. Los amos. Esos bastardos eran capaces de arrancar la humanidad de las personas a fuerza de patadas, latigazos y hambre, podían también convertir a cualquiera en un cinti de la oscuridad sin siquiera sentir culpa. Se creían dueños de todo el mundo.

«Aunque tal vez sí lo son».

Akram maldijo en silencio, algo que hacía cada vez con más frecuencia. Tenía prohibido hablar en la casa, tanto a los amos como a los demás esclavos y cualquiera de ellos lo golpeaba si lo veían abrir la boca. El amo lo había ordenado así. Era el único esclavo que tenía un cuarto propio, pero hasta la celda de Indra parecía más acogedora. Las paredes, lisas e impolutas, no tenían ni una mínima grieta, no podía guardar ni esconder absolutamente nada, puesto que no había muebles de ninguna clase. Le daban una manta para las noches y eso si se acordaban; algunas veces dormía acurrucado en un rincón, sin nada que echarse encima. Solo podía usar sus poderes bajo la supervisión de su amo y la habitación donde estaban los libros y las pócimas permanecía cerrada con llave.

Llevaba una vida de mierda. Cualquiera diría que ser un cinti kanafi lo hacía un esclavo especial, pero era todo lo contrario, era de los que peor la pasaban.

Solo faltaban unos días, eso sí… Cuando la luna se volviera negra por completo, que era la noche en que los kanafi hacían sus hechizos, las cosas cambiarían para siempre. El amo Uzair le había llevado cabellos y sangre de Indra, para que la noche de luna negra la hechizara y esta le revelara dónde y quienes tenían sus libros, pero no sucedería de esa forma, a eso lo sabía.

◆◆◆

No podía ser libre, pero podía mentir. Eso se le daba bastante bien. Al fin y al cabo, solo debía escribirlo.

Después del desayuno, el amo permanecía en el jardín por unos momentos. Cada amanecer hacía lo mismo, por lo que garabateó unas pocas palabras y fue por él.

Debo salir para buscar lo necesario para la noche de luna negra.

Le entregó la nota y el amo Uzair se tardó unos segundos en responder. Probablemente, lo estaba observando, buscando en él

alguna señal que delatara su mentira, pero Akram no podía verlo, por estar mirando sus sandalias destrozadas y sus pies sucios.

—Ve —dijo luego de su extenso escrutinio, por lo que Akram asintió y retrocedió para retirarse, antes de que se arrepintiera y ordenara encerrarlo en su cuartucho, golpiza previa, por supuesto.

Corrió hasta que llegó a la prisión. Unos ventanucos alargados, a poco más de un palmo de la calle, eran la única visión del exterior que los prisioneros tenían y era por donde Akram le entregaba, cada vez que podía, algunas frutas.

—Indra.

—Vete.

—¿Qué sucede?

—Nunca vienes de día, seguro te castigarán. —Akram encogió los hombros. Lo golpeaban de todas formas—. ¿Por qué estás aquí?

—No lo sé. Solo… Quería…

Se oyeron las fuertes pisadas de un guardia en los pasillos de la cárcel y el sonido de un manojo de llaves al chocar entre sí de forma rítmicas. Indra se puso de pie de un salto y su rostro ensombreció.

—¿Qué sucede? —Akram estiró la mano dentro de la celda, como si pudiera llegar a ella, tocarla, calmarla, ayudarla a que no estuviera tan asustada. Los ojos de Indra volaron desde las manchas en sus manos hacia su rostro y Akram vio aún más pánico en su mirada, pero solo por un instante, puesto que luego se llevó el antebrazo a la boca—. ¡Detente!—dijo.

Indra gimió al morderse y sus labios quedaron manchados por su propia sangre. Sin embargo, luego de eso se arrancó un mechón de cabello y lo pasó por su herida, para luego ponerlo en la mano de Akram.

—Mátame, por favor.

—¡No!

Una llave se introdujo en la cerradura e Indra cerró la mano de Akram con la suya.

—Por favor —susurró.

Akram retiró la mano y se arrastró hacia un lado, para que quien entró no lo viera. Si lo reconocían, ambos saldrían perjudicados.

Indra maldijo y Akram hizo un esfuerzo sobrehumano para no mirar qué estaba ocurriendo allí dentro, pero no pasó mucho tiempo hasta que los sonidos ahogados de un forcejeo le hicieron imaginar la escena. Era lo mismo que se oía cuando su amo Uzair entraba en las habitaciones de los esclavos nuevos por la noche y se dio cuenta de que la mirada de Indra se parecía mucho a la de los muchachos que compartían la misma desgracia. La resignación, la falta de vida, el asco, la frustración. Se preguntó si él tenía la misma mirada…

Apretó con fuerza la mano en la que tenía el cabello de Indra y la

puso en su pecho, donde a él le dolía. No la había delatado, pero no haberle avisado a Indra que fue otro de los esclavos quien le dio su nombre a su amo, lo hacía sentir algo extraño en el medio de su ser. ¿Así se sentía la culpa?

Indra no lloraba, tan solo se oía algún sonido de cuando en cuando, un golpe sobre la piel desnuda, la respiración agitada del hombre, y Akram se preguntó por qué demonios no había podido irse de allí aún. El hombre terminó con un largo y repugnante gemido y Akram se asomó en la ventana. Vio su rostro sudoroso y extasiado, y las lágrimas en el rostro inexpresivo de Indra. El sujeto se acomodó los ropajes, pero Indra no se movió.

—Ya terminé —dijo, y le pateó la pierna, pero ella siguió sin reaccionar.

Era calvo o tenía la cabeza afeitada, aunque eso no le impediría que fuera a hacer su vida miserable. No necesitaba de su cabello para hacerle vivir un infierno, podía hacerlo sin su magia.

Se alejó de allí de inmediato, y trepó hasta el tejado de una de las casas más altas para poder ver mejor las calles. Esperó y esperó hasta que el día llegó a su fin y, al resguardo de la oscuridad, vio al asqueroso sujeto dejar la prisión por una puerta secundaria. Lo siguió por un trecho deslizándose entre tejados y palmeras, pero luego descendió a las calles. No quería que entrara a su casa y se le escapara la oportunidad.

Lo alcanzó en un callejón apenas iluminado por unas pocas antorchas, justo cuando sacó un manojo de llaves de su bolsillo. Estaba a unos pasos de su destino, al parecer.

—Tú, detente.

El hombre se sobresaltó y se oyó el repiquetear de los metales cuando las llaves cayeron de su mano.

—¿Qué quieres? —gruñó de mal modo en cuanto lo vio. Se agachó a recoger las llaves, casi sin quitar la vista de Akram, que se acercó despacio a él. No sería un problema reducirlo. Era más alto, sí, pero se oía su pesada respiración, lo que le decía que no estaba en buenas condiciones físicas.

—Vi lo que hiciste. —Se detuvo cerca de unas antorchas y se quitó el pañuelo que cubría su rostro. Lo hizo con deliberada lentitud, para que el hombre pudiera ver las manchas azules de sus manos. Le fascinaba ver el efecto que causaba en las personas. Siempre, sin falta, los ojos se agrandaban y la piel palidecía, a veces, algunos mentones temblaban; otras veces se balbuceaban incoherencias, otras, había algunos líquidos fluyendo. En este caso, solo hubo palidez y un mentón tembloroso.

Akram sonrió y el tipo retrocedió.

—¿Qué quieres? —repitió.

—Golpearte, de seguro… Asesinarte, tal vez.

—Soy un guardia del Tjar —balbuceó, en un intento por detenerlo.

—En ese caso, tendré que matarte, porque yo no soy más que un maldito esclavo y ya viste mi rostro.

El hombre chocó contra un muro y volvió a sobresaltarse. Miró a los lados, buscando un lugar por donde escapar, pero Akram continuó caminando lentamente hacia él. Uno de los momentos más emocionantes era ese, cuando el miedo comenzaba a hacer mella en los nervios. Tal vez, en otras circunstancias, Akram se hubiera llevado la paliza de su vida, porque el hombre tenía unas manos pesadas y enormes y era un puto guardia, pero en esa ocasión, cuando la noche lo resguardaba, cuando la soledad de las calles lo acompañaba, cuando no había nadie más que él y su víctima, Akram se sentía más poderoso y libre que cualquier otro ser vivo. Hasta se animaría a acabar con el mismísimo amo en una situación similar.

Le dio un golpe con el filo de la mano a un lado del cuello y el hombre cayó, levantando una nube del fino polvillo. Era un movimiento simple, de los primeros que aprendió, pero probó su efectividad en reiteradas ocasiones a lo largo de los años. No mataba a nadie, aunque bien dado, dejaba inconsciente por un buen rato a cualquiera.

Akram suspiró, algo desencantado. Pensó que le costaría un poco más tenerlo tendido a sus pies. Buscó una soga en su morral, le ató las piernas y comenzó a arrastrarlo por las desiertas calles hasta un descampado no muy lejos de allí. Lo sujetó entre dos palmeras, con las manos atadas y sin haber soltado sus pies. Rasgó su túnica y sus bombachos y lo despojó de ellos. Le dio un poco de pena hacerlo, porque eran de buena calidad, pero no podía quedárselos. Una porque eran inmensos y cabían, al menos, tres *Akrams* en esa sola prenda, pero principalmente porque su amo no se lo había dado y despertaría sospechas, además de sus ganas de darle una paliza.

Esperó, paciente, hasta que el hombre despertó, porque eso también era algo que disfrutaba de ver: la desesperación que se apoderaba de quienes retomaban la consciencia estando inmovilizados. La sensación de tener el poder era adictiva; eran las únicas decisiones que podía tomar en su vida y, por ende, se aseguraba de extender esos momentos. Esa noche, sin embargo, era doblemente placentero, porque nunca antes había matado a alguien por propio interés, por venganza ni por gusto, solo lo había hecho para defenderse, para evitar que lo delataran o por orden del amo Uzair. Esa noche tenía una razón, un motivo, un propósito y se sentía más libre y poderoso que nunca.

La bola de grasa y cobardía había herido a Indra. Más de una vez,

por la reacción que vio en ella, con total impunidad y soberbia, con absoluto desprecio por la vida de esa muchacha y, estaba seguro, de cuanta prisionera tuviera la desgraciada suerte de cruzarse en su camino. Sin embargo, él sería la víctima en esa ocasión.

El hombre movió los dedos y Akram supo que despertaría pronto, por lo que se acercó a él. Lo primero que iba a hacer, sería gritar, así que era mejor tomar precauciones. Un nuevo movimiento de sus manos lo hizo percatarse de que las tenía atadas, y el hombre abrió los ojos. Lo vio a su lado y abrió la boca, pero Akram le pateó el rostro, arrancándole un gemido y algunas gotas de sangre.

—No grites, inmundicia —murmuró.

—¿Qué te hice? —preguntó y un hilo de sangre se escurrió de entre sus labios hacia su mejilla.

—Me molestaste como jamás alguien lo hizo. —Akram se acuclilló a su lado y lo observó por unos segundos—. No sé si sacarte los ojos ahora, o si deseo que lo último que veas sean tus asquerosos genitales separados de tu cuerpo.

—Tengo oro.

—¿De qué me sirve? Ya te dije que soy un esclavo y si hay algo que a mi amo le sobra, es el oro. No quiero tu oro, quiero tu sufrimiento.

—No tengo cabe…

—Mi capacidad visual es bastante buena, por si no lo notaste.

—No podrás hechizarme, basura.

—Voy a matarte, no a hechizarte. —Akram se llevó la mano a la espalda y sacó una daga de su cintura. La acercó al pecho del sujeto y vio su piel contraerse y temblequear de forma desagradable. Todo en él era desagradable, si lo pensaba un poco—. Si quisiera hechizarte, no te hubieras percatado de mi presencia.

Llevó el filo hacia la piel y dibujó un trazo carmesí, del que brotaron pequeños rubíes en algunos tramos. La bola de grasa, al contrario de lo que Akram creyó que sucedería, apenas si soltó una que otra miserable queja. Era más un gemido ahogado, que una queja en sí, pero era menos de lo que hubiera esperado. Aun así, rasgó la tela de la camisa del guardia, la anudó y la introdujo en su inmunda boca para asegurarse de que hubiera menos chances de que los oyeran y entorpecieran su venganza. No quería que lo estorbaran, o tendría que cobrarse la interrupción con otra muerte más.

Akram dejó de ser él mismo en cuanto vio la sangre brotar de la primera lesión significativa que hizo: clavó la daga en la pierna del guardia. La vista se le nubló un poco, al principio, pero luego parecía que todo se había teñido del mismo tono de rojo que manaba de la herida abierta. Dejó de escuchar las quejas, dejó de preocuparse por si alguien llegaba, dejó de pensar en por qué hacía lo que hacía. Usó el

cuerpo del guardia para sacar toda la rabia que no sabía que llevaba acumulando por años. Lo cortó, lo apuñaló, lo pateó y lo golpeó con los puños. El hombre logró deshacerse de la mordaza y empezó a gritar, pero Akram no lo escuchó, absorto como estaba en infligirle la mayor cantidad de daño posible.

Le apuñaló un ojo, le amputó algunos dedos, le cortó una oreja y, cuando se hartó de él, enterró su navaja en su vientre, el único trozo de su cuerpo en donde la piel se veía tersa. Parecía que el tejido estaba haciendo un enorme esfuerzo por contener los órganos y la grasa que los recubrían. Lo clavó hasta el cabo y lo deslizó hasta llegar al ombligo. El hombre soltó un aullido ahogado y su cuerpo entero comenzó a temblar y a removerse aún más en sus ataduras. Una masa de grasa amarillenta se vio entre la piel abierta y Akram sintió una repulsión visceral.

Se apartó para poder respirar aire puro y recomponerse, porque el olor que despedía era nauseabundo. Volvió hasta el hombre y abrió el resto de su vientre. La piel se contrajo, aliviada de la tensión a la que estaba sometida, y las entrañas se escurrieron hacia los lados, entre grasa y sangre.

Akram se alejó de nuevo y fue consciente por primera vez de lo que acababa de hacer, atacar con más saña que nunca. Conteniendo las náuseas, se acercó y vio que respiraba. Se alarmó por unos instantes, pero luego se dio cuenta de que no había forma de que sobreviviera a tantas heridas, así que le dio la espalda y se largó. Alguien lo encontraría, cuando empezara a apestar o cuando salieran a buscarlo, y sería su problema. Nada ni nadie podría vincularlo a él.

Le hubiera gustado hechizarlo y extender su sufrimiento la mayor cantidad de tiempo posible, pero el muy maldito no tenía cabello y necesitaba aunque sea uno solo para que su magia fuera efectiva, de lo contrario, funcionaría a medias o se volvería en su contra. Suficiente tenía Akram con la vida de mierda que llevaba, como para querer correr riesgos.

Era muy tarde cuando Akram llegó a la casa, pero el amo Uzair aún lo esperaba.

—¿Qué sucedió? —preguntó, pero no se oía molesto, sino… excitado. Akram se dio cuenta de que estaba completamente bañado en sangre y se arrepintió de no haberse lavado antes de entrar. Sabía lo mucho que al amo le gustaba verlo así.

—La mujer que encontré estaba enferma, no embarazada…

El amo se acercó a Akram y le tomó el mentón, para mirarle el rostro a la luz de los faroles.

—Necesitas un baño —dijo en voz baja.

Akram no se movió, pero el amo lo besó en los labios. Odiaba todo lo que ese maldito hombre representaba.

6 – Indra

Una sombra bloqueó la mortecina luz del amanecer por unos instantes e Indra apartó la vista. Había estado esperándolo, pero al mismo tiempo no quería verlo ni que la viera, no después de lo que había sucedido la última vez que estuvo allí, el día anterior. O hacía tres días… O tal vez cuatro. Era difícil llevar la cuenta cuando todos eran iguales que el anterior y, probablemente, serían igual que los siguientes.

«No iguales. Bjasa no viene desde hace dos días» pensó.

Algo cayó a su celda y la escasa luz regresó enseguida. Indra se incorporó y se acercó al ventanuco. No quería que él la viera, pero sentía algo diferente en los fugaces instantes en lo que él llegaba, decía su nombre y un par de palabras más, y se largaba. Mejor dicho, Indra despertaba del limbo en el que se encontraba cada vez que el muchacho dedo azul iba a verla.

Trató de mirar la calle en su búsqueda, pero solo vio las siluetas difusas de pies en sandalias coloridas, puños de bombachos igual de coloridos. El cinti, sin embargo, vestía de negro. Telas gastadas y desteñidas, pero siempre de algo parecido al negro.

Resignada, se agachó a comprobar qué había dejado y sus manos le dijeron que era solo un manojo de dátiles, que Indra agradeció, a pesar de que en el último tiempo se había acostumbrado a las frutas costosas y en su punto justo; ni muy maduras ni muy verdes. Se dio cuenta de que el cinti la estaba tratando como a una Tjarina y rio.

«El viento tenía razón, en parte».

Comió sus dátiles recordando las promesas del viento, soñando con oro, sedas, sandalias y perfumes, y pasó el rato inventando imágenes de cosas que solo había visto alguna vez desde lejos, hasta que abrieron la celda. Indra empezó a rogarle a la diosa Vari que no le estallaran los ojos ese día o que no perdiera la vista del todo, puesto que notó que a mitad de tarde dejaba de ver y la regresaban ciega y aturdida a la celda.

—¿Dónde están los libros? —preguntó uno de los soldados. Indra no respondió—. ¿Quién los tiene? —Silencio—. Tienes que darme algo, o volverás a la tabla y cada vez se va a poner peor, ya lo sabes.

Indra no respondió y esperó a que hicieran algo más que atarla a la mesa, pero eso fue lo que hicieron. La sujetaron de manos y piernas e Indra permaneció allí hasta el atardecer.

◆◆◆

Ciega, con los oídos zumbándole, aturdida y con un dolor de cabeza atroz, Indra fue devuelta a su celda. La dejaron caer junto a la puerta y le patearon las piernas para cerrar, porque interferían en el paso. Se arrastró como pudo hasta el montón de paja, se sentó y se apoyó contra la pared, con los ojos cerrados. No se movió por largo rato, hasta que la presión de la cabeza disminuyó y pudo acomodar los huesos un poco mejor. Cada mínimo movimiento le hacía sentir agujas en la cabeza y detrás de los ojos.

«¿Aguantaré un día más? Dame fuerzas para aguantar, madre Vari».

—Indra. —La muchacha se arrastró hasta el rincón más oscuro, para que él no la viera pero, al parecer, sabía que estaba allí, porque su mano se asomó dentro de la celda—. ¿Estás bien?

—Vete.

—El hombre no regresará. —Indra se levantó con algo de dificultad y se acercó a la ventana, usando sus manos para poder guiarse. Abrió apenas los ojos y vio su sombra recortarse en el ventanuco.

—¿Cómo que…?

—No te preocupes por él. ¿Hay alguien más que… haga lo mismo? —Negó apenas con la cabeza, lo que le ocasionó una fuerte puntada en medio de la cabeza—. Dímelo.

—No hay nadie más.

—Podrás dormir en paz esta noche. —El cinti quiso alejarse e Indra le tomó la mano, lo que lo puso tenso y nervioso. Se sintió raro tocarlo, tocar alguien después de tanto tiempo; se sintió bien y, sin notarlo, acarició sus dedos.

—¿Por qué lo haces? —susurró.

—Porque… Porque tú no puedes.

—Los cintis no hacen favores.

—Fue una venganza, no un favor —respondió e Indra notó un tono diferente en su voz, como si lo hubiera divertido.

—¿Matas por diversión?

—Porque puedo, nada más. —El cinti se removió y sus manos se separaron—. Te sacaré de aquí. Pronto, con la luna negra —dijo y se alejó.

—¡Espera! —exclamó sin darse cuenta.

—¿Qué? —preguntó a los pocos segundos.

—¿Cómo es tu nombre?

—Será mejor que no lo sepas —dijo y volvió a alejarse.

—¡No se lo diré a nadie!

La puerta se abrió de repente y a Indra se le heló la sangre. Se maldijo a sí misma por no haber prestado atención a lo que sucedía en los pasillos y fue consciente de que pagaría caro su error.

—¿Con quién hablabas? —Oyó al hombre acercarse, y oír el tintineo de las argollas con las que los guardias sujetaban la porra a su cinturón, le estremeció el cuerpo.

—Nadie, yo…

—¡Mientes!

Golpe. En la espalda, en la cabeza. Indra cayó y los golpes siguieron llegando, al igual que los insultos. Golpes, más golpes. Preguntas. ¿Con quién hablaba? ¿Por qué estaba allí? Indra se arrastró por el suelo y buscó la muñeca en la pila de paja en la que dormía. Sus dedos se cerraron en torno al frío objeto e Indra se hizo un ovillo sobre sus brazos, protegiendo a ese trozo de madera, como no pudo cuidar a su bebé.

Las preguntas continuaban y también los golpes. En el cuerpo, en la cabeza, que tanto le dolía. Muchos… Tantos, que perdió la noción del espacio y del tiempo.

Dejó de pensar, de sentir. Se abstrajo a los momentos donde el viento envolvía su cuerpo y le susurraba sus mentiras. Para Indra ese instante, desde que sus pies se impulsaban al aire hasta que la arena de las calles volvía a recibirla, era la libertad y la felicidad absoluta. Siempre había buscado la felicidad, pero las calles de Dkol nur Shana no eran un buen lugar para encontrarla. El aire sí. El viento. Sus palabras. Su imaginación. El viento le mostraba a una Indra vestida en sedas, a una Indra poderosa, fuerte y valiente, todo lo que ella nunca fue. Tenía la certeza de que algún día la promesa del viento se cumpliría. Sus brazos estarían cubiertos de pulseras de oro y piedras preciosas, sus pies calzarían las sandalias más delicadas. Sabía que algún día podría reunir la suficiente seguridad y confianza para encontrar a alguien con quien compartir su camino. Creía que podría enfrentar los obstáculos, en lugar de huir de ellos, como siempre hizo.

La mente de Indra voló con el viento que le mentía al oído, mientras su cuerpo recibía más y más golpes. Voló como las arenas de las tormentas a una realidad hermosa, que era perfecta en su imaginación. Flores en las ventanas, flores y oro en su cuello. Niños felices y música en las calles, gente sonriendo y bailando. Árboles con frutas en las aceras, panzas llenas, el príncipe regresando a su trono.

Voló como los dragones, que llevaban el fuego en sus entrañas, y los fénix, que eran el fuego en sí mismos. Se imaginó volando sobre largas extensiones de arena.

Calor, viento, sol…

Frío. Sus dedos lacerados sintieron la rugosidad de las piedras y un terrible frío. Tenía algo de madera en una de sus manos y lo dejó caer, para llevarla a su rostro. Lo sintió hinchado, caliente y sudado.

Despertó en un lugar diferente, que olía a muerte y a… ¿Humedad? Su mente se activó un poco. Vivía en una ciudad desértica

y lo que menos había allí era humedad. Temió que la hubieran llevado a un lugar lejano y desconocido, a otra ciudad de la que no conociera siquiera el idioma y quiso huir de inmediato.

Abrió los ojos, que le pesaban tanto como un perro muerto, y vio entre el velo que los cubría que unos rayos de sol, delicados y finos como las telarañas, se filtraban por pequeñas aperturas en algún lado. Notó que se encontraba rodeada de rocas; techos, paredes, suelos… Todo era de roca, pero no de ordenados bloques como en las celdas, sino de las que se encuentran en las cuevas.

Intentó incorporarse y se llevó las manos al abdomen y, más allá del dolor que le ocasionó tocar su piel, lo que más le alarmó era que estaba desnuda. Ignorando las punzadas, quiso levantarse, pero no fue capaz de sentarse sin que sintiera la cabeza a un paso de reventar. Gimió al moverse y contuvo el aire cuando logró incorporarse. Sin embargo, su cuerpo no pudo resistir el esfuerzo y cayó de lado.

Se ovilló en el suelo, ignorando las terribles punzadas que esa mínima tarea le supuso, y trató de recordar cómo llegó hasta ese lugar. Sin embargo, su cabeza se sentía extraña y muy caliente, como si estuviera dentro de una nube de vapor, y las ideas se le enredaban. El último recuerdo que tenía era… ¿Cuál era? Arena, sol, las calles de Dkol nur Shana, el mercado, un soldado atrapándola en un callejón. La encadenaron a mucha gente, se quejó y la golpearon en la plaza. Sí, al parecer le pegaron bastante, porque ese era el último recuerdo al que pudo llegar. ¿Por qué la apresaron? ¿Qué hizo? No podía recordar más que hilachas de recuerdos, aunque no sabía qué significaban. Daba igual, no lo importaba en ese momento, de todas formas.

Oía un zumbido constante desde que despertó y le parecía que el mundo tenía muy poca estabilidad, puesto que le daba la impresión de que se balanceaba con suavidad de un lado al otro. Sentía un fuego en la cabeza y le parecía que la piel le quemaba.

Su mirada se perdió en los destellos que el sol arrancaba a las rocas ásperas y angulosas a su alrededor. Con el correr del tiempo, dejaron de estar inmóviles y los diminutos soles cobraron vida y comenzaron a danzar frente a sus ojos, a moverse, a acercarse y alejarse. Perdida como estaba en sus delirios, sonrió y levantó una mano. Quería alcanzarlos, ser una con ellos, convertirse en luz, en polvo, en nada. En lo que era. Nada.

Sentía la tristeza correr por sus venas y apoderarse de su ser. Deseaba que todo desapareciera, pero no era posible. Sus emociones estaban más vivas y despiertas que nunca.

Indra pensó que no era nadie, que no tenía a nadie y que no había ninguna persona en el mundo que se preocupara por su bienestar, más que ella misma y se sintió morir. Moriría sola, como un animal. Insignificante. Olvidada. Destruida.

Unos pequeños brillos dorados se clavaron en sus pupilas por un instante y un gruñido profundo la sacó de sus ensoñaciones. Se incorporó apenas y distinguió una gran dentadura abrirse frente a ella. El aliento cálido le recordó a la libertad e Indra sonrió. La libertad de saltar bajo los rayos de sol, de volar como el viento del desierto, como los granos de arena y como las aves, ser libre de recordar los susurros de esa extraña voz que le prometía imposibles.

Se recostó de espaldas y cerró los ojos. Esa bestia se alimentaría de su cuerpo maltrecho y su sufrimiento terminaría de una vez.

—Estoy lista, grandioso ser desconocido —murmuró—. Quítame lo único que me queda.

El animal soltó otro cálido gruñido y se alejó, acompañado del sonido de cadenas al arrastrarse. Indra no le puso más atención, su malestar no se lo permitía, y esperó a que decidiera regresar a destrozarla con su boca poblada de dientes del tamaño de dagas. Tampoco estaba interesada en saber qué era. Si era un perro con la altura de un camello o si era alguna quimera creada por los cintis del Tjar. No le importaba que trajera consigo olor a muerte y a desesperación, ella también debía oler igual.

Indra rio.

—Somos dos bestias insignificantes condenadas a sufrir hasta el último aliento, ¿no es así? —Intentó alzar la voz, aunque sus palabras fueron lo más parecido a un graznido.

Las cadenas volvieron a arrastrarse por el suelo y la enorme boca apareció de nuevo frente a sus ojos. Lo único que podía ver era un montón de dientes y saliva que chorreaba a su lado.

—Mátame de una vez, estúpido animal. ¿A qué esperas? —La bestia rugió tan fuerte que su cuerpo entero quedó bañado de baba viscosa y caliente. Indra, aguantando las nauseas, se incorporó con gran trabajo y se levantó del suelo. Se esforzó por fijar la vista en la bestia que estaba frente a ella y se encontró con un animal famélico, que era solo cuero y hueso. Su cuerpo se veía cruzado de líneas doradas que se deslizaban entre unas escamas descoloridas y opacas, y algunas plumas pequeñas y deformes. Se sostenía sobre cuatro patas de huesos anchos, pero sin casi nada de carne debajo de su rugosa piel. Indra pensó que si eso era un dragón, debía sentirse más miserable de lo que ella se sentía al saber que su cuerpo estaba consumiéndose en esa funesta celda—. Perdóname. —Su voz se quebró y comenzó a llorar, aunque le parecía que sus ojos estaban a una lágrima más de estallar—. Aliméntate de mí, noble bestia. Tú mereces vivir más que yo.

Cayó de rodillas y todo su cuerpo le dolió al mismo tiempo. Miró

hacia arriba, tratando de ver los terribles dientes del animal que amenazaba con terminar con su miserable existencia. Sin embargo, se encontró con una gota dorada que resbalaba entre las escamas deslucidas de su hocico y que caía a una lentitud imposible. La vio permanecer lo que dura una vida en el aire.

Un rayo de sol la alcanzó y proyectó su luz en cada rincón de la cueva. Vio a los murciélagos durmiendo de cabeza, las telarañas, los gusanos ciegos que se arrastraban a algunos metros sobre ella. Y, mientras la gota seguía cayendo eterna e indiferente, Indra se preguntó cómo fue capaz de ver todo eso, si apenas podía ver con relativa claridad lo que estaba delante de ella.

Tras pasarse una cantidad imposible de tiempo en el aire, la gota se posó con suma suavidad debajo de su nariz y se deslizó hasta dentro de su boca antes de que ella fuera capaz de quitársela o hacerse a un lado.

Era todo lo imposible que algo podía ser a la vez. Helada y caliente, dulce y picante, ácida y suave; una mezcla de sabores que estallaron como un millar de colores diferentes en su paladar. Indra volvió a sonreír y a reír y se desplomó, estirada en el suelo rocoso cuan larga era. No sintió el dolor, la pena, ni la vergüenza que hasta ese momento la había atormentado. Todo se desvaneció en el preciso instante en que esa gota, que era como oro fundido, entró en su boca.

—¿Qué me hiciste? —sonrió. Tenía los ojos cerrados, para poder experimentar con mayor claridad lo que estaba ocurriendo en su interior, ya que lo único que sentía era una felicidad absoluta, como en ese breve instante en el que el viento envolvía su cuerpo y le mentía al oído. La caída duraba un parpadeo; sin embargo lo que estaba sucediendo parecía eterno.

Cuando su mente volvió a recuperar algo de lucidez, se dio cuenta de que solo un dragón podía obrar un milagro de esa clase, porque una minúscula gota de su sangre era capaz de cualquier cosa, de acuerdo a la voluntad del animal. Según decían los pocos que contaban historias, la sangre de dragón podía curar cualquier herida, devolver la cordura, quitar la fiebre, el reuma de los viejos, las deformidades del cuerpo e, incluso, los dragones también podían compartir su magia, si ese era su deseo.

Oyó las cadenas tintinear y las articulaciones del animal crujieron al recostarse a su lado. Su aliento caliente le envolvió la piel desnuda e Indra giró la cabeza para mirarlo. Veía, veía bien, con claridad, sin necesidad de esforzarse para que las cosas se vieran nítidas. Se tocó los ojos y ya no los sentía calientes ni hinchados. Volvió a poner su atención en el dragón y una enorme esfera roja y de pupila alargada la observaba con curiosidad, como si estuviera esperando a que ella reaccionara de alguna forma. La muchacha extendió la mano para

tocarlo y el hocico se sintió áspero, caliente, demasiado huesudo y, también, enfermo. Indra se incorporó sin que nada le doliera; probó en ponerse de pie y su cuerpo respondió como si nunca nadie la hubiera tocado. Se guardó la alegría que sintió en ese instante, rodeó al dragón, para ver en qué estado se encontraba, y vio que estaba tan herido como ella cuando la dejaron en ese extraño lugar.

—¿Qué demonios hicieron contigo? ¿Por qué te tienen aquí, en este estado?

En una de las patas traseras, en la que tenía un extenso corte, su sangre dorada refulgía entre las apagadas escamas. Indra acercó la mano y la piel del dragón se contrajo, haciendo sonar cientos de pequeñas plumas al moverse, por lo que se apartó sin llegar a tocarlo. Miró a su alrededor y vio que la cueva era inmensa, aunque a simple vista solo tenía una entrada. Se acercó a la reja que bloqueaba la salida y comprobó que cada uno de los barrotes era del ancho de su brazo. Ella, famélica y en los huesos, podría pasar por el espacio entre las barras sin complicaciones.

—Tenemos que salir… —murmuró más para sí misma que para el dragón, pero este movió la pata que tenía encadenada en respuesta. Indra se dio vuelta por unos segundos y lo miró. El dragón la comprendía, podía entenderla a la perfección, al parecer, y sonrió—. Ya solucionaremos eso, también.

Volvió su atención a la reja y miró al exterior. Delante de ella la cueva continuaba por más de cien pasos y podía verse la luz del día a lo lejos. Se aventuró a salir para ver qué había más allá de la entrada y caminó con cautela, cuidándose de no hacer ruido. Se asomó entre las últimas rocas y comprobó que no había más que arena y sol, y que no se veían señales de senderos ni de personas. Caminó un poco más segura, resguardándose a la sombra de las rocas, y vio que a lo lejos se levantaban varias columnas de humo, lo que indicaba una villa, aldea o campamento. Se detuvo a observar su cuerpo desnudo y descubrió que estaba sano y limpio, sin sangre, magullones, ni lastimaduras. Sin embargo, todas sus cicatrices seguían allí, igual que siempre, pero no le dio importancia. Se llevó las manos al cabello y este se sintió limpio y sedoso. Sin poder creer lo que sucedía, tomó un mechón para mirarlo y este brilló como el ébano encerado al reflejar los rayos de sol.

—Es un maldito milagro —susurró, desbordando alegría. Levantó un pie y, al pasar sus dedos por la planta, ya no estuvo tan feliz. Los callos también permanecían allí, como una suela de cuero. Haciendo una mueca, volvió la vista hacia la lejana aldea. Si llegaba desnuda allí, tendría que contarles lo sucedido, pero no le creerían al no tener ya marcas recientes, sin mencionar que sería una invitación a que cualquiera usara su cuerpo como más quisiera.

Dio media vuelta y regresó con el dragón.

—Creo que hay una aldea cerca —dijo antes de alcanzar los barrotes—. Esta noche iré a ver y a robar algo de ropa, porque no puedo andar así por el mundo.

Se detuvo en cuanto llegó a la puerta enrejada y buscó con la mirada por dónde se abría. Encontró que los barrotes estaban asegurados un candado descomunal a un lado y tiró de él. No tenía esperanzas de que se abriera, pero como ya habían ocurrido varios milagros en esa caverna, no estaba de más asegurarse. En efecto, no se movió ni un dedo, así que pasó entre las rejas y regresó junto al dragón. Este seguía sus movimientos en silencio, con sus ojos fijos en ella.

—Te sacaré de aquí, te lo prometo —aseguró. El animal levantó apenas la cabeza y miró hacia detrás de él, como señalándole otro camino. Indra entornó los ojos y se dio cuenta de que podía ver a pesar de la oscuridad, puesto que podía distinguir distintas aberturas entre las paredes de roca. Se sobresaltó y se llevó ambas manos a la boca. Podía ver aunque no hubiera luz. Volvió a mirar al dragón, incrédula—. Hiciste mucha magia conmigo, dragoncito —susurró—. ¡No solo me curaste la vista, sino que veo muchas más cosas que antes! ¡Ya regreso!

Se lanzó a correr hacia los laberintos de la cueva y se dio cuenta de que los pies suaves y delicados que ella deseaba, se le hubieran destruido en los primeros pasos. Las angulosas rocas que tapizaban los suelos le causaban algunas molestias incluso a través de sus callos. Vio que la bóveda en donde se encontraban tenía numerosas bifurcaciones, que se abrían en grietas ocultas entre las paredes de roca. Se detuvo y esperó para decidir cuál de ellas tomar primero, pero una ráfaga de aire frío y húmedo llegó desde su derecha. Se dirigió hacia allí, pensando en que debía haber una apertura para que el aire pudiera fluir de esa manera. Corrió sin detenerse y sin agotarse por un largo trecho, para su asombro, hasta que la cueva se terminó. Se encontró con un pastizal verde y brillante y con un día que comenzaba a morir.

—¡El río! —exclamó con alegría en cuanto vio hacia donde daba la salida, ya que solo a la orilla del río había pastos en esa región. Regresó sobre sus pasos sin necesitar ver ya nada más.

No había nada de luz cuando llegó al lado del dragón y, mientras le contaba lo que había visto, se acercó a su pata trasera para ver cómo podía liberarlo del grillete que lo retenía. La lesión que causó el hierro al rosar con su piel estaba en carne viva, y de su herida brotaban de forma constante gotas de sangre dorada. Sin embargo, el grillete tenía una traba que parecía fácil de quitar para un ser humano, no así para un dragón. Con algo de trabajo y mucha

paciencia, la traba cedió y pudo liberarlo, al fin, de la maldita argolla que lo había herido de forma tan horrible.

—Vamos, te llevaré al túnel que tiene salida. —El dragón se incorporó y la siguió—. Tú adelántate y solo sigue el camino. Yo iré a la aldea a buscar algo con lo que vestirme y regresaré enseguida. Ahora puedo correr sin detenerme y sin que eso me canse, pero no creo que tú puedas, de tan herido que estás, así que no te detengas, que yo te alcanzaré.

El dragón la miró con su enorme ojo rojo, bajó el párpado por unos momentos y volvió a abrirlo, como si estuviera agradeciéndole por lo que hizo.

—Gracias a ti, dragoncito.

Indra se dio la vuelta y se lanzó a correr en dirección a la puerta enrejada, mientras el dragón comenzaba a caminar hacia su libertad.

7 – Indra

La muchacha corrió lo más rápido que pudo entre las frías dunas. La luna no estaba a la vista y las estrellas brillaban lejanas y blancas sobre ella. Pudo distinguir, a lo lejos, un pequeño destello rojizo entre la arena y se dirigió hacia allí. Se había desviado un poco del recorrido que recordaba, pero no estaba muy errada, para su alivio.

Llegó a donde empezaban las primeras casas de adobe y, después de observar desde una prudente distancia, comprobó que todo estaba en silencio y no había nadie que pudiera verla. Se acercó a la primera de ellas, la más cercana, aunque en un primer momento no vio nada que le fuera de utilidad. En los tendales solo había enormes sábanas o paños que no le servirían a menos que…

—Me llevaré uno de estos —se dijo.

Descolgó una de las sábanas e improvisó una túnica con ella. Continuó andando, husmeando en los tendales que encontraba, y fue sacando una prenda de cada lado, según su gusto y necesidad. Cuando terminó, se había hecho con al menos tres mudas de ropa que podrían serle útiles en caso de mojarse o ensuciarse demasiado. Por una vez que tenía la posibilidad de poseer varias prendas diferentes, no la iba a desaprovechar. Se alejó del poblado cargando en los brazos todo lo que había recolectado y, tras andar unos minutos, se detuvo. Se quitó la sábana, la extendió sobre la arena y dejó todo lo que había robado sobre ella. Eligió unos bombachos y una camisa para vestirse, dobló prolijamente todo lo demás e improvisó un atado que sujetó a la espalda para dejar los brazos libres. Una vez lista, volvió a correr hacia la entrada de la cueva, que se encontraba debajo de un extenso conjunto de montañas. Sin recordar si sabía sobre ellas, Indra siguió andando. Su mente continuaba algo confundida y por momentos no encontraba demasiado sentido en las cosas que estaba haciendo, pero la única certeza que tenía era que debía hacer todo lo posible por escapar de allí con el dragón. Sentía el cuerpo extraño, pero decidió aprovechar su nueva ligereza y velocidad para robarle tiempo a la noche y, así, poner la mayor distancia posible de ese lugar.

Se detuvo para quitarse el atado de la espalda y hacerlo pasar por las rejas; estaba atravesando la cámara en dónde despertó cuando recordó que tenía algo en su mano al momento de tomar consciencia. Buscó en el suelo hasta que encontró una muñeca tallada en madera. Llevaba un vestido manchado de sangre y tenía dos puntos negros por ojos y una sonrisa dibujada.

—¿Y esto?

Por más que intentó recordar algo que se relacionara con la muñeca, no logró hacerlo, por lo que la guardó en su atado de tela y dejó el lugar. Corrió por el túnel hasta que divisó la penosa silueta del dragón a la distancia, sonrió y se apresuró aún más para alcanzarlo.

—¡Soy yo, dragoncito! —exclamó al ver que él se quedaba quieto. Su voz retumbó entre las paredes rocosas y el eco se replicó en cada recoveco, por lo que bajó el tono cuando volvió a hablar—. Continúa, te alcanzaré pronto.

Tal como dijo, lo alcanzó a los pocos minutos y le contó sobre lo poco que vio en el poblado. Lamentó no tener la posibilidad de saber nada de él, puesto que podía comprenderla, pero no había escuchado más que un par de gruñidos cuando se conocieron y, después, solo su silencio.

Cuando llegaron al pastizal que acompañaba al río, el dragón se dejó caer sobre la hierba e Indra se alarmó al pensar que estaba al límite de sus fuerzas, pero el animal se dio vuelta y comenzó a restregarse la espalda, gruñendo y pataleando, como si fuera un vulgar perro quitándose las pulgas en la arena. Indra rio y se sentó en la verde alfombra natural a verlo disfrutar, solo por el placer de hacerlo.

Después de que el dragón se sintió conforme, se puso de pie con algo de trabajo. Dejó una mancha dorada sobre la hierba e Indra se levantó de un salto ante la sorpresa. El dragón no le puso atención, olió el aire y comenzó a caminar hacia la derecha.

—Esto… debemos borrarlo. —Indra se arrodilló y pasó sus manos sobre la sangre del dragón, pero lo único que logró fue extender aún más las manchas—. ¿Cómo quito esto?

El dragón la miró por apenas unos segundos, y continuó andando, sin que le importara demasiado. Indra miró sus manos y notó que la sangre estaba desvaneciéndose de a poco. El brillo se apagaba y los destellos se empobrecían cada vez más. Aliviada, se levantó y alcanzó al dragón cuando este estaba metiendo sus patas en el río. El agua comenzó a humear y borbotear alrededor de sus miembros, como si estuviera hirviendo, e Indra pensó que las sorpresas nunca se terminarían a su lado.

El animal se adentró en las aguas hasta sumergirse por completo, entre burbujas y vahos, y ella continuó esperando mientras trataba de recordar qué sabía sobre los dragones y qué podía hacer para ayudarlo.

Sabía que vivían en el norte de todo, muy al norte, donde el desierto se acababa para darle paso a las enormes montañas que se hundían en los vientres de las nubes. Sabía que su nuevo compañero era una cría, a pesar de que era ya de por sí del tamaño de un camello, porque había escuchado más de una vez que podían ser tan grandes como un palacio y eso sí que era mucho tamaño. Lo que no

sabía era cómo demonios había llegado allí, tan lejos de las montañas, siendo apenas un minúsculo dragoncito. Tal vez había sido un regalo para alguien de importancia, pero ni siquiera ella después de estar completamente drogada por una semana entera, tendría a un animal tan esplendoroso encerrado en una cueva olvidada en medio de la nada. Las razones por las que lo retenían allí la intrigaban bastante, también. Sin embargo, y por más dudas que tuviera, debían ponerse en marcha enseguida, hacia algún lado. No sabía dónde cuernos quedaba el norte ni en qué zona del desierto se hallaban, pero cualquier lugar de su región estaba lejos, demasiado lejos de las montañas. Había oído que se podían tardar, al menos, cuatro lunas en llegar y eso si se contaba con camellos, provisiones y guías.

—Mierda, estamos bien jodidos, dragoncito —murmuró.

El animal levantó la cabeza del agua en cuanto la oyó y nadó hasta la orilla, soltando vapores blancos. No le hizo falta sacudirse, puesto que su piel caliente evaporó hasta la más mínima gota de agua en cuanto salió a la superficie, limpio y reluciente.

Las escamas del dragón eran negras y las protuberancias en su cabeza, que continuaban por sobre su columna hasta terminar en la cola, pasaban del negro absoluto a un color rojo que brillaba como el fuego. Indra estaba maravillada, puesto que no se hubiera imaginado que podía ser tan hermoso, a pesar de que parecía que las pocas plumas que tenía se desprenderían de un momento al otro. Pensó que, tal vez, le hacía un favor si se las quitaba. El dragón estiró las alas y estas se despegaron del cuerpo con el mismo sonido que hace un trapo viejo que permaneció mucho tiempo al sol. Parecía que le dolía hacerlo, sin embargo, no se detuvo. Cuando terminó, Indra vio unas alas atrofiadas, perforadas en varias partes y que parecían completamente inútiles.

—Eres magnífico, dragoncito. —Aplaudió, sin dejar translucir la pena que sentía al verlo así, y el dragón levantó la cabeza y movió un poco las alas, orgulloso. Indra volvió a aplaudir y, luego, se acercó a él—. ¿Sabes hacia dónde queda tu hogar?

El dragón plegó las alas y cerró los ojos por unos momentos. Olió el aire, giró la cabeza hacia los lados y, tras haberlo analizado por unos momentos, se sentó. Al parecer no tenía idea hacia dónde debían ir. Indra suspiró, derrotada.

—Yo tampoco sé, pero tenemos que decidir urgente hacia dónde iremos. —Empezó a moverse río arriba y el dragón la siguió sin resistirse en lo absoluto—. ¿Cada cuántos días iban los hombres a tu cueva? —Indra lo miró, sin detenerse—. ¿Dos días? ¿Tres días?

Continuó enumerando días sin saber siquiera si tenía idea de qué eran los días o cómo funcionaban los números y sin que el animal mostrara ninguna reacción, hasta que sí lo hizo.

—¿Siete? ¿Te dejaban solo y sin alimento por siete malditos días? No tenías agua, ni nada… ¡Qué puto asco me dan las personas! Se merecen arder en el más caliente de los infiernos, quemarse de a poco hasta la eternidad, sufrir los más horribles tormentos…

El dragón soltó un bufido, acompañado de una bocanada de humo negro, e Indra lo miró. No podía saber si con eso estaba de acuerdo o si ya lo había hartado con sus insultos sin sentido. Dispuesta a averiguar cuál había sido su intención, continuó con su repertorio.

—Merecen que les arranquen los dedos de a uno… —El dragón gruñó más fuerte y su cola azotó de lado a lado. Parecía molesto—. Comprendo, no te gusta que diga esas cosas. —Le dio la razón con un nuevo bufido, esta vez sin humo, e Indra asintió al ser capaz de reconocer sus expresiones—. Lo que es bueno es que hasta dentro de seis días no irán a verte y podremos poner algo de tierra de por medio.

La luna que comenzó a dejarse ver entre las montañas esa noche tenía una delgada línea de luz blanca y se podía apreciar cómo la parte negra abarcaba la totalidad del círculo.

«Mañana será luna negra» pensó, y algo dentro de ella se llenó de expectativas, aunque no supo por qué.

Continuaron andando a paso lento, por algunas horas, hasta que Indra oyó que las tripas del dragón se quejaban por la falta de alimento, por lo que, después de avisarle, se adelantó corriendo. Le gustaban sus recién adquiridas habilidades y pensaba utilizarlas todo el tiempo que fuera posible, más aun considerando la situación en la que se encontraban. Tenía que hallar alguna aldea o asentamiento que tuviera ganado para robar un par de animales y llevárselos a su compañero porque, obviando la falta de armas, ella no sabía cazar.

Recorrió los alrededores por un buen rato, pero no vio nada más que hierba y río. Regresó con una sensación de vergüenza y desilusión al no poder ayudarlo a saciar su hambre. Se sentía responsable por él, al ponerlo en una situación que no sabía si podrían superar. El animal estaba débil, herido, desnutrido y ella no había salido nunca de los muros de la ciudad. No sabía cazar, ni orientarse con las estrellas; no conocía más idioma que el propio, no sabía sobrevivir sin robar alimentos de otras personas y, al haber sido sacada de la ciudad cuando estaba inconsciente, ni siquiera tenía una mínima idea de dónde se encontraba. Se dio cuenta con tanta culpa como vergüenza, de que no sabía nada del mundo, que no había aprendido nada más que no fuera robar, golpear y huir, y ni siquiera era buena en ninguna de las tres cosas, porque siempre la capturaban, la molían a palos y la encerraban. Tenía miedo constantemente y era cobarde, lo más parecido a una rata, de esas que se esconden en los callejones al menor ruido.

Escapaba. Siempre escapaba de todo y de todos. La única

habilidad que tenía era trepar por los muros y moverse sobre los tejados de una ciudad que conocía a la perfección, algo que no le valía de nada estando fuera de ella, en un lugar sin muros ni tejados.

Indra se detuvo unos momentos porque necesitaba tranquilizarse y pensar en qué posibilidades tenía. Para empezar, podían continuar yendo río arriba, pero no sabía si irían a Dkol nur Shana o si se alejarían de la ciudad; lo mismo si iban hacia el lado contrario.

—Montañas, montañas —murmuró, intentando hilvanar, en su todavía confundida mente, algún pensamiento que la llevara hasta algún momento en el que hubiera oído acerca de la montaña donde estaba la cueva. Sin embargo, no consiguió recordar. Ni siquiera podía recordar si conocía a alguna persona que pudiera ayudarla, si había dejado a alguien a su merced cuando la atraparon, si había gente esperándola, si alguien dependía de ella de alguna forma.

Tenía vagos recuerdos de algún pasado que no podía ubicar en una línea temporal, de algunos rostros y algunas emociones, de algunos miedos e incertidumbres, pero tan pocas certezas que se sentía frustrada.

Se puso de pie y se dirigió otra vez hacia donde estaba el dragón. Tenía demasiadas cosas dando vuelta en la cabeza, pero ninguna de utilidad para la situación en la que se encontraba. No sabía si su nuevo compañero era capaz de cazar porque, al parecer, había crecido encerrado; sin embargo, le desconcertaba el hecho de que parecía no temerle al exterior. Quizá lo recordaba de algún pasado no muy lejano o tal vez la libertad era algo que llevaba grabado en su esencia y era parte de su ser.

El cielo estaba comenzando a pintarse con las luces del día cuando volvió a verlo; el dragón seguía caminando lento, aunque sin perder el ritmo. Parecía un anciano al que la vida había tratado con bastante desprecio, pero le dolía saber que era un ser que recién comenzaba a vivir.

—Tenemos que dormir, dragoncito —dijo al alcanzarlo—. Por más que tengamos que alejarnos, ambos necesitamos energías para hacerlo y en vista de que no conseguí alimento, será mejor que busquemos algún lugar donde reposar los huesos por unas horas.

El dragón se detuvo y miró a los alrededores, para luego dirigirse hacia un pastizal alto y tupido, donde no podrían ser vistos con facilidad. A Indra le preocupó la falta de sombra, porque el sol quemaba mucho cuando estaba alto, pero ni bien se recostó, el animal extendió una de sus maltrechas alas sobre ella, como si de un toldo se tratara.

—Gracias, dragoncito —murmuró y él respondió con un bufido.

8 - Dragón

El sol quemaba bastante fuerte al momento en que el dragón despertó. Quería cambiar de posición, porque los huesos le dolían, pero si lo hacía, estaba seguro de que la cría humana se despertaría asustada. La pobre necesitaba descansar, después de todo lo que le había ocurrido.

La arrojaron en su cueva como a uno más de los humanos que llevaban para alimentarlo y, a pesar de que estaba cubierta de sangre, como todos los que llegaban allí, su olor no se le hizo apetitoso. Había algo en su esencia que le atraía, pero no quería comerla, tan solo quería mirarla y cuidar de ella, aunque hasta ese momento, no había podido hacer mucho. Era tan pequeña y flacucha, que parecía que se rompería al menor contacto.

Pensó que se espantaría al despertar y verlo, pero tan solo ofreció su cuerpo para alimentarlo. ¿Cómo no iba a merecer ser salvada por su magia, si su corazón era tan noble? Y ella se lo agradeció quitando la cadena y encontrando la salida de ese infierno.

La cría humana merecía descansar. Merecía más que eso, pero él no podía darle muchas cosas. Podía intentar protegerla de los demás humanos, pero les tenía tanto miedo que hasta su corazón de fuego se congelaba al oírlos llegar. Aun así, lo intentaría. La cría humana se había preocupado y esforzado por él.

Movió apenas las patas traseras para estirarse y la chiquita se incorporó. Pudo percibir el pánico que se adueñó de ella y olió el miedo que comenzó a emanar de su cuerpo.

El dragón gruñó apenas, suave y tranquilo y la cría se relajó.

—Dragoncito, no eras un sueño —murmuró. Le acarició el pecho, cerca de las patas delanteras, y el dragón tuvo que contenerse para no apartarla de un empujón.

Un murmullo nació en su garganta y se hizo cada vez más fuerte, aunque quiso evitarlo. Tenía ganas de rascarse, de revolcarse en la hierba y que dejara de hacerle cosquillas, pero si lo hacía, sabía que aplastaría a la cría. La muy desconsiderada comenzó a reír divertida al notar sus reacciones.

El dragón se apartó con la mayor suavidad posible; sin embargo, eso no evitó que la pobre bolsa de huesos y cuero que era la cría humana saliera despedida por el aire y terminara despatarrada entre las matas de hierbas. Se incorporó y se acercó a ella, preocupado y curioso por su bienestar, pero estaba riendo. El dragón se sentó en sus patas traseras y la miró con curiosidad.

No entendía cómo podía reír después de todo lo que le hicieron. Sí, él le había devuelto la vida, sanó sus heridas y su cuerpo se veía saludable, pero su sangre no iba a borrarle los recuerdos y, antes de sanarla, ella quería morir. Emanaba tristeza, asco, culpa y miseria. ¿Por qué reía? ¿Por qué estaba alegre a pesar de todo eso?

Los humanos eran criaturas muy extrañas, de eso no había dudas.

—Me voy a dar un baño y nos vamos, dragoncito.

El dragón la miró. Ella se alejó, se quitó las telas que llevaba encima y se arrojó al agua. Al salir, volvió a envolverse en telas, tomó su atado de más telas y comenzó a caminar. Mientras lo hacía, iba recogiendo hojas de las plantas y algunas de las pequeñas frutas que crecían en ellas y las guardaba en su atado. El estómago del dragón empezó a resonar en cuanto se pusieron en movimiento y la cría lo miró con preocupación.

—Espera aquí.

Dejó el atado en el suelo y comenzó a trepar por las rocas de la montaña. Subió y subió, hasta que solo se veía de ella un puntito de colores que se movía de un lado al otro. Bajó al cabo de un rato y le dijo que la esperara allí. Él se sentó, más por no tener nada mejor que hacer que por obediente, y se quedó viendo los matorrales y las palmeras moverse con el viento.

La cría llegó respirando agitada, pero arrastrando un animal que parecía resistirse a seguirla. Era grande, casi como él mismo, se lo veía gordo y olía deliciosamente saludable. La cría humana ató la soga a una palmera y se alejó.

—Come, dragoncito.

Y él saltó sobre el animal y le rompió el cuello de un manotazo. El glorioso sonido de sus huesos al romperse le indicaron que era joven y fuerte. La sangre que brotó de su hocico olía tan bien, que su estómago rugió tanto como su garganta. Una llamarada salió de su boca y llenó el aire de olor a pelo quemado. Era horrible, pero la incómoda sensación de los pelos en el paladar era todavía peor. Eso sin mencionar que se le dificultaba tragar cuero con pelos. Cuando el aire empezó a oler a carne asada, cerró la boca. Le caían largos hilos de babas y sacudió la cabeza para quitárselos. Miró a la cría humana y esta estaba acuclillada, mirándolo con interés.

Sin más preámbulos se dejó caer sobre el animal chamuscado y le abrió el vientre de una dentellada. Sus vísceras se desparramaron por el suelo y la cría humana soltó un grito, pero él ya no podía contenerse y se lanzó de cabeza sobre el animal despanzurrado, a disfrutar de una buena comida.

Después de haber triturado los huesos para comerse hasta el tuétano, el dragón se levantó. Miró a su alrededor y vio a la cría humana observarlo con algo de temor, asco o vaya uno a saber qué.

Lo lamentaba por ella, pero tenía demasiada hambre como para contenerse. Quizá la próxima vez podría ser más cuidadoso, o retirarse a otro lado…

El dragón se acercó y la cría se apresuró a pararse en sus dos patas. No comprendía cómo los humanos podían caminar con tanta seguridad y confianza con esos insignificantes miembros inferiores, que eran más hueso que otra cosa.

—Espero que estés satisfecho, dragoncito —dijo con su voz alegre, aunque todavía olía a miedo—. Ya podemos ir a buscar tu hogar con más fuerzas.

Él se hubiera echado una siesta, pero ella empezó a caminar, así que no le quedó más opción que seguirla. De dónde sacaba energías la pequeña para poder andar, él no lo sabía, pero era admirable, sin dudas.

Al atardecer de ese día iban muy tranquilos los dos, ella canturreando y él rogando que dejara de hacerlo, cuando oyeron voces de otros humanos.

—Dijiste que iban a verte cada siete días, ¿acaso sabes contar?

Las voces les ordenaron que se detuvieran y el cuerpo de la cría soltó un espantoso olor a terror. Comenzó a correr y a gritar y él la imitó, porque tenía tanto o más miedo que ella.

Miró hacia atrás y vio a un grupo de hombres con lanzas en sus manos, de las mismas que le habían herido la carne tantas veces, y su pánico aumentó todavía más. Se detuvo sin saber por qué lo hacía, y los enfrentó. Abrió la boca y un puñado de rayos rojizos salieron despedidos hacia ellos. Dos humanos se prendieron fuego y cayeron al suelo, revolcándose entre alaridos. El dragón, pensando que con eso bastaría, se largó a correr detrás de la cría, porque se le había adelantado. Los humanos los siguieron, a pesar de haber perdido a dos de ellos, y los amenazaron con palabras y con sus armas. Las plumas se le erizaron todas al oír sus voces, pero ya era libre y no quería regresar a esa cueva nunca más.

Se detuvo y una nueva maraña de rayos salió de sus fauces para impactar en contra de otro de los humanos que cayó al suelo, revolcándose y gritando. Volvió a correr más rápido y alcanzó a la cría, que lloraba de miedo y urgencia. A pesar de que la penumbra casi no le dejaba ver los detalles, algo le dolía, podía olerlo. Sin embargo su compañera no se detenía.

No solo por él evitaría que los alcanzaran, también lo haría por ella.

9 – Yásid

Palacio de Barzy
Hienza

—Ya es hora, hijo.

—Ya es hora, madre. —Yásid besó la mano izquierda de la Tjarina Navila primero y la del Tjar después. Le dio la espalda al trono y caminó por la extensa alfombra verde esmeralda hacia la salida del salón. Sitha, su hermana menor, lo esperaba a pocos pasos de los Tjares y se cruzó en su camino.

—Cuídate, por favor —dijo, entristecida. Yásid le tomó el rostro, besó sus mejillas y, luego, la abrazó.

—Tú también, *bitzan*. No hagas enojar tanto a la Tjarina.

—Estás esperando milagros —dijo a sus espaldas Assim, el heredero. Yásid sonrió, extendió un brazo y el mayor de los tres se unió a ellos por unos momentos.

—Cuida a la pequeña Sitha—dijo en cuanto se separaron. Yásid le dio un golpe con el puño en el brazo a su hermano.

—Ya no soy pequeña…

—… Y tampoco necesito que me cuiden —continuaron a coro sus hermanos.

Sitha rio, aunque normalmente se molestaba cuando hacían eso.

—Los voy a extrañar, sean buenos príncipes. —Yásid les dio la espalda para mirar a quienes esperaban por él. Besó la mano derecha de su cuñada y, por último, abrazó a su padre, el segundo concubino de la Tjarina.

—Ten cuidado.

—Lo haré, no te preocupes.

Yásid era el segundo hijo de la soberana de la poderosa nación de Hienza, ubicada al este del continente de Ásico. Las leyes de su país les otorgaban a los príncipes y princesas la oportunidad de dejar el palacio por un tiempo máximo de tres años para conocer las tierras, la gente, las costumbres y las tradiciones del pueblo que gobernarían. Dos años antes de que sucediera, aprendían a comportarse sin el protocolo y los modales de la realeza, a aceptar cualquier alimento que tuvieran en frente, a hablar como un ciudadano común y a vestir con telas rústicas y baratas, dejando de lado las sedas a las que se habían habituado desde su nacimiento. El rostro del heredero se ocultaba en los actos públicos, para evitar que los reconocieran, y se

tatuaba en su brazo un símbolo secreto, que solo conocían quienes estaban en contacto estrecho con los Tjares. Esto se debía a que los jóvenes experimentaban grandes cambios físicos, y también de carácter, y la mayoría de veces era imposible reconocerlos a simple vista a su regreso.

La principal razón por la que ese viaje era importante, era para encontrar a su futuro compañero o compañera de vida entre las personas que habitaban el país. Amar por sobre todas las cosas era la regla más importante para la familia real, porque, según entendían, donde había amor no había lugar para sentimientos egoístas. No siempre funcionaba y no todo podía solucionarse con palabras amables, pero se esforzaron por continuar enseñándolo a cada uno de los habitantes de Hienza.

Entendieron lo equivocados que estaban con el paso de los siglos y, después de todo, la violencia era la principal fuente de ingreso a las arcas del país, puesto que poseían el mayor ejército de mercenarios de Ásico.

Los herederos tenían la libertad de renunciar al «Viaje del alma», como lo llamaban, pero hasta ese momento nadie lo había hecho. Para asegurarse de que emprendieran ese desafío, los agobiaban desde muy temprana edad con una educación estricta, y muchas veces innecesaria, pero que los obligaba a desear cumplir los diecisiete años para probar lo que era la libertad.

Dejaban el palacio con dos miembros de la guardia real, todos vestidos como la gente común, sin nada más que unas pocas monedas en la bolsa y apenas un par de armas cada uno. Los herederos y sus acompañantes se veían obligados a buscar trabajo, o a mendigar en ocasiones, para poder alimentarse a diario. En sus años de educación aprendían algunos de los oficios que eran más populares en Hienza, como sastrería, marroquinería, cestería o a tejer alfombras, pero no faltaron quienes tuvieron que emplearse para cavar pozos, en una granja de animales, para levantar cosechas o limpiar las casas de las familias adineradas.

La experiencia hacía que regresaran a su hogar con una nueva visión del mundo, aunque hubo ocasiones en las que renunciaron a su título real, con la bendición de su familia, para continuar su vida en un lugar diferente. Una granja, una ciudad o aldea lejana, en el mar o en las caravanas que deambulaban por Ásico comerciando mercancías.

Los acompañantes de los herederos siempre eran huérfanos que los Tjares recogían de las calles y a los que educaban junto a los príncipes, aunque menos rigurosamente y según sus capacidades y habilidades. Cada vez que un príncipe o princesa nacía, una quincena de huérfanos de diferentes edades eran adoptados en el palacio. De ahí surgían los gobernantes de los distritos y ciudades, los educadores que

vivían en el palacio, los consejeros, los sastres, los perfumistas y los joyeros de la familia real. Y, por supuesto, quienes formarían parte de los ejércitos. Eran ciudadanos libres desde que cumplían la mayoría de edad y, como tales, podían hacer su vida fuera de los altos muros que resguardaban el palacio, si así lo deseaban. Al llegar a la adultez, muchos de ellos iban a los poblados a enseñar una profesión o como educadores; lo veían como una forma de devolverle a la vida y a los Tjares la oportunidad de haber sido educados, amados y cuidados en sus años más vulnerables.

Yásid dejó el palacio antes del amanecer, acompañado de Shas, de la edad del príncipe, y de Burya, una muchacha un año mayor que ellos. Salieron ocultos en una carreta destartalada y el cochero los dejó dos días después entre Barzy, la capital de Hienza, y Kraghe la ciudad más cercana.

—¡Qué glorioso día! —exclamó Yásid apenas tocó la tierra del camino. Extendió los brazos y se puso de cara al viento cargado de arena, que le removió los largos cabellos, enredándolos y dándole la apariencia de un mendigo en menos tiempo del esperado. Hacía dos semanas que no se rasuraba y su rostro estaba demarcado por unos pocos pelos dispersos, que eran objeto de burla constante de parte de Shas. La barba del huérfano tenía apenas tres o cuatro pelos más, pero según sus palabras, sería una barba negra y tupida, digna de un verdadero hienzense.

Burya, impaciente, le dio una palmada en la espalda y lo obligó a prestarle atención.

—Andando, podrás alegrarte cuando el día se haya terminado y hayamos llegado a Kraghe.

El grupo comenzó a andar con algo de pereza, pero la muchacha se adelantó a los demás. Parecía no querer disfrutar de las primeras horas del viaje.

—¿Por qué tuviste que cumplir años el día de la luna de Burya? —preguntó Shas, que se mantuvo lejos del alcance de la muchacha, por si acaso. Burya no se dignó a ponerle atención.

—Maldición, tendremos que soportar tres días de mal humor e insultos sin merecerlos —se lamentó Yásid.

—Empezó ayer, asnos —contestó Burya.

—¿Por qué no nos avisaste? —preguntó Yásid en tono conciliador —. Podríamos haber retrasado la partida.

—Caminen o les retrasaré el entendimiento a golpes. —Los muchachos soltaron una carcajada—. Daría una mano para que supieran lo que es sangrar por una semana y soportar estos malditos dolores.

—No exageres —dijo Shas—, la princesita nunca se queja.

—Sitha aún no sangra, bestia, es una niña todavía —exclamó

Yásid.

—Pero te patea el trasero muy estruendosamente cuando tiene un arma en las manos —respondió.

—Es porque es pequeña y la dejo hacerlo —sonrió, consciente de que era pésimo con la espada.

—No es una niña —agregó Shas—, no necesita que la cuiden… Pero con gusto la cuidaría del viento y hasta de los rayos del sol para que nada le molestara nunca.

Yásid rio.

—Míralo al poeta, capaz que se equivocó al elegir profesión… —murmuró Burya, malhumorada.

—¿Crees que mi hermana te pondrá atención algún día? Eres más feo que un camello mudando el pelo, no me jodas.

Esta vez hasta Burya se largó a reír. Yásid miró a su compañero y les hizo una seña para instarlo a alcanzarla. Si Burya se reía, ya era seguro acercarse a ella… siempre y cuando se mantuvieran en silencio.

◆◆◆

Llegaron a Kraghe un rato antes de la puesta del sol y decidieron quedarse allí hasta que los dolores de Burya la dejaran en paz. Buscaron una posada modesta y barata, pero por más que quisieron no encontraron más que una sola habitación libre. Se la cedieron a Burya y tuvieron que convencer con algunas monedas al posadero para que les permitiera pasar la noche en el establo, ya que se negaron a dejar sola a su compañera.

Los tres habían soñado con emborracharse desde la primera noche hasta que se les acabaran las monedas que el Tjar les había entregado antes de salir, pero la caminata los había agotado de tal forma que lo único que querían era tirarse a dormir. Cenaron en la posada, con pocas charlas y apenas un poco de cerveza, y Burya se fue enseguida porque le urgía darse un baño y descansar.

Los muchachos dejaron la mesa en cuanto terminaron de cenar y estaban algo adormilados cuando Burya le pateó las piernas a Shas para que se apartara. Se acostó entre él y Yásid, a pesar de las quejas, y los tres durmieron hasta media mañana, cuando un baldazo de agua les quitó el sueño en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Arriba, holgazanes! El establo no se limpiará por sí solo.

—Pagamos por dormir aquí —se quejó Burya. El posadero rio y se rascó la barriga peluda, que sobresalía por debajo de su camisa.

—Si quieren dormir entre la mierda, por mí está bien. Si no están de acuerdo, vuelen porque hay que limpiar el establo.

—Ya, está bien —murmuró Shas, sentado entre el heno y sin abrir

los ojos—. ¿Tienen desayuno?

—Pan… y queso, sus majestades. —Hizo una aparatosa reverencia y volvió a reír—. Desayuno dice… ¡Largo!

El balde se estrelló en algún lugar de la pared detrás de ellos y todos saltaron, apresurados por salir de allí antes de que pasara a mayores.

—Ve por tus cosas, Burya. —Yásid se mantuvo en silencio, pero no iba a tolerar que los trataran de esa forma—. Buscaremos otra posada.

—¿También quiere que les devuelva las monedas?

—Sería muy honesto de su parte, pero visto el trato que le ofrece a quienes se hospedan aquí, dudo que…

El hombre le barrió la cara de un manotazo, obligándolo a callarse. Shas no tardó en llevar la mano hacia su espada, pero Burya lo detuvo con un gesto.

—Respeta a tus mayores, mocoso malcriado —exclamó el hombre. Yásid se quedó tan quieto como una estatua, sin apartar la vista de sus ojos—. Faltaba más, un mequetrefe imberbe queriendo darme lecciones. ¡Ja!

El príncipe apretó los puños y un manojo de músculos tensos se marcaron en sus mejillas.

—Nos vamos —dijo finalmente. Sus compañeros obedecieron y, cuando empezaron a levantar sus pertenencias, el viejo tomó una horquilla.

—Dejen eso donde está —dijo, amenazando a uno y a otro con su improvisada arma.

—¿Qué pretende, señor? —preguntó Burya con calma.

—Aparte de brindar un pésimo servicio, también le roba a sus clientes, al parecer —agregó Yásid, dejando caer su bolso. Comenzó a caminar hacia él y lo mismo hizo Burya. Yásid desenfundó su arma y su compañera sonrió. Shas, por su parte, caminó hacia uno de los costados; el hombre retrocedió y continuó haciéndolo hasta que tropezó con un balde y cayó sentado. Burya apartó con el pie la horquilla de su alcance, Shas lo levantó tomándolo de los brazos y Yásid se quedó mirándolo por unos momentos. El hombre comenzó a sudar, mientras su vista viajaba desde la punta de la espada de Yásid hasta sus ojos. El príncipe, en silencio y sin hacer ningún gesto, solo se dedicó a mirarlo por algunos largos segundos. Luego, le dio la espalda y regresó a levantar sus pertenencias.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Shas, sin soltarlo; el hombre, mientras tanto, se removía tratando de zafarse. Yásid solo encogió los hombros.

Burya lo miró de arriba abajo. Su barriga grasosa y peluda había quedado al descubierto cuando lo sujetó, por lo que la muchacha le

dio una ruidosa palmada junto al ombligo. Shas no pudo hacer más que reír.

—Eres un mal posadero. —Volvió a golpearlo, aunque con la otra mano, en esa ocasión—. ¿Por qué les robas a tus clientes? —Cada palabra estuvo acompañada de una nueva palmada, que fue festejada por su compañero. El hombre, tan sorprendido como humillado, se limitaba a cerrar por un instante los ojos ante cada golpe—. Malo. Muy, muy malo.

—Ya, chicos, dejen al hombre —dijo Yásid, que no estaba riendo por lo que hacían.

Burya negó moviendo la cabeza.

—Quiero que nos devuelva las monedas que pagamos por dormir en esta ruina.

—Sería lo justo —agregó Shas.

—Si eso era lo que querían, le hubieran puesto un cuchillo en el cuello. No necesitaban humillarlo así.

—Debe estar acostumbrado a que le pongan un filo en el cuello, pero no a que le muevan las grasas —rio Burya y volvió a golpearlo—. ¡Mira que espectáculo tan… movedizo!

Hasta el príncipe rio, pero tan solo por unos segundos, ya que se escuchó la voz de un niño que llamaba a su padre.

—Suéltenlo ya mismo —susurró Yásid y sus compañeros obedecieron y regresaron a buscar sus bolsos. El hombre se apresuró a acomodar sus ropas revueltas y un pequeño llegó corriendo al establo justo cuando terminaba de alistarse.

—Padre, vengo a ayudarte a limpiar el establo —dijo el pequeño, que no debía tener más de seis años. El hombre sonrió apenas y le indicó por señas dónde estaban las escobillas.

—Al menos no dejaron que mi hijo me viera así —susurró a Yásid cuando el niño se alejó.

—Tampoco permita que su hijo lo vea robar tan descaradamente, señor. Haga de él una persona de bien.

El hombre bajó la vista y asintió. Rebuscó en el bolsillo de su pantalón, sacó un puñado de monedas y se las dio a Yásid. El príncipe sonrió y dijo en voz alta.

—Muchas gracias por su hospitalidad, señor. Volveremos a su posada cuando regresemos de nuestro viaje.

—Que así sea —añadió el hombre. Burya le dedicó una mirada de desagrado, pero Shas sonrió antes de dejar el lugar.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Burya cuando llegaron a la calle.

—Imagina que escena tan vergonzosa recordaría ese niño al ver a su padre así.

—Se lo merecía —soltó la muchacha.

—Y también se merece una oportunidad. Todos tienen la posibilidad de cambiar…

—Tú y tus oportunidades. —Burya caminaba con la espalda demasiado recta y sus ojos no se movían del punto invisible que había decidido mirar, como cada vez que estaba molesta—. Algún día te van a abrir el vientre de lado a lado y tú, muy contento, creerás que ese asesino merece una oportunidad de redimirse.

—Bueno, ¿qué hay de malo en creer que las personas pueden cambiar? ¿Acaso tú misma no eras una mala bestia cuando llegaste al palacio con el nacimiento de Sitha?

—Tampoco es que haya cambiado tanto —murmuró Shas. Burya le dio un puñetazo en el hombro que le hizo perder el equilibrio, pero que devolvió cuando logró estabilizarse.

—Ya, chicos… —suspiró, acostumbrado a verlos reaccionar de esa forma.

◆◆◆

Yásid tenía la vista puesta en las lejanas estrellas que colgaban en la más absoluta oscuridad, cuando un resplandor rojo llamó su atención a lo lejos y lo hizo buscar el origen de esa luz. No se oyó ningún sonido en lo absoluto, aunque siguió esperando el rugido que le seguía a un rayo.

Esperó, pero el trueno no llegó a escucharse. Se quedó mirando hacia el lugar donde creyó haberlo visto, porque quería saber qué era eso. El cielo se veía despejado y no había viento, por lo que era difícil que se tratase de una tormenta.

Después de unos instantes de mantener la vista en el sitio aproximado, otra telaraña de rayos rojizos recortó el aire.

—¡Vengan! —exclamó. Burya y Shas llegaron después de unos momentos y se ubicaron uno a cada lado.

—¿Qué hay? —preguntó la joven.

—Miren allí. Hay algo extraño.

Un nuevo fogonazo rojizo iluminó un poco a su alrededor, algo más cerca de ellos, y los tres se sobresaltaron. Vieron a una chica corriendo, una bestia inmensa a su lado y un grupo de soldados con los uniformes de…

—¿Soldados de Doury Kasesh? —preguntó Yásid antes de lanzarse a correr, con su arma en la mano, hacia donde había visto la luz. Sus compañeros lo siguieron de inmediato y los tres comenzaron a dar voces de alto a los soldados que estaban dentro de los límites de Hienza sin ninguna clase de vergüenza.

—¿Cómo se atreven? —exclamó Shas—. Esto es una ofensa a mi amada señora Tjarina, bendita sea su magnificencia.

—El sagrado suelo de Hienza no puede ser manchado por sus sucias sandalias, malditos douryenses —agregó Burya.

—¡Ayuda! ¡Ayúdennos! —La voz de una muchacha que habló en prury, el idioma del extinto país vecino, se oyó lejana y urgente, y Yásid comenzó a debatirse entre ayudarla o mantenerse al margen. Si la chica era extranjera, no era correcto que interviniera en asuntos que no le concernían. Debía dejar que la apresaran y la devolvieran a su territorio, a eso lo sabía hasta el más ignorante de Hienza. Yásid se detuvo.

—No podemos intervenir —exclamó con la voz entrecortada. Burya y Shas frenaron sus pasos y lo miraron—. Debemos dejar que arreglen sus asuntos.

—¿Estás loco? ¡Está en problem…!

Un nuevo fogonazo, seguido de un fuerte viento caliente y cargado de arena, interrumpió la discusión.

—Es un maldito dragón —balbuceó Yásid.

Shas sin pensarlo un instante, se dio vuelta y se lanzó a correr hacia la chica, que seguía gritando por ayuda. Burya lo siguió de inmediato y Yásid continuó dudando por unos segundos más, hasta que al final terminó por imitarlos.

«Un dragón. En Hienza. Huyendo de los soldados de Doury Kasesh».

—¡Esto va a ser terrible para todos! —exclamó.

Burya llegó hasta la chica que corría en esos momentos muy por delante del dragón e intentó calmarla, aunque, cuando Yásid las alcanzó, se la veía en pánico, con la cara llena de lágrimas y el mentón temblando. La enorme bestia se detenía cada pocos pasos para enfrentar a quienes los perseguían y esos eran los fogonazos que los habían alertado. Viendo su figura recortarse entre las últimas luces de la tarde, Yásid vio a Shas rodear al enorme animal para cortar el camino de los soldados. Yásid se apresuró a seguirlo y él, antes de que Shas alcanzara a los hombres, se dio a conocer.

—Soy Yásid, príncipe de Hienza, y les ordeno que se detengan.

—¿Qué haces? —exclamó Shas, frenando su avance.

Los hombres rieron.

—¿Por qué estás en nuestro territorio, principito? ¿Acaso pretenden invadirnos?

—Están dentro de Hienza y no voy a tolerar…

La estridente risa de los soldados le impidió continuar hablando y Yásid se sintió indignado.

—¡Míralo al niño! Se dice príncipe y el bastardo ni siquiera conoce su propia tierra.

—Su majestad, nosotros nos encargamos. —Burya pasó por su lado, con sus armas en las manos, y Shas la siguió.

—No lo hagan. Deténganse ahora mismo —ordenó, pero fue ignorado, como de costumbre. Ni sus compañeros ni los soldados lo escucharon y sus aceros comenzaron a danzar. El dragón caminó hacia Yásid y se paró a su lado, haciendo que su cuerpo se paralizara y un sudor frío corriera por su espalda. Soltó un breve gruñido, miró hacia atrás, donde estaba la chica, y luego continuó avanzando hacia quienes antes los perseguían.

Yásid, sin tener conciencia de lo que ocurría delante de sus ojos, pudo salir de su estupor recién cuando uno de los soldados cayó cerca del dragón y este le partió la columna de un manotazo. Se giró a ver y la chica estaba acuclillada, abrazando sus rodillas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en prury cuando llegó hasta ella. La chica levantó el rostro y lo miró con los ojos inundados de pánico. Quiso levantarse y escapar, pero, cuando Yásid la tomó del brazo, la muchacha se paralizó—. No temas, no te haré daño. Mira, tu dragón está junto a mis compañeros. Él… me indicó que viniera contigo.

La chica no se movía y le recordó a una de las esculturas del Museo de la Miseria, la que retrataba el infierno que vivían los niños esclavos. Se preguntó qué cosas podrían haberle ocurrido para que sintiera tanto miedo de quienes intentaban defenderla.

—Tranquilízate, ¿sí? Haremos lo posible por ayudarlos y luego pueden seguir su camino. Nosotros no interferiremos en lo absoluto.

La muchacha empezó a jadear y Yásid decidió que lo mejor sería soltar su brazo, aunque lo hizo moviéndose muy lento para evitar que volviera a sobresaltarse. Una vez que se separó de ella, retrocedió un paso.

—No quiero asustarte ni hacerte daño. —Dejó su arma a los pies de la chica y continuó retrocediendo—. Puedes tomar mi espada si te hace sentir más segura.

—¿Por qué? —preguntó con la voz entrecortada—. ¿Por qué me ayudan?

—Porque pediste ayuda. —Yásid sonrió—. Porque estás sola y asustada, aun cuando tienes a un dragón contigo.

—Pero es chiquito, está flaco y tiene más miedo que yo. —Cerró los ojos unos momentos, como si se hubiera arrepentido de haber hablado de más. Yásid se sentó fuera del alcance de su espada, por si se le ocurría atacarlo, e intentó hablar con la mayor calma posible.

—No te preocupes, por favor. Seguiremos cada cual por su lado y no le diremos a nadie que alguna vez los vimos, ¿de acuerdo?

—Pero… ¿Por qué? ¿Qué me pedirás a cambio?

—Nada. —Yásid encogió los hombros.

—No te creo —Se lanzó sobre la espada y la tomó con ambas manos, que temblaban sin control. Yásid retrocedió y ella avanzó un

poco más, aún de rodillas—. Nadie hace algo sin esperar una recompensa.

—Pediste ayuda, chica —dijo tratando de mantenerse en calma.

—¡Suéltala ahora mismo! —Burya llegó hasta ellos y apuntó a la muchacha con su espada. La chica se puso de pie, sin dejar de amenazar al príncipe.

—Baja el arma, Burya.

—Mi señor…

—Dije que bajaras el arma. —Yásid miró a los lados de reojo y vio a Shas llegar. Ambos sostenían las espadas listas para atacarla si se acercaba más a él. El dragón pasó junto a ellos y se aproximó a su compañera. Soltó un bufido cargado de humo y la chica lo miró por un instante, aunque volvió la vista a Yásid.

—¿Qué quieren de nosotros? —Se acercó más aún al príncipe y el dragón volvió a gruñir. La chica lo miró, sin bajar el filo—. Dragoncito…

El dragón abrió la boca y un sonoro gruñido, acompañado de una bocanada de humo, salió de sus fauces, directo hacia ella.

—Estás loco, dragón. Ellos…

El dragón le golpeó el brazo con el morro y se interpuso entre la espada y Yásid. Burya se acercó a él y lo ayudó a ponerse de pie.

—Esa maldita chica acaba de amenazarte…

—Déjala.

—Señor, ella…

—Que la dejes, Burya. Está asustada, es comprensible.

—¿Comprensible?

Yásid puso los ojos en blanco y, luego, miró a Shas. Su espada apuntaba al suelo y no prestaba atención a nada más que al dragón, que había apartado a la chica de ellos. La muchacha parecía estar hablándole muy molesta y él respondía con grandes humaredas y algún que otro bufido.

—¿Qué pasó con los soldados de Doury Kasesh?

—Los mató el dragón, a todos.

—La chica dijo que tenía miedo —murmuró, confundido.

—Mira sus fachas —murmuró Burya—. Apuesto mis dos manos a que se crió en la calle, ¿crees que alguien así te va a decir alguna verdad?

—Tú te criaste en las calles, también.

—Es diferente, Yásid. A mí me educaron en el palacio desde los cinco años.

—Pues no lo parece, apresurándote a juzgar a alguien tan a la ligera. —Burya resopló y Yásid sonrió—. Déjala en paz, ¿quieres? Seguiremos nuestros caminos, cada cual por su lado y acá no ha pasado nada, ¿sí?

—Estás mal de la cabeza. Esa bestia podría seguir nuestros pasos y decapitarnos a los tres al mismo tiempo.

—¿Qué quieres hacer? ¿Matarlos? ¿Encadenarlos? ¿Llevarlos contra su voluntad a Barzy? Déjalos que hagan sus cosas, Burya.

—Están escapando de los soldados de Doury Kasesh, algo malo deben haber hecho.

—Es un condenado dragón, Burya. Más vale que están escapando —dijo Shas—. Tiene heridas en todo el cuerpo, algunas recientes y otras ya cicatrizadas, y tiene la pata en carne viva por un grillete. No debe estar muy entusiasmado por regresar a su prisión, ¿tú qué opinas?

—Además, es una cría —agregó Yásid. Burya tomó una gran bocanada de aire y lo soltó despacio.

—Esto nos va a traer problemas.

—¿No puedes, simplemente, disfrutar del hecho de que hay un maldito dragón frente a tus ojos? —murmuró Shas—. En la vida has visto a uno y jamás podrás verlo otra vez. Míralo, carajo, y deja de molestar por una vez.

—¿No te das cuenta? Esa chica se robó al dragón y ambos están huyendo —respondió, impaciente—. Un dragón no es algo que cualquiera tiene, maldición. Pertenece a alguien importante, y seguirán buscándolo hasta que vuelvan a tenerlo en su poder. Si ese condenado bicho pertenece al Tjar, peor todavía. —Shas se cruzó de brazos y dejó de mirarla.

—Los dragones no *pertenecen* a nadie, Burya, son libres —soltó.

Burya lo miró apenas y, luego, a Yásid.

—Por un demonio, di algo.

—Ya dije. Seguiremos nuestros caminos. Si alguien pregunta si hemos visto a una chica y un dragón, diremos que no.

—¡Yásid!

—No diré nada más sobre este asunto. Nos vamos. —Yásid empezó a caminar hacia su campamento.

—Pero…

—Qué molesta puedes ser… —Se detuvo y la miró—. Esos soldados dijeron que estamos en Doury Kasesh.

—¿Y cómo demonios terminamos en Doury Kasesh? —preguntó Shas.

—No lo sé, su gloriosa majestad es el que lleva los mapas —respondió Burya de mal modo.

—No es que sea especialmente egoísta con los mapas… —se defendió Yásid—. Ustedes podrían haberse preocupado un poco más por nuestra ubicación, también.

—Pero tú…

—Ya, Burya… —dijo Shas y la muchacha cruzó los brazos en su

pecho.

—Como sea, tenemos que regresar de inmediato a nuestras tierras, porque si otra patrulla más nos encuentra aquí, sí que vamos a tener problemas. Nos encarcelarán y llevarán de regalo al Tjar. Si mi identidad se revela, estaremos en mayores problemas todavía. Debemos irnos ya mismo a Hienza.

Shas caminó hacia el campamento.

—Él tiene razón, debemos regresar.

—¿Y los dejaremos ir? ¿Sin más? —insistió Burya.

Yásid puso ambas manos en su cintura y miró hacia el cielo estrellado, con la paciencia a un paso de llegar a su límite.

—Ve con ellos, si quieres… —suspiró.

—¿Yo puedo ir con ellos? —exclamó Shas a lo lejos.

—Como gustes —respondió Yásid, sin más ánimos.

10 – Indra y el dragón

Su voz era calma y serena, parecía un sujeto confiable, pero la experiencia le decía que todos eran capaces de mentir y engañar. Indra quiso escapar de allí, aunque fue torpe y lenta, y el muchacho la tomó del brazo. Tenía que admitir que no le estaba haciendo daño, pero su solo contacto la paralizó por completo. Indra dejó de ser capaz de enfocarse en lo que estaba ocurriendo con el muchacho que tenía frente a ella, y su mente se fue a volar al aire caliente que le susurraba mentiras. Sin embargo, el viento que la arrullaba pronto se volvió helado y, en lugar de mentiras, la sumergió en las verdades que olvidó hasta ese momento. La celda de piedras, la maldita mesa inclinada, Bjasa, Rajesh, Mhena y su apestoso perro… El tormento, sin embargo, aumentó cuando recordó al cinti esclavo que iba a verla cada noche. Recordó que él le dio la muñeca de madera, el mensaje que tenía dentro, cómo sus ojos se achicaban al sonreír. Sus ojos grises y tristes… No sabría de él nunca más y su corazón se encogió un poco más cuando se dio cuenta de que él no supo que se la llevaron de la prisión. Recordó que la noche siguiente a la que escapó con el dragón fue la luna negra, y él dijo que iba a ayudarla a salir de allí cuando eso ocurriera. Ni siquiera sabía si lo reconocería si lo encontraba alguna vez, porque nunca pudo ver su rostro.

Su respiración se agitó sin ser consciente de ello y debió haber asustado al joven, porque él soltó su brazo y se apartó despacio.

—No quiero asustarte ni hacerte daño. —El muchacho habló e Indra regresó a la noche en el desierto; puso su arma frente a ella y se alejó—. Puedes tomar mi espada si te hace sentir más segura.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz, pues parecía que las palabras se le atoraban en la garganta—. ¿Por qué me ayudan?

—Porque pediste ayuda. —El muchacho sonrió con calma—. Porque estás sola y asustada, aun cuando tienes a un dragón contigo.

—Pero es chiquito, está flaco y tiene más miedo que yo. —Indra se arrepintió ni bien terminó la frase y quiso golpearse a sí misma, por bocona. Estaba hablando de sus debilidades frente a alguien que podría aprovecharse de ellos en cualquier momento. El joven se sentó alejado de ella y su voz seguía transmitiendo calma y seguridad, aunque ella no creía ni media palabra de lo que decía.

—No te preocupes, por favor. Seguiremos cada cual por su lado y no le diremos a nadie que alguna vez los vimos, ¿de acuerdo?

—Pero… ¿Por qué? ¿Qué me pedirás a cambio?

—Nada. —Lo dijo con tanta naturalidad que no podía ser más que

una trampa.

—No te creo —Aprovechando que él estaba fuera del alcance de la espada, Indra se abalanzó sobre ella, dispuesta a asesinarlo si se acercaba—. Nadie hace algo sin esperar una recompensa.

—Pediste ayuda, chica —respondió.

—¡Suéltala ahora mismo! —La joven del cabello trenzado que minutos antes la había alcanzado para calmarla, se acercaba furiosa y apuntando a su pecho. Indra se incorporó y trató de que sus nervios no la traicionaran.

—Baja el arma, Burya —dijo el joven, que continuaba sentado.

—Mi señor…

—Dije que bajaras el arma.

Su otro compañero se arrimó a la joven y ahora los dos estaban amenazándola con sus espadas. Pensó que su corazón se detendría y moriría de terror antes de que ellos fueran capaces de herirla, pero para su alivio, el dragoncito llegó hasta ella y la calmó con un sonoro bufido.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó con mucha más seguridad y el dragón volvió a gruñir. Lo miró, confundida, porque parecía estar regañándola—. Dragoncito…

El dragón abrió la boca y, con un horrible gruñido, la cubrió de humo. Estaba molesto, ya había aprendido a reconocer sus expresiones. Sí, ellos los ayudaron a detener a los soldados, pero no significaba que fueran del todo confiables.

—Estás loco, dragón. Ellos…

El dragón le dio un golpe en el brazo, haciendo que desviara la espada y se interpuso entre ella y los demás, para alejarla. Tal vez quería protegerla evitando que hiciera alguna estupidez, pero parecía más dispuesto a defenderlos que a escuchar sus razones.

—No sabemos qué clase de gente son, dragoncito. No podemos, simplemente, confiar en cualquier humano que se nos acerca. —El dragón soltó otra columna de humo como respuesta—. Terco, las personas son malas por naturaleza, ¿o crees que quienes te hirieron así eran buenos? ¿Y lo que me hicieron a mí? No, dragoncito. Mátalos y…

Una llamarada incendió una mata de pasto que había a su lado e Indra saltó, asustada.

—¿Qué demonios…? Si quieres ir con ellos, entonces hazlo, yo me iré al maldito infierno, porque no puedo regresar a Dkol nur Shana. Me van a matar apenas ponga uno de mis sucios pies allí.

El dragón acercó su boca llena de dientes a su rostro y soltó un largo, suave y profundo gruñido con olor a azufre que le hizo vibrar las entrañas. Pudo ver una braza rojiza al final de su garganta y su cuerpo se bañó de sudor.

«¿Se puede ser tan idiota como para discutir con un dragón? Se

puede, el problema es que él te puede carbonizar antes de qué sepas qué está sucediendo».

Indra estiró la mano y la puso en el espacio entre las púas que tenía alrededor de las fosas nasales, justo por donde la gota de sangre dorada se había deslizado hasta devolverle la vida. El dragón cerró la boca y, también, sus párpados ocultaron sus ojos rojos por unos instantes.

—Sé que quieres cuidarnos, pero… ¿De verdad tú crees que podemos confiar en ellos? —Bufido suave—. ¿O son unos patanes que quieren capturarnos? —Gruñido humeante—. Le devolveré la espada al muchacho, y seguiremos nuestro camino, entonces.

Bufido.

Indra asintió. Se acomodó los vestidos lo mejor que pudo y se dirigió al grupo de jóvenes, que estaban alejándose hacia una fogata que ya no era más que una pequeña montaña de brasas.

—¡Esperen! —Indra levantó la espada por sobre su cabeza para llamar su atención.

El muchacho que había hablado con ella se detuvo y la chica que lo acompañaba volvió a desenfundar su espada. Él le puso la mano en el brazo, mientras ella se quejaba.

—Gracias —dijo en cuanto estuvo cerca—. Les agradecemos que nos hayan ayudado.

—No fue nada —dijo el muchacho.

Indra puso ambas palmas hacia arriba, con la espada sobre sus manos, y la dejó sobre la arena. Bajó la vista y retrocedió varios pasos antes de volver a mirarlos.

—Te devuelvo tu arma.

La joven resopló y se cruzó de brazos.

—¿Eres consciente de que amenazaste a…?

—Déjanos, Burya.

—¿Mi señor?

—Yo… Yo no soy muy buena con las espadas, de todas formas —se disculpó Indra, bajando otra vez la vista. Burya se acercó a ella y le golpeó el pecho con un dedo.

—No se te ocurra intentar nada, o te despellejaré viva, ¿me oíste?

Indra sintió que se le caía el corazón a los pies y su rostro debía verse terrible, porque la chica sonrió satisfecha.

—¡Burya! —La voz del joven alertó a ambas y Burya les dio la espalda para alejarse—. Perdónala, por favor. Hemos tenido algunas dificultades… —El joven sonrió—. No quiero agobiarte, que tú tienes tus cosas. Me alegra saber que ya te encuentras más tranquila.

—Gracias por ayudarnos, señor.

—No lo menciones. Pueden marchar en paz, no diremos a nadie que los vimos.

El compañero del muchacho llegó hasta ellos y habló en un idioma que ella no comprendió. El joven, que parecía ser quien daba las órdenes, escuchaba con atención lo que el otro decía, sin interrumpir. Al final asintió y la miró.

—Shas, mi amigo, quiere saber si puede acercarse a tu dragón.

Indra no supo qué responder. Al dragón le caían bien, pero no sabía si sería seguro hacerlo.

—No es mi dragón. Nos encontramos, nada más, y quiero ayudarlo a regresar a su hogar.

—¿Puedo? —preguntó Shas, ansioso, e Indra encogió los hombros.

—Ten cuidado. Háblale desde antes de estar cerca. Si suelta humo, aléjate —dijo Indra y Shas sonrió—. Perdón, es lo único que conozco de él hasta ahora.

El muchacho asintió y se alejó corriendo hacia donde el dragón estaba echado en la arena. Lo vio detenerse a una prudente distancia y hablarle con calma; al parecer había bufado, porque Shas se acercó algunos pasos más y se acuclilló frente a él.

—Mi nombre es Yásid —se presentó tras comprobar que no habría problemas.

—Indra.

—¿Cómo planean llegar al norte?

—Nos arreglaremos —respondió Indra y Yásid asintió.

—Shas cree que deberíamos ir con ustedes. —Indra abrió mucho los ojos y él levantó ambas manos—. No te asustes, no lo haremos si no quieren. Solo que… No llevas armas y parece que tienen a gente bastante poderosa persiguiéndolos.

Indra se debatió entre contarle cómo lo conoció y guardar silencio. Necesitaban ayuda, eso era tan cierto como que el sol salía cada día…

—Gracias. Estaremos bien. No me gustaría agradecerles pidiendo que pongan sus vidas en riesgo por nuestra causa.

—Bueno, Shas los acompañará, si se lo permiten. Siempre ha admirado a los dragones y conoce mucho sobre ellos. Notó que está herido…

Indra frunció el ceño. Haber recuperado sus recuerdos, también, la devolvió a su desconfianza habitual. Seguro que querrían algo a cambio y a ella no le agradaba la idea de deber favores.

—Comprendo, le diré que no quieres —se disculpó Yásid de inmediato.

—No es eso. Solo que es extraño… que me ayuden —respondió. Necesitaba que alguien se encargara de la herida del dragón, porque eso no se iba a curar solo.

—Quizá el dragón cambió tu suerte. —Yásid sonrió—. Ven,

seguro quieres cenar y no creo que Shas les permita marcharse aún. Quiere curar la pata del dragón antes de que la herida se eche a perder.

—Tu compañera no estará de acuerdo.

—Burya es malhumorada por naturaleza, no le hagas caso.

—Es que a ti no te amenazó con despellejarte vivo —murmuró.

—La mantendré en su lugar, no te preocupes. —Volvió a sonreír e Indra se preguntó por qué siempre sonreía.

◆◆◆

El dragón abrió un ojo y vio que el humano que había luchado valientemente a su lado, cuando los soldados los perseguían, se acercaba a él. Olía a nerviosismo, a sudor y a ansiedad. Podría habérselo comido, porque lo cierto era que ya tenía hambre, pero era valiente y lo había ayudado. No sería honorable de su parte cenárselo.

Le habló, con la voz temblando. Quería acercarse a mirar su magnificencia. El dragón irguió la cabeza con orgullo, y bufó complacido. Al fin había alguien en esas tierras que sabía reconocer y apreciar lo que realmente era. La cría humana lo trataba como a un igual, pero no podía reprochárselo después de que le salvó la vida. Los humanos de la cueva lo odiaban y lo lastimaron desde que lo vieron por primera vez. Grabaron a fuerza de golpes y sangre el miedo en su sangre, a pesar de que era un animal poderoso que no debería temer a nadie en el mundo. Antes no estaba seguro de nada, pero la cría humana le había mostrado la libertad y la seguridad de que crecería. Cuando eso ocurriera, llevaría la destrucción a las ciudades y a todos sus habitantes. Lo odiaron desde pequeño sin ninguna clase de motivo, pero después de que sus hogares fueran arrasados, tendrían razones para hacerlo.

El dragón ronroneó complacido por sus ocurrencias y el joven se asustó. Estuvo hablando, pero él no le puso nada de atención, tan enfrascado como estaba en imaginar a las ciudades siendo meras montañas de escombros ardientes.

—Está bien si no quieres que te cure… Aunque mañana volveré a preguntártelo. No me gustaría que perdieras una pata.

«¿Perder una pata?»

El dragón se incorporó y el humano retrocedió sobre su trasero. Se miró las patas, todas ellas huesudas y ridículas, hasta que vio la que había tenido la cadena. Sí, estaba horrible. Picaba y ardía, y no dejaba de brotar sangre de la herida.

Cuidando de no golpear al humano con la cola, retrocedió y puso la pata frente a él. El humano seguía donde estaba, petrificado, oliendo a sudor y a miedo. El dragón se dejó caer en la arena y sus

articulaciones crujieron. Se estiró, apoyó la cabeza sobre la arena y estiró la pata, pero el humano no reaccionaba. Se incorporó, lo miró y soltó un bufido. El humano lo miró y el dragón volvió a recostarse.

Pasó un buen rato hasta que dejó de exudar miedo, y otro poco más hasta que lo escuchó moverse. El dragón levantó levemente la pata herida, una costra crujió, se resquebrajó y volvió a sangrar. El humano maldijo y se apresuró a acercarse a él, hablando con calma.

—Sí que está feo… Necesito ir por mis cosas, vendré enseguida.

El humano se lanzó a correr hacia donde se encontraban los demás y él, impaciente y ansioso como era, no se iba a quedar esperándolo allí, solo y en medio de la nada. Se incorporó y corrió detrás. La cría humana y los otros dos jóvenes se asustaron cuando los vieron y la mujercita del cabello trenzado sacó su espada.

—Déjate de idioteces, Burya —dijo el joven sanador—. Vengo a buscar mis cosas para curar su… ¡Ah!

El joven sanador no había oído que él lo seguía y cayó al suelo cuando lo vio correr detrás. El dragón se detuvo, soltó un largo suspiro y se sentó en sus patas traseras. Esperó hasta que se tranquilizaron y la cría humana se acercó a él.

—No debes asustar a la gente de esa forma —le reprochó. El dragón miró hacia un lado solo para no cenársela en ese instante, por atrevida. Una bocanada involuntaria de humo salió de sus fosas nasales—. ¡Insolente! El joven te quiere curar, no te comportes así.

Más humo, pero esta vez a consciencia. Quería asegurarse de que comprendiera que no podía hablarle de esa forma, con tanta soberbia. Se giró despacio y bajó la cabeza para poner sus ojos a la misma altura, pero, en cuanto la miró, quiso reír. Era tan gracioso verla *enojadita*, tan pequeña, flacucha y decidida. El joven sanador se acercó a la cría humana, la tomó del brazo y, de un tirón, la arrojó a la arena, lejos de su alcance.

—Cálmate, grandioso animal —susurró el valiente muchacho.

El dragón no pudo contenerse mucho más y la risa escapó de su cuerpo. Era la primera vez que reía y se sentía asombroso hacerlo. Apenas pudo prestar atención a lo que los humanos hacían, pero olió el temor en sus cuerpos. Los miró y vio que tenían las espadas en sus manos y estaban alejándose despacio de él. El dragón volvió a reír, aflojó sus piernas y su vientre golpeó en la arena. El murmullo que salía de su garganta se hizo más fuerte y abrió la boca para poder respirar mejor, porque sentía que se ahogaba. Unas pequeñas luces, como luciérnagas, salieron de entre sus dientes y se dispersaron en su alrededor. Por unos momentos flotaron en el aire, para luego esfumarse con la brisa.

—¿Se está muriendo? —Burya se veía atemorizada.

—Creo que… está riendo —dijo Shas.

—¿Los dragones se ríen? —preguntó Indra, incrédula.

—Parece que sí —respondió Shas.

—Vaya… Eso sí que es raro. —Indra se acercó al dragón, que se removía en el piso mientras un murmullo lleno de chispas brotaba de su garganta—. ¿Te encuentras bien, dragoncito?

Él interrumpió su espectáculo para soltar un bufido y, luego, continuó en lo suyo. Indra miró a los demás.

—Al menos dice que está bien. —Regresó a donde estaba sentada antes que el dragón apareciera con sus extraños comportamientos y se lamentó al ver que la lagartija que estaba cenando se había caído en la arena. Le daba vergüenza abusar de la hospitalidad de esos jóvenes desconocidos, por lo que se sentó a observar al dragón, para olvidarse que apenas había comido dos bocados.

Su compañero continuaba haciendo ruidos extraños con la garganta, parecido al ronroneo de los gatos, pero por lejos más profundo y estruendoso. Los hienzenses, en cambio, se tomaron algo más de tiempo en aceptar que el dragón estaba bien.

Shas se acercó a él cuando al fin se calmó del todo, con un bolso de cuero colgado en el hombro; sacó un montón de frascos y cajas de diferentes tamaños y pidió a Burya que acercara una rama encendida para poder ver mejor. La muchacha no quiso hacerlo porque tenía miedo del dragón, por lo que el animal se incorporó y abrió la boca. La brasa que descansaba al final de su garganta iluminó lo suficiente a Shas y sus artículos y el joven sanador aplaudió por la sorpresa. El dragón pareció ganar dos palmos de altura al erguirse, aunque se cuidó de no quitarle la luz a su admirador.

—Vaya. Míralo como disfruta con los halagos —rio Yásid.

Esta vez Indra sonrió. Tal vez no era mala idea tener algo de compañía. El norte quedaba lejos, ella no conocía el camino, tanto el dragón como ella eran miedosos y nada hábiles para enfrentarse a alguien y sería cuestión de días hasta que los capturaran y los llevaran a pudrirse en un calabozo, en el mejor de los casos. Y sin saber por qué, la mente de Indra se llenó de algo parecido al miedo y la desesperación, al recuerdo de tener su cuerpo atado otra vez a la apestosa mesa inclinada. Recordó el dolor insoportable en la cabeza y la ceguera, y el temor a volver a estar en la misma situación la paralizó.

Sin tener contacto alguno con la realidad ni con lo que estaba haciendo, comenzó a rascarse los antebrazos de forma frenética, haciendo que sus uñas retrocedieran llevándose con ellas parte de su piel.

—Detente. —Yásid, al verla, le tomó una mano y ella gritó,

espantada. Cayó de espaldas sobre la arena y el dragón rugió. Shas, que estaba junto al animal, quedó tendido en el suelo, Burya retrocedió y tomó a Yásid del brazo para arrastrarlo tras ella.

En un solo salto, el dragón se paró sobre Indra, para protegerla con su cuerpo. Recién en ese momento, la muchacha se dio cuenta de lo que ocurría, al ver sobre su cabeza el vientre hundido del dragón. Se percató, también, que sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas y los ojos le ardían.

—Estoy bien —murmuró, avergonzada—. Perdón. Perdónenme, no sé qué me ocurrió.

«¿Desde cuándo eres tan sensible, maldita seas?»

Secó su rostro, salió de debajo del dragón y se paró a su lado, le acarició el morro y miró a los demás, que los observaban entre atemorizados y asombrados.

—Será mejor que nos vayamos ahora, no me gustaría que alguien saliera herido por mi culpa. —Indra no esperó a que dijeran algo más—. Vamos, dragoncito.

Se dio la vuelta y se alejó. Trató de pensar en cómo habían sucedido las cosas, qué había pasado para que el dragón quisiera protegerla y, lo más importante, de quién quiso protegerla. Pero, por más esfuerzos que hizo, no logró sacar nada en limpio. Su mente pasaba de ver a Shas curar al dragón a lo que había ocurrido en las celdas de Dkol nur Shana y, luego, ver el vientre del dragón sobre ella.

—Gracias, dragoncito —susurró y él respondió con un bufido.

Caminaron durante toda la noche y, cuando el oscuro velo comenzó a retroceder, empezaron a buscar un lugar donde dormir. Seguirían el río por unos días, aunque hacerlo significara adentrarse en Hienza y, luego, seguirían hacia el norte.

Encontraron un grupo de rocas altas y que parecían un laberinto de piedras rayadas, y se internaron en ellas. Sería un buen sitio para pasar el día al resguardo de quienes fueran que estuvieran persiguiéndolos, si es que había alguien que les siguiera los pasos.

Como al día anterior, el dragón la protegió con sus alas de los fuertes rayos de sol y ambos durmieron hasta media tarde. Indra despertó con la cabeza llena de cosas, recordando un par de ojos grises y más que nunca deseó tener un puñado de polvo de estrellas para perder la consciencia por un rato más o, al menos, acallar sus pensamientos un poco. La noche anterior había recordado todo de golpe y, la verdad, estaba mucho mejor cuando no sabía qué carajos le había sucedido para terminar en la cueva del dragón. Eso le atormentaba mucho menos que conocer la realidad, que recordar que Rajesh no sabía nada de ella hacía casi dos meses, que casi pierde la vida en la maldita mesa inclinada, que no pudo despedirse del cinti, el único que la mantuvo atada a la cordura en su tiempo en la cárcel. Y

alimentada, valía decirlo, también.

Indra no quería pensar demasiado. Nunca quería hacerlo y por eso se atiborraba los sentidos con esa mierda de polvo. Sabía que era una porquería y que haberlo probado fue el peor error de su vida, pero ya estaba arruinada. Ella, su vida, su cabeza… Y le parecía seguir viendo esos tristes ojos grises.

Recordó la muñeca de madera y sonrió. Tomó su atado de telas, rogando a Vari no haberla perdido en la huida, y buscó hasta que dio con ella. Al notar que se movía, el dragón plegó su ala y la muchacha sacó la muñeca a la luz. Unas manchas parduzcas habían robado los colores del vestido y en un primer momento pensó en deshacerse de él, pero luego creyó que era mejor lavarlo. Después de todo, el cinti lo había hecho y quería conservarlo. Pasó un dedo por el pequeño rostro pintado con dos puntos negros y una sonrisa, y se preguntó qué estaría haciendo el muchacho.

«Espero que esté a salvo».

Después de un rato, guardó la muñeca y se levantó a hacer alguna cosa, antes que los pensamientos acabaran con ella; decidió ir a ver si a los alrededores se veían las columnas de humo. Tenía que alimentar al dragón de alguna forma, aunque eso significara robar el ganado de los aldeanos, porque temía que él empezara a verla como su desayuno.

Encontró lo que buscaba y, cuando la noche venció al día, se dirigieron hacia allí. Dejó al dragón antes de llegar al alcance de los ojos de los vigías, tomó la cuerda ensangrentada con la que había arreado a la vaca el día anterior y corrió el último trecho para acercarse a ver con más detalle.

Se trataba de un asentamiento nómada y esos cabrones iban armados hasta los dientes. Si la llegaban a ver merodeando allí, no tendría escapatoria en lo absoluto. Se sentó en la arena por unos momentos a meditar su decisión y, de paso, a observar los movimientos de la gente. El campamento estaba casi en silencio y se veían a muy pocas personas circulando entre las tiendas. Encontró a un par de personas ocultas entre las sombras, por lo que dio un rodeo para ver a dónde tenían los animales y si había alguien custodiándolos.

Un cercado de espinos, casi tan alto como ella, resguardaba a un numeroso grupo de animales gordos y saludables. Había dos hombres recostados frente a una fogata, de espaldas al ganado y eso era todo. Le pareció extraño que no tuvieran perros, pero era mejor así. Odiaba a los perros, por ruidosos y pulguientos.

Se acuclilló frente al cerco, aunque a una distancia prudente, y siguió analizando la situación. Si se acercaba a los animales, estos comenzarían a mugir y alertarían a los hombres. Tenía nulas posibilidades de llevarse a alguno de los bichos sin que la atraparan,

pero el dragoncito necesitaba alimentarse.

—Mierda.

Era mejor regresar antes de que la vieran por ahí y quisieran cazarla como a un maldito animal salvaje. Se incorporó y volvió a correr hacia donde había dejado al dragón.

—No pude traerte nada, dragoncito, perdóname. Son nómadas y cuidan muy bien a sus animales.

Él le respondió con un bufido y se levantó de la arena para continuar el viaje. Había dejado la cola del dragón apuntando hacia donde el sol se había puesto, para que le fuera más fácil ubicarse. Miró hacia el cielo para encontrar a algún astro que le sirviera de referencia y, con las estrellas sobre sus cabezas, se encaminaron hacia el norte.

11 – Akram

Dkol nur Shana

Akram tomó una bolsa de cuero y la abrió. El olor a sangre fue una bofetada a sus sentidos. Después de tantas veces que lo había hecho, tendría que estar acostumbrado, pero no era el caso. Detestaba ese olor.

Introdujo la mano y extrajo de su interior un cuerpo pequeño, frío y pálido. Todavía no había terminado de formarse y su piel era casi transparente, por lo que podían verse cada una de las venas del feto. Un grueso cordón blanquecino salía de mitad de su vientre y lo unía a un saco de carne violácea.

Conteniendo las náuseas, Akram tomó una navaja y, mientras recitaba las palabras que iniciaban el rito, separó los miembros y la cabeza del torso. Se aseguró de conseguir un feto humano, porque no quería que su hechizo fallara de ninguna forma posible, y era sabido que Birha valoraba mucho más a los humanos sacrificados que a los animales.

Cuando terminó, colocó todo entre las brasas de una fogata, para que se consumiera por completo, sin dejar de rezar las oraciones de Birha, el dios de los kanafi, quien recibía su sacrificio para otorgarle el poder de trasladar su voluntad a otra persona.

Luego, pasó las manos sobre las llamas para quitarse el olor y la sensación de haber sostenido *eso*, intentando no pensar en su procedencia. Había niños que morían en los vientres, pero también había de los que fueron arrancados de las entrañas de sus madres. El tráfico de nonatos era uno de los más peligrosos y, por ende, uno de los que más dinero movía en los barrios bajos de Dkol nur Shana. No solo los kanafi utilizaban niños no nacidos, sino también los yadugari, que hacían pociones, brebajes y talismanes, y los paraki, los bailarines de la muerte. Él mismo había abierto varios vientres, cuando no conseguía lo que necesitaba de un traficante. Los días previos a la luna negra las mujeres embarazadas se quedaban encerradas en su casa lo más posible, pero Akram siempre tenía a un par en la mira, por si los traficantes le fallaban.

Le dio la espalda al fuego y vio que frente a sus ojos tenía todo lo que necesitaba para realizar su hechizo. Se las ingenió para conseguir la sangre de la luna del ama Jaya y no le costó nada hacerse con un par de sus cabellos. No necesitaba de los libros, se sabía las oraciones y los pasos de memoria. Además, el amo Uzair le había dado mucho dinero para que consiguiera lo necesario para hechizar a Indra y

obligarla a hablar, pero él tenía otros planes.

Sería libre y era gracias a ella, a que le dio un mínimo de atención y le abrió los ojos. Si ella no lo hubiera golpeado, no se hubiera dado cuenta de que le dolía más el alma, destruida por años de maltrato, que el golpe que recibió de su parte esa noche. En ese momento exacto fue consciente de lo miserable que era su existencia y que su destino nunca cambiaría si él no hacía algo al respecto, porque era un esclavo, porque los esclavos se heredaban a los hijos de los amos, porque Akram era joven, fuerte, capaz y porque le quedaba bastante vida por delante. Pero, principalmente, porque era un cinti kanafi. Cualquiera diría que tener el conocimiento y la habilidad de hechizar a las personas para que cumplieran su voluntad, era una ventaja que otros esclavos quisieran tener, pero eso no le evitaba los maltratos, no le daba más libertad ni le quitaba el miedo. Su vida le pertenecía a su amo, por sobre todas las cosas.

Akram se sacudió los pensamientos, porque necesitaba estar concentrado. Hacía más de una década que en cada luna negra, hechizaba a alguien, pero cualquier mínimo error durante el ritual podía arruinar la efectividad de la orden que diera.

El olor de la carne quemándose era casi tan insoportable como los nervios que sentía, por lo que volvió a mirar en qué estado estaba y comprobó que las formas ya casi no se distinguían entre los troncos rojos que alimentaban el fuego. Tomó el cuero de oveja que había robado de los aposentos del ama Jaya y lo colocó sobre lo que quedaba del nonato, para que se consumiera también. El olor de la lana chamuscada le llegó de inmediato, y se mezcló enseguida con el humo que ya inundaba la estancia.

«No puedo permitir que Indra regrese aquí nunca más, no después de esto».

Buscó en su bolso nuevamente y extrajo un *kadif*, como se le llamaba al muñeco tallado en madera, y un trozo de tela plegada, en cuyos dobleces había puesto los largos cabellos del ama Jaya. Con su daga talló en la figura de madera un hueco que pretendía ser una boca abierta. Tomó con cuidado los cabellos, los anudó hasta hacerlos una pequeña pelota y la introdujo en la boca que abrió previamente, mientras recitaba la oración de la *apertura de los espacios*, para que la distancia que lo separaba del ama Jaya no interfiriera cuando Akram le diera su orden.

Luego, se dirigió a la fogata, extrajo con cuidado las brasas y las cenizas de lo que había quemado, y las colocó dentro de un cuenco de cerámica. Puso sobre ello un puñado de hojas secas del *arbusto del sol*, previamente trituradas, y estas comenzaron a quemarse y a llenar todo de un humo anaranjado. Cuando el humo cesó, se pasó el filo de la daga por la palma de la mano y dejó caer la sangre de su herida sobre

las cenizas. Apretó la mano varias veces, para que el líquido continuara saliendo y cubriera toda la superficie. Mezcló los elementos hasta que se formó una pasta y, cuando esta se volvió homogénea, se detuvo.

«Espero que esta sea la última vez».

Akram respiró profundo, tomó un poco de la pasta con los dedos y se la llevó a la boca; a pesar del asco y la repulsión que le provocaba hacerlo, debía ingerir todo el contenido del cuenco para que su hechizo fuera efectivo.

Cuando terminó, arrojó la figura de madera a la fogata y, ni bien lo hizo, sintió que por sus venas comenzaban a correr ríos de lava. Todo el cuerpo le ardía, por dentro y por fuera. Se arrancó la camisa, porque sentía que tenía fuego en la piel, pero no pasó mucho hasta que se desnudó por completo. Sus ojos empezaron a ver manchas de colores en todas las superficies y oía un extraño zumbido que, sabía, no existía.

—Jaya —dijo, y su voz sonó cavernosa y aterradora—, olvídate de la existencia de Akram y asesina a los esclavos. El odio y el rencor llenarán tu cuerpo de deseos de asesinar a tus hijos y a tu esposo, y lo harás. Esperarás en tu casa hasta que los soldados vayan a apresarte; les dirás que los odiabas y por eso lo hiciste. Cuando estés en tu celda, te quitarás la vida. Esa es mi voluntad y la cumplirás.

La fiebre alcanzó su cabeza ni bien terminó de recitar su orden y el cuerpo se le enfrió de forma alarmante. Temblaba y sudaba, se sacudía y murmuraba alguna cosa que nunca iba a recordar.

Despertó cuando era de noche. El fuego se había consumido, pero la luz de las antorchas de la calle entraba por las pequeñas ventanas, dibujando parches ovalados en el suelo por el que alguna vez caminó Indra. Akram extendió la mano y acarició las piedras.

—Indra —susurró.

Se sentía mareado y entumecido por la magnitud de su hechizo, porque la sangre de la luna de una mujer era más poderosa que cualquier otra y porque la orden que dio tomaría las vidas de muchas personas. No quería pensar demasiado en ello, pero lo hacía. Decenas de personas tuvieron que morir para que él obtuviera su libertad.

«¿Qué pensará Indra de mí cuando sepa todo lo que hice?»

Recordó el rostro de la muchacha, sus enormes ojos negros, tristes y apagados, la cicatriz que le cruzaba la frente y le hacía caer un poco el párpado, su piel color canela, su largo cabello oscuro. Siempre estaba sucia y vestía más miserable que él, pero Akram robaría el oro del amo y le daría a Indra todo lo que merecía. Los mejores vestidos, las mejores sandalias, los mejores perfumes, la cuidaría del sol y del viento, si fuera necesario. Buscaría un buen esposo para ella, aunque se le quebrara en mil pedazos el corazón, porque no podía dejar que

Indra lo viera más que como su protector. Cualquiera que expresara físicamente su amor a un cinti, estaba condenado a sufrir una enfermedad que le consumiría la vida en cuestión de meses. Así lo quisieron las estrellas cuando dejaron sus dones en la tierra, así lo quiso el primer cinti, quien aceptó vivir sin amor a cambio del poder que iba a obtener.

El amor nunca le importó a Akram, porque creció conociendo primero la estricta crianza de su padre y, luego, la crueldad de su amo y la de su maestro. ¿Quién tenía tiempo de pensar en algo que no conocía, siquiera, de lejos? No, Akram tenía que pensar en recordar absolutamente todo lo que se le dijera para no molestar a los amos, tenía que leer sus expresiones, sus tonos de voz y sus gestos para evitar una paliza. Sin embargo, se dio cuenta con el tiempo de que era en vano; lo golpeaban sin razones o por nimiedades. No lo mataron porque era un kanafi, pero estuvo a un paso de irse al infierno unas cuantas veces.

Sin embargo, Indra lo hizo sonreír, lo hizo pensar en la libertad y lo hizo feliz sin siquiera saberlo, y se dio cuenta de que el amor era más importante que el poder, que cualquier otro poder que se pudiera desear.

Akram se incorporó despacio y buscó la claridad. Necesitaba dejar de pensar, por un lado, y ver qué tan efectivo había resultado su hechizo, por otro. Se acercó a la vacilante y débil luz que entraba por las ventanas y examinó su cuerpo, aunque su vista todavía estaba alterada por lo que había ingerido.

Su pierna izquierda tenía una extensa mancha oscura que empezaba en el pie y terminaba arriba de la rodilla. No le faltaba mucho a Jaya para completar su tarea y Akram siguió contemplando su pierna por el resto de la noche y todo el día siguiente, con la impaciencia de alguien que estaba viendo cómo le cortaban las pesadas cadenas de la esclavitud.

Akram olvidó, en su prisa, que sus amos tenían una hija que dejó la ciudad hacía más de cinco años para convertirse en esposa de un mercader de la vecina ciudad de Manai.

12 – Baddi

—Mira, conseguí *estrellas dulces* —dijo, entusiasmado. Renjy dejó la bandeja con frutas cortadas en la mesa frente al diván en el que su esposa estaba recostada. Baddi le dedicó una mirada de agradecimiento y regresó su vista, apática, al cielo que veía a través de la ventana—. Tuve que sobornar al frutero y pasar por encima de dos personas para poder hacerme con las últimas que quedaban. No estamos en estación y sé que son tus favoritas.

Se sentó junto a ella y tomó un plato, donde colocó algunos pequeños cubos de una fruta de pulpa amarilla. Quiso ponerlo en sus manos, pero ella no movió ni un solo músculo.

—Baddi, tienes que comer algo —dijo serio, esta vez—. Tres días sin meter ni siquiera agua a tu cuerpo, va a terminar por matarte.

—Es que no lo entiendo —susurró, con los ojos puestos en la ventana—. Madre nunca odió a nadie, menos a su familia.

—Tu padre era un bastardo…

—Lo sé, pero si ya no lo toleraba, lo hubiera matado a él, nada más o podría haberlo dejado. ¿Por qué mató de esa forma a mis hermanos? —La voz le falló e hizo una pequeña pausa—. No lo entiendo. ¿Y por qué a todos los esclavos?

Renjy la abrazó y ella permaneció en silencio por un rato.

—No vi el cuerpo de Akram. —Baddi se incorporó—. El cinti de mi padre no estaba entre los muertos. —Se puso de pie y caminó hacia el vestidor—. Dile a mi doncella que venga.

—¿Qué harás?

—Necesito ver a los esclavos.

Renjy caminó tras ella.

—Amor mío, ya los sepultaron.

—Pues, que abran las tumbas. Quiero ver si Akram está entre los muertos o si él fue el causante de todo esto.

—¿Cómo crees? Los esclavos nacen para ser esclavos. Además, Akram no podía hacer nada sin el permiso de tu padre.

—Necesito ver si está entre los muertos, Renjy. Necesito hacerlo ahora, antes que los gusanos no dejen nada de ellos que pueda reconocer.

—Si preguntas a quienes sacaron los cadáveres de la casa, te lo dirán y así te ahorrarías el mal momento. Los kanafi tienen sus cuerpos manchados, es imposible que haya pasado desapercibido. Y dudo que siendo esclavo de tu padre no tenga ninguna mancha…

—Cuando dejé la ciudad, ya tenía su dedo azul, y manchas en la

espalda.

—No me extraña en lo absoluto.

—Nadie lo mencionó —dijo y comenzó a desvestirse por sí sola—, y como nadie lo mencionó hay dos opciones: no se dieron cuenta, algo que realmente dudo, o no estaba allí.

—Iré yo —dijo en un momento de valentía, aunque pareció arrepentirse al instante—. Tú… Tú descansa.

Baddi le tomó el rostro entre sus manos y lo miró a los ojos. Sí, estaba arrepentido, porque su piel morena se puso pálida con solo pensar en ir a ver los cuerpos de los esclavos. Le dio un beso en la mejilla y, luego, lo abrazó.

—Pero… te descomponen los cuerpos, Renjy.

—Ayer mismo los viste. A toda tu familia. No puedo dejar que pases por algo así otra vez.

—No veré a mi familia, nada más a los esclavos.

—Yo tendría que tener los huevos que hacen falta para…

—No tienes que demostrarme nada. Sé quién eres y cómo eres. Me obligaron a casarme contigo, pero me fue imposible no amarte, a pesar de mi resistencia a creer que algo bueno podría salir de un matrimonio arreglado. Hay quienes nacieron para rondar la muerte, pero tú eres bueno para otras cosas… Eres inteligente, leal, hábil en los negocios y un gran administrador. Eres un gran padre y un mejor esposo. Yo… Yo tengo estómago para ver muertos. —Baddi se separó de su esposo y siguió vistiéndose.

—Eres más que eso.

—Lo sé, pero es lo que me sirve en estos momentos.

—Iré contigo.

—De ninguna manera. —Renjy quiso protestar, pero Baddi no lo permitió—. Esta vez me toca a mí cuidarte. Regresaré apenas termine con todo esto.

◆◆◆

Las moscas que revoloteaban en el ambiente no tardaban más que unos pocos segundos en acercarse a los rostros de piel amarillenta y labios pálidos. Al parecer, olían la corrupción de la carne antes que los humanos.

—No es él —dijo después de haber visto al vigésimo esclavo de sus padres. El enterrador cerró la mortaja, volvió el cuerpo a la fosa y dos empleados comenzaron a tapar la tumba otra vez. Faltaba otra veintena para terminar y ya se sentía asqueada; sin embargo, era una tarea que no podía posponer, porque las cosas serían peores si dejaba pasar más tiempo.

Veintiséis.

Treinta.

Treinta y cuatro.

Quedaban cinco más y las opciones de encontrar a Akram disminuían a la par que aumentaba su nerviosismo y su resentimiento hacia el cinti.

Akram y ella eran de la misma edad y crecieron juntos, pero en mundos distintos. Baddi sintió mucha curiosidad por ese niño que llegó de un rato al otro, con los ojos rojos y el rostro lleno de lágrimas. Más de una vez le pidió a su padre que la dejara jugar con él, pero Uzair era inflexible. La única vez que Baddi y él hablaron, su padre lo colgó de las manos en medio del jardín central y lo azotó hasta arrancarle la túnica y dejarle la piel de la espalda hecha jirones. Obligó a Baddi a presenciar el castigo y así aprendió, a la mala, que no todos los niños tenían permitido reír.

Baddi sintió lástima por él por mucho tiempo. Años. Sus ojos eran los más tristes que alguna vez hubiera visto y, mientras lo pensaba, se dio cuenta de que jamás vio una mirada igual, tan llena de desesperación. De alguna retorcida forma, Akram era el favorito de su padre y, a su vez, quien se llevaba la mayor parte de los castigos. Caminaba pegado a las paredes, siendo una sombra, encorvado, y se achicaba todavía más si alguien hacía un movimiento brusco cerca de él.

«Creo que no es muy descabellado pensar que haya sido él quien obligó a mi madre a matar a todos».

—Este es el último, mi señora —dijo el enterrador, mientras arrojaba la pala a un lado y comenzaba a desatar los nudos de la soga de la mortaja.

«Ojalá que sea Akram» pensó, aunque sin estar muy segura de querer que fuera él.

Baddi se agachó a su lado y, con manos torpes y nerviosas, lo apartó para hacerlo ella misma. No podía más con la incertidumbre. La tela estaba cubierta de tierra húmeda que se metió bajo sus largas uñas, pero no estaba pensando en eso en aquel momento. Solo quería saber si el último esclavo era Akram.

Desenvolvió una capa de tela y el olor a muerte la hizo apartarse.

—Permítame, mi señora. —El enterrador continuó la tarea. Cabello negro. Corto. Rostro amarillento. Un corte que le corría de lada a lado en el cuello.

Pero no reconoció ninguno de los rasgos de Akram en ese rostro. Ordenó que le abrieran la camisa, cubierta de manchas parduzcas, para ver si encontraba manchas azules en su cuerpo.

No era él.

Baddi no sabía cómo sentirse. Si aliviada al saber que todavía vivía, o furiosa por saberlo culpable. Cerró los ojos por unos

momentos y, luego, se alejó del lugar.

«Tendría que haber sido él. Akram tendría que haber estado allí».

◆◆◆

No haberlo visto entre los muertos le provocó un sinfín de emociones distintas. Por un lado, lo odiaba por lo que obligó a hacer a su madre, por el sufrimiento de sus hermanos y por lo mucho que a ella misma le dolía toda esa situación, pero por el otro era perfectamente consciente de que no hubo un solo día en que no lo golpearan. Y en las noches…

Cuando descubrió lo que Uzair hacía con los esclavos jóvenes, niños mejor dicho, su madre la obligó a callar y su padre le cerró la boca de una bofetada cuando lo confrontó. Una semana después estaba casada con un hombre veinte años mayor que ella. Tres días después de la boda, estaba en una mansión en Manai, una ciudad cercana. Uzair continuó haciendo lo que hacía y su madre siguió callada, mirando a hacia otro lado. Baddi no volvió a ver a Uzair, ya que solo su madre y sus hermanos eran recibidos en su casa en Manai.

Baddi había olvidado todo eso, como si las memorias se hubieran enterrado en lo más profundo de su consciencia para no atormentarla. Le había llevado un par de años olvidar por completo, sí, pero la llegada de su primera hija hizo que su mente dejara de revivir culpas y dolores ajenos y se centrara en un presente hermoso y feliz. Olvidó a los esclavos y a lo que padecían bajo las órdenes de su padre, para cuidar de sus hijas y de su esposo.

Sin embargo, la muerte de su familia había arrastrado consigo un torrente de recuerdos dolorosos y Baddi no tenía más opción que sentirlos y vivirlos para poder procesarlos y dejarlos ir de una vez y para siempre. Pero no sabía qué hacer con Akram. El kanafi se merecía morir tanto como se merecía ser libre. Si le decía a Renjy que no vio su cuerpo entre los muertos, él se encargaría de buscar a Akram por cielo y tierra para presentarlo ante la justicia. Si le decía que el esclavo estaba muerto, Baddi tendría que pasar el resto de su vida con la culpa por no haber vengado a su familia.

Regresó a la posada donde se alojaban cuando ya era de noche. Renjy caminaba de una punta a la otra de la habitación, retorciéndose las manos, y Baddi se detuvo unos instantes en el patio central para tomarse un par de segundos más antes de decidir qué decirle.

Las largas cortinas de tul flotaban con la cálida brisa y entraban y salían de la habitación sin poder terminar de volar hacia la libertad.

—¿Lo viste? —preguntó su esposo ni bien Baddi pasó entre las telas bordadas.

13 – Akram

A mitad de la noche, Akram dejó el escondite de Indra, un templo en ruinas que estaba al sur de la ciudad, y corrió hacia la casa de los amos. Su pierna se tiñó por completo de azul al amanecer del día siguiente al hechizo, pero pasó un día más hasta que su cuerpo y su mente se encontraron lo suficientemente coherentes como para aventurarse a salir. Necesitaba oro para poder dejar la ciudad cuanto antes, y conocía varios de los lugares donde el amo Uzair guardaba sus reservas, por lo que tenía que ir al palacio, que ya debía estar vacío por completo.

Se escabulló por la entrada de servicio y recorrió las habitaciones. Había manchas oscuras en los pisos y en las paredes, por todo el lugar. No quiso mirar con mucho detalle, pero era imposible no verlo, no escuchar el zumbido de las moscas revoloteando, no oler la corrupción del aire.

Entró a la biblioteca del amo y buscó uno de los escondites donde había dinero. Cinco libros falsos, que simulaban ser ejemplares reales, ocultaban una caja de madera que resguardaba una pequeña parte de la fortuna de la familia, y Akram vació todo su contenido en su bolso, sin remordimiento alguno. Volvió a dejar las cosas en su sitio y pensó por unos momentos antes de decidir si con eso era suficiente o no. Al final creyó que lo mejor era no levantar sospechas, por lo que regresó parte de lo que había sacado y buscó los demás escondites para sacar algunas monedas de cada lado. Cuando se sintió conforme, se dirigió a la habitación del amo.

Se dio el gusto de usar su tina con aceites perfumados y, luego, buscó un atuendo limpio. Para su suerte, todas las prendas le quedaban. Akram siempre vio al amo como un hombre inmenso, mucho más grande, alto y fuerte que él, pero la realidad no era así. Tal vez, Akram se sentía tan insignificante como una hormiga y por eso no era capaz de verse como quien realmente era. Los zapatos no le quedaban, pero no podía andar por el mundo vistiendo un traje tan lujoso y sus sandalias destruidas. Tendría que usarlos hasta que pudiera comprar unos nuevos.

Se cuidó de guardar en su bolso sus bombachos desteñidos, su camisa gastada y su calzado, y tomó solo lo justo para vestirse. Peinó su cabello y contempló el espejo. Aunque la única fuente de luz provenía del exterior, casi no se reconoció al verse. Parecía uno de esos malditos grandes señores que caminaban por las calles de Dkol nur Shana como si fueran los dueños absolutos de todo lo que sus ojos

veían.

Akram sonrió. Siempre se consideró más miserable que guapo, pero la imagen que le devolvía el espejo, le mostraba a alguien diferente a la idea que tenía de sí mismo. La libertad, sin dudas, lo cambió por completo.

«¿Qué pensaría Indra si me viera así?»

Fue a la habitación del ama Jaya y buscó los ungüentos que usaba para ocultar las imperfecciones de su piel. Era una mujer muy vanidosa y los años le habían llenado el rostro y las manos de manchas y lunares que no quería que nadie viera. Akram, por su parte, necesitaba ocultar las manchas azules de sus dedos hasta que pudiera comprar un par de guantes. Por alguna razón que desconocía, el precio que pagaba tras cada hechizo le había dado solo un puñado de manchas azules diminutas en la mejilla derecha y, desde un paso de distancia, solo parecían lunares comunes y corrientes.

Cuando terminó de maquillar sus manos, y antes de que la noche terminara, forzó la entrada de la habitación donde el amo guardaba todos los elementos que él necesitaba para hacer sus hechizos. Lo único que él quería, de todo lo que había allí, era la caja de madera que contenía los huesos tallados, más de una veintena de falanges gastadas y amarillentas. Estaba a punto de llevarse la caja, pero decidió que sería mejor no hacerlo, por si alguien regresaba a la casa y recordaba la condenada caja. Tomó los huesos, los puso en su bolsillo derecho y salió. Sin embargo, se acordó de que había un hueso más, que él escondió cuando era un niño pequeño aún.

Rogando a los dioses que nadie lo hubiera encontrado, regresó a la habitación, se sentó debajo de la mesa y sus dedos recorrieron las grietas de la madera que había sobre él. Volvió a respirar recién cuando dio con la falange del dedo meñique de Garth. Guardó el hueso en un bolsillo de la camisa, apartado de los demás, porque no quería confundirlo si tenía que usarlos de emergencia.

Dejó la casa sintiéndose más seguro que nunca y se dirigió a una de las posadas más cara de la ciudad.

Después que el posadero se tragara la mentira de que su esposa lo había corrido de la casa a mitad de la noche, Akram aguardó a que el día regresara, sin poder pegar un ojo en lo que quedó de noche. Tenía bastante oro y, por un par de monedas, podría comprar a Indra sin que los guardias objetaran, aunque fuera una prisionera del Gran Señor Uzair. Era una práctica común, después de todo.

Cuando al fin se hizo el día, y tras devorar el fantástico desayuno que llevaron a su habitación, salió a la calle y tuvo que recordarse, a cada paso que daba, que debía tener la actitud de alguien de importancia. Ya no debía caminar pegado a las paredes, mimetizándose con las sombras, ni debía acobardarse cada vez que un

soldado andaba cerca. Era libre y tenía oro. Libre y vestía como alguien poderoso. Libre, al fin.

Con la espalda recta, la frente en alto y sin mirar a la gente que lo rodeaba, Akram caminó por las concurridas calles prestando nula atención a los que sucedía a su alrededor, de tan concentrado que estaba en no arruinar su actuación. Debía obligarse a pensar en que se encontraba en los suburbios, donde era temido y respetado. Solo se detuvo unos instantes en un puesto de marroquinería, para comprar guantes y un par de zapatos acordes a sus pies, y siguió su camino.

Ingresó a la prisión, sin abandonar su papel, y sobornó a los guardias para comprar una prisionera. Lo llevaron por los pasillos para que eligiera y vio, alarmado, que la celda de Indra estaba vacía. No dijo ni una sola palabra, pero se despidió diciendo que ninguna era de su agrado.

Salió a la calle y el mundo empezó a darle vueltas a una velocidad aterradora. El aire era escaso y pesado y la espina que tenía en su pecho extendió de golpe sus raíces y se ensanchó a límites impensables, abarcando todo su ser. No liberarían a Indra tan fácil y lo único que se le ocurría pensar era que ella estaba muerta. No estaba preparado para imaginar un mundo donde Indra ya no existiera.

«Indra…»

Trató de mantener la compostura lo mejor que pudo y caminó un par de calles hacia el norte, para que a nadie se le ocurriera preguntar qué le sucedía. Al nuevo Akram sin duda lo mirarían y se preocuparían por su bienestar si lo veían pálido y tambaleándose.

Cuando sintió que ya no podía caminar más, se apoyó en una pared y aguardó hasta que el mundo recobró la estabilidad. Se peinó el cabello con los dedos, secó el sudor de su rostro, y se acomodó la ropa lo mejor que pudo. Cuando levantó la vista, sus ojos se fijaron en un cartel que había clavado en un panel de anuncios.

Un retrato de Indra estaba sobre una enorme cifra de una recompensa. En un principio no la reconoció, porque se veía con los ojos más hinchados de lo que recordaba, pero luego se dio cuenta que así era como lucía en la prisión y el alma de Akram volvió a su cuerpo al darse cuenta de que estaba viva y que había logrado escapar. Sin embargo, su alivio duró unos pocos segundos.

«Tal vez escapó y la deben estar culpando por el asesinato de mi amo; él la puso en la cárcel, y por eso ofrecen una recompensa tan grande».

—Maldito seas, Akram, ¿qué hiciste? —murmuró.

Volvió a meterse en su papel de hombre de importancia y regresó a las calles centrales. Necesitaba averiguar de qué la culpaban, antes de hacer algo más.

◆◆◆

—¿Qué hizo? Debe haber ofendido a alguien importante para que ofrezcan tamaña recompensa —dijo Akram, como si no le interesara, mientras señalaba el cartel de Indra.

—Por lo que comentan, le robó algo muy valioso al Tjar —dijo el puestero—. La veía a menudo, siempre deambulaba por aquí en busca de algo que robar.

Akram asintió.

—De robar en los puestos a robarle al Tjar… Eso sí es audacia.

El hombre se acercó a Akram, cuando le entregó el saco de nueces, y bajó la voz.

—Dicen que se robó un dragón.

—¿Un… dragón? —preguntó, incapaz de contener su asombro.

—Eso dicen. Me lo dijo un guardia.

—¿De dónde sacó un dragón el Tjar?

—Dicen que fue un regalo de su nuevo cinti, para atraer su atención. Algo así dijeron.

—Vaya…

—Paraki, según cuentan.

«¡Mierda!»

—Hace tiempo que no se ve uno de esos —dijo, en cambio, como si no fuera gran cosa.

—Son peligrosos…

—Eso es cierto… —asintió. «Si lo sabré yo…». Akram puso una moneda en su mano—. Gracias por todo.

«¿A dónde se esconderían una chica y un dragón?»

Akram se alejó del puesto hacia otro, aunque evitó los que antes frecuentaba. No quería que lo reconocieran y necesitaba saber si existían otras versiones de lo que Indra hizo para poder ponerse a pensar en qué hacer para ayudarla.

14 – Yasid e Indra

Desierto de Dunayar

—No podemos permitir que se vaya sola —murmuró Yásid, sentado de espaldas a la fogata, con los ojos puestos en el camino que tomaron Indra y el dragón. Desde que se marcharon, hacía unas cuantas horas, ninguno de los tres se había movido, más que para mantener el fuego encendido.

—Tiene un dragón… —dijo Shas.

—Un dragón pequeño y miedoso —agregó Yásid, aunque sabía que lo más extraordinario que podría pasarles en la vida era, sin dudas, haberse topado con esas dos criaturas.

—Lo decía porque quisiera verlo todo el maldito día, en lo posible. —Shas sonreía como un niño.

—Junten sus porquerías, asnos, los seguiremos —dijo Burya y sus compañeros la miraron.

—¿Por qué de repente te interesan? —preguntó Yásid.

—Porque ustedes dos me tienen harta y estaría bien tener una compañera, para variar.

—¿Desde cuándo tan amigable? —preguntó Shas.

—Yo también siento un gran aprecio por ti —murmuró Yásid.

—¿Se quedan? Yo iré con ellos.

Yásid y Shas se apresuraron a juntar sus escasas pertenencias, apagaron la fogata con arena y se fueron detrás de los pasos de Indra y el dragón, que se veían con mucha claridad con la luz del amanecer. Se encargaron de ocultar las huellas del animal con las suyas propias, por si había alguien que quisiera seguirles el rastro y, a pesar del sueño y el cansancio, fueron tras ellos hasta que se internaron en un laberinto de piedra arenisca. Los vieron ocultos entre las rocas y hasta el frío corazón de Burya se ablandó un poco cuando vieron que el animal cubría a Indra con su ala, para resguardarla del sol.

Montaron guardia para dormir y Yásid era quien estaba despierto cuando vio a Indra despertarse, saludar a su compañero y comenzar a trepar las rocas. Los tres se ocultaron donde no pudieran ser vistos y aguardaron hasta que ella descendió para salir.

La chica y el dragón se quedaron entre las rocas hasta que anocheció y, luego, comenzaron a caminar. Yásid tardó un rato en darse cuenta que estaban dirigiéndose hacia un poblado, pues no había visto el humo que se colgaba del horizonte.

Cuando la chica se alejó lo suficiente, ellos se acercaron al dragón y se detuvieron a lo lejos, para no asustarlo.

—Magnífico dragón, estamos siguiéndolos —dijo Shas—. Queremos acompañarlos y ayudarlos en todo lo que podamos. Además, tu pata necesita curaciones, o la puedes perder.

El dragón bufó en cuanto los oyó y algunas chispas amarillentas salieron de su hocico, como cuando había reído. Shas había preparado un ungüento para su pata y le pidió permiso para revisarlo. Él accedió, pero antes se encargó de que Burya y Yásid comprendieran que debían seguir a Indra.

No fue nada fácil, porque la chica corría a una velocidad irreal y se les escapó de la vista demasiado rápido, pero pudieron seguir su rastro. Cuando se detuvo, la vieron en los alrededores de un asentamiento nómada, rodearlo y detenerse a observar, hasta que, finalmente, decidió regresar.

Yásid y Burya quisieron volver para alertar a Shas, pero al ver que no tendrían oportunidad de llegar antes que ella, se ocultaron entre las dunas y esperaron. Cuando finalmente se encontraron con él, Shas les confirmó que Indra no lo había visto, ya que el dragón la percibió a lo lejos y le avisó que debía marcharse.

Una vez los tres estuvieron juntos, siguieron el camino que habían tomado la chica y el dragón, y borraron sus huellas, como la noche previa.

—El dragón tiene que comer —dijo Yásid en un momento—. Indra fue a un asentamiento nómada a buscar algo para él.

—¿Y ella? —preguntó Shas—. Apenas la vi comer algunas bayas…

—Es una chica de la calle —dijo Burya—, está acostumbrada a pasar hambre.

A Yásid se le oprimió el pecho.

—Tenemos que hacer que nos vea. Indra no sobrevivirá demasiado caminando tanto y alimentándose de bayas. De ahora en adelante no encontrará ni eso y dudo que sepa cazar.

—Debemos tener cuidado con ella —advirtió Burya—. Mantener la distancia, hacer movimientos suaves, hablar con calma y sin levantar la voz… Ya vimos que se bloquea en algunas ocasiones y no sabemos qué situaciones reviven sus malas memorias.

—Pero no estábamos haciendo nada de eso cuando empezó a lastimarse.

—Tampoco deberíamos permitir que se quede sola, puede que los recuerdos la acechen cuando no está ocupada en algo.

—¿Qué le habrá ocurrido para que reaccionara de esa manera?

—Vaya uno a saber, pero no la han tratado muy bien que digamos…

Yásid pateó la arena, indignado.

—¿Cómo puede ser posible que se arruine para siempre y con

tanta facilidad la vida de un ser humano?

—Ya no se puede deshacer lo que le hicieron, pero sí se pueden curar las heridas.

—¿Cómo? —insistió Yásid.

—Con paciencia, tiempo y… las personas correctas.

Yásid se preguntó si ellos serían capaces de ayudarla de alguna forma, o si solo contribuirían a arruinarle aún más la existencia. No lo sabía, ni podría saberlo hasta que pasara algún tiempo, pero, como decía uno de sus maestros, «La única certeza que tenemos, es que alguna vez cerraremos los ojos para no volver a abrirlos».

◆◆◆

Indra se despertó cuando el día se veía naranja a través de los huecos en las alas del dragón. Flotaba en el aire un apetitoso aroma a carne asada y el estómago comenzó a quejarse por la falta de alimentos. Hacía tres días que habían dejado la cueva y dos desde que se separaron de los hienzenses.

Los sentidos de Indra se pusieron en alerta y sus músculos se tensaron. El dragón parecía no haberse movido, pero había olor a carne asada y eso no podía ser. No se oían sonidos de ninguna clase, ni siquiera las entrañas hambrientas del dragón hacían ruido en esos momentos. Su respiración se agitó y una lágrima se deslizó por su mejilla al pensar que los habían alcanzado, finalmente, los soldados de Doury Kasesh.

No quería moverse, ni siquiera asomarse entre las alas rotas del dragón para ver qué estaba ocurriendo y, cuando parecía que el pecho le iba a colapsar por la angustia, su compañero bufó y sonó casi como un ronroneo, tranquilo, suave y amistoso.

El corazón de Indra comenzó a desacelerarse, al igual que su respiración, y decidió moverse. Si el dragón estaba así de tranquilo, no había problemas.

Se sentó y él movió el ala despacio, hasta plegarla por completo. Había una fogata, una decena de lagartijas asándose y el muchacho que siempre se veía feliz, Yásid, le sonreía desde el otro lado del fuego. Tenía una montaña de ramas rectas y blancas de un lado y estaba tallando sus puntas para hacer flechas.

—No fue mi intención asustarte, solo que… Bueno… Creímos que estaría bien acompañarlos.

Indra se peinó el cabello con las manos, que parecía una cesta llena de víboras enfurecidas.

—Me robé al dragón —soltó sin saludar. Quería dejarles en claro cuáles eran los riesgos que corrían si decidían seguir sus pasos—. Estoy sola desde hace mucho tiempo y robo para comer, por lo que

estoy habituada a ello. Me llevaron a la cárcel muchas veces, pero siempre me las ingeniaba para escapar. No siempre… la última vez no pude. Me encerraron en un cuartucho y me golpearon hasta dejarme inconsciente. Desperté en una cueva, me habían arrojado allí para que él me comiera, pero no lo hizo. Me sanó con una gota de su sangre, y por eso pude ayudarlo a escapar. No sé de dónde viene el dragón, ni por qué estaba encadenado allí, herido y en los huesos. Lo que sé es que debo llevarlo al norte, porque salvó mi vida; que si me atrapan, lo más seguro es que me maten y… si ustedes deciden seguirnos, es necesario que lo sepan.

Yásid estaba mirando a la nada y había dejado de tallar sus flechas. Sacó una lagartija del fuego, rodeó la fogata y se la entregó con cuidado. Indra tomó el palo en el que estaba pinchada y le agradeció como lo hacían en su país, posando unos instantes el dedo índice y el medio a sus labios. Él asintió y regresó a donde estaba. Tomó una nueva rama, su cuchillo y siguió con su tarea.

—Lo mismo los acompañaremos —dijo, con absoluta seriedad—. Aunque tengan al Tjar detrás.

—No deberían.

Yásid se encogió de hombros.

—Pero queremos hacerlo. Come, se enfriará.

Indra sonrió. Le gustaba tener compañía, aunque temía que algo malo les sucediera por su culpa. Recordó el incidente que los llevó a separarse y se puso de pie para acercarse a la cabeza del dragón y acariciarle el morro.

—No me defiendas de ellos, dragoncito. —El dragón puso un ojo en la lagartija asada e Indra apartó el brazo—. ¿Te quieres comer uno de tus parientes? ¿Qué sucede contigo?

Yásid dejó lo que estaba haciendo para mirarla y se largó a reír.

—¿De verdad confías en nosotros? —preguntó cuando pasó la gracia.

—Solo quisiste que dejara de lastimarme y reaccioné de mala manera. Él se asustó tanto como yo. —Acercó su frente al espacio entre las fosas nasales, se apoyó en él y cerró los ojos. El hocico se sentía caliente, mullido y, a pesar de que era áspero, acariciarlo era una sensación asombrosa—. Pero solo quiso cuidarme.

Cuando abrió los ojos, Yásid estaba de pie, a unos pocos pasos y se sobresaltó. Le hubiera gustado no hacerlo, pero su repentino temor fue más grande que su voluntad. El dragón gruñó apenas, Yásid se alejó e Indra tranquilizó al animal acariciando su frente.

—Estoy bien —susurró. Él respondió con un nuevo gruñido, más profundo y corto.

—Perdón, no quise asustarte… A ninguno de los dos —se excusó él al darse cuenta—. Solo… quería tocarlo.

El dragón levantó la cabeza, lo miró un instante y apartó la vista.

—No creo que sea seguro en estos momentos —dijo y Yásid volvió a disculparse y regresó a donde estaba. Indra continuó comiendo mientras volvía a sentarse junto al vientre de su compañero.

—¿Dónde están los demás?

—Cazando.

—¡Pero aquí hay de sobra! Y el dragón no tiene hambre… ¿Lo alimentaron?

—Shas compró una vaca a unos nómadas que nos cruzamos.

«Vaya, ¡hay que tener mucho dinero para comprar una vaca así como así!»

—¿Comió echado? —preguntó al recordar el espectáculo que había visto el primer día y creyendo imposible que se hubiera mantenido tan tranquilo.

—¡Oh, no! —Yásid abrió los ojos muy grande—. Saltó sobre el pobre animal y lo despedazó. Le abrió el vientre y se zambulló en sus vísceras, le arrancó las patas y trituró hasta los huesos. No dejó ni una sola gota de sangre de la pobre bestia.

—Mierda, ¿y yo no me di cuenta de nada?

Yásid rio.

—Fue al amanecer, cuando te acercaste al río.

—¿Qué? —Indra se puso de pie—. ¿Cómo…? —Volvió a sentarse—. No entiendo.

El joven rio otra vez.

—Los seguimos desde que decidiste alejarte. Él lo sabía y nos permitió hacerlo porque se lo dijimos. Burya y yo te seguimos cuando te acercaste al asentamiento nómada, mientras que Shas se ocupó de curar su pata. Nos dimos cuenta de que querías alimentar al dragón, así que… Quisimos ayudar.

—Muchas gracias. Ojalá pueda hacer algo para poder devolverles este favor.

—Si lo piensas, no es que uno vea un dragón todos los días. Seguro ir a su lado es mucho más interesante que cualquier otra cosa en el mundo. ¿Tienes algún recorrido trazado para llegar al norte?

—La verdad que no —murmuró avergonzada—. Apenas sé lo que debo hacer.

—No es el mejor plan, pero estás de suerte. Tenemos un mapa.

Se puso de pie y comenzó a fijarse en los bolsos que estaban detrás de él. Sacó un rollo de cuero y lo extendió; asintió y rodeó la fogata para dárselo a Indra. Luego, volvió a sentarse donde estaba. Indra lo desenrolló y miró sin entender nada. Paseó su vista por líneas, cruces y caracteres que no comprendía, por lo que lo enrolló nuevamente y se lo devolvió.

—No entiendo nada de lo que dice allí. No sé leer.

—De todos modos está en hienzense —sonrió y se incorporó—. ¿Puedo…?

Hizo el ademán de acercarse e Indra dudó, sin darse cuenta de que su rostro había cambiado por completo. El dragón se movió un poco y Yásid se dio vuelta. Indra reaccionó cuando él estaba dibujando algo grande en la arena. Caminaba de un lado al otro, trazando líneas y formas, hasta que empezó a tomar sentido. Era el mismo mapa que llevaba en el rollo de cuero.

—Estamos por aquí, más o menos —señaló con la rama e Indra se puso de pie para mirar—, entre las fronteras. No soy muy bueno en esto, pero podrás hacerte una idea. Este es el río Shel´Im y nosotros tenemos que elegir cómo llegaremos hasta… —Yásid caminó hacia atrás—. Aquí.

—Es mucho camino. —Indra se rascó el mentón.

—Mucho, sí.

—Al menos puedo encontrar pozos de agua…

—¿Sí? —Indra asintió—. Es grandioso. Nosotros cazaremos, tú hallarás agua…

—¿Cuánto tiempo crees que nos lleve?

—Bueno, no lo sé. Los viajes en caravanas desde Barzy —señaló en el mapa de arena—, hasta Curght, capital de Dwot Vla, llevan unas dos lunas.

—Es mucho tiempo. —Indra se rascó un hombro.

—Mucho, sí.

—Qué demonios, lo mismo voy a hacerlo, así me llevara un año.

—Claro que sí. Lo mejor sería que fuéramos siguiendo el río dentro de los límites de Hienza —dijo señalando el mapa de arena—, por seguridad. Luego cruzar a Dwot Vla, y seguir hacia arriba.

—El Tjar tiene entre sus esposas a una princesa de Dwot Vla.

—Mierda —murmuró—. En ese caso tendremos que cruzar de Hienza hacia Cingze.

—No podemos ir cerca del río. Tendremos que hacer el camino por el desierto.

—Es más difícil ocultar al dragón en el desierto, no hay más que dunas.

—Cerca del río hay poblados y gente. Si lo ven, nos delatarán.

Yásid se dejó caer en la arena, con las piernas y los brazos extendidos, e Indra lo miró con curiosidad. Se acuclilló a esperar que hiciera algún movimiento pero, al ver que ni siquiera pestañeaba, le preguntó qué le sucedía.

—Pienso —respondió.

—Oh…

—El dragón va a crecer. Más si lo alimentamos a diario. No sé cuánto, no puedo imaginarlo, pero en tres lunas, seguro que bastante.

Ahora es poco más alto que un camello, pero más grueso… Y es negro. El color negro atrae el calor del sol y no sabemos cuánto calor él puede aguantar, quizás mucho, aunque tal vez no tanto.

Indra se apresuró a regresar junto al fuego y buscó su atado. Sacó las prendas que llevaba dentro y extendió la sábana en la que las había enroscado. Se acercó al dragón y la puso encima de él. El animal se puso de pie y, de una sacudida, se la quitó de encima.

—¡Ey! —El dragón volvió a echarse e Indra insistió en cubrirlo—. Quieto, que es para protegerte del sol.

El dragón comenzó a reír, entre chispazos y ronroneos, y a revolcarse en la arena.

—Soy un hijo del fuego, cría humana —dijo una divertida y ronca voz. Indra se sentó en el suelo, a su lado, y Yásid se puso de pie; ambos estaban con la boca abierta y sin poder cerrar los ojos.

—¡Hablas! —exclamaron, pero el dragón respondió con un bufido. Los jóvenes se miraron.

—¿Por qué recién hasta ahora, dragoncito?

—No tenía nada interesante para decir.

—Nos hubieras ahorrado algunas dudas —se quejó Indra.

—No lo molestes —dijo, divertido, Yásid—, parece que es mejor oyente…

Ambos miraban al dragón como si fuera a soltar alguna gran verdad, una lección de vida o una historia apasionante, pero él solo se limitó a bajar el morro y entrecerrar los ojos, como si fuera más importante echarse una siesta que dar explicaciones.

Indra se encogió de hombros y regresó a la fogata, porque una sola lagartija no era suficiente para calmar su hambre atrasada. Yásid borró el mapa antes que el anochecer le impidiera ver los trazos que había dibujado y estaba por terminar de hacerlo cuando las siluetas de Shas y de Burya asomaron detrás de una duna. Shas traía un ciervo del desierto sobre su espalda y Burya arrastraba la cabeza del animal, llevándola por los cuernos. Estos, cuanto más largos, espiralados y retorcidos fueran, mejor pagados serían. Los señores adinerados podían desembolsar una buena fortuna por una cabeza de ciervo del desierto, ya que esos eran animales ágiles y muy difíciles de cazar, porque su cuero era muy duro y las flechas rara vez entraban. Exponer su cabeza en la entrada de su residencia les daba el mérito de hábil cazador que no merecían.

—Sí que son buenos cuernos… —Yásid silbó, asombrado. Debían medir tanto como el alto de una puerta, de punta a punta.

—Con lo que saquemos de ellos —dijo Burya—, ya nos podremos retirar de por vida.

Shas bajó al ciervo y se acercó al dragón.

—Aliméntate, magnífico…

El dragón saltó sobre el enorme cuerpo del ciervo antes que Shas terminara de hablar, arrancó las huesudas patas del animal con un par de mordiscones y las arrojó a un lado. Le abrió el vientre con las garras delanteras y metió el hocico dentro, para comerse las vísceras que todavía chorreaban sangre.

—Pero qué bruto es —murmuró Indra y el dragón bufó, una llamarada salió de su boca y se olió a carne quemada unos momentos después. Indra hizo una mueca, le dio la espalda y miró a los recién llegados, intentando sonreír—. Gracias, de verdad, muchas gracias.

—Con esto me doy por pagada. —Burya señaló la pesada cabeza con su bota—. Descansaremos un poco y, cuando el dragón termine de comer, nos pondremos en marcha.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Shas sin quitar sus ojos del dragón, que tenía el hocico lleno de sangre y estaba disfrutando del ciervo como si fuera su última cena.

—Iremos por Hienza y luego por Cingze hacia el norte —respondió Yásid.

Indra estaba sentada frente al fuego y Burya se sentó junto a ella.

—¿Ya has sangrado? —preguntó así, sin ninguna clase de pudor. Indra la miró, entre avergonzada e incómoda, y bajó la vista.

—¿Por qué preguntas? —susurró.

—Porque empezaremos un viaje largo, lejos de los ríos y es probable que no puedas higienizarte. Hay que llevar la cuenta de los días, para guardar agua para cuando ocurra.

Indra nunca habría pensado en eso.

—No sangro.

—No me extraña, estás demasiado delgada. Si empiezas a ganar peso, puede que comience. ¿Alguien te habló al respecto?

Indra suspiró, incómoda. Esta chica se tomaba el asunto como si se tratara de quitarse una espina. Miró de reojo a Burya y ella la estaba mirando, esperando por una respuesta.

—No quiero hablar sobre eso.

—Comprendo —dijo con calma—. Te diré…

—No es necesario.

Burya rio.

—Sangrarás de todas formas, te incomode o no. Es algo tan natural como ir a orinar. —Indra resopló—. Ay, mujer, ¿tan cerrados son en Doury Kasesh? —Se estaba divirtiendo. A costa de ella. Riéndose de su pudor, al parecer, pero no pasó mucho hasta que Burya notó su incomodidad—. Perdóname.

—Está bien —musitó.

—No sabía que te pondría en una situación tan embarazosa. Para nosotros es, como dije, algo normal, tanto para mujeres como para los hombres. Las mujeres sangramos para dar vida y no tenemos que

avergonzarnos de ello. Recuérdalo.

Burya se puso de pie y estiró todos y cada uno de sus músculos, gruñó, suspiró e hizo un montón de ruidos en el proceso, hasta que se enderezó otra vez.

—Asnos, junten sus porquerías que nos vamos.

Indra sonrió al oírla, pero hizo lo que decía. Yásid regresó a donde estaba sentado antes, abrió una bolsa de cuero y guardó la carne asada, mientras Indra comenzaba a envolver sus prendas en la sábana que había querido utilizar para cubrir al dragón. Shas tomó todas las ramas que Yásid había tallado y las introdujo en un bolso de cuero largo, similar a una aljaba, pero que quedaba cerrado por completo. Burya, por su parte, juntó las ramas sin tallar, las ató y las agregó al morral que llevaba. Por último, Yásid hizo un pozo en la arena, puso la cabeza de ciervo dentro y volvió a cubrirla.

El dragón los miró hacer, mientras continuaba mordisqueando los huesos de una de las patas del ciervo. Cuando todos estuvieron listos para partir, el dragón miró con cierta nostalgia a las otras tres patas que no había tocado.

—¿Podrían atarlas a mi espalda? —preguntó. Shas dejó caer el arco que llevaba en su mano y Burya, espantada, se apartó de todos—. Para el camino…

—¿Alcanzarán las sogas? —Yásid miró a sus compañeros, pero, como parecía que no iban a decir nada, se acercó a Indra y le dio la espalda—. Fíjate, por favor, cuántos rollos de soga llevo. Tal vez podemos atarlas juntas y hacer una sola.

Indra, tratando de que su nerviosismo no se apoderara de ella, abrió el bolso y sacó de él dos rollos de soga.

—¿El dragón habla? —murmuró Shas ajeno a lo que hacían los demás.

—Pensé que eras tú el experto —contestó Burya.

—Nunca leí que hablaran, ¿por qué hablan?

—No podría decírtelo.

—Estos nada más —dijo Indra tras cerrar el bolso con sus hebillas.

Yásid se alejó de ella y recogió la primera pata que alcanzó a ver.

—Desenróllalas y déjalas junto al dragón, buscaré las patas.

Indra se puso en ello y Burya le dijo que la ayudaría. Shas ayudó a atar las patas con la soga y, después de haberlas acomodado entre las púas del lomo para que no cayeran, ataron la soga en el vientre del dragón.

Así, cargados de bultos y extremidades, los cinco partieron hacia el norte, siguiendo el río Shel´Im, como si cruzar el desierto de Dunayar con un dragón fuera algo de lo más normal. Solo los impulsaba la seguridad que puede otorgar el convencimiento de estar haciendo algo bien.

15 - Rajesh

Dkol nur Shana

—Es cierto. —Mhena entró casi sin aire al almacén, con su perro flaco siguiéndola de cerca—. El Gran Señor Uzair está muerto.

—Mierda.

—Pero hay algo muchísimo peor. —Mhena bajó la voz y miró hacia los lados, como si alguien más pudiera oírlos, a pesar de que estaban completamente solos allí—. Hay afiches con la cara de Indra tapizando toda la ciudad.

—¿La culpan de haberlo hecho? —exclamó.

—No, de robar un dragón —susurró.

—¡Mierda! —Rajesh se levantó de la silla y comenzó a caminar de un lado al otro—. ¿De dónde sacó un dragón para robarlo? ¿Cómo supo que había uno?

—Espera, que a eso también lo averigüé. Indra estaba en la prisión —dijo y Rajesh asintió—, y la descubrieron hablando con alguien.

—¿Supiste quién era?

—No, pero sigo intentando averiguarlo. Golpearon a Indra casi hasta matarla, aunque no dijo ni una palabra; ni de nosotros, ni de los libros, ni de la persona que estaba con ella.

—Maldición.

—Según me dijeron, había una cría de dragón en una cueva en las montañas cercanas a la frontera con Hienza, lo alimentaban con los presos más problemáticos, según supe. Indra iba a ser su almuerzo, pero de alguna forma se las ingenió para escapar con el dragón. Cuando fueron a llevarle más presos, el dragón no estaba, alguien lo había liberado de su cadena y suponen que fue Indra, porque los guardias no la mataron al llegar, la dejaron allí.

—Pero dijiste que alimentaban al dragón con los presos…

—Sí, pero casi siempre los mataban una vez estaban en la cueva, a Indra no la degollaron. Estaba tan arruinada que supusieron que si no se la comía el bicho, se iba a morir de todas formas.

—Entonces no es seguro que haya salido de ahí con vida.

—No del todo, pero sabiendo cómo es Indra, no me extrañaría que haya logrado hacerlo.

—Léeme los huesos.

—¿Otra vez? La semana pasada…

—La semana pasada sabíamos que Índara estaba en prisión, y no sabíamos de la existencia de ese dragón. Necesito que me digan qué

debo hacer.

Mhena asintió y sacó de su morral una bolsa de cuero, la abrió y metió la mano en el interior. Ni bien sus dedos comenzaron a hacer entrechocar los huesos que había en el saco, Bitzan bajó de la falda de Mhena y corrió, gimoteando, a esconderse. Siempre hacía lo mismo.

Rajesh la vio cerrar los ojos y escuchó un murmullo, como varias decenas de voces susurrando a la vez, mientras la muchacha revolvía los huesos. Sin mirarlo, le ofreció la bolsa y Rajesh metió la mano, mezcló los huesos él también, mientras pensaba en lo que Mhena le había dicho, intentando encontrar alguna solución a los dilemas que habían surgido en su mente. Tomó un puñado de huesos y los dejó caer sobre la mesa.

—¿Qué dicen? —preguntó, incapaz de contener su curiosidad. Las manos de Mhena se pasearon por sobre la mesa, tomaron un hueso y sus dedos recorrieron las runas que tenían talladas.

—Los caminos del destino son confusos, se cruzan con los de muchos seres y nunca salimos de esos encuentros siendo los mismos.

—¿Qué demonios significa eso?

—Piensa, Rajesh. —Mhena apartó el hueso y tomó otro.

—Mierda. ¿Índara está viva? ¿Dónde está?

—Arena, sol. —La muchacha dejó ese hueso, también.

—Una mierda, todo aquí es arena y sol, casi todo el continente es un maldito desierto. ¿Cómo está? Pregúntales cómo está Indra, ya que no dicen dónde.

—Bien. No está sola.

—¿Sigue con el dragón?

—Y tres personas más.

—Vaya.

—Extranjeros ellos. —Mhena tomó un hueso más—. Sangre real, sangre ordinaria. Demasiadas entidades.

—¿Qué quieren decir? —Mhena echó la cabeza hacia atrás y de su boca salió un torrente de luz blanca que se esparció en todo el almacén, iluminando hasta los rincones más oscuros—. Mierda…

Mhena había terminado la lectura dejándolo con más dudas que respuestas, como siempre.

—¿Qué dijeron? —preguntó cuando retomó la consciencia.

—Que Índara no está sola, está con tres personas y con demasiadas entidades. Y que está en el desierto.

—Todo Ásico es desierto y entidades, Rajesh.

—No me lo digas a mí, yo no soy el de los misterios.

—Tú insististe…

—Lo que sea…

—Pero algo debes haber sacado un limpio.

—Nada que pudiera identificar.

—Piensa, Rajesh.

—Pienso, pero no entiendo nada. Tenemos que irnos, alista tus cosas.

—Entonces algo sí pudiste comprender.

—Un poco. Aunque no estoy seguro.

—Bueno, ¿y a dónde iremos?

—A buscar a Índara.

—Pero si no fueron específicos…

—Piensa, Mhena, ¿dónde hay una gran cantidad de entidades?

Mhena sonrió.

—En cualquier lugar, si lo pensamos… Aquí, si vamos al caso…

—Concéntrate, demonios. ¿A dónde podría ir Índara?

Mhena corrió al precario estante donde tenían un montón de libros ajados y rollos de pergamino, y buscó el más grande de estos últimos. Regresó a la mesa y lo abrió. El mapa de Ásico se extendió frente a ellos. Los ojos de la muchacha se movieron de un punto al otro, mientras su dedo recorría montañas, desiertos, valles y ciudades.

—Ujmal.

—¿Las ruinas de Cingze?

—Indra no tiene miedo a nada, dudo que una ciudad llena de espíritus la acobarde. Ese es un buen lugar donde esconderse, si estás tan loca o tan drogada como ella.

Rajesh se levantó y Bitzan regresó, con algo de duda, a sentarse sobre su dueña.

—Vendré a mediodía y partiremos hacia Ujmal.

—¿Y si no está allí?

—Iremos a todas las ciudades abandonadas de Cingze, hasta que demos con ella. Alista tus cosas y… piensa que harás con Bitzan, no creo que soporte el viaje.

—¡No voy a dejarlo!

—¿Cargarás con él en todo momento?

—Bueno, no es muy grande, si lo piensas… Ya veré cómo me las arreglo, pero no voy a abandonarlo en las calles, pobrecito, se va a morir de tristeza.

«Porque si ya no se murió de hambre hasta ahora…» pensó Rajesh, divertido.

—Como gustes, pero asegúrate de que no signifique un retraso.

—Por supuesto.

16 – Akram

El mundo se veía diferente desde la libertad. Más colorido, más brillante, mucho más amable. La gente le regalaba cosas, pero no solo deliciosos pasteles o frutas exóticas, sino también su tiempo, su amabilidad, su sonrisa y eso le parecía mucho más valioso que las cosas materiales. A esas podía comprarlas con las monedas que le robó al amo Uzair.

Hacía una semana que era libre y en ese tiempo confirmó lo que sabía sobre Indra, aunque también le dijeron muchas cosas que era imposible que fueran ciertas, como por ejemplo, que ella había ido hasta el mismísimo palacio del Tjar, en Indvhe, a robarse el dragón. Eso era algo más que descabellado, se necesitaba casi un mes de viaje para llegar hasta allí y no había animal tan rápido como para recorrer la distancia en apenas un puñado de días.

Akram terminó de vestirse y decidió bajar a desayunar. Los jardines de la posada eran hermosos y las enredaderas que trepaban los muros tenían flores pequeñas, de numerosos pétalos de un amarillo pálido. Las mesas se hallaban resguardadas bajo pérgolas de madera, por las que trepaban unas enredaderas diferentes y cuyas flores eran todas distintas en color y forma. A Akram le gustaba sentarse debajo de la que tenía flores azules, porque ese era el color del chal con el que Indra se cubría el cabello. Tal vez no era su color favorito, quizás lo encontró, lo robó o alguien se lo dio, pero lo mismo asociaba ese color a ella. Ni siquiera pensaba en lo mucho que había detestado ver su cuerpo con manchas azules antes de conocerla.

Se sentó donde siempre y un camarero serio, pero amable, le sirvió un desayuno digno de un príncipe. Al principio le costó un poco quedarse sentado y disfrutar de la comida; estaba acostumbrado a engullir lo que podía mientras hacía alguna tarea, o a comer a escondidas en la despensa, si la cocinera estaba de buen humor.

«Ya no más de esconderse» pensó.

—Qué gusto verte sano y salvo, Akram —saludó una voz femenina y a él se le heló la sangre. Una mujer se sentó frente a él y le hizo una seña al camarero para que trajera una segunda copa—. Creí que ya habías dejado la ciudad… No sé si lo tuyo es estupidez desmedida o un exceso impresionante de confianza.

La mujer se quitó el velo que ocultaba su rostro y Akram reconoció a Baddi, la hija de su fallecido amo. Como primer impulso, quiso golpearla y escapar de allí, pero optó por mantener la compostura.

—Tal vez es que me gusta bastante mi recién adquirida libertad. Dkol nur Shana se ve diferente desde este lado.

Baddi rio cuando se acercó el camarero, como si acabara de escuchar un chiste muy bueno.

—Es cierto, te sienta bien. Parece que ascendiste de *naasdi* a una velocidad vertiginosa.

—Tú lo has dicho. —Akram sirvió vino a Baddi y la invitó a beber, levantando su copa, y ella respondió vaciándola de un solo envión.

—Lamento mucho arruinar tu día, pero debo decirte que ahora me perteneces.

—¿Qué tanto amas a tu familia? A la que queda viva, no a los demás…

—No puedes, Akram —balbuceó. Su piel morena palideció tanto que el rubí en su frente se pareció a una gota de sangre sobre el lienzo de un pintor.

—Claro que puedo. Soy libre, tengo recursos, sé cómo hacerlo. —Akram volvió a servir vino en la copa de Baddi—. Me gusta mi situación actual, mucho más que la anterior, debo decir, y sé que eres consciente de lo que padecimos en tu hogar.

—Quise evitarlo.

—No me digas… —Akram se inclinó hacia ella, fingiendo interés en lo que decía, y tomó un cubo de queso—. Qué compasivo de tu parte.

—Lo hice, de verdad, pero me casaron con un mercader y me alejaron de aquí.

—Vaya, pobre Baddi. Por lo visto estás viviendo una tortura, ¿no?

—Akram…

—Por tu reacción, asumo que estás muy feliz con tu familia. Si quieres que las cosas sigan siendo iguales, olvídate de mi existencia. Pagué con sangre el precio de mi libertad, no solo con la de tu familia, sino con la mía también, y no voy a tener reparos en volver a hacer lo mismo si decides interferir.

—Si Renjy se entera de que estás vivo, te entregará a la justicia.

—El Akram que ustedes conocieron murió esa noche, junto con tu padre y tus hermanos, cuando ordené a tu madre terminar con sus vidas. —Los ojos de Baddi enrojecieron y se mordió el labio, como si Akram no pudiera ver que le temblaba la boca—. Si quieres que tu familia siga siendo tuya, asegúrate de que tu esposo no sepa que continúo con vida.

—Hiciste que mi madre asesinara a todos, Akram.

—Bueno, hay algo que se llama *banhdó*, ¿no? —dijo y se reclinó en la silla—. No importa cuáles sean tus acciones, en algún momento estas regresarán a ti.

—Fuiste muy lejos, no era necesario tanto dolor.

—¿No? Eso me hubiera gustado decirles a tus padres —sonrió—, pero me golpeaban si abría la boca. Todos, no solo tu padre. Tus hermanos, tu madre, los demás esclavos. ¿Sabes la cantidad de golpes que me llevé solo por estornudar? Estoy seguro de que no. En la última temporada de floración me dejaron a un paso de irme al infierno, Baddi. No me hables de lo que es el dolor.

—Mi padre lo ordenó, podrías haberle hecho daño solo a él.

—Tu madre aprobaba todos los retorcidos caprichos de tu padre… Mientras él llegara cada semana con un nuevo collar de oro, a ella le daba igual lo que hiciera con nosotros. La señora Jaya obtuvo su *banhdó* esa noche, al tener que matar a sus propios hijos, después de haber permitido el sufrimiento de los hijos de alguien más. Creo que no es necesario que veas mi espalda, presenciaste muchos de los castigos a los que fuimos sometidos.

Akram se puso de pie, dispuesto a marcharse, y Baddi lo imitó.

—Mataste a mi familia…

—Y mataré a tu esposo, también, si no me dejas en paz. Voy a dejar que vivas lo suficiente como para que veas cómo los esclavistas compran a tus hijas, las prueban frente a tus ojos, y se las llevan al otro lado del mar, donde hay personas de pieles blancas que pagan mucho por niños instruidos de pieles como las nuestras. —Baddi se llevó las manos a la boca para ahogar su llanto—. Luego te mataré. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para seguir siendo libre, no lo olvides.

Akram le dio la espalda y la dejó donde estaba.

—Asesino —murmuró, pero como él no le puso atención, comenzó a gritar— ¡No eres más que un inmundo asesino!

Uno de los camareros se apresuró a acercarse a Akram.

—Señor, ¿algún problema?

—Es solo una mujer despechada buscando atención.

—Nos encargaremos, no se preocupe.

Akram asintió y el hombre le hizo una seña a sus compañeros, que se dirigieron hacia donde Baddi se encontraba. Oyó que le pedían que se marchara, pero ella continuaba gritándole y maldiciéndolo. Akram entró en la posada y subió de prisa las escaleras, para entrar a su habitación. Allí, al fin, pudo ponerse nervioso e insultarse a sí mismo por haber olvidado por completo la existencia de la única hija de sus amos y por no haber considerado siquiera la posibilidad de que alguien buscaría justicia o venganza por las muertes que causó.

«No puedo dejar que arruine todo, no puedo permitirlo».

Buscó en su bolso las viejas ropas que usaba antes, cuando era esclavo, y las observó por un largo rato.

◆◆◆

Akram dejó la posada cuando Dkol nur Shana se pobló de sombras y estas se robaron todos los colores. Como estaba en uno de los pisos superiores, se deslizó en silencio por balcones y tejados para llegar a la calle.

Le tomó algunas cuantas horas vencer a su orgullo y reunir la humildad suficiente para vestirse de nuevo con sus gastadas prendas. Se rehusaba volver a usar esos trapos apestosos y desteñidos, no quería tener que volver a esconderse en los callejones, no quería volver a matar. Sin embargo, Baddi lo estaba obligando a revivir al esclavo.

«El viejo Akram ya no existe, ahora soy una versión diferente del mismo asesino, solo eso. Una versión que tiene sueños, esperanzas y ganas de vivir en paz».

Se volvía invisible para el resto del mundo cuando vestía sus harapos, y aprovechó esa ventaja para recorrer los alrededores de las posadas más costosas, buscando a dónde se alojaban Baddi y su esposo.

Los encontró en la cuarta posada que espió, los vio cuando regresaban, por lo que se trepó al tejado para ver en qué habitación se alojaban. Quería saber todo sobre ellos, pero no pudo averiguar demasiado, puesto que apagaron las lámparas ni bien entraron a la estancia.

Akram esperó por algunas horas hasta que, a media noche, se marchó de regreso a su posada. Volvió a trepar muros y tejados, y entró a su habitación por el ventanal del balcón. Sin embargo, la estancia no estaba vacía.

Baddi estaba sentada en un sillón frente a la cama; su esposo estaba de pie a su lado, con una mano sobre su hombro, y dos hombres armados esperaban detrás de ellos.

—Bienvenido, Akram —dijo Baddi, con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

17 – Indra y Akram

Desierto de Dunayar
Hienza

Las primeras noches transcurrieron sin mayores contratiempos, pero cuando la luna comenzó a retrasar su salida, caminar se les hizo difícil. Varias veces los hienzenses no pudieron ver los desniveles y rodaron varios metros hacia abajo. En cada ocasión, el dragón rio soltando chispas y llamaradas, pero solo a él le parecía divertido, puesto que Indra tenía que correr cuesta abajo para indicar el camino de regreso a los demás. Después de que Burya se dobló un tobillo en una de las caídas, decidieron que sería mejor avanzar en las primeras horas del día y en las últimas de la tarde. Los descansos repartidos en dos tandas no alcanzaban para reponer sus fuerzas y, después de varios días, todos estaban adoloridos, ojerosos y un poco malhumorados.

Aun así, al alimentarse a diario, el dragón empezó a ganar peso y eso ayudaba a que no todo fuera tan malo. Las plumas débiles y maltrechas empezaron a caerse y parecía que unas nuevas nacerían en su lugar, aunque era muy pronto para saberlo.

A pesar de los esfuerzos, algunas veces no conseguían demasiadas presas, y los hienzenses sacrificaban parte de sus raciones para que Indra y el animal comieran, porque eran quienes se encontraban en peor estado. Ellos solían rechazarlas, porque estaban acostumbrados a pasar hambre e Indra se sentía muy culpable cuando escuchaba los estómagos de los demás quejarse. Sin embargo, los hienzenses eran más obstinados e insistentes y, cuando la discusión se extendía, el dragón terminaba la disputa comiéndose lo que Indra dejaba para los demás. Así y todo, hasta ella se veía mejor y lo pudo comprobar el día que decidieron acercarse al río para darse un baño y beber en abundancia, porque los pozos eran escasos y apenas si les alcanzaba para mantenerse vivos. Al quitarse los bombachos, vio que sus piernas no lucían tan huesudas y al deshacerse de la camisa no vio sus costillas asomando.

Cuando el dragón se metió al agua, esta hirvió a su alrededor levantando grandes nubes de vapor, para asombro de los hienzenses, que nunca lo habían visto hacerlo. El animal nadó, jugó y rio como si fuera un niño humano y, cuando todos se cansaron de descansar, volvieron a internarse en el desierto, para dormir hasta que comenzara a aclarar.

La presencia del dragón les daba la ventaja de no tener que

quedarse a hacer guardia, porque su vista y su olfato detectaban cualquier cosa que se moviera a varios kilómetros a la redonda. Muchas veces los había despertado a mitad de descanso para avisarles de alguna manada de ciervos del desierto y los hienzense se habían turnado para salir a cazarlos.

Cuando los dos jóvenes los dejaban, Burya aprovechaba la oportunidad para hablarle a Indra sobre los cambios que experimentaban las mujeres cuando ya eran capaces de dar vida. Cambios en el cuerpo, de humor, crecimiento de algunas partes específicas en su anatomía, preocupaciones, tristezas, alegrías, dolores, e incomodidades varias. En un principio Indra no quería escucharla, pero Burya seguía hablando. Al final terminó por acostumbrarse, aunque poco y nada participaba en la conversación. Más bien, la dejaba hablar.

—Es una mierda —dijo cuando al final cerró la boca.

—Una mujer que sangra, es una mujer sana, porque puede dar vida.

Indra se puso de pie y se levantó la camisa. Una cicatriz le cruzaba el vientre desde el ombligo hasta abajo.

—Yo ya no puedo dar vida.

—¿Qué demonios te pasó? —dijo Burya, horrorizada. La cicatriz era un serpenteante camino oscuro, grueso y brillante, cortado por un sinfín de pequeñas cicatrices más chicas, que marcaban donde le habían cosido la piel para unir las partes.

—Llevaba a una criatura en mi vientre —dijo y volvió a cubrirse—, pero su padre era un traficante que engañaba y embarazaba a idiotas como yo para obtener nonatos.

Burya se cubrió la boca con ambas manos.

—¿Obtener…? Por Vari, Indra… —murmuró—. ¿Para qué…? ¿Para qué quería a los bebés?

—Los cinti los usan en sus hechizos. ¿Acaso no hay cinti en Hienza?

—N… No lo sé… No puedo creerlo.

—Al menos sobreviví. —Indra volvió a sentarse junto a Burya—. La mayoría de las mujeres mueren desangradas en medio de la calle, donde las agarran, porque no hay quien pueda ayudarlas.

—¿Y a ti quién te ayudó?

—Un grupo de personas que pasaba por allí. Me llevaron a un almacén abandonado, me cosieron el vientre, me alimentaron, me quitaron de la cabeza la idea de matarme… No encontraba muchas razones para querer seguir respirando después de haber perdido a mi bebé y a quien creí que era mi compañero.

—Lo siento mucho.

—Ya me lo cobré, de todos modos. No merecía seguir respirando

después del daño que causó.

—Deberías haberlo entregado a los soldados de tu país —dijo, muy seria, pero Indra se largó a reír.

—El mercado de humanos mueve mucho dinero, pero mucho de verdad, y todos se llevan su tajada. —Burya abrió tanto los ojos, que parecían a punto de salírsele del cráneo—. No les interesa lo que nos ocurra a los de los naasdis más bajos.

—¿Qué clase de justicia hay en Doury Kasesh?

—No hay. Al Tjar le importamos muy poquito —dijo, uniendo el índice y el pulgar, como si tuviera entre ellos algo diminuto—. La gente como yo es apenas menos miserable que un esclavo…

La mirada de Indra se perdió entre las doradas dunas al recordar al kanafi que iba a verla a la prisión, como cada vez que estaba en silencio. Se preguntaba cómo estaría, qué estaría haciendo y, algunas veces, se atrevía a preguntarse si él estaría preocupado por ella, por no saber qué le había ocurrido, aunque siempre terminaba descartando la idea. Seguro que el muchacho tenía cosas más importantes en las que pensar. Sobrevivir a sus amos, por ejemplo…

—¿Te encuentras bien? —Burya interrumpió sus cavilaciones—. ¿Qué sucede?

—Solo pienso.

—Tú nunca… Nunca hablas de nadie. ¿Tienes familia? ¿Amigos? Tal vez podamos hacerles saber que te encuentras a salvo.

—¿Qué hay de ti? Tampoco dices nada de nadie.

Burya se incorporó y estiró los músculos, aunque sin todos sus ruidos habituales.

—Esos dos patanes que se fueron a cazar son mi familia —dijo sin mirarla.

Parecía haber mucho más detrás de esa simple respuesta, pero como Indra no tenía ganas de hablar del esclavo kanafi y no era nada seguro mencionar a Rajesh y a Mhena, dejó el tema. Cuanto menos supieran la una de la otra, mucho mejor para todos.

—¿Qué hay de ti? —insistió Burya, en cambio.

—Estoy sola.

—Nadie está *solo* del todo.

—Conozco gente, pero no regresar es algo bastante frecuente en Dkol nur Shana. Nadie va a morir de tristeza si no vuelve a verme. Es más, no creo que alguien desperdicie un mínimo pensamiento en mí.

Esta vez Burya sí dejó el tema, cosa que Indra agradeció, porque no tenía ningunas ganas de seguir escuchándola. Tener compañía por un rato podía ser agradable, pero estar constantemente con personas que apenas conocía, solo porque era una inútil y los necesitaba para poder llegar hasta las montañas de los dragones, le habían hecho añorar su soledad y su silencio. En la ciudad no estaba en silencio por

completo, por supuesto, pero nadie le dirigía la palabra más que para alejarla de los puestos, o para pedirle algo y regañarla, en el caso de Rajesh y Mhena.

Se preguntó si los libros que robó les resultaron útiles de verdad y si estarían más cerca de conseguir que el legítimo príncipe de Adheej regresara a tomar lo que le correspondía.

«Vari quiera que pronto las flores vuelvan a crecer en todos los hogares».

◆◆◆

Dkol nur Shana

Akram llevó la mano derecha a su bolsillo y tomó dos huesos.

—Suelta lo que sea que tengas allí —ordenó uno de los hombres. Ambos desenfundaron sus espadas y comenzaron a avanzar hacia él.

—No me obliguen, por favor —suplicó Akram, pero ninguno de ellos se detuvo. Cerró los ojos por unos instantes y respiró profundo. Sacó la mano del bolsillo y la dejó abierta—. ¡Krasta!

Las runas talladas en los huesos se iluminaron, como el metal candente, y de ellos salieron numerosos lazos de oscuridad que se extendieron hasta envolver a los espíritus de los muertos que alguna vez fueron los dueños de los huesos que Akram poseía. Las vendas envolvieron piernas, torso, brazos y cabeza, hasta formar dos figuras humanas. Parecían que dormían de pie, puesto que estaban encorvados y sus brazos colgaban, laxos, a los lados. Así y todo, eran mucho más altos que cualquier persona.

Los hombres se detuvieron y Akram miró por unos instantes a Baddi, que se había levantado de su asiento y estaba delante de su esposo, protegiéndolo con su cuerpo. El hombre parecía estar a poco de desmayarse, puesto que se veía pálido y sudoroso.

Un olor amargo inundó la habitación en el momento en que ambas figuras cobraron vida y se irguieron. Akram, por su parte, perdió parcialmente el control de su cuerpo. Sus ojos se volvieron los ojos de los espíritus y su consciencia la de ellos. Sus pensamientos y su pasado se fundieron con los de esos dos temibles mercenarios hienzenses. Compartieron penas, alegrías, batallas, dolor. El tiempo y el espacio dejó de existir para los tres y el caos se desató en la habitación.

Los espíritus se abalanzaron sobre los hombres y los lazos que formaban sus cuerpos se extendieron hacia ellos. Los vivos quisieron defenderse abanicando sus espadas, pero no se puede asesinar algo que ya está muerto.

Las cintas se convirtieron en filos que comenzaron a ondular con

un viento inexistente y se expandieron para arrebatar toda la luz. El aleteo que causaban al chocar entre sí era tan fuerte que apagó las voces, los gritos y las súplicas.

Después de unos segundos de pánico, estas regresaron y envolvieron a los dos matones que Baddi había llevado para apresar a Akram. Despedazaron sus cuerpos, salpicando sangre y acero en todas direcciones y no se contentaron con matarlos, sino que continuaron rompiendo y desgarrando los cuerpos hasta que Akram ordenó que se detuvieran.

—Risda —murmuró, y los lazos regresaron de inmediato a los huesos que tenía en la palma de su mano. Las runas se apagaron y Akram volvió ser solo él mismo. Tenía la respiración agitada y sentía que le temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué hiciste, Akram? —Baddi miraba, horrorizada, las paredes salpicadas de sangre, los huesos partidos en pequeños trozos, el picadillo de carne y vísceras que había desperdigados por todo el lugar. Renjy no estaba a la vista. Seguramente, había caído al suelo por la impresión.

—Te dije que me dejaras en paz, te lo advertí —dijo con calma—. No quiero hacer esto, pero no voy a volver a ser un esclavo, ni me voy a dejar encerrar en una maldita prisión hasta que los huesos se me pudran. Me pasé más de la mitad de mi vida siendo el esclavo más miserable de tu padre. Tuve que aceptar que me obligara a ser esto, tuve que soportar sus golpes de día y sus visitas de noche.

—¡Calla! —Baddi se cubrió la cabeza con ambas manos.

—El maestro que él me buscó me obligó a matar por primera vez a los nueve años. —Continuó hablando con la misma calma, como si estuviera leyendo un discurso monótono y aburrido, tratando de no desquitar en ella toda la ira que llevaba dentro—. ¿Sabes qué hizo tu padre cuando vio mi dedo azul?

—Cállate, por favor.

—Entró a mi habitación y me obligó a desvestirme. Nueve años tenía.

—Detente.

—¡Nueve años! —exclamó esta vez, furioso al recordar la primera noche que el amo Uzair lo sometió—. Y tú querías jugar conmigo, maldita seas —rio, irónico—. ¿Lo recuerdas?

Baddi levantó la cabeza y lo miró, tenía los ojos rojos y aguados. Sí, lo recordaba.

—Perdóname.

—Me importa una mierda.

—Nunca quise que las cosas fueran así, de verdad…

—¿Crees que tus disculpas solucionan algo? Las cicatrices de mi cuerpo no se borran con tus disculpas, ni las manchas azules. Las

pesadillas no se irán, ni el miedo, ni el asco. Tu padre me convirtió en una bolsa de mierda llena de odio y resentimiento y eso seré por el resto de mi vida.

Baddi quiso acercarse y Akram retrocedió.

—Perdón.

—Déjame en paz, porque si intentas algo, mis espíritus irán por ustedes. Ya conocen su aroma y su esencia y eso se transmite de los padres a los hijos, así que piensa un poco mejor tus próximos pasos. Los encontrarán, no importa cuánto intenten esconderse, lo harán, porque son espíritus y no conocen los límites del reino de los vivos.

—Eso no es cierto —murmuró, más para intentar convencerse a sí misma que para desmentir a su interlocutor.

Akram hurgó su bolsillo una vez más y abrió la mano cuando sacó todo lo que llevaba. Eran veintiséis pequeños huesos de muchas personas de las que había profanado sus tumbas para obtener sus fortalezas y sus servicios.

—¿Qué haces? —preguntó Baddi, en pánico.

—Dalha —dijo Akram y las runas en los huesos se iluminaron. Una correntada de aire de olor amargo revoloteó en la habitación.

—Akram, ¿qué haces? —Baddi corrió hacia él, dispuesta a arrebatarle los huesos, pero él hizo un gesto para detenerla.

—Tus hijas no están juntas. Una está en casa de alguien que comparte esencia con tu marido —dijo Akram y Baddi se llevó ambas manos a la boca. En sus mejillas se dibujaron dos surcos de lágrimas—. Una mujer. La niña más pequeña está en tu hogar, con la familia de un hombre pariente de tu marido. Su hermano, tal vez…

—¿Qué les hiciste? —Baddi cayó de rodillas—. Por favor, no…

—Risda. —Una suave brisa apagó las runas talladas en los huesos y Akram volvió a guardarlos—. Por ahora están a salvo y que siga siendo así depende de lo que ustedes vayan a hacer. No veo que tu esposo esté en condiciones de comprenderlo ahora, pero no olvides hablarle sobre lo que acaba de suceder, no quisiera tener que dañar a tus niñas.

Akram le dio la espalda y comenzó a reunir sus pertenencias. No era seguro permanecer allí por más tiempo y tampoco quería hacerlo. Lo culparían de la carnicería que había tenido lugar en su habitación y necesitaba alejarse lo más posible, antes de que alguien decidiera llegar a preguntar si estaba todo en orden.

—Tengo… Tengo que entregarte a la justicia —dijo sin levantarse del charco de sangre sobre el que había caído.

Akram buscó un hueso tallado en su bolsillo.

—Groni.

—¡Akram, no!

Las runas se encendieron y se apagaron a los pocos segundos. Una

prenda llegó revoloteando por la ventana y se depositó en la mano del kanafi.

—Esto pertenece a tu niña más pequeña, ¿no? —Akram la acercó a Baddi—. Todavía conserva el calor de su cuerpo.

La mujer comenzó a llorar, la tomó entre sus manos y la puso en su pecho. Hasta ese momento parecía haber estado tratando de controlarse, pero dejó de hacerlo cuando reconoció el velo de su hija y Akram se sintió aliviado de que, finalmente, Baddi se hubiera quebrado. No sentía deseos de torturarla de esa forma, no quería hacerla sufrir amenazando a su familia, porque sabía que ella no tenía la culpa de las porquerías que hizo su padre con él y con los demás esclavos. Sin embargo, era la única que podía arruinar su futuro y tenía que hacerle entender de alguna forma que no estaba dispuesto a perder su libertad otra vez.

Terminó de juntar las pocas cosas que tenía y se dispuso a marcharse. Baddi seguía abrazando el velo de su hija y Renjy continuaba desmayado.

—Veo que lo comprendiste al fin.

—¿Qué le hiciste a mi niña? —Lo miró apenas.

—Ella solo perdió su velo por una corriente de aire, está a salvo.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—No tengo razones para mentirte, Baddi. Fui sincero desde un inicio. Te dije lo que era capaz de hacer, pero no quisiste escucharme. Podría… —Akram suspiró—. Podría haber sido peor, pero ni ellas ni tú son culpables de lo que tus padres hicieron. Ya me cobré eso y ahora quiero vivir en paz.

Baddi asintió.

—No volverás a saber de mí.

—Espero que no, porque lastimar a los niños es lo peor que un ser humano puede hacer.

Akram le dio la espalda y salió por el ventanal. El escondite de Indra quedaba lejos y debía apresurarse a llegar antes de que se descubriera lo que había sucedido allí. No sabía cómo iba a explicar Baddi lo que había ocurrido, pero ese sería su problema, él ya no quería pensar en eso.

18 – Ysha y Azhar

Las calles estaban repletas de gente que vestía ropas que en algún pasado fueron de colores vivos. Naranjas, amarillos, rojos, verdes, azules. Sin embargo, se veían desgastadas, sucias y desteñidas. Levantaban las manos o abanicaban grandes hojas de palmas para saludar a la comitiva del Tjar. Sonreían. Sonaban tambores en algún lugar y enormes guirnaldas de flores colgaban de un lado al otro de la calle.

«Son patéticos» pensó Azhar, quien recordaba cuando los prury eran un pueblo orgulloso y próspero, y no unos meros sobrevivientes esclavizados, vulnerados, deshumanizados.

Los guardias mantenían a la multitud alejada de los carruajes, aunque la gente trataba, a veces con algo de éxito, acariciar el deslumbrante oro que decoraba los vehículos.

El Tjar iba en un carro descubierto y su rostro no mostraba nada más que un excelso aburrimiento, aunque eso a la gente no le importaba. Se conformaban con verlo, con expresarle su admiración, con haber sido parte de los que estuvieron allí cuando sus venerables pies pisaron el suelo de Dkol nur Shana, aunque eso no era más que un decir. Los pies del Tjar eran sagrados y ningún suelo era digno de sus pasos, más que el de su hogar, el palacio de Indvhe, y las habitaciones privadas que él utilizara en sus viajes a otras ciudades.

La comitiva se detuvo al llegar al palacio y un palanquín condujo al Tjar Rizwan al interior, para que tomara su lugar en el trono que alguna vez fue del Tjar Jalush, vencido cuando una flecha envenenada disparada por Rizwan se enterró en las carnes del soberano de Adheej. Las malas lenguas murmuraban que Rizwan ni siquiera estuvo en el campo de batalla ese día, pero los libros desmentían los rumores, por supuesto. Los libros y la horca.

Ysha y Azhar dejaron al Tjar ocuparse de sus asuntos, y pidieron visitar el panteón del palacio. No había nada en el interior que llamara su atención y no todos los días se tenía la oportunidad de visitar la tumba de una gran dama.

Las hermanas fueron conducidas por los jardines hacia una enorme construcción de mármol negro, en el que unas betas doradas reflejaban los crueles rayos del sol de mediodía, haciendo que los destellos se clavaran sin piedad en cuanto ojo pasara cerca.

Entraron a la suntuosa construcción por una puerta alta, de madera de sándalo y tallados de marfil, y despidieron a los sirvientes. Ambas estaban acostumbradas a los lujos desmedidos, por lo que no

les causó nada de asombro encontrarse frente a un edificio como ese; las paredes estaban decoradas con pinturas de los dioses Birha y Sheera, en escenas en las que compartían numerosas actividades cotidianas con la familia del señor Uzair, algo que sí las hizo reaccionar.

—Qué patán más pretencioso —dijo Azhar.

—De ilusiones vive la gente —asintió su hermana.

Los nombres de los miembros de la familia estaban escritos en gruesas letras de oro y, debajo de cada uno de ellos, una puerta cuadrada protegía cada uno de los féretros.

—Jaya —leyó Azhar y se dispuso a tomar la manija, de oro también, para acceder al féretro.

—Espera, ¿qué tal si algún ente la custodia?

—Según dijeron, murieron de forma repentina. Dudo que hayan ejecutado los ritos pertinentes.

—Y su hija no vive aquí, es cierto.

Azhar abrió la puerta e Ysha sacó un hueso de su bolsa de mano.

—Groni —ordenó y las runas talladas en el hueso se iluminaron. El pesado féretro de la señora Jaya salió de su nicho y se depositó con suavidad en el reluciente piso de mármol blanco. La tapa se abrió y las gemelas, en un idéntico movimiento, se cubrieron el rostro con un pañuelo. Una de las manos de la señora Jaya, que terminaban en unas largas uñas rojas, se levantó y, al momento, se desprendió uno de sus dedos.

—Excelente —murmuró Azhar y tomó la falange que flotaba frente a ella; la piel verdosa se sintió blanda y resbaladiza, y la uña se desprendió y cayó al suelo. Azhar primero introdujo el dedo mutilado en un saco de cuero y lo metió en su bolsillo, y luego dejó la uña junto al resto del cuerpo. El féretro regresó a su lugar e Ysha guardó el hueso del espíritu que la ayudaba.

—Deberíamos tomar un hueso de Uzair, ¿no crees?

—Era un inútil, no nos servirá de nada. Solo necesitamos saber por qué la mujer hizo todo este desastre.

Ysha asintió.

◆◆◆

Cuando el banquete terminó y los invitados del Tjar se hallaban tan ebrios como para notar qué estaba sucediendo a su alrededor, las gemelas dejaron el salón y se dirigieron a la habitación que les habían asignado.

Sin necesidad de decir nada, ambas comenzaron a preparar lo necesario para poder comunicarse con el espíritu de la señora Jaya y así descubrir qué había sucedido esa noche. Mientras Azhar hacía un

círculo perfecto con una mezcla de sal marina y las cenizas de un becerro sacrificado en nombre de Sheera, Ysha se ocupaba de deshacerse de la piel y la carne de la falange que robaron de la tumba de la mujer. Azhar, luego, encendió fuego en un cuenco de barro y quemó en él unas varillas de incienso, para que el olor a muerto no llamara atenciones innecesarias. El Tjar no se quejaría, por supuesto, pero los sirvientes de Dkol nur Shana podían molestar y nadie debía interrumpir la comunicación con los espíritus, o eso podía acarrearles serios problemas.

Cuando Ysha terminó de pelar el hueso, lo untó en aceite y lo arrojó al cuenco, para que ardiera más rápido y terminara de consumir los restos de tejido que podrían haber quedado; lo aconsejable era dejar que el hueso se secara con el sol y el aire, pero como no tenían tiempo, debían apresurar el procedimiento de otras formas.

Después de unos minutos, Azhar extrajo el pequeño hueso del fuego y lo dejó enfriar. Entre tanto, buscó una lezna de plata para tallar, por si le era de utilidad el espíritu de la mujer. Ysha se sentó dentro del círculo y quitó una a una las diminutas hojas de una rama de tomillo. Al terminar, cortó la rama y dejó los trozos en el cuenco que ardía frente a ella. Cerró los ojos y esperó. Azhar la acompañó a los pocos segundos y ocupó su lugar del lado opuesto a su hermana, de espaldas al fuego.

Al unísono empezaron a hablar en la lengua de los antiguos. Azhar tomó el hueso y su hermana arrojó de a una las hojas de tomillo. Del cuenco comenzó a derramarse un humo rojizo, que luego reptó por los suelos y se trepó por las paredes, pintándolo todo del mismo rojo de la sangre.

—Sanda, señora Jaya —dijo Azhar—, le pedimos disculpas por interrumpir su pacífico descanso.

—¿Pacífico? —exclamó una voz que provenía de todos lados y de ninguno a la vez—. Llamas que acarician mi inexistente cuerpo, que queman mis ausentes entrañas, que atormentan mi perturbada mente. No es paz la de los muertos, es agonía constante.

—Queremos ayudarla, señora Jaya.

—¿Cómo? ¿Cómo puede recibir paz alguien que sintió tanto odio en vida? El odio trasciende el reino de los vivos, para seguir ardiendo en el reino de los muertos. A eso no lo sabemos antes, pero lo experimentamos después, cuando creemos que ya nada importa.

—Podemos llevarla a la luz, a donde nada la perturbe, pero necesitamos saber qué ocurrió para que…

—¿Para que asesinara a mi familia?

—Sí, señora Jaya.

—Empecé a odiarlos. A todos. Todos ellos. Me molestaban tanto

que ya no podía soportarlo. Tuve que hacerlo. Tuve que acabar con ellos o el odio me consumiría. Pero el odio sigue aquí, conmigo, me sigue a todas partes.

—¿Los odió siempre?

—De repente.

—¿Cuánto tiempo los odió?

—Horas.

—Eso sí que es extraño —dijo Ysha en la lengua común y su hermana asintió.

—Amaba a mi esposo. Mis hijos eran todo para mí… Pero no podía dejarlos vivir. El odio. El odio me llevó a hacerlo.

—¿Por qué?

—Tenía que matarlos. Matarme. Siento mucho rencor. Quema, me incendia todavía.

—Haremos lo posible para guiarla a la luz, señora Jaya —dijo Azhar.

—¿Lo haremos? —preguntó su hermana en la lengua común.

—No —respondió Azhar. Se giró y arrojó el hueso al cuenco. Puso más aceite en el fuego y más varillas de incienso—. Algo le sucedió a esta mierda de mujer, pero ni ella sabe qué.

—Sin dudas, alguien tuvo que obligarla. —Ysha dibujó un sello en la palma de su mano, tomó su daga y siguió las líneas que había trazado con la punta. Cuando la sangre brotó de las heridas, dejó caer las brillantes gotas sobre las llamas. Unas chispas ascendieron hacia el techo y se oyó un grito agudo, punzante, desesperado. Azhar imitó a su hermana y el fuego se extinguió. El espíritu de la señora fue arrastrado hacia el reino de los muertos, otra vez—. Un kanafi.

19 – Tjar Rizwan

Las paraki eran dos mujeres tan extrañas, que no sabía si le inspiraban temor, respeto o ganas de empotrarlas. Las tres cosas a la vez, en honor a la verdad. Hubiera dado su reino por poder pasar una noche con ambas. A primera vista, no se diferenciaban demasiado de los de su etnia, los prury. Eran bajitas, de piel canela y ojos grandes, demarcados con unas tupidas pestañas; delgadas, pero de caderas anchas y mejillas rellenas. Al segundo vistazo, eran mortalmente atractivas. Sus labios gruesos y casi siempre pintados de carmesí, parecían tener alguna clase de hechizo que hacía que quisiera perderse en ellos cada vez que le hablaban.

Rizwan era un hombre de mediana edad y no tenía problemas con su sagrado y real miembro, pero las paraki tenían pinta de ser de esas mujeres insaciables, de las que no se conformaban con poco, y él con gusto hubiera pedido a alguno de sus yadugari que le diera un brebaje para aumentar su vigor y así poder pasar una noche entera con ellas, entre ellas.

Si no hubiera sido descendiente de los dioses, el Tjar Rizwan no hubiera tenido reparos, pero su naturaleza sagrada no le permitía ofender a los dioses yaciendo con dos mujeres, solo por el gusto de hacerlo. Y la idea era tenerlas a las dos a la vez, no a una sola.

—Su majestad —susurró su vocero, el único que podía oír lo que el Tjar dijera, aparte de su familia—. Las señoritas esperan su…

El Tjar se acomodó en el trono y se dio cuenta de que ambas estaban de rodillas sobre la alfombra, esperando a que les diera la orden de ponerse de pie y les permitiera mirarlo.

—Hazlo —susurró.

—Las señoritas Azhar e Ysha, su Majestad —exclamó el vocero y ambas se incorporaron. El Tjar hizo un leve gesto con la mano izquierda, invitándolas a hablar.

—Magnífico Tjar… —comenzó Azhar… O Ysha, nunca sabía cuál era cada una. Demonios, se le revoloteaba la sangre cada vez que esos labios se movían. El Tjar volvió a acomodarse en el trono, para que no se notara su creciente erección.

«Demonios» volvió a pensar, «parezco un chiquillo que se calienta ni bien una mujer le habla».

—… Cumplimos con nuestro deber.

—Felicítalas —susurró el Tjar y el vocero habló por él.

—Su Majestad está gratamente complacido y agradece sus útiles servicios al pueblo de Doury Kasesh.

—Sin embargo, su altísima Majestad, no pudimos obtener una respuesta satisfactoria —dijo la otra hermana y el Tjar tuvo que apartar los pensamientos pecaminosos que se le vinieron a la mente—. Según dijo, actuó por un egoísta y ruin impulso.

—Págales.

—Mi señor, nunca…

—Hazlo.

El vocero asintió y tomó un saco de terciopelo con cien monedas de oro.

—Son dos —susurró el Tjar y el vocero, aunque asombrado, asintió otra vez y tomó un segundo saco.

—El Tjar, en su infinita magnificencia, desea retribuirlas por su diligencia y efectividad.

Sus miradas de desconcierto fueron tan excitantes como ver sus labios moverse y el Tjar las despidió con un gesto, antes que sus impulsos lo hicieran dejar el trono y tomarlas a las dos ahí mismo, aunque los dioses le cayeran encima con toda su furia.

Las vio alejarse y sus libidinosos ojos se quedaron perdidos en los movimientos de sus caderas, imaginándose entre sus brazos, entre sus labios, entre sus muslos.

—Deseo retirarme —susurró y el vocero dio la orden de conducirlo a sus aposentos.

El palanquín se acercó y, después que el Tjar se acomodó en el asiento, lo condujeron por pasillos y salones. Los dioses condenaban a aquellos que derramaban su simiente en otro lugar que no sea dentro de una mujer, así que ordenó que lo llevaran a la cámara de sus esposas.

Los porteadores lo pasearon por el gran salón donde residían sus concubinas. Una larga fila de mujeres lo esperaba a cada lado del pasillo. Altas, bajas, morenas, pálidas, delgadas, carnosas. Había de todos los colores, gustos y formas, pero el Tjar quería a las gemelas y no podía tenerlas. Después de un rato en el que los porteadores caminaron y él siguió imaginándose cómo sería pasar una noche entre las paraki, eligió a una muchacha prury, muy parecida a las gemelas, que ese día tenía los labios carmesí.

«¿Quién diría que el Tjar tendría que conformarse con menos de la mitad de lo que de verdad desea?»

—Que la lleven a mi habitación —susurró.

◆◆◆

—Tienes que tener cuidado con no ofender a los dioses, amado esposo —dijo Thaba, la Tjarina, sin hacer un mínimo intento de ocultar la ironía en el tono de su voz.

—No lo hago —respondió con sequedad. Ya le parecía raro que no fuera a arruinar esa cena, también. Desde hacía varias semanas ese se había convertido en su pasatiempo favorito. Arruinar almuerzos, cenas, o cualquier momento del día en el que se cruzaran.

—Las nuevas paraki… Los dioses lo ven todo.

—No hice nada para ofender a los dioses. —Estaba comenzando a sentir deseos de deshacerse de esa mujer.

—Cada vez que ellas tienen audiencia, corres a revolcarte con alguna prury —dijo, dejando salir su enojo. Así que ese era el problema.

—Cuida tu lengua, o te vas a envenenar con ella, amada esposa —sonrió, pero solo para no ordenar que la decapitaran.

—Si las desgracias caen sobre nuestra familia o, peor aún, sobre Doury Kasesh, será culpa de tus pecados, Rizwan.

—¿Más desgracias que las que causaste? Tal vez tenga una conversación con los dioses muy pronto. Nunca se sabe… Tal vez la llegada de las paraki ayuda a que los dioses vuelvan a hablar con los sacerdotes. Ha ocurrido antes, cuando mi padre reinaba. También cuando el padre de mi padre lo hizo. Los paraki fueron creados por los dioses para facilitar la comunicación del reino de los vivos con el de los muertos, pero también para ser las voces de los dioses. Recuérdalo, ellas son valiosas. Más valiosas que tú, de hecho, que solo has dado un heredero enclenque a Doury Kasesh.

—Ryza es tu hijo, también —contestó con naturalidad, como alguien que ya ha dicho lo mismo cientos de veces.

—Claro que sí, pero mis demás hijos son fuertes como toros, valientes, inteligentes y hábiles. Sabes que Ryza nunca logrará nada, porque no es más que un pedazo de carne con ojos, que se mantiene vivo solo por tu compasión. De no ser porque lo alimentan, lo limpian y lo sacan al sol, ese chico ya habría muerto de nuevo.

Thaba dejó los cubiertos en la mesa y respiró profundo, buscando el valor para seguir con esa conversación, que, ambos sabían, nunca llevaba a ningún lado.

—Deshazte de nosotros, entonces, ¿qué estás esperando?

La Tjarina hizo una pregunta que nunca había hecho y el Tjar aprovechó la ocasión para desenterrar una espina que llevaba clavada en su pecho desde hacía doce años.

—A que los dioses tengan la compasión suficiente como para liberar a Ryza de la desmedida cantidad de sufrimiento al que lo tienes sometido.

—¡Es nuestro hijo! —exclamó, espantada, esta vez.

—Y sufre, Thaba, lo sabes. Tiene una mente viva y un cuerpo muerto. Se nota que quiere caminar, pero sus piernas no le responden, que quiere hablar, pero solo balbucea incoherencias, que quiere comer

por sí mismo, pero sus manos no tienen la fuerza para llegar a sujetar ni un trozo de pan, siquiera.

—Desafía a los dioses y termina con su padecimiento, ¿qué estás esperando? —masculló. Parecía que estaba conteniendo en su interior una tormenta de fuego y caos.

—Tú los desafiaste cuando hiciste que le devolvieran la vida a Ryza y los dioses nos castigaron negándonos tener más hijos y condenando a mi pequeño a una agonía eterna.

El Tjar arrojó la servilleta sobre la mesa y dejó el comedor, desencantado, enojado, dolido. Solo los hijos de la primera esposa tenían derecho al trono y, si Ryza no se moría antes que él, la sucesión terminaría en una matanza en la que todos sus demás hijos se disputarían la corona y la tomaría el que fuera más rápido, más cruel, más despiadado, el primero que llegara a ordenar a los guardias que asesinaran a todos los demás.

Vhinta, probablemente; a ella no le temblaría el pulso. O Amira, hija de la princesa de Dwot Vla, su quinta hija. Ella tendría más recursos y un país entero para apoyarla.

Sus hijos varones eran fuertes y hábiles, sí, pero estúpidos y brutos. Ninguno de ellos veía más allá de sus espadas… la de acero y la de carne, como todo muchacho que está a medio camino entre ser un niño y ser un adulto. En ese período todo lo importante se limitaba a golpearse con los compañeros y fantasear con meter su real pene en algún lado. Rizwan dudaba mucho que esos muchachitos cambiaran demasiado para cuando él muriera. En esos años del paso de la niñez a la adultez, era cuando salía a la luz el carácter de las personas y ninguno de ellos tenía demasiado interés en nada más.

Vintha sería una buena Tjarina, sin dudas, aunque sería lamentable que tuviera que acabar con sus hermanos para poder llegar al trono. No estaba muy seguro sobre el liderazgo de Amira, pero el apoyo de Dwot Vla podía pesar más que la determinación de Vintha. Amira era inteligente, responsable, calmada y parecía tener siempre buenas ideas, según sus maestros. Así y todo, Vintha siempre fue la favorita del Tjar, porque fue la primera de sus hijos, pero como fue concebida antes de casarse, no podía ser considerada heredera legítima. La madre de Vintha era una de las jardineras y, como tal, no podía aspirar a ser Tjarina. Sin embargo, ni las leyes ni los dioses decían que Vintha o su madre tuvieran que morir, y el Tjar Ralesh, padre de Rizwan, permitió que vivieran en el palacio con el tratamiento que se le daría a una esposa secundaria. Después de dos generaciones de hijos varones, la llegada de Vintha al palacio fue una mezcla entre una brisa refrescante y un destructivo vendaval, porque lo cierto era que la pequeña no se quedaba quieta nunca y era bastante difícil lograr que se comportara. Los Tjares le daban todo lo

que pedía, así fuera un banquete solo de pasteles o un caballo, y, por esa razón, no apresuraron la búsqueda de esposa para Rizwan, para poder disfrutar de la pequeña antes que un legítimo heredero le robara el protagonismo. Además, no querían que la próxima Tjarina viera en ella a una amenaza contra su hijo. Sin embargo, Thaba estaba tan encantada con la niña como todos los demás.

La llegada de Ryza al palacio cambió por completo a Vintha, que tenía cuatro años cuando le dieron el título de hermana mayor. El heredero al trono era como un muñeco para ella y no se separaba, en lo posible, de su lado. Dejó de corretear, de gritar y reírse por las galerías, y empezó a hacer actividades menos ruidosas, para no molestar al niño. Cuando Ryza comenzó a caminar, lo llevaba de la mano y lo cuidaba para que no se golpeara, pero Vintha no pudo hacer nada para que fuera un niño saludable, como ella. Ryza tenía problemas frecuentes, tosía mucho y, cuando eso pasaba, se ahogaba y parecía oírse un silbido cuando quería respirar. Andar mucho le hacía daño, ni hablar de correr o de quedarse afuera cuando comenzaba la noche. Algunas flores le hacían respirar mal y no podía estar cerca de los animales de lana que tejía la abuela Tjarina sin empezar a toser. Las tormentas de arena, sin embargo, eran lo peor.

Una tarde en que llegó una, cuando Ryza tenía tres años, tosió tanto que dejó de respirar. Ningún sanador ni yadugari pudo calmarlo y el niño falleció cuando el sol se ocultó en el horizonte. La Tjarina, a espaldas del Tjar, convocó a todos los cintis de la ciudad para que hicieran hasta lo imposible para devolverle la vida a su hijo. El paraki que lo logró le advirtió del alto precio que deberían pagar por devolverlo a la vida, pero la Tjarina deseaba a su hijo de regreso y, aún después de doce años, pagaban las consecuencias. Ryza regresó a la vida, pero solo a medias. Ya no pudo caminar, ni hablar y necesitaba sirvientes constantemente a su lado para asistirlo, además de su madre.

Vintha, a pesar de que ya tenía más hermanos con quien jugar y hacer travesuras, volvió a cambiar por completo. Pasaba todo el día junto a su cama, leyéndole, ayudándolo, limpiándolo, alimentándolo, cuidando su sueño. Por más de un año, fue casi imposible hacerla salir de la habitación de Ryza; dejó de estudiar, de montar a caballo, de jugar. Al final de esos días estaba pálida, ojerosa, delgada y solo sonreía cuando Ryza despertaba, aunque cada vez menos. Sin embargo, de un día para el otro y sin dar ninguna clase de explicación, regresó al salón de estudios, volvió a montar a caballo y empezó a entrenarse en el uso de las armas. Visitaba a Ryza solo cinco veces al día, por períodos cortos de tiempo, y dedicaba el resto de su tiempo a instruirse. Parecía estar llena de ambiciones y, a diferencia de los demás hijos del Tjar, nunca se la veía ociosa. Siempre tenía algo

que aprender o entrenar. Su madre decía que, mientras no se enamorara, seguiría así, pero ya tenía diecinueve años y seguía practicando y estudiando con el mismo empeño. Ningún imbécil podría doblegar a Vintha, no tenía tiempo para eso.

20 – Akram y Baddi

Akram salió a la calle y se topó con una sorpresiva cantidad de gente que se dirigía hacia el centro de la ciudad. Dispuesto a averiguar qué estaba sucediendo, siguió a la muchedumbre. Se veían enojados pero, a la vez… ¿Felices?

Oyó las palabras «Adheej, príncipe, Tjar Jalush, muerte al usurpador» y Akram recordó que, hacía algunos años, corrió el rumor de que uno de los príncipes de Adheej había sobrevivido a la Noche de la Caída, en la que el Tjar Rizwan asesinó a la familia real de Adheej. El Gran Señor Uzair ordenó terminar con los rumores y con las personas implicadas en esparcirlos, pero se encontró con que de verdad el príncipe heredero existía y que estaban arreglando su regreso. Mucha gente murió en ese tiempo pero, al parecer, el príncipe sobrevivió a la cacería.

Como un monstruo que se alimenta de personas, el río de gente fue engullendo, insaciable, a quienes se cruzaban en su camino. Se arrastró, lleno de furia y de hambre, y los condujo por calles y callejones, por puentes que cruzaban sobre arroyos de basura, por baldíos, por casas en ruinas, por una ciudad que parecía haber sido arrasada por la miseria y la corrupción.

Alguien encendió una antorcha y, pronto, ese ser aterrador e inmenso, que clamaba por la sangre de los invasores, se convirtió en un fénix. Sus alas de fuego se expandieron más y más, hasta convertirlo en una bestia descomunal, brillante, noble.

«El fénix es el animal de la bandera de Adheej» pensó Akram. El amo Uzair le había quitado, como a todos, la sensación de pertenencia. Había borrado de su memoria su nacionalidad, su bandera, su religión, el pasado de su nación. Como si de una pequeña ave de fuego se tratara, en el pecho de Akram nació una chispa que fue extendiendo sus alas hasta abarcar todo su ser. Antes que se diera cuenta, él también estaba pidiendo por la muerte del usurpador.

Un hombre que estaba en la acera le tomó el brazo y lo sacó de la multitud.

—¿Tú crees que de verdad el príncipe de Adheej mató al maldito Gran Señor Uzair? —le preguntó y Akram tuvo grandes problemas en ocultar su asombro.

—¿Q…? ¿Qué? —tartamudeó, pero la multitud lo arrastró de nuevo hacia la calle, hacia el fervor, hacia la violencia. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en que él era el culpable de que el pueblo decidiera alzarse en contra del Tjar Rizwan, ya que las masas llegaron

al palacio y el caos se desencadenó.

El que antes había sido el hogar de Akram se vio pronto envuelto en llamas. Las piedras reventaron los cristales, el fuego tomó las cortinas y la marea de personas derrumbó la puerta a hachazos. Entraron, furiosos, a destruir el interior, a robar, a matar.

Las llamas alcanzaron los lujosos sillones, las alfombras, los tapices y Akram, fascinado, contemplaba la destrucción de ese lugar que alguna vez defendió con uñas y dientes. Se escucharon gritos diferentes, agudos, dolorosos, que provenían del exterior y, cuando se asomó a ver, una centena de soldados del Tjar estaba golpeando a la gente, sin importar su edad o su tamaño.

Akram ocultó su rostro y sonrió debajo de su pañuelo. Retrocedió hasta la pared y se aseguró de ponerse en un rincón donde nadie fuera a chocarlo. Sacó de su bolsillo un puñado de huesos y los miró unos segundos.

—¡Krasta! —exclamó y se desató el infierno en los jardines del palacio.

Los espíritus salieron desde la palma de su mano, convirtiendo a Akram en veintiséis entidades diferentes que aullaban furiosas. En un instante atravesó las llamas, los cristales, las paredes y la gente. Vio temor, asombro y espanto en los rostros de los prury. Escuchó su pánico y su alarma, pero cuando Akram y sus espíritus envolvieron a los soldados con su oscuridad, los prury comenzaron a celebrar. Desgarraron los cuerpos de los hombres del Tjar y los convirtieron en un amasijo de entrañas y hojalata, ante una muchedumbre fervorosa y sedienta de sangre.

—Risda —dijo Akram y la oscuridad se desvaneció. Cuando volvió a su cuerpo, miró a su alrededor y media docena de personas lo rodeaba, protegiéndolo, cuidándolo.

—¿Tú eres el príncipe? —preguntó una muchachita que no debía tener más de diez años.

—No, solo… Solo alguien que se cansó de ser un esclavo. Debo irme y ustedes también, antes de que las cosas empeoren. Vendrán más soldados y no puedo dejar que me atrapen. —Akram dio un paso y la gente se movió con él, como si de un cerco humano se tratara—. No, no lo hagan. Estarán buscándome y…

—Tú eres Akram —dijo un hombre al que se le notaban demasiado los huesos.

«¡Mierda!»

—El kanafi del Gran Señor Uzair —insistió.

Akram estiró la mano y le arrancó un cabello. A él y a todos los que lo rodeaban.

—Si mi nombre sale de sus labios, vivirán un infierno por lo que les quede de vida. —Los apartó de un manotazo y corrió hacia el

jardín. Pasó chapoteando sobre los charcos de sangre y carne destrozada y trepó al tejado más cercano.

—Soy un maldito imbécil, ¿cómo pude hacer algo así? —se recriminó cuando encontró un lugar donde esconderse de los ojos del gentío.

El único que le mostró algo de piedad y compasión cuando llegó al palacio del Gran Señor Uzair, fue Garth. El viejo esclavo hizo todo lo posible para ahorrarle castigos y sinsabores, pero murió dos años después de la llegada de Akram. Después de la primera golpiza que Akram recibió de manos del amo, Garth le dijo que, cuando él muriera, le sacara un hueso, para que el día que pudiera dominar el uso de los espíritus, fuera capaz de protegerlo desde el reino de los muertos. Sin embargo, no todo era tan simple. El amo no le permitía tener huesos encima, mucho menos practicar sin supervisión, por lo que nunca había pensado en llamar al espíritu de Garth hasta esa noche. Estaba desesperado por haberse puesto en evidencia y no sabía qué hacer, si regresar con el resto y ya continuar sin medir consecuencias, si obligarlos a marcharse o hacer que todos los douryense de la ciudad se convirtieran en cadáveres destrozados.

Buscó en el bolsillo de la camisa y allí estaba, un hueso diferente a los de los espíritus que tenía a su servicio, sin runas, intacto. Las runas eran un sello que obligaba al espíritu a obedecer a quien lo tuviera, pero Garth le había prometido cuidarlo desde el reino de los muertos cuando aún estaba vivo, y las promesas dichas en vida y que comprometen a los espíritus, son inquebrantables.

—Sanda, Garth.

El hueso tembló en la palma de su mano y, momentos después, unas bocanadas de humo gris salieron de él.

—¿Akram? —preguntó una voz grave y que parecía flotar en el aire.

—Soy Akram, Garth —sonrió—. Sobreviví, a pesar de todo.

—Por Vari, niño, eres todo un hombre. ¿Cuánto…? ¿Cuánto tiempo pasó desde que morí?

—Nueve años… Asesiné a todos, Garth. Al amo, a su familia, a los demás esclavos, aunque no quedaba ya ninguno de los que conociste.

—Niño…

—Tenía que hacerlo. Desperté al mundo hace poco y no tuve tiempo de pensarlo, porque el amo me ordenó dañar a alguien que… Que se volvió importante para mí, que me ayudó a abrir los ojos. No podía obedecerle, Garth.

—¿Y qué sucede en Dkol nur Shana ahora? ¿Una rebelión?

—El amo Uzair fue nombrado Gran Señor de la ciudad hace unos años y el pueblo quiere que los douryenses dejen Adheej. Se dice que hay un príncipe que sobrevivió a la Noche de la Caída. No era mi

intención hacer que la ciudad se levantara, solo quería salvar a Indra, pero… Bueno, la gente lo vio como una oportunidad. Destruyeron el palacio y yo invoqué a los espíritus para que los soldados no mataran a los prury. No estaba pensando del todo, solo me dejé llevar por el caos que reinaba y ahora estoy tan asustado que…

—No temas, Akram, prometí cuidarte y eso haré.

—Hay un paraki, el Tjar lo tiene, Garth. Va a invocar a sus espíritus para encontrarme, lo sé, es lo que yo haría.

—No podrán, yo te ocultaré. Aprovecha la oportunidad, Akram, ayuda al pueblo. El príncipe, si existe de verdad, llegará a tomar su lugar. No hay una mejor oportunidad que esta y tienes el poder para hacer que las cosas sean mejores para todos. Continúa invocando a tus espíritus para proteger a los prury, es hora de que seamos libres, de que el usurpador se aleje y recuperemos la paz.

—¿Y si no es así? ¿Y si no existe el príncipe?

—Lo sabré y te lo diré. El reino de los muertos es extenso, pero el tiempo y la distancia no transcurren como en el mundo que conoces, Akram. Tiempo. Ayuda en lo que puedas, mientras tanto.

—Gracias, Garth.

—Hazme regresar, tenemos trabajo que hacer.

Akram sonrió.

—Risda —dijo y guardó el hueso en el bolsillo.

Se asomó por el borde del tejado y vio que más soldados se acercaban a resguardar el palacio mientras golpeaban a la gente para que se marchara. Sin embargo, la multitud no se dispersó, al contrario. Parecía que a cada instante llegaba más gente. Akram liberó una vez más a los espíritus para acabar con los soldados que estaban asesinando a su pueblo y el fénix de Adheej extendió sus alas hasta abarcar todo el centro de la ciudad.

El palacio entero ardía y, pronto, las llamas y los prury tomaron las mansiones vecinas. La noche se había vuelto día entre tantos incendios, y una inmensa nube, anaranjada y densa, flotaba sobre Dkol nur Shana. No había soldados capaces de contenerlos y los intentos de aplacar la revuelta fueron vanos. En parte, porque la furia de los prury se volvió una bestia implacable, en parte porque Akram, cobijado por la noche y por el reborde del tejado, se fusionaba con los espíritus cada poco tiempo, para dispersar muerte entre los soldados y alimentar un poco más el caos reinante.

«Dios cinti» empezó a cantar la gente cada vez que las sombras se entremezclaban con la multitud, pero no oyó su nombre en ningún momento.

El amanecer llegó con la amenaza de una tormenta de arena y esa fue la única forma en que las personas dejaron el centro de la ciudad y corrieron a buscar refugio en sus hogares. Akram, por su parte,

regresó al templo destruido de Indra.

◆◆◆

Manai, Doury Kasesh

Baddi bajó del carruaje y corrió hacia la puerta, casi sin sangre en las venas. Las posibilidades de que alguna de sus niñas… Akram no podía ser tan cruel, no, se negaba a creerlo.

Se quitó el velo del rostro y las llamó. Su voz sonó débil y apagada. Ridícula. Se oía ridícula. Y aterrada.

Corrió por los salones, por los pasillos, por las habitaciones. No se hallaban durmiendo, ni desayunando, ni… Se dirigió al ala este de su hogar, pero no estaban bañándose. Al ala sur… no se encontraban estudiando, tampoco.

«¿Dónde carajos están?»

—Baddi. —Renjy señalaba hacia la galería y ella se dio cuenta de que estaba llorando, por lo que se secó las lágrimas con el velo. Fue hacia él, sin saber si de verdad quería ver lo que él le señalaba. No podía leer ninguna expresión en sus gestos y su rostro parecía tallado en piedra.

Se acercó a su esposo y él le tomó la mano. Baddi miró hacia la galería y rompió a llorar.

Sus hijas estaban a salvo, correteando, riendo, jugando junto a sus primos.

«Akram no mintió».

Quiso ir hacia ellas, pero Renjy la detuvo.

—Arréglate antes, que no te vean llorando o se asustarán. —Baddi lo abrazó y él le dio un beso en la frente—. Todo estará bien, solo… Tan solo tenemos que dejar que Akram siga con sus cosas. Mientras no lo molestemos, él se mantendrá alejado.

—¿Crees en su palabra?

—Ya nos demostró que no mentía. Puede destruirnos, como también olvidarse de nosotros… Dejemos que haga una vida nueva para él y nosotros tratemos de olvidarlo, también.

—No puedo olvidar que mató a mis padres y a mis hermanos.

—Pero no mató a nuestras hijas, Baddi, las niñas están a salvo. Podría haber hecho cualquier cosa con ellas, pero están felices, jugando despreocupadas. ¿Quieres eso para ellas o que la próxima vez se lleve alguna de sus vidas, en lugar de uno de sus velos?

—¿Estabas escuchando? —Baddi lo miró.

—Claro que escuché y vi todo, pero no iba a servir de nada decir que estaba despierto. Si hubiera sido por mí, le hubiera dado nuestra sangre y nuestro cabello para que nos hechizara, así lo olvidábamos

para siempre, pero sabía que tú te opondrías. Seguías empeñada en entregarlo, a pesar de sus amenazas y después de ver la carnicería que causó en la habitación.

—¿Qué clase de hija sería si solo lo olvido, Renjy?

—Ya no eres hija, eres madre. No te olvides.

Renjy se apartó y se dirigió hacia los jardines.

◆◆◆

Dkol nur Shana

Arena. Rastros de fogatas ya extintas. Veinticuatro cajones de madera sellados. Otros abiertos; cada uno de ellos tuvo alguna vez cuarenta y ocho sacos de cuero con polvo de estrellas.

Akram se preguntaba si Indra lo vendía en las calles y la aborrecía por ello cada vez que lo pensaba. Sabía que aspirar ese polvo causaba estragos en las personas, arrebatándoles la cordura y la decencia. Trataba de encontrar algún justificativo para sus actos, pero hasta robar era más digno que venderlo.

«Tampoco es que sepas demasiado de ella, Akram…» se decía con frecuencia, para volver a perdonarla, para poder pensar en ella sin sentirse mal por eso y por lo que ella hacía. «Tú has hecho cosas mucho peores».

Miró la chalina que tenía entre sus manos. No era más que un trozo de tela púrpura, pero para él era como tener a Indra cerca. A veces de verdad que quería odiarla un poco, porque no era normal en él tener otra clase de sentimientos, pero se le hacía muy difícil. Nunca había sentido tantos deseos de escuchar una voz otra vez y, como los días encerrado allí se le hacían eternos, pensaba en ella más que antes.

Desde hacía nueve días, tenía muy poco que hacer. No se atrevía a salir mucho a las calles porque la ciudad era un desastre y demasiado hizo el primer día, liberando a los espíritus. Los hombres del Tjar estaban buscándolo hasta debajo de las piedras y, según escuchó decir a los vecinos, había dos gemelas paraki con el Tjar. Akram llegó a la conclusión de que eran quienes entregaron el dragón al usurpador. El Tjar Rizwan abandonó la ciudad después de la tormenta, pero las gemelas permanecieron en la ciudad. Buscándolo, tal vez.

Todo en Dkol nur Shana era un lío de cenizas, personas que corrían, soldados persiguiéndolos, nubes de humo, cadáveres, saqueos, calles bloqueadas y no había nadie que pusiera algo de orden. El Tjar se había largado sin designar un nuevo gobernante y ni sus soldados ni los prury sabían muy bien qué hacer. Las marchas del primer día tenían como objetivo hacer que el príncipe reapareciera y tomara su

lugar, pero vaya uno a saber dónde se encontraba ese príncipe.

A veces, Akram tenía ganas de salir de su escondite y tomar la ciudad a fuerza de espíritus y amenazas, pero eso era exponerse directamente a las paraki y no estaba en sus planes llamarles la atención con tanto descaro. No es que tuviera miedo de que lo mataran… Tal vez un poco, sí, pero el motivo principal era que nunca se había enfrentado a otro cinti, de ninguna clase.

Los paraki se diferenciaban de los kanafi porque ellos eran capaces de invocar los espíritus no solo de muertos humanos, sino también de los *crahsti*, los animales mágicos.

En Ásico había cinco razas mágicas: los dragones, los fénix, las mariposas de alas de plata, los zorros del desierto y los gusanos de pozo. Cada uno de estos crahsti podía concederle sus habilidades mágicas al humano que eligiera, pero no había una razón en concreto por la que una de estas criaturas se fijara en un humano. Ninguno de los estudiosos de los crahsti había podido averiguarlo porque eran difíciles de encontrar, pero más difícil todavía que dijeran alguna palabra. Cuando un crahsti le otorgaba su magia a una persona, el color de su sangre adquiría diferentes colores. Dorada por los dragones, plateada por la mariposa, cobriza por el zorro, negra cuando un gusano intervenía, pero no era causa de muerte, como sucedía con los kanafi cuando su sangre se contaminaba. Cuando un fénix era quien se fijaba en un humano, su sangre se volvía brillante y naranja, como si fuera fuego líquido lo que empezaba a correr por sus venas, aunque no los quemaba, los hacía inmunes a ese elemento.

Lo que sí tenían en claro los estudiosos era que un crahsti nunca elegiría a un cinti.

Otra de las características de los paraki era que podían hacer el *Tuom Karap*, la danza de la muerte. Algo bastante inútil, según pensaba Akram, pero así y todo, la gente comúnmente llamaba a los paraki *bailarines de la muerte*, tal como llamaban *dedo azul* a los kanafi, *herbolarios* a las yaducare o *brujos* a los yadugari.

Durante el tiempo que pasó desde que los prury se levantaron contra el Tjar Rizwan, Garth no pudo darle ninguna noticia que le sirviera de algo; no sabía nada del Tjar Jalush ni de su familia y, por ende, no pudo decirle si el príncipe estaba con vida. El reino de los muertos era mucho más grande de lo que Akram suponía.

Quiso usar a los demás espíritus para que fueran a buscar información sobre las paraki, pero le pedían cosas imposibles. La mayoría quería poseer su cuerpo por una noche, para volver a sentirse vivos, pero Akram no podía permitírselo. Lo estaban buscando y no era para nada seguro que su cuerpo deambulara por la ciudad. Borracho, seguramente, o drogado con polvo de estrellas, y sin ninguna clase de consciencia del peligro que corría. No, eso no iba a

suceder.

Algunos espíritus querían que Akram fuera a Hienza a llevar un mensaje a sus familias, lo que era sensato, pero dado que necesitaba saber sobre las paraki cuanto antes… Unos, sin embargo, querían verlo con una mujer, otros que aspirara ese maldito polvo de estrellas y los invocara, otros que los invocara dentro del cuerpo de cualquier persona, todas cosas que Akram no podía permitirse. No estaba seguro si estaban locos o si solo estaban jugando con su desesperación. Al final, desistió y no volvió a sacar los huesos. No quería escuchar sus desvaríos y, menos aún, sentirse tentado de hacer alguna de las locuras que le pedían.

Akram decidió que iría a su aldea, si es que recordaba dónde quedaba, para poder buscar los huesos de su familia. De esa forma tendría más espíritus a su servicio, además de que, suponía, no tendrían exigencias tan ridículas para poder ayudarlo. Quería saber de Indra, también, pero no podía usar a Garth para todo; era imposible que anduviera en ambos reinos a la vez y su prioridad más urgente era saber dónde encontrar al príncipe sobreviviente para que tomara el poder de la ciudad y, luego, de las demás ciudades que alguna vez formaron parte de Adheej.

Akram solo quería ser libre de su amo, pero estaba contribuyendo a que todo un país regresara a la libertad y eso era mucho más de lo que alguna vez se hubiera atrevido a imaginar.

21 – Azhar

Manai
Doury Kasesh

El paisaje de Manai era deprimente y blancuzco. La tierra de las calles era un polvillo arcilloso y pálido, y cubría todo lo que se veía. Las copas de las palmeras lucían de un color verde apagado… y los arbustos, y los toldos de las calles y la vestimenta de la gente que circulaba… Una nube de polvo permanecía a ras del suelo, nacida del constante tránsito de personas, animales o carros. No había viento, nada más sol, calor y polvillo asfixiante. Delimitando la pequeña urbe, unas montañas bajas parecían vencidas por la inmensa cantidad de casas precarias y que armonizaban a la perfección con el paisaje, puesto que eran de las mismas tonalidades que el entorno. El polvillo blanco se había robado todos los colores

Azhar, sin embargo, no estaba allí para supervisar la estética de la ciudad, estaba allí para encontrar respuestas, y para eso debía hablar con la hija del Gran Señor Uzair. Según las indicaciones que le dieron, la casa de Baddi se hallaba sobre la calle principal, por lo que el carruaje en el que iba la paraki continuó su marcha por la polvorienta calle custodiada a ambos lados por palmeras altas y de troncos gruesos.

Las casas en esa zona eran inmensas, y la decoración de los jardines estaba hecha con piedras de distintos tonos y arbustos de ramas nudosas y pocas hojas. A Azhar le pareció que competían para ver quién tenía las piedras más grandes, o con los colores más diversos. La casa de Baddi era la única con jardín convencional y, a pesar de lo desértico de la zona, este contaba con una vegetación exuberante. Azhar apretó los puños en cuanto lo vio. Un jardín así era un insulto al mundo entero, porque no había allí ninguna de las especies vegetales de la región, acostumbradas a la falta de agua y a la sequedad del ambiente, sino que todas eran plantas de las selvas de Dwot Vla, dónde el aire es húmedo y cálido, la tierra es fértil y negra, y el agua cae del cielo cada pocos días. No quería imaginar cuánta agua, cuánto dinero y trabajo costaba mantener vivo un lugar así. Azhar ya había decidido que Baddi le caía mal, aunque todavía no hubiera cruzado ni media palabra con ella. Tal vez era una buena mujer, tal vez era encantadora y amable, pero tenía sus serias dudas.

El carruaje se detuvo y la paraki esperó a que el cochero abriera la portezuela para descender. Llamó a la puerta y, cuando un sirviente ataviado de blanco abrió, se dio a conocer y manifestó sus deseos de

hablar con la señora de la casa. El hombre la condujo a un salón inmenso, donde no había ninguna clase de color allí, más que el blanco y el negro.

Sin más demoras, sacó un hueso de su bolsa de mano y liberó al espíritu para que inspeccionara todo lo que ella no podría mirar mientras estuviera allí. Lo sostuvo en la mano, oculto, y continuó con la inspección mientras aguardaba a que la señora de la casa la recibiera.

Los muebles eran negros o blancos, pero se notaba que eran esos sus colores naturales. Unos eran de ébano y Azhar se preguntó qué clase de árbol podía dar una madera así de blanca. Eran de construcción simple, de acabados rectos, sin los repujados ni tallados que acostumbraba a ver en el palacio de la capital; las paredes eran blancas, las cortinas de terciopelo negro, los almohadones blancos, las aberturas negras, las mesitas blancas, los adornos negros.

La paraki no supo qué pensar sobre ese salón, puesto que la decoración era inusual y parecía desafiar todas las costumbres de su país. En Doury Kasesh todo era colores, formas sinuosas, tallados, bordados, pero allí era lo contrario. No sabía si se trataba de una especie de rechazo a sus raíces o una decoración importada de algún país que Azhar no había visitado antes. Mientras esperaba, se acercó a observar una estantería blanca con jarrones de barro negro, y su dedo siguió el sinuoso camino de las vetas de la madera.

—Es sicomoro —dijo una voz femenina y Azhar se giró hacia la puerta—, pero la madera es sometida a un tratamiento con blanqueadores para darle esa apariencia.

—Una gran técnica, sin dudas… —Azhar se acercó a su anfitriona y se inclinó para saludar. Cuando tomó su mano, notó que tenía unas largas uñas negras. Su tamaño era casi ridículo y Azhar se preguntó cómo haría para higienizar sus partes íntimas con esas garras tan extensas—. Señora Baddi, soy Azhar, paraki a las órdenes del Tjar Rizwan.

Sus ojos se agrandaron.

—Vaya, qué sor… No esperaba algo así. —Baddi le señaló los sillones y la invitó a sentarse—. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted, señorita Azhar?

Se notaba la diferencia entre las etnias de ambas, puesto que el tono de piel de Azhar se veía más rojizo que el de su anfitriona, aunque esa no era la única diferencia. La señora Baddi era algo más alta, robusta y de cabello ensortijado.

—¿Cómo era su madre?

—¿Perdón? —La señora Baddi se acomodó en su asiento, incómoda.

—Lamento ser tan directa, pero hay indicios de que su madre no

estaba actuando sola.

Los ojos de la anfitriona se agrandaron más que antes.

—No comprendo.

—Las cosas en Dkol nur Shana se han vuelto peligrosas, señora Baddi. El asesinato de su padre desencadenó una serie de levantamientos de los prury, que terminaron con la toma del palacio y de varios edificios más.

—No puedo creerlo… —murmuró. Ya había cruzado el umbral del asombro y estaba… ¿petrificada? No se le movía ni un músculo, tenía la boca entreabierta y apenas si pestañeaba.

—Hay incendios, saqueos y no sabemos cuánta cantidad de muertos, entre prury y douryenses. Piden por el regreso del príncipe de Adheej.

La señora Baddi reaccionó de repente y se puso de pie.

—¿Está suponiendo que mi madre conspiró contra el Tjar? ¿Cómo se atreve a venir a mi casa a acusarla de esa forma?

—No la estoy acusando, estoy suponiendo que su madre pudo haber sido… hechizada. —La anfitriona cayó sentada de nuevo en su sillón y Azhar hizo dar vuelta el hueso entre sus dedos—. Por eso es que le pregunté cómo era su madre.

—Era… Era una mujer odiosa, mezquina e impaciente. —Los ojos de la señora se humedecieron y comenzó a tener grandes problemas para hacerse entender—. No estaba a gusto con nada ni con nadie.

—¿Le sorprendió lo sucedido?

—Claro que sí… En parte. —Baddi rompió a llorar y ocultó su rostro con las manos. Azhar tomó una gran bocanada de aire y miró el techo. Negro, con vigas de madera blanca que cruzaban de norte a sur—. Mis hermanos eran muy jóvenes… ¿Qué culpa tenían ellos?

—Lamento haberla perturbado, señora Baddi —dijo tratando de que no se le notara el hastío en la voz. La anfitriona, por su parte, siguió llorando. Azhar estaba por levantarse a darle unas palmaditas en la espalda cuando esta se incorporó.

—No se preocupe —sollozó—, comprendo sus razones.

Su rostro estaba enrojecido y sus ojos lucían aún peor.

—Me disculpo por hacerla pasar por esto.

—¿Qué sucedió con el Tjar? ¿Con la gente?

—El Tjar Rizwan dejó la ciudad enseguida, pero las revueltas continuaban cuando me marché.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Nosotros nos ocuparemos. —Azhar se incorporó y se encaminó hacia la salida—. Tenga cuidado, señora Baddi —dijo cuando llegaron a la puerta principal—, puede que los prury de Manai se sientan contagiados por el fervor de Dkol nur Shana y su jardín es demasiado llamativo como para ser ignorado.

La señora Baddi volvió a palidecer y, para este punto, unas gruesas líneas violáceas se marcaban debajo de sus ojos. Azhar tenía ganas de sonreír, pero se contuvo.

—¿Usted no tiene miedo? —La señora Baddi se compuso casi milagrosamente y adoptó un aire de superioridad que rozaba el desprecio.

—¿Yo?

—Es una prury y todos los de su pueblo serán cuestionados de ahora en más…

La tomó por sorpresa, tenía que admitirlo, pero sonrió.

—El Tjar sabe en quiénes depositar su confianza, señora Baddi.

—Por supuesto, en cintis que pueden manipular a…

—Risda —murmuró Azhar y la señora palideció, una vez más. Con la muerte de su padre, la señora Baddi ya no era parte de la esfera política de Doury Kasesh, pero su esposo era un hombre de negocios, adinerado e influyente entre los suyos. Azhar no tenía intención de exponerse, pero no iba a tolerar que un montón de habladurías pusieran su lealtad en duda.

—¿Qué acaba de hacer?

Azhar encogió un hombro.

—Cosas de cintis… —dijo quitándole importancia—. Curiosear, investigar, mirar. Tiene dos lindas hijas, por cierto.

—Si algo le sucede a mis hijas…

—¿Qué va a hacer? ¿Clavarme las uñas? —sonrió y señaló una de sus manos—. Son de mentira, ¿no? Porque debe ser bastante difícil andar por la vida con esas uñas todo el día… —Como no obtuvo respuesta, Azhar le dio la espalda y comenzó a caminar hacia el carruaje que estaba aparcado frente a la entrada de la casa—. Adiós, señora Baddi, y no olvide cambiar la decoración del jardín.

22 – Indra

Desierto de Dunayar
Hienza

Las jornadas pasaron igual de monótonas hasta los días en que Burya sangró, ya que se mantuvo alejada del resto, casi siempre a la cabeza de la marcha, para que no la perdieran de vista entre las doradas dunas, que parecían ser todas iguales. Por más que intentaron no molestarla, ella decidió aislarse y, al cabo de unos días, volvió con los demás como si una nueva persona hubiera reemplazado a la anterior.

Pasaron tres semanas desde que habían decidido ir juntos al norte y estaban próximos a abandonar los límites de Hienza, lo que significaba que debían extremar los cuidados para que nadie viera al dragón. Si bien hasta ese momento no los habían visto ni delatado, cualquier mínimo error podía alertar a los soldados de Cingze, el país vecino. Aunque el sureste del país era desértico y no había ciudades, no estaba deshabitado por completo, ya que varios grupos de nómadas circulaban de una punta al otro del país.

Volvieron a desplazarse por la noche, aunque eso los llevara a ir más lento cuando la luna era débil o no estaba en el cielo. Se quedaban durante el día en medio de la nada, a veces sin siquiera poder armar una tienda por los vientos que azotaban con violencia.

Para cuando cruzaron las fronteras de Hienza, el dragón medía al menos tres pasos de altura; pasos de Shas, no de Indra. De hecho, habían tenido que rogarle para que se recostara en la arena y los dejara medirlo. Cuando él descansaba y alguien se acercaba con el propósito de hacerlo, el dragón se incorporaba. Reía y soltaba chispas al verlos desilusionados, en el caso de los hienzenses, molesta y regañándolo en el caso de Indra.

Unas nuevas plumas negras y brillantes reemplazaron definitivamente a las anteriores, y estas contribuyeron a darle una apariencia diferente al dragón. Antes parecía un dragón hecho de hilachas de trapos viejos, pero luego del cambio de plumaje parecía pintado por la hábil mano de un artista. Su cuerpo no se cubrió todo de plumas, como antes suponían Indra y los demás, puesto que sus alas y su lomo permanecieron iguales.

Los orificios que habían hecho en sus alas los soldados de Doury Kasesh estaban comenzando a sanar y a cerrarse, aunque nadie creyó que eso ocurriría alguna vez. Él se encargaba de moverlas arriba y abajo cuando no había viento y, a veces, corría con las alas extendidas, como si tuviera la intención de levantar vuelo.

Indra le decía que parecía una gallina escapando de un zorro y él soltaba unos largos y ahumados bufidos en respuesta. Aun así, no dejaba de intentarlo y lo que en un inicio parecían unas membranas secas, descoloridas y atrofiadas, se habían vuelto tan negras como sus escamas y tan robustas como el resto de su cuerpo.

La herida en carne viva que tenía en su pata trasera en un inicio, había hecho una gruesa costra y estaba comenzando a caerse. La piel nueva era negra, suave y brillante, y unas pequeñas muescas marcaban el sitio en donde luego crecerían las plumas. De las demás heridas ya no quedaban marcas, puesto que sanaron por completo y las plumas taparon las zonas donde antes había carne y sangre dorada.

Para el fin de la cuarta semana, el dragón sumó otro paso más a su tamaño, los orificios de sus alas se cerraron por completo y estas estaban empezando a tener las fuerzas suficientes como para levantarlo… por algunos pocos palmos. En los trozos de terreno que se lo permitían, y el viento era suave, el dragón aleteaba mientras descendía corriendo por alguna duna y era capaz de desplazarse por un trecho solo con sus alas.

Cuando la quinta semana llegó a su fin, el dragón era un animal imponente y había hecho grandes avances en su camino hacia el cielo. Ya era capaz de planear y de levantar vuelo sin lanzarse desde la altura, siempre que el viento lo favoreciera.

◆◆◆

—Humo. Sudor extraño. —El dragón les sacudió el sueño con sus palabras—. Soldados, tal vez.

—¿Lejos? —preguntó Yásid.

—Un poco.

Las manos de Indra comenzaron a temblar, su cuerpo a sudar y su mente se llenó de pensamientos, recuerdos y posibilidades. Buscó la muñeca de madera y la sostuvo contra su pecho, como cada vez que revivía las torturas de la cárcel de Dkol nur Shana. La maldita mesa inclinada, la sensación de que la cabeza le iba a estallar, la presión en los ojos, Bjasa, la incertidumbre, el cinti… Era lo único bueno que tuvo su estadía en ese lugar y, cuando se acordaba de él, su mente empezaba a acomodarse de a poco. Ya era libre y, después de ayudar al dragón a volver con los suyos, regresaría a buscarlo, para que él también lo fuera. Capaz que tenía que obligarlo, secuestrarlo, o algo así; capaz que se enojaba por alejarlo de su amo, pero el kanafi se daría cuenta, tarde o temprano, que la libertad era mejor que seguir órdenes de una mierda douryense.

—Indra —dijo Yásid con su acostumbrada tranquilidad, cuando estaba terminando de acomodar sus cosas—, debemos irnos.

Ella asintió y se puso de pie.

—¿Y si nos alcanzan? —preguntó.

—Los enfrentaremos. El dragón es enorme, no se atreverán a acercarse.

—Y si se acercan me los comeré —dijo el animal—, pero antes los cocinaré vivos.

Indra sonrió.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó el muchacho, al ver que Indra no se movía de donde estaba, y ella negó con un gesto y se puso en marcha de inmediato.

Aunque no quería admitirlo, los nervios que pasaba al recordar la prisión, le afectaban bastante. Le dejaban el cuerpo agotado y casi sin energías, a pesar de que la magia del dragón le había otorgado una resistencia física sin igual. Era capaz de correr por horas hasta que empezaba a cansarse, pero unos pocos minutos de recuerdos la dejaban hecha un harapo, adolorida, aturdida y con ganas de quedarse sentada mirando el horizonte sin hacer nada más.

Cuando terminó de acomodar sus cosas, Shas repartió los arcos y las flechas.

—¿De dónde vienen? —preguntó Shas al dragón.

—No sé si vienen, solo los huelo. —El dragón señaló con su nariz hacia el oeste, hacia donde debía encontrarse Curght, la capital de Dwot Vla.

—Bien, seguiremos hacia el norte, pero iremos más rápido. No volarás hoy —agregó mirando al dragón—, porque podrían verte desde la distancia.

El dragón soltó un bufido para indicarle que estaba de acuerdo.

—Los llevaré de a uno en el lomo. Avanzaremos más rápido.

Shas sonrió y se acercó a él.

—¿Puedo ir primero? —preguntó como si no le importara nada más en el mundo, y los demás le dieron el gusto, para no retrasarse. El muchacho trepó con cuidado entre las escamas y se tomó de las púas del cuello para acomodarse entre dos placas óseas, tan rojas como la sangre humana.

—Sujétate —murmuró el dragón y comenzó a trotar. Shas casi se va de cara al piso, pero pudo sostenerse a tiempo.

A pesar de que no sabía si el cuerpo le iba a responder, Indra le pidió a Burya que le diera su equipaje, pero ella se negó.

—Será mejor si viajas con menos peso. Puedo adelantarme, dejar los bultos y regresar por los de Yásid.

—Te agotarás en vano —dijo el muchacho.

—No me canso nunca cuando corro. Apresúrense o el dragón los dejará atrás.

Burya aceptó, por lo que Indra cargó en su espalda los bolsos y se

largó a correr. Aunque en un inicio tuvo que esforzarse para mantenerse en movimiento y no rodar por la arena, terminó por vencer su agotamiento inicial y sus músculos retomaron su habitual agilidad. Alcanzó al dragón y a Shas, los rebasó y los dejó atrás en muy poco tiempo. Siguió en línea recta hasta que consideró que era una buena distancia, se deshizo de los bolsos y volvió sobre sus pasos para ir por los de Yásid.

Las horas se fueron con Indra corriendo mientras adelantaba los equipajes y los demás se turnaron para ir sobre el dragón. El animal iba atento a los olores del viento, pero llegando el anochecer confirmó que ya no podía oler nada que les significara una amenaza. Los dejaron atrás, se alejaron o bien eran personas que no sabían de su existencia y tan solo estaban pasando por otra ruta entre ciudades. A pesar de eso, continuaron corriendo hasta que el dragón expresó su necesidad de descansar.

Apenas tenían algunas lagartijas secas para cenar esa noche, por lo que se las cedieron al dragón y él no protestó en lo absoluto, de tan hambriento que estaba.

Mientras los jóvenes dormían, el dragón descansó el cuerpo, pero estuvo alerta de forma constante, casi sin poder descansar por completo. Cuando el sol comenzó su ascenso hacia el cielo, los jóvenes cazadores salieron en la dirección que el dragón les había indicado, hacia el sureste, detrás de un grupo de ciervos del desierto. Volvieron cuando el luminoso astro estaba casi en su punto más alto y el dragón protestó al ver que le faltaba una de las patas a su comida. Shas le explicó que no habían conseguido nada más para ellos, pero él continuó protestando, largando humo y de muy mal humor, aun cuando tenía su hocico enterrado en el vientre del animal para comerse las vísceras todavía tibias.

La carne del ciervo era dura, en comparación con las lagartijas y los conejos con los que se alimentaban, pero como hacía rato que no probaban bocado, ninguno de ellos se atrevió a hacer algún comentario al respecto. Tras la comida, dormitaron por un rato más y, luego, continuaron la marcha hacia el norte.

Un amanecer, a mediados de la séptima semana, vieron a la distancia lo que parecía una tormenta y decidieron que no descansarían hasta encontrar un refugio, aun cuando habían caminado durante toda la noche. Lo que les preocupaba, más allá de que se lastimarían con la arena, eran los vientos que acompañaban a esas tormentas, porque podrían hacer que el dragón se hiriera al no tener el conocimiento suficiente para enfrentar una tempestad. Era un dragón inexperto y que se había criado entre humanos. Los primeros le contaminaron la sangre con miedo y los que encontró después sabían poco y nada sobre su especie, puesto que todo lo que Shas creía

saber, había resultado ser una farsa.

Anduvieron por horas sin encontrar ningún lugar en donde refugiarse; incluso el dragón se aventuró a volar más alto de lo que acostumbraba para probar suerte en las alturas, pero lo único que logró ver era que lo que creían que era una tormenta, eran en realidad las primeras montañas del norte.

Aliviado porque no era lo que temían y, a su vez, eufórico porque se acercaban a su hogar, el dragón rugió con fuerza antes de aterrizar, haciendo que los cuatro jóvenes se arrojaran al suelo y se cubrieran la cabeza con los brazos. El animal rio, se revolcó en la arena y llenó el aire del atardecer de chispas doradas antes de poder ser capaz de explicarles qué era lo que había visto desde el cielo. Sus compañeros rieron con él y decidieron que ya era hora de un descanso, porque todos estaban agotados.

Los días siguientes continuaron sin mayores contratiempos, pero las montañas seguían siendo inalcanzables y no llegaban nunca a ver su base. De a poco, los elevados picos comenzaron a distinguirse del cielo y comprobaron que eran tan blancos que parecían iluminar por sí mismos. Al atardecer, estos se volvían de los colores más diversos, entre rojos, rosados y naranjas, y eran los últimos en apagarse una vez que el sol desaparecía tras las dunas.

Cuando les parecía que nunca podrían llegar a las montañas, la arena dio paso a una tierra seca y cuarteada, que pronto fue mostrándoles matas dispersas de pastos duros, cortos y descoloridos que, a su vez, empezaron a ser cada vez más abundantes, hasta reemplazar a las dunas por completo. La temperatura de los días fue bajando a medida que se acercaban a las montañas, y pronto estas abarcaban todo lo que podían ver frente a ellos, y se extendían por una cantidad imposible de saber hacia los lados, como si de un inmenso muro se tratara.

Se sentían como diminutas alimañas ante las descomunales agrupaciones rocosas y hasta el dragón parecía abrumado e intimidado. Encontraron, para su suerte, un par de arroyos de agua limpia y fría, y numerosas manadas de animales que no conocían. Lucían como los ciervos, pero eran más gordos, de patas más fuertes y sin cuernos. Sus pieles eran rayadas, en diferentes tonos de marrón, lo que les ayudaba a camuflarse en el entorno que habitaban.

Como el agua era bastante fría, los muchachos se bañaban muy cerca del dragón, ya que la calentaba con su cuerpo. Indra probó la temperatura con la mano y, en un principio, no quiso saber nada con meterse al arroyo, pero el dragón le dijo que apestaba demasiado como para desaprovechar la oportunidad de darse un baño y lavar sus ropas. Indra protestó y se negó pero, después del segundo día, Burya la tomó de los brazos y la arrastró hasta el medio del arroyo, así que

no le quedó más opción que bañarse. Una vez cerca del dragón, se dio cuenta de que no estaba tan mal como imaginaba, después de todo.

Pronto se dieron cuenta de lo improvisado que había sido su viaje, ya que el frío se acentuaba cuando el sol caía y una fogata no era suficiente para mantenerlos abrigados. Con Indra de un lado y los hienzenses del otro, el dragón los protegía por las noches, cobijándolos bajo sus alas junto a su vientre, pero les recortaba largos períodos de marcha, limitándolos solo a las horas en las que el sol estaba más alto. A pesar de que intentaron no exponerse demasiado a las bajas temperaturas, Shas y Burya enfermaron, por lo que el dragón insistió en que regresaran hacia el sur, hasta donde las tierras fueran más cálidas. Él iría a las montañas solo. Para acelerar el regreso, los llevaba largos trechos en su lomo, por turnos, y lograron volver a donde el frío era soportable en la mitad de tiempo.

El dragón se marchó antes del amanecer, en silencio y sin despedirse, dejándolos desolados y sin ánimos de nada. Indra pensó en correr hacia el norte, para poder verlo y acariciarlo por última vez, pero decidió no hacerlo. Si él quiso alejarse de esa manera, sin siquiera avisarles, era mejor respetarlo.

23 - Dragón

«Gracias, valientes hienzenses. Gracias, cría humana. Nunca olvidaré tu terquedad y tu valor».

El dragón plegó sus alas y se alejó sin hacer ruido. Tal vez era un poco cruel dejarlos a la intemperie y sin avisarles, pero no podría irse si sabía que lo estaban viendo. Fueron los únicos que le mostraron amabilidad y respeto, cuidaron de él y lo sanaron. Sabía que iba a extrañarlos, pero ya era momento de regresar con los suyos. A buscar su nido, si aún existía; a su madre, si aún lo recordaba.

Caminó algunos pocos pasos, desplegó las alas y comenzó a volar. No le llevó más que unas horas recuperar los días perdidos y, para la noche, ya estaba internándose entre las primeras rocas. Algo acobardado por la falta de compañía y porque hacía un largo tiempo que no estaba solo, el dragón decidió detenerse y buscar un sitio para pasar la noche. Se sentía más nervioso que cansado, porque no conocía la zona ni sabía qué tan amistosos serían los de su especie al verlo.

Buscó cobijo entre dos rocas y se cubrió la cabeza con una de sus alas, para conservar el calor. Se preguntó cómo era qué los suyos vivían allí, si eran hijos del fuego, aunque el sueño lo venció antes de poder responderse.

Despertó cuando la claridad se apoderaba del cielo pero, a pesar del radiante celeste que se veía sobre él, ningún rayo de sol llegaba hasta la tierra. El dragón se estiró y emprendió vuelo. Las fuertes corrientes que circulaban entre la cadena montañosa lo confundieron en un principio y estuvo a punto de romperse todos los huesos en varias ocasiones, obligándolo a descender o a sujetarse de las rocas para que sus alas no se lastimaran.

Voló durante todo el día; sin embargo, no vio en ningún lugar rastros de otros dragones y, cuando el aire empezó a enfriarse, comenzó a buscar donde pasar la noche. Encontró refugio en una cueva y, tras comprobar que era pequeña y nadie habitaba allí, se cobijó en un rincón. El día siguiente fue igual de silencioso y confuso, por lo que se dispuso a buscar una cueva diferente cuando el día llegó a su fin.

Tras cuatro días de vagar entre las montañas, no vio ni un rastro que le indicara dónde se encontraban los demás dragones. Al mediodía del quinto día, escaló a lo más alto de una montaña baja y, desde allí, soltó un fuerte y largo rugido, que se expandió y resonó a varios kilómetros a la redonda. Aunque quizás eso atraería a algunos

machos enfurecidos dispuestos a defender su territorio, debía llamar la atención de alguna forma, porque la desesperación de no encontrar a ningún otro de su especie estaba empezando a aterrarlo.

Esperó por unos minutos, tomó una gran bocanada de aire y soltó un rugido aún más largo y fuerte. Repitió su llamado tres veces más y, luego, se quedó a esperar. Sin embargo, pasaron las horas y nada ocurrió.

A media tarde planeó entre las montañas y allí fue cuando descubrió por qué no había quien respondiera a su provocación. El viento le llevó el olor de la carne putrefacta.

Se apresuró a ascender hasta encontrar el rastro nuevamente y lo siguió en cuanto dio con él. Subió, bajó, reptó, escaló y voló, siempre atento al olor a muerte que el aire le acercaba.

En un valle profundo, a donde los rayos del sol rara vez llegaban, encontró el origen del rastro que siguió por largo tiempo. La base de las montañas estaba tapizada por los cadáveres de cientos de dragones. Con sus cuerpos a medio descomponer, las enormes bestias yacían entre las rocas con las alas desgarradas y los huesos rotos. El dragón sobrevoló la zona, intentando encontrar a quien fue su madre, porque todavía la recordaba. Tuvo tanto miedo cuando lo arrancaron del nido, que su pánico le hizo olvidar muchas cosas, salvo que su madre lo defendió a él y a sus hermanos con tanta ferocidad como pudo, hasta que la cinti sacó una bocanada de humo negro y su madre se asustó. Qué cosas tan terribles le habrá hecho esa mujer para que una dragona de ese tamaño se comportase de esa forma, no lo imaginaba; solo supo que tanto él como una de sus hermanas fueron capturados, puestos en jaulas y llevados con los hombres. El resto de la nidada permaneció allí y él nunca más supo qué sucedió con ellos. Lo separaron de su hermana ni bien llegaron a una ciudad y desde ese entonces, no volvió a verla.

A veces se preguntaba qué había sucedido con ella, si la trataban de la misma forma que a él lo trataron los humanos o si tuvo mejor fortuna. Se preguntaba, también, si ella lo recordaba o si serían capaces de reconocerse si alguna vez se encontraban. No sabía de qué color podía ser, puesto que apenas eran grises y desplumados cuando los separaron y sus escamas no habían tomado su color definitivo.

Mientras volaba, recordaba algunos fragmentos de su pasado; el tiempo con su madre fue escaso, pero eso no fue un impedimento para que ella le enseñara muchas cosas. Un poco sobre la vida, un poco sobre la muerte, un poco sobre los dragones, otro poco sobre los humanos… A menudo se preguntaba cómo hubiera sido su vida si esos seres de dos patas nunca hubieran interferido en su destino.

El dragón buscó a su madre entre los muertos, pero seguía sin hallar a esa enorme dragona de plumas rojas y brillantes, de cuernos y

espinas doradas, de inmensos ojos negros.

Las montañas se extendían por largos kilómetros y abarcaban una zona inmensa, por lo que encontrar dónde había nacido era casi imposible. Sin embargo, el dragón se pasó el resto de la jornada volando sobre los cadáveres. Cuando la noche cayó, buscó donde refugiarse y halló una cueva de la que no se veía un final. Rugió un par de veces, pero no obtuvo ninguna respuesta, tal como esperaba. Esa noche no pudo dormir, atormentado como estaba por la cantidad de dragones muertos que vio.

Después de pensarlo bastante, se dio cuenta de que no era el lugar a donde iban a morir cuando ya habían cumplido su ciclo sobre la tierra, puesto que todos ellos parecían haber muerto en el mismo día, o en días siguientes. Los habían asesinado. Tal vez la hechicera. Quizás otros dragones o animales de los que él no tenía conocimiento alguno. No podría saberlo a menos que se cruzara con quienes lo hicieron y su corazón de fuego se heló al darse cuenta de que eso podía ocurrir.

Sin esperar a que se hiciera el día, el dragón dejó la cueva y emprendió vuelo hacia el sur, a donde había visto a los humanos por última vez. Estaba aterrado y desesperado y, aunque la idea de regresar a las ciudades no era, quizás, una buena opción, quedarse en el lugar en el que toda su especie había muerto tampoco era la mejor de las posibilidades. No alcanzó a ver los nidos, pues voló al ras del suelo, pero estaba seguro de que también habían sido arrasados.

No lo sabría a menos que regresara a comprobarlo. Debía dejar de ser un cobarde y volver. Necesitaba ver en qué condiciones se encontraban los nidos, aunque fuera horrible y doloroso.

Camuflándose con las sombras y volando cerca de las rocas, el dragón regresó a donde había pasado la noche y, desde allí, tomó altura para intentar encontrar aunque fuera un solo nido. Voló por horas hasta que el sol estaba tan alto en el cielo, que fue capaz de calentar sus alas y un poco su herido corazón. Decidió buscar un reparo del viento para recuperar el calor mientras durara la luz pero, en su lugar, halló un nido y verlo le causó más espanto de lo que hubiera imaginado.

Una dragona completamente negra yacía muerta en la saliente de una cueva y, protegidos bajo sus alas a medio descomponer, estaban todas sus crías.

Se dio cuenta de que no fueron animales quienes causaron la muerte de los pequeños dragones, puesto que cercenaron sus cabezas en un corte limpio. Su madre, probablemente, los encontró de esa forma y murió de tristeza. O tal vez la malvada cinti hizo algo para que no pudiera protegerlos. Quizá también la obligó a ver como mataban a cada uno de sus indefensos descendientes.

Sintió miedo, y también rabia. Una furia que lo consumía por dentro y, al mismo tiempo, que lo asustaba. Le aterraban tanto los humanos y su crueldad, como el odio que nació en su interior al ver lo que le hicieron a su especie. Quizá él era el último de todos y la idea fue más escalofriante que ver a las crías decapitadas.

Tenía que huir de inmediato. Esos dragones no llevaban muertos más que unos pocos días y su rugido podría haber alertado a los asesinos. Lo buscarían y le harían lo mismo, sin dudas, y no quiso imaginar cómo unas insignificantes criaturas fueron capaces de doblegar a cientos de dragones adultos. Seguro había más de una cinti malvada.

El dragón se lanzó desde lo alto de la montaña y usó las corrientes de aire para descender. Si había humanos, más posibilidades había de que lo vieran si volaba lejos del resguardo de las montañas. Se deslizó con algo de torpeza entre los cerros y no se detuvo cuando la noche lo alcanzó. Podía ver en la oscuridad y no sentía ningún deseo de permanecer allí. Además, utilizar los caminos que el aire le otorgaba, hacía que apenas tuviera que esforzarse para volar.

Recién al atardecer del día siguiente sus alas comenzaron a clamar por un descanso, por lo que buscó una cueva para echarse algunas horas. Sin embargo, no pudo dormir, atormentado y alerta como estaba. Aun cuando solo quería descansar, su mente regresaba una y otra vez al nido. Cuando la tensión acumulada comenzó a amenazar con destruir sus músculos, decidió que si algún día llegaba a tener el tamaño y el coraje suficientes, arrasaría a las ciudades y acabaría a los humanos, tal como ellos hicieron con su especie. Antes había sido una fantasía de cachorro asustado, pero en esos momentos se convirtió en una certeza.

24 – Dragón e Indra

Agotado, hambriento y casi sin aliento, el dragón alcanzó a divisar una línea de humo que ascendía hacia los cielos. Debían ser la cría humana y los hienzenses que regresaban a sus ciudades. Quiso rugir su felicidad al volver a verlos, pero se contuvo. Los soldados que los seguían podían estar cerca, o tal vez los asesinos de las montañas. Se apresuró aún más y no pasó mucho hasta que llegó a ellos.

Pudo ver el asombro en sus rostros, así como su desconcierto y sus dudas. La cría humana corrió hacia él y se abrazó a su pata en cuanto tocó tierra, sin esperar a que el polvillo se aplacara o a que él dejara de batir las alas.

—¡Dragoncito! ¿Por qué…? ¿Qué haces aquí de nuevo?

—Todos muertos. —Fue lo único que pudo decir. Los hienzenses lo rodearon y él se dejó caer—. Asesinados. Montañas de dragones muertos. Crías decapitadas. Todos muertos. Padres, madres, hijos.

—¿Cómo que todos muertos? —preguntó Yásid.

—¿Acaso eres sordo? —gruñó Burya.

El dragón no contestó. Ya había hablado y ellos lo habían escuchado. Los humanos se acercaron a él y le acariciaron las alas y el cuello y se sintió bien. Quería aullar su dolor ahora que estaban juntos, pero hacerlo podría ponerlos en peligro, así que optó por callar.

—¿Has comido estos días? —Indra se asomó a uno de sus ojos para que la viera.

—¿Quién puede comer cuando ha visto lo que yo vi?

—Si no comes, te vas a morir y no sabes si todavía quedan más dragones del otro lado de las montañas. Tal vez algunos pudieron escapar y salvarse. Debes vivir para encontrarlos.

—No, debo vivir para destruir todas las ciudades.

—Eso no está nada bien, dragoncito. —Indra lo regañó como acostumbraba y verla hacerlo le sirvió para aplacar un poco su ira—. En las ciudades viven muchas personas inocentes, que seguro nada saben de los dragones y de lo que ocurrió. Tal vez, hubo una guerra entre ustedes y…

—Los dragones no usan espadas para cortar la carne, usan sus garras para destrozarla y su fuego para calcinarla.

—Perdón —dijo Shas y se arrodilló frente a él.

—Levántate —gruñó—. Tú no tienes la culpa.

—Te lo dije —agregó Indra—. ¿Acaso crees que todos los humanos son crueles y asesinos? Míranos, dragoncito.

No pudo hacerlo. Se levantó y se alejó volando. Oyó cuando la cría humana lo llamaba, pero no regresó. Se sentía confundido, frustrado y furioso en partes iguales. Quería alejarse de ellos y, a su vez, quedarse a su lado y que lo acompañaran. Quería viajar a alguna ciudad y hacerla pedazos, pero tenía miedo de las lanzas y de los látigos. Quería rugir y aullar y, al mismo tiempo, no escuchar absolutamente nada y no volver a hablar nunca más.

Voló hasta que ya no pudo olerlos y se quedó entre medio de la nada al calor del sol, con las alas extendidas y el morro sobre los duros pastos de la llanura. Cuando el sol empezó a apagarse, voló de regreso hacia donde supuso que debían dirigirse, pero ellos no se habían movido del lugar. Descendió a una distancia considerable para no taparlos de tierra y caminó en silencio. Indra volvió a acercarse corriendo y se abrazó a su pata.

—Comprendo tu dolor, así que ya no voy a molestarte, ¿sí? —dijo en voz baja—. No vuelvas a irte enojado, por favor.

—Solo puedo estar enojado, pequeña humana.

Indra le acarició el hocico en respuesta y no dijo ni una sola palabra, aunque una gran tristeza se había apoderado de ella. Podía olerlo, como también pudo oler la sangre fresca de un herbívoro joven y fuerte. El valiente humano Shas se acercó a él trayendo a uno de esos ciervos rayados que no eran ciervos y del que no conocían el nombre. No había tristeza que pudiera resistirse a la carne y el dragón arrojó a Indra al suelo en su apresurada carrera hasta la presa.

—¡Qué bruto eres, Shas, hubieras avisado! —protestó Yásid. El dragón movió apenas un ojo para ver que Indra estaba levantándose por sus propios medios, y continuó con lo suyo. El bicharraco estaba delicioso como para dejar que se enfriara.

◆◆◆

Indra se sacudió el polvillo y Yásid se acercó para preguntarle si se encontraba bien.

—No es nada —murmuró. Le dolía un poco la cadera, pero tampoco iba a morir por eso. Volvió a sentarse frente al fuego junto a Burya; Shas contemplaba maravillado al dragón en su frenesí de carne y vísceras y Yásid volvió a su lugar frente a ellas.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Burya.

—No es que vayamos a poder ocultar al dragón por mucho tiempo —dijo Yásid—, pero creo que deberíamos regresar a Hienza de inmediato.

—¿Por qué? —preguntó Indra.

—Porque es el único lugar en que estaremos a salvo —dijo Yásid, aunque de una forma extraña.

—Nunca estaremos a salvo —respondió Indra—. Es un dragón y nos busca el Tjar de Doury Kasesh. Los Tjares de Hienza nos entregarán apenas sepan de nosotros, si es que quiere evitar un enfrentamiento contra ellos.

—No lo harán —dijo Yasid con seguridad e Indra rio.

—¿Por? ¿Acaso están buscando una razón para enfrentarse a Doury Kasesh?

—Porque es un dragón —se apresuró a responder—. Nadie en su sano juicio querría entregarlo.

Indra se puso de pie y retrocedió, tan asombrada como asustada.

—Eso… Eso es lo que quieren, ¿verdad? Un dragón para su país, ¿no es así?

—No, espera. —Yásid se puso de pie e Indra rodeó la fogata para acercarse al dragón—. No es así, solo queremos…

—¡Es mentira! Todo lo que hicieron… Todo lo que querían… ¿Cuánto piensan ganar por él? —Indra tomó su atado y giró para ver al dragón, que había dejado de comer y los miraba con atención.

—No es así, Indra… —Burya se puso de pie y quiso acercarse a ella. El dragón soltó un gruñido y los hienzenses se quedaron quietos.

—Monta —ordenó el dragón e Indra no lo dudó ni un segundo. Trepó usando su pata delantera para hacerlo y se sostuvo de las púas para acomodarse en su lomo.

—¡Esperen! —exclamó Yásid, pero el dragón hizo dos pasos y se impulsó hacia el cielo negro y salpicado de estrellas. Indra los miró a través de las alas batientes del dragón y volvió a recordar por qué nunca confiaba en las personas. Primero parecían amables y desinteresados, pero luego revelaban sus verdaderas intenciones.

—A mí también me duele, humana.

—No me duele —mintió—. Los humanos siempre son una mierda.

—No todos… Tú lo dijiste antes.

—Pues me equivoqué.

El dragón no dijo nada más, e Indra continuó maldiciendo en silencio. A ella, para empezar, por haber sido una imbécil y haber confiado en los hienzenses, y a ellos después, por haberla decepcionado.

—Sujétate.

Indra obedeció y el dragón comenzó a descender, para llegar a una formación rocosa. Parecía, desde la altura, un buen lugar para pasar la noche, por lo que giró varias veces sobre las montañas para comprobar que no hubiera nada extraño allí.

Después de aterrizar, el dragón revisó una vez más y, luego, dejó que Indra descendiera.

—¿Estamos muy lejos de ellos? —preguntó.

—No podrán alcanzarnos en una noche, puedes estar tranquila.

El dragón se recostó entre las rocas y levantó un ala para que Indra se acostara a su lado. El animal tenía un olor amargo y fuerte y, también, un poco de olor a sangre pero, aun así, no había un lugar más seguro que bajo su ala. Su dragoncito creció hasta doblar su tamaño y se volvió una bestia enorme y de apariencia temible, aunque seguía siendo tan miedoso como antes. Sin embargo, cualquiera dudaría un par de veces antes de intentar acercarse a él y, por más que se asustara, Indra sabía que haría todo lo posible para defenderla de cualquier amenaza.

◆◆◆

—¡Qué imbécil! —Yásid pateó la arena cuando el dragón e Indra fueron engullidos por la noche.

—¿Qué querías inventar? —preguntó Burya, que se veía tan molesta como él—. Era más simple decirle que eras el maldito príncipe de Hienza que la burrada que soltaste.

—¿Y cómo crees que iba a tomarlo? ¿Crees que se iba a poner feliz de saberlo? Se lo oculté desde el primer día.

—Técnicamente, lo dijiste desde un inicio —acotó Shas—, cuando quisiste que los soldados que los perseguían se detuvieran.

—En el estado que estaba Indra, dudo que lo haya oído —murmuró Yásid.

—¿Y ahora qué? —Burya ignoró el comentario de Shas—. ¿Los buscaremos?

—El dragón nos va a calcinar antes de que podamos abrir la boca. —Yásid se sentó de espaldas al fuego y a sus compañeros. No quería verlos, ni escucharlos por un rato, al menos. Demasiado tenía con su consciencia que no lo dejaba en paz.

Debería haber buscado la forma de decirle que estarían a salvo en Hienza, que sus padres no permitirían que nada malo les ocurriera, que ellos encontrarían la forma de ayudarlos y ocultarlos de los ojos de Doury Kasesh.

—Debería, debería… ¡Maldita sea! —Volvió a levantarse y comenzó a caminar de un lado al otro. La decepcionó. Una vez que ella había logrado dejar de temblar cada vez que alguien se le acercaba, que podía reír y comportarse como una persona normal, él destruyó su confianza con apenas dos palabras. ¿Cuánto daño les había hecho? ¿Cómo se encontrarían en esos momentos? Maldición, quería correr detrás de ellos y decirles que todo estaría bien, que no era más que un príncipe inmaduro y bastante confiado, que salió al mundo por primera vez y arruinó las cosas ni bien tuvo que tomar la primera decisión importante, que tenía un miedo atroz de que algo malo les ocurriera, pero había arruinado todo por su torpeza y su poco

tacto.

¿A dónde estarían? ¿Qué harían? No tenían a dónde refugiarse, no había más que un maldito desierto interminable, pero por el que circulaban millares de animales y de personas para ir de un país a otro.

Yásid se golpeó las sienes con los dedos, agobiado, aturdido, confundido y sintiéndose una mierda. Shas y Burya fueron lo suficientemente sensatos y pacientes con él como para dejarlo solo en esos momentos, y darle un tiempo para que pudiera serenarse y pensar en qué hacer.

Podrían intentar encontrarlos, pero el desierto era tan inmenso como su culpa y podría llevarles la vida entera lograrlo. Podrían regresar a Hienza, tendrían que hacerlo, después de todo, porque estar en tierras extranjeras sin ninguna clase de motivos podría resultar en un nuevo desastre.

Yásid regresó con sus compañeros, que aguardaban por él frente al fuego.

—Volveremos a Barzy.

—¿Por qué? —preguntó Burya.

—Porque esto no es un error minúsculo. Hay muchas cosas que pueden salir mal y no quiero que Indra y el dragón paguen las consecuencias de mi error.

—Yásid…

—No, Shas. Si ustedes quieren seguir con el viaje, lo harán después que hayamos regresado al palacio. No quiero que mis errores también los perjudiquen a ustedes.

—Somos adultos y responsables de nuestras propias decisiones, Yásid, no estamos bajo tu protección —dijo Burya—. Somos tus guardias, como también somos tus compañeros y decidimos hacer este viaje contigo, nadie nos obligó. No puedes sentirte forzado a protegernos. Lo que ocurrió con Indra sucedería de todas formas. Cuando llegáramos a Barzy y la llevaras al palacio, ¿qué crees que pensaría?

—No es lo mismo, podría habérselo explicado, podría haber conocido a mis padres y comprobar que no queríamos nada más que su bienestar.

—No puedes hablar por tus padres.

—¡Burya! —Shas se puso de pie y la miró entre asombrado y molesto.

—Es la verdad. —Encogió los hombros—. Nadie sabe cómo reaccionarían los Tjares al tener al dragón frente a ellos.

Yásid se sintió más confundido que antes. Lo que Burya decía era cierto. Era un maldito dragón, pero relativamente dócil y manipulable. Un arma perfecta para su ejército perfecto.

—Lo mismo regresaremos a Barzy. Hablaré con ellos sobre el dragón del Tjar de Doury Kasesh, pero ninguno de nosotros mencionará que lo conocemos a él ni a Indra, ¿de acuerdo?

Shas y Burya acordaron mantener el secreto y, sin más que hacer o decir, se acomodaron para pasar la noche.

25 – Indra

—Sangre humana —murmuró el dragón e Indra se puso de pie de un salto justo en el momento en que él plegaba el ala que estaba resguardándola del sol.

—¿Qué dices? —Indra sintió que el cuerpo se le paralizaba.

—Huelo a sangre. No estamos lejos de los hienzenses.

—¡Vamos!

—Puede ser peligroso, pueden vernos.

—Dragoncito, necesitan ayuda.

—No, Indra. Nuestra seguridad es más importante.

—Ellos nos ayudaron cuando…

—No —bramó—. Si son muchos soldados pueden atraparnos, ¿quieres que te recuerde lo que nos hicieron?

Indra bajó la vista y negó con la cabeza. No hacía falta que lo dijera, esos recuerdos rara vez se alejaban.

—A mí también me duele no regresar, pero el temor a que los soldados nos pongan las manos encima es más fuerte que mi sentido del deber. Podría rugir y asustarlos, calcinarlos o devorarlos, pero nos están buscando y deben llevar lanzas y flechas, redes y cadenas. No, no podemos ir.

Indra acarició su cuello y el dragón cerró los ojos.

—Está bien.

—Perdóname.

—Tienes razón, es a nosotros a quienes quieren.

«Aunque sea egoísta y cruel, debemos mantenernos a salvo».

Indra volvió a sentarse junto al vientre del dragón y él la cubrió con su ala. Hacía un calor insoportable y el poco aire que circulaba era tan caliente como debía ser el mismísimo infierno. Estaba bañada en sudor, pero no estaba segura si era por el calor o por los malditos nervios que la consumían al no saber qué había ocurrido, si los hienzenses estaban bien o si, por el contrario, alguno de ellos podría estar herido. O quizás muerto.

—Dragoncito. —El animal plegó el ala y uno de sus ojos rojos se asomó frente a ella—. ¿Sabes hacer alguna magia?

—No lo sé. ¿Qué quieres?

—Quiero saber si ellos están bien. Pensé en acercarme…

—¿Puedes olerlos?

—No —respondió tras pensarlo.

—Entonces no sabrás dónde se encuentran. El viento se mueve en muchas direcciones de forma constante, no solo en línea recta. Puedo

indicarte que el rastro viene desde allí —señaló con el morro hacia su derecha—, pero no sabrás con certeza si tienes que ir hacia ese lugar o si el viento torció su recorrido en alguna roca, por mencionar algo que puedes ver. Sé paciente, cuando caiga la noche será más seguro salir. Mientras tanto, no podemos más que esperar.

Eso hicieron y el atardecer nunca tardó tanto en llegar. Indra no tenía nada para distraerse y el dragón no era de hablar mucho. Él durmió o, al menos, cerró los ojos y se quedó quieto. Indra no pudo hacerlo, la preocupación no se lo permitía.

Cuando al fin el sol se alejó con todos sus colores, el dragón se incorporó, se estiró y le indicó a Indra que montara. El animal trepó las rocas y se impulsó hacia el cielo de un salto que, en otras condiciones, le hubiera causado algo, pero Indra no tenía cabeza para nada más que para pensar en que habían atacado a quienes habían sido sus compañeros hasta el día anterior.

Volaron por un tiempo indefinido, pero que no debió ser muy extenso, y el dragón subió y bajó varias veces siguiendo el rastro en el aire.

—Allí. Sujétate —dijo y se lanzó en picada. Indra se sujetó lo mejor que pudo y aterrizaron entre medio de una nube de polvo. El animal bajó el vientre hasta la arena para que Indra pudiera bajar y ambos corrieron hacia donde se veían bultos.

Podía distinguir a más de una decena de personas que yacían en la arena, pero no a quienes eran, por lo que la muchacha se adelantó corriendo. Muy pronto dejó a su compañero atrás y se detuvo junto a quien estaba más cerca. Un soldado de su nación. Se acercó al siguiente, otro más.

A su derecha, estaba Shas. Se arrodilló a su lado y, cuando le tocó el rostro, lo sintió tan frío como la arena en la noche. Sin dejar que la desesperación se adueñara de sus nervios, se alejó hacia donde estaban los demás. Soldados, más soldados, Burya.

Con lágrimas en los ojos, comprobó que Burya yacía sobre un parche oscuro y estaba, también, tan mortalmente helada como su compañero.

—Yásid —murmuró con la voz quebrada y se arrastró hasta otro cuerpo. No era él. Tampoco el siguiente—. ¡Yásid!

Volvió a revisar a todos, apartó a Burya y a Shas de los soldados, pero no estaba Yásid. Indra se incorporó y giró para ver qué hacía el dragón. Estaba parado a lo lejos, sin moverse ni reaccionar de ninguna forma. Incluso, le parecía que estaba en el mismo lugar en que quedó cuando se separó de él

—¡Yásid no está! —exclamó, el dragón no reaccionaba—. Maldito sea…

Indra corrió hacia él y se paró frente a uno de sus estáticos ojos,

que parecía mirar a la nada.

—¡Despierta, demonios! Yásid no está entre los muertos. —Como seguía sin moverse, Indra le golpeó el morro con la palma de la mano—. Por todos las malditas viejas barbudas, ¿quieres despertarte? —El animal al fin pareció volver en sí—. ¿Qué demonios sucede contigo? ¡Te estoy hablando!

—¿Shas? —fue lo único que dijo.

—Muerto. Burya también —murmuró y cayó de rodillas. Indra se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar.

Muertos.

No parecía cierto y sintió que los límites de la realidad se diluían en miles de horribles pesadillas. Ellos murieron por su culpa, por haber querido ayudarlos. Tal vez ella interpretó mal lo que Yásid dijo y en ese momento estaban todos muertos por haberlos dejado solos.

—¿Yásid? —preguntó el dragón.

—No está —sollozó.

—¿Cómo que no está?

—Y yo qué sé. No está.

El dragón parecía que estaba recuperando la capacidad de razonar y comenzó a moverse entre los cuerpos que estaban desparramados en la arena. Los movió con las garras, les olió el rostro y, al no hallarlo, regresó junto a Indra.

—Hay huellas que podemos seguir.

La muchacha asintió, se puso de pie y se acercó a Burya y a Shas. Buscó en ellos y recuperó una pulsera de oro de la inerte mano de Burya y una cadena con una gema verde del frío cuello de Shas. Tal vez, podría entregárselos a sus padres, si alguna vez los encontraba. Guardó las alhajas y se montó a lomos del dragón, que esperaba por ella con el vientre pegado a la arena. El animal saltó hacia el cielo y ascendió hasta que los cuerpos desperdigados en la arena se vieron del tamaño de hormigas. El zumbido de sus alas cortando el aire se asemejaba al que Indra sentía dentro de su cabeza desde que vio que Yásid no estaba entre los muertos. Que pudieran hacerle a él cosas semejantes a las que les hicieron al dragón y a ella le hacía sentir tanto miedo como dolor. Yásid parecía ser una buena persona e Indra se arrepintió de no haber escuchado qué más quería decirle. Tal vez, había una explicación para sus palabras, tal vez su propia desconfianza causó la tragedia de ese día.

—Sujétate.

Indra se aferró a las púas y el dragón descendió con velocidad. Un fuerte rugido explotó en su garganta y salió acompañado de fuego y rabia. Indra vio el pánico con que saltaron de sus mantas y una centena de soldados corrieron presas de la desesperación, mientras otros se revolcaban en la arena, intentando apagar las llamas que se

habían prendido a sus ropas, tal como se adhieren los abrojos espinosos. Buscó en el campamento para ver si podía encontrar a Yásid en ese caos, pero vio una jaula de gruesos barrotes y dos brazos saliendo de entre ellos. Supuso que estaba allí y, cuando quiso decírselo al dragón, oyó que su compañero le indicaba lo mismo que ella había visto.

El dragón dio la vuelta en el aire y, a su regreso, un nuevo río de fuego cubrió a los hombres que se alejaban. Algunos de ellos fueron rápidos al reaccionar y no pasó mucho hasta que comenzaron a escuchar los silbidos de las flechas que cortaban el aire a su alrededor.

—¿Estás herido? —Indra alzó la voz después de haber visto a una flecha chocar contra las plumas del pecho del crahsti.

—Esas miserables agujas ya no pueden dañarme. —Volvió a girar en el aire para enfrentar a los soldados pero, esta vez, soltó solo un rugido, que hizo que todos se tiraran al suelo y se cubrieran la cabeza con los brazos. Sin embargo, a los pocos segundos, algunas flechas desgarraron el aire cerca de ellos.

—¡Pero a mí sí! —Indra sintió que su muslo ardía y, aunque quiso mantenerse quieta, no pudo evitar que su cuerpo comenzara a sufrir espasmos que la arrojaron desde lo alto. Oyó a Yásid gritar su nombre y al dragón rugir y, un instante después, su cuerpo golpeó sobre una mata de hierba dura y espinosa, para luego caer en la arena.

La flecha se enterró un poco más en su pierna y se rompió al alcanzar el suelo, las espinas se clavaron en su vientre y en sus brazos… pero ese era el menor de sus problemas. Los soldados la rodearon casi al instante y su cuerpo tembloroso dejó de responderle. No era capaz de sentir, de pensar ni mucho menos de reaccionar al imaginarse otra vez cautiva en la prisión de Doury Kasesh.

26 – Dragón e Indra

—¡Indra! —La voz de Yásid se oyó en el mismo momento en que sintió que el cuerpo de la cría humana se deslizaba hacia un lado. Por más que quiso girar para evitar que cayera al suelo, ella resbaló hacia la arena. La matarían o la golpearían hasta cansarse. La desesperación comenzó a apoderarse de su razón y, por un momento, creyó que nunca más podría recuperarla. El miedo que podía oler en ella era el mismo que se había adueñado de sus plumas y, por pura desesperación, se lanzó hacia abajo.

Aterrizó justo sobre Indra y su maltrecho cuerpecito quedó a resguardo bajo su vientre. Los soldados retrocedieron, pero algunos no lo hicieron demasiado rápido y sus cuerpos se reventaron bajo la presión de sus mandíbulas o por el golpe de sus zarpas. Sintió que algo le pinchaba el muslo y vio a uno de esos ridículos humanos intentando herirlo con una lanza, pero esas basuras ya no eran capaces de penetrar su carne y el dragón rugió de alegría. Ya no podrían dañarlo, ya era mejor que ellos, más poderoso, fuerte y temible.

Se giró para mirar al ridículo humano por un breve segundo, azotó su cola y esta le dio de lleno en la cabeza, reventándola como si fuera una insignificante fruta madura. Vio que se movían a su alrededor y, a pesar de que destruía cuerpos con la misma facilidad con la que se rompen los pastos secos, querían alcanzar a Indra y alejarla de su lado.

Volvió a rugir y quiso llenarlos de fuego, pero apenas unas chispas minúsculas salieron de entre sus dientes, por lo que tomó a la muchachita con las garras, intentando no herirla con ellas, desplegó las alas y saltó hacia el aire.

—¡Busquen ayuda en el palacio de Barzy! —le oyó decir a Yásid, pero no podía quedarse allí por más tiempo. Se alejó de inmediato, resguardándose en la oscuridad. Voló hasta las rocas en las que habían descansado durante el día y, al descender, dejó a Indra en la arena con cuidado.

La cría estaba cubierta de sangre, pero esta no era roja como la de los humanos, sino que brillaba y refulgía con el color del sol. Tampoco olía a sangre, sino que tenía otro aroma que le fue difícil de reconocer. Antes de que sus caminos se cruzaran, lo único que él conocía de los humanos era sobre crueldad, dolor y miedo, pero oler la sangre de Indra le daba la sensación de haber sido transportado a un lugar en donde nada de eso existía, donde solo había libertad y cosas agradables, como cuando estaba en su nido.

—Indra —murmuró—, ¿puedes curarte? Tienes que poder hacerlo, yo te di mi magia.

La muchacha se sentó en el suelo y miró a su alrededor.

—¿Dónde estamos?

—Entre las rocas —dijo apresurado—. Cúrate, Indra.

—No sé cómo hacerlo —balbuceó. Se movió con cuidado y comenzó a quitar las espinas que se habían clavado en su cuerpo. Estas eran blancas y del largo de un dedo humano. No hubieran podido herirlo a él, pero la pobre cría estaba cubierta de ellas y podía oler su dolor y desesperación—. Malditos sean todos…

El dragón pudo ver que sus heridas dejaban de sangrar a medida que retiraba las púas.

—¡Te estás curando sola!

—Pero duele como el infierno y no sé cómo demonios haré para quitar la punta de la flecha. No tengo las fuerzas para desgarrarme la carne yo sola, aunque después vaya a curarse.

—Si quieres…

Indra lo miró.

—No tienes manos, ¿cómo mierda crees que podrás sacarla? —El dragón hizo chasquear los dientes e Indra levantó una ceja—. ¿Con los dientes? Debes estar bromeando, me arrancarás la pierna.

El dragón acercó toda su enorme cabeza a su brazo y la muchacha se quedó lo más quieta que pudo. Le pareció que el corazón le iba a explotar por los nervios, y olió una nueva oleada de miedo que emanó de ella. Indra estaba paralizada y ni siquiera sabía si estaba respirando, sin embargo, él continuó acercándose. Cerró sus labios sobre una de esas espinas y la retiró con toda la delicadeza que pudo, intentando no moverla hacia los lados para no herirla de más. Indra siguió el recorrido de la espina con los ojos y se le quedó viendo con la boca abierta.

—Vaya… Creí que perdería el brazo —suspiró y sonrió, aliviada.

—¿Quieres que te quite la flecha?

Indra pareció estar meditándolo y, antes que pudiera decidirse, él se movió con tanta rapidez que ella lo notó recién cuando arrancó la flecha de su muslo. Gritó y maldijo, pero se desmayó casi de inmediato. Por más que lo intentó, no pudo evitar que la cría se golpeara la cabeza con las rocas al desplomarse y sabía que los humanos podían sufrir grandes daños si el golpe allí era demasiado fuerte, Shas se lo había dicho, por lo que se recostó a su lado a esperar a que Indra despertase. Al menos, tenía la seguridad de que su cuerpo podía sanarse a sí mismo sin que ella pensara en hacerlo.

Con toda la suavidad que fue capaz, retiró las espinas que podía ver, y se maravilló al ver de cerca que la sangre dorada de la muchacha brotaba cuando sacaba una de las púas, pero de inmediato

regresaba al mismo orificio y este se cerraba por completo, sin dejar ninguna marca.

Entre el pánico que lo invadió y la alarma por el golpe que Indra se dio, no pudo ver qué ocurrió con la herida más grande, pero imaginó que debió haber sido igual de milagrosa su recuperación. Buscó el lugar a donde quitó la flecha y vio, a través de los jirones de tela desgarrada, que su piel estaba sana y limpia, no así su ropa, que brillaba con la tenue luz de la luna, empapada en su extraña y nueva sangre.

Retiró las espinas que fue capaz de ver, pero sin tener la completa seguridad de que había quitado todas ellas. No quería moverla y que ella se despertara espantada y creyendo que iba a cenársela.

Unas pequeñas chispas brotaron de su garganta al imaginarse la escena, pero estas se dispersaron a su alrededor y se perdieron en la nada en seguida, al recordar todo lo que había sucedido.

Tenía que hacer algo por Yásid, pero no quería dejar sola a Indra, por temor a su reacción cuando despertara y no lo viera cerca. Le golpeó el brazo con el morro, gruñó, bufó e hizo cuanto sonido se le ocurrió hacer, pero nada de eso ayudó a que la cría humana abriera los ojos.

Llegó el sol, escaló el cielo, se posó sobre sus cabezas y comenzó a descender, pero no hubo ningún cambio en ella, sino hasta que el brillante astro empezó a buscar el resguardo de las dunas. Se movió apenas, se quejó, murmuró y, finalmente abrió los ojos.

—Yásid. —Fue lo primero que dijo. Se sentó, apresurada, y miró a los lados.

—Debemos ir por ayuda, Indra, apresúrate.

—¿Ayuda? ¿A quién demonios le pediremos ayuda, dragoncito? —Se puso de pie y comenzó a caminar—. Estamos solos, más solos que nunca. Shas y Burya… ¡Maldición! ¡Es todo por mi culpa! —Indra comenzó a llorar y él no supo cómo reaccionar.

—Yásid dijo que fuéramos al palacio de Barzy —respondió, en cambio—. ¿Sabes dónde queda ese lugar?

Indra lo miró, confundida.

—Es la capital de Hienza —murmuró antes de limpiarse el rostro con la túnica.

—Iremos hasta allí. Tenemos que buscar ayuda para Yásid de inmediato.

—No sé cómo llegar, dragoncito. Además, si te ven, pueden llegar a…

—No podrán capturarnos esta vez. Pediremos ir a ver a los Tjares y le hablaremos de lo que sucedió.

—¿De veras confías en Yásid? ¿Qué tal si solo quiere entregarnos?

—En ese caso, me los cenaré. No te muevas de aquí. Huelo ciervos

y hace días que no me alimento.

—Pero… Alguien puede verte.

—Ya no importa.

◆◆◆

El dragón saltó hacia las rocas, trepó con gran habilidad hasta la cima y se impulsó al cielo. Indra lo siguió con la vista hasta que se perdió en la penumbra y, luego, se concentró en ver en qué estado se encontraba.

Comprobó, aliviada, que ya no tenía más espinas en su cuerpo y se sintió agradecida por tener por compañero a un dragón tan considerado que, a pesar de que tenía el tamaño de una casa, podía ser tan delicado como una niña.

Se quitó la túnica y recién en ese momento se dio cuenta de que su sangre se había vuelto dorada.

—¿Qué demonios?

Buscó entre las rocas una de las espinas y gimió de dolor cuando se la clavó en el brazo. Una gota de sangre dorada surgió de la herida, pero desapareció en cuanto esta se cerró.

—No puede ser, esto… No puede ser. ¡Augh! —Volvió a pincharse y, de nuevo, brotó otra gota dorada. Su mano dejó caer la espina y se quedó mirando a la nada—. Sangre dorada.

Se sentó en donde estaba y se preguntó si eso significaba, también, que podría hacer algo de magia. Si era así, no se sentiría tan inútil cuando estuvieran en problemas. E ir a Barzy era un buen lugar para atraerlos. No sabía nada de la magia, más que era algo que algunas pocas personas podían hacer y, por lo general, los cintis respondían a las órdenes de los Tjares o de los gobernantes.

Su cuerpo se curaba solo. Eso, sin dudas, era mágico, pero sería de mucha utilidad poder hacer algo más. Algo que pudiera matar soldados, por ejemplo, pero ¿era como la magia de los cintis, que se estudia de un maestro? ¿O bastaba solo con desear hacer algo? ¿Existían palabras específicas? ¿Frases? ¿Rituales? Si era así, estaba realmente jodida, porque no tenía a quién preguntarle y dudaba que alguien quisiera compartir su sabiduría con ella, que no era nadie.

—Pero tengo un dragón —sonrió—. Bueno, no es que lo *tenga*, es mi compañero… Y nadie tiene a un maldito dragón como compañero.

Su estómago se quejó por la falta de alimentos e Indra se preguntó cómo haría para cocinar la carne que su compañero llevara, si no había allí ni una miserable rama para hacer fuego.

«Pero tengo un dragón» pensó divertida.

27 – Akram

Desierto de Larha
Doury Kasesh

Akram detuvo a su caballo en la mitad de un puñado de ruinas. A eso era todo lo que se reducía su aldea. Le llevó casi dos meses hallarla, porque no sabía con seguridad dónde se encontraba, y los recuerdos de esos tiempos eran borrosos y confusos. Tuvo que preguntar mucho, porque muy pocos se acordaban de su existencia, hasta que al fin pudo dar con algunas indicaciones certeras.

Desmontó y se quedó de pie, mirando, pero sin ver. Más bien, tratando de encontrar un sentido a lo que veía, para encajarlo en su memoria. De las paredes de ladrillos de barro cocido, no quedaban más que unas pocas filas apiladas, y el resto yacía derrumbado de un lado o del otro. Los techos, que fueron alguna vez de madera y paja, se consumieron con el fuego de la noche en que lo llevaron, y el paso del tiempo hizo lo demás. Los pocos matorrales de pasto grisáceo que crecían en la zona, se diseminaron por las calles y se apoderaron de las casas, también. Algunos arbustos de ramas nudosas y retorcidas tuvieron el descaro de crecer entre las calles, entre las paredes, entre los cuerpos.

Akram caminó por un espacio entre las hileras de escombros que parecía haber sido una calle, y se agachó a observar. Un arbusto mediano crecía entre las caderas de una persona que había fallecido largo tiempo atrás, y de la que no quedaba más que unos pocos huesos amarillentos en algunas partes, calcinados en otras. De inmediato buscó entre la maleza sus brazos, para llegar a las manos. Un hueso pequeño le bastaría para poder usar su espíritu, pero no pudo encontrar más que medio brazo. Al resto, quizás, se lo llevaron los carroñeros o lo consumió el fuego.

Volvió a incorporarse y trató de recordar dónde estaba su casa. Ató el caballo a un arbusto y caminó, despacio, buscando algo que le activara la memoria y lo llevara a aquella época. A fuerza de golpes e insultos constantes le borraron su pasado, y el rostro de sus padres no eran más que una mancha difusa; no sabía cuántos hermanos crecieron con él, ni qué hicieron con ellos cuando los atacaron. La luna negra había pasado hacía seis días y él no había aprovechado la oportunidad para hechizarse y forzarse a recordar. Confiaba en que los recuerdos regresarían al recorrer las calles que lo vieron crecer, pero no fue así, su mente no funcionaba de esa forma, al parecer.

Pensó que lo más práctico era dejar de divagar y empezar a

buscar una mano en condiciones para poder usar sus huesos. Era inhumano e irrespetuoso y una oleada de culpa lo sofocó al pensar en cuántas tumbas había profanado antes, cuántos huesos sacó sin sentir nada en lo absoluto por esos esqueletos que alguna vez fueron madres, padres, hermanos, amigos. Sin embargo, el tiempo corría y él no tenía nada.

Mientras la luz natural se lo permitió, Akram escarbó en las ruinas para tratar de encontrar algo de utilidad, pero no halló más que esqueletos parcialmente calcinados. No le servían los cráneos, ni las caderas, ni los fémures, porque no podía cargar con ellos como si nada. Ni siquiera entre los de su clase era algo normal y tenía que ser práctico.

Al llegar la noche, hizo una fogata en un rincón que no le daba la impresión de que iba a derrumbarse sobre él a mitad de noche, y se durmió ni bien se quedó quieto. Estar allí le causaba sensaciones extrañas. De paz, principalmente, de tranquilidad y seguridad, y él no estaba acostumbrado a sentirse así.

En lo que duró la búsqueda de su hogar, durmió a medias y cualquier mínimo sonido lo hacía saltar de la cama o de las mantas, dependiendo si estaba en una posada o en medio del desierto. Los hombres del Tjar estaban tras él, lo mismo las paraki, y estuvo varias veces a punto de que lo descubrieran. No sabía cómo lo hacía, pero Garth estaba atento a todo lo que a él le sucedía, constantemente, aun cuando Akram no lo llamara. Más de una vez oyó su voz decirle que se marchara de algún lugar, solo para descubrir que segundos después llegaban los soldados. Los espíritus a las órdenes de las paraki no podían encontrarlo gracias a que Garth lo ocultaba de ellos lo mejor posible; sin embargo, sabía que tarde o temprano las gemelas lo alcanzarían o él tendría que salir a enfrentarlas. No podía pasarse la vida entera huyendo, no si quería estar en paz alguna vez.

Los siguientes días, Akram se lo pasó hurgando entre los pastizales y removiendo escombros, y recién al morir el tercer día encontró huesos útiles. Un esqueleto completo, a excepción de la cabeza y las primeras vértebras, debajo de una pesada manta de lana podrida por los años. Estaba fuera de una casa y, tal vez, fue uno de los primeros en morir.

Akram regresó al sitio donde dormía en las noches y preparó el ritual para llamar al espíritu. Se sentía nervioso, porque no sabía a quién vería, ansioso al no saber si sería amable con él, algo incómodo por regresar solo con la intención de buscar huesos útiles, y por no haber pensado en nada más que en encontrar al príncipe y en ayudar a Indra. De no haber sido por eso, jamás se hubiera planteado buscar su aldea y enterrar lo que quedaba de su familia o de sus vecinos.

Respiró profundo varias veces, para tratar de quitarse la culpa de

encima, y tomó el hueso.

—Sanda —dijo y esperó, sin saber qué ocurriría. El humo gris salió del hueso y tomó la forma de una figura humana.

—¿Quién eres? —murmuró una voz femenina que flotó en el aire por unos instantes.

—Mi nombre es Akram y…

—¿Akram? ¿Ese es el nombre que eligió tu madre?

—O mi padre, no lo sé.

—¿Cómo se llamaban ellos?

—Akron mi padre. Jhasia mi madre.

El espíritu se tardó en responder.

—Akram… ¿Hace cuánto te llevaron de aquí?

—¿Me conoces?

—No te reconocí al principio, hijo.

Akram sintió algo diferente otra vez y todavía no sabía qué hacer con los sentimientos. Hasta hacía un par de meses, solo sentía miedo; con Indra, conoció la ira y la culpa, la compasión y la tristeza; supo lo que era el orgullo cuando Baddi se presentó ante él en la posada, y experimentó lo que significaba ser parte de algo mucho más grande que uno mismo cuando se unió a los de su pueblo para manifestarse en contra del Tjar Rizwan. En ese preciso momento, Akram sintió muchas cosas a la vez y no pudo ponerles un nombre a ninguna de ellas. Quería llorar y que hubiera alguien, alguien de verdad, que pudiera abrazarlo. Por años, el único contacto físico que tuvo fue con el látigo y con su amo, pero Indra le tomó la mano una vez y acarició sus dedos. Recordó que en ese momento sintió deseos de derrumbar la maldita prisión y sacarla de allí, pero esa fue la última vez que la vio, que oyó su voz, que supo algo de ella.

«Hay caricias que duelen más que un latigazo».

—¿Eres Jhasia? —preguntó con un hilo de voz.

—Soy Jhasia, hijo. ¿Por qué puedes hablar conmigo? ¿Acaso te entregaste a la oscuridad?

—Mi amo me obligó.

—¿Amo? ¿Eres un esclavo?

—Ya no. Tuve que… Tuve que matarlos, madre, tenía que ser libre. —Akram no recordaba hacía cuánto tiempo que no lloraba. Tal vez desde la primera paliza que le dio el amo o cuando Garth murió. Sí, fue esa vez, cuando se quedó absolutamente solo y el amo ordenó que nadie le dirigiera la palabra y que lo golpearan si lo veían abrir la boca.

El espíritu de su madre no dijo nada y dejó que Akram retomara el control y siguiera hablando. Tal vez, eso era lo que las madres hacían…

Cuando volvió a abrir los ojos y levantó la vista, vio que estaba

rodeado por una espesa nube de humo gris y sonrió. Ella lo abrazaba, a pesar de no tener un cuerpo para hacerlo. Levantó las manos, acarició el humo y este revoloteó en pequeños remolinos.

Akram, sintiéndose un poco más cómodo, habló sobre todo lo que había sucedido desde que conoció a Indra, sin ahorrarse ningún detalle, por más horrorosos que fueran. Su madre escuchó, hizo algunas preguntas, lo abrazó a su manera varias veces y, llegando el amanecer, le dijo que durmiera unas horas, que ella cuidaría de que nada ni nadie se acercara a él. Akram se sentía capaz de vencer al mundo entero en ese momento, porque no imaginaba que su madre podía darle tanta contención y confianza con solo su etérea presencia y unas pocas palabras.

Despertó cuando el sol de mediodía le daba de lleno en el rostro y se lamentó por haber perdido tanto tiempo. Sin embargo, al volver a llamar a su madre, esta le dijo que lo ayudaría a buscar al resto de la familia, porque cuanto más apoyo tuviera, más fácil sería para él llegar al príncipe de Adheej.

Después de escarbar y remover más escombros, Akram encontró solo dos huesos útiles. El espíritu de uno de sus tíos, hermano de su padre, y el de un vecino. Ambos hombres lo recordaban, naturalmente, puesto que el tiempo se había detenido para ellos en el momento en que sus vidas dejaron el reino de los vivos.

No hicieron preguntas de ninguna clase y aceptaron la explicación de Akram cuando él les dijo que estaba buscando la forma de regresar al príncipe de Adheej al poder.

—Sella nuestros huesos —sugirió el vecino, que se llamaba Ojab.

—Confío en ustedes. — Akram, se sintió contrariado.

—Alguien puede interferir. Una persona y sus espíritus. Las paraki que te buscan. Otros cinti. Otros espíritus libres o errantes.

—Hazlo, no sientas vergüenza por eso —dijo Ákrut, su tío—. El reino de los muertos es confuso y complicado. Podemos caer en distracciones y, lo que es un día allí, pueden ser años en el reino de los vivos. O puede suceder al revés, también. Si sellas nuestros huesos, estaremos obligados a continuar hasta haber cumplido tu orden.

—Hazlo, hijo.

—No me siento cómodo con eso…

—No tenemos nada mejor que hacer, de todos modos —dijo Ojab.

Akram asintió, después de un rato, hizo los sellos en los huesos y los envió de regreso al reino de los muertos para que buscaran al Tjar Jalush o a su familia, para saber dónde se encontraba el príncipe.

Era noche cerrada cuando terminó y, después de comer algo, se acurrucó en las mantas, pero no podía dormir. A pesar de que se sentía cansado, estaba nervioso. Hasta hacía una semana atrás, no había indicios de que ningún príncipe se hubiera presentado en Dkol

nur Shana para reclamar su lugar. La noticia de las revueltas en la antigua capital de Adheej ya se habían extendido por la totalidad del territorio de Doury Kasesh y que no hubiera príncipe alguno le hacía creer que todo lo que los prury hicieron había sido en vano, que el Tjar llenaría la ciudad de soldados y que las cosas volverían a ser como antes. O peor, quizás. Luego recordó que Indra se había robado un dragón, pero que no había hablado con nadie que supiera dónde estaban, ni cómo. La mayoría suponía que ya debían estar muertos en algún lugar del desierto, pero otros creían que Indra estaba esperando a que tuviera el tamaño suficiente como para poder regresar y ser útil a los prury.

Akram buscó en su bolso el pañuelo que había tomado del escondite de Indra. Lo sostuvo entre sus manos por un largo rato, pensando en si era correcto pedirle a su madre que la buscara. Hacía tanto que no sabía de ella que, por más que no quisiera pensar en eso, a pesar de que tenía cosas más urgentes de las qué ocuparse y que resolver, en los momentos en que se tomaba unos minutos para descansar, Indra regresaba a sus pensamientos. No podía evitar preocuparse por ella, preguntarse si tenía para comer, si estaba a salvo, si tenía miedo… Akram sacó el hueso de su madre y lo sostuvo en su mano.

—Madre, quiero saber cómo está Indra.

—La buscaré. —El humo revoloteó alrededor del pañuelo por unos momentos, para luego expandirse hasta desaparecer por completo.

28 - Rajesh y Mhena

Desierto de Larha
Doury Kasesh

El horizonte había dejado de ser una dorada línea ondulante para ir convirtiéndose, de a poco, en picos puntiagudos que se recortaban contra el cielo. La forma más rápida de llegar desde Dkol nur Shana a las ruinas de Ujmal, era cruzando el desierto de Larha primero y, luego, atravesando la cadena montañosa de La Desolación a través del Paso de la Muerte. No tenían nombres para nada alentadores, pero se los ganaron con justa razón.

Ujmal fue alguna vez una ciudad próspera y enorme; Sin embargo, el avance del desierto fue acabando de a poco con los campos fértiles, hasta que los aisló por completo y terminó por vencer a una urbe que llevaba siglos dominando el paso de comercio entre Cingze, Adheej y Doury Kasesh.

El hambre diezmó a la población cuando las arcas se secaron, ya que los mercaderes nómadas buscaron hacer su negocio a costa del sufrimiento de una ciudad entera. Muchos ciudadanos de Ujmal decidieron migrar pero otros se negaban a dejar sus hogares y, para cuando se dieron cuenta de su error, estaban demasiado débiles para emprender un viaje a través del desierto. Sus espíritus se quedaron vagando allí, entre ruinas y arena, y no eran amables o amigables con los extraños. Más bien, podría decirse que todo lo contrario.

Si Rajesh no estuviera convencido de que Indra estaba allí con el dragón, ni en sueños se hubiera planteado ir a un lugar como ese. Desde que los picos se hicieron visibles, estaba pensando en dar la vuelta y regresar sobre sus pasos, pero Mhena se veía convencida y determinada y le contagiaba algo de la entereza que a él le faltaba. No podría haber pedido a Vari una mejor compañera. Mhena era, normalmente, una muchacha nerviosa, chillona e impulsiva, irritante por momentos, pero ni bien dejaron la ciudad, pareció volverse una persona diferente. Centrada, calmada, prudente y apenas si hablaba un poco cuando se detenían a descansar.

Bitzan, que viajaba en un bolso, ya no temblequeaba a cada paso y no lo había escuchado ladrar más que una sola noche, cuando un zorro de la arena se acercó demasiado al campamento en busca de sobras. Rajesh lo persiguió, creyendo que podría llegar a ver algo en él que lo hiciera digno de su interés, pero el animal se escabulló entre las dunas y no regresó.

Se sintió desilusionado. Siempre estuvo convencido de que, si se

cruzaba con un crahsti, este se fijaría en él de inmediato. De niño, abría los pozos de agua para ver si encontraba algún gusano, pero nunca tuvo suerte. Perseguía a todas las mariposas en busca de una plateada y, cuando supo de los fénix, quiso ir a internarse al desierto de Larha hasta dar con uno, pero nunca se lo permitieron. Cuando se hizo mayor, las prioridades lo llevaron hacia otros terrenos y tuvo que dejar de soñar despierto. Hasta esa noche, en que sus ilusiones de niño regresaron de golpe y no dudó ni un segundo en salir de sus mantas en la más completa oscuridad detrás del pequeño animal dorado que, creía, le daría su magia. Volver fue difícil. No solo porque se le dificultaba encontrar sus propias huellas en esa noche sin luna, sino porque estaba aterrado hasta los huesos. Se había imaginado volver al campamento siendo valiente y teniendo la inteligencia y la sagacidad del animal, pero regresó tan cobarde como se había marchado.

—Tal vez ni siquiera era un crahsti —lo consoló Mhena—. Puede haber sido un zorro común… Es difícil distinguir los detalles en la oscuridad.

—Estoy seguro de que vi las rayas negras en su cola, era un crahsti.

Mhena insistió en que ella no había visto esas líneas y él continuó en su postura, pero ella se durmió y Rajesh siguió refunfuñando solo, hasta que el sueño y el agotamiento lo vencieron. Cuando despertaron, Rajesh no mencionó el tema, porque ya no estaba tan seguro de haber visto las rayas negras de los zorros de la arena y, un poco, recobró la ilusión de que un crahsti se fijara en él.

El Paso de la Muerte, un camino angosto y sinuoso, cruzaba las montañas junto a un arroyo no muy profundo. Ninguno de los dos era peligroso, ni traicionero y, de día, se podía avanzar rápido y sin contratiempos. Tenían agua fresca al alcance de la mano, trechos de sombra y de sol y no soplaba ni una mínima correntada de aire, lo que era bastante extraño. Sin embargo, más extraño aún era que no había ningún otro ser vivo a kilómetros a la redonda. Mhena tuvo que recurrir a los espíritus para poder convencer a los caballos de que nada les sucedería y, aun así, tuvieron grandes problemas en hacerlos internarse entre las montañas. Rajesh, por su parte, también quería huir de allí y nunca más regresar.

El sonido de los cascos de los caballos se hacían eco en las montañas, magnificándose y retumbando en cada recoveco, pero cuando se detenían, el silencio era absoluto. En las noches, en cambio, era cuando las ánimas perdidas los acechaban. Los susurros se enredaban entre sus cabellos y los atormentaban constantemente. Por momentos se convertían en alaridos que los hacían temblar, rezar y hacer promesas, con tal de no perder la cordura y poder llegar a ver el siguiente amanecer.

Los tres días que tardaron en atravesar el paso se les hicieron eternos; Rajesh nunca antes extrañó tanto el sonido del viento y se sintió agradecido cuando las montañas quedaron atrás y pisaron el desierto de Dunayar. Las ráfagas, que arrastraban lamentos milenarios entre los diminutos granos de arena rojiza, le parecieron una bendición de la vida y de la creación. No dejaba de ser escalofriante oírlo, pero el silencio del día y los susurros enfurecidos de las noches eran mucho peores.

—La próxima, tomamos el camino largo —dijo Rajesh y Bitzan, que apenas si asomaba el hocico del bolso, ladró una vez, como si estuviera dándole la razón.

Las ruinas de Ujmal eran todavía imponentes, a pesar de los cientos de años de abandono y del constante asedio del viento y de la arena. Sus muros mostraban el desgaste que las corrientes de aire causaron y estas habían tallado extensas líneas horizontales a lo largo de las murallas. Las inmensas puertas, antes de madera, no eran más que unos jirones de tablas podridas colgando de los goznes. Una de las torres se había derrumbado y yacía a la derecha de la entrada, convertida en un montículo de escombros parcialmente enterrados.

Rajesh y Mhena desmontaron y tomaron las riendas para entrar a la ciudad caminando, sin embargo, una bocanada de humo negro se formó delante de ellos, para impedirles el paso. El caballo de Rajesh se encabritó y, por más que él quiso calmarlo, el animal tiró con fuerza, arrojándolo al suelo. Huyó asustado, relinchando y dando coses, y se perdió en el desierto. El caballo de Mhena, en cambio, se mantuvo calmado.

Rajesh se sacudió la ropa y se quedó mirando la aparición que había frente a él; intentó encontrarle alguna forma, pero no era más que un montón de humo que flotaba, inmune al viento. Quiso llamar la atención de su compañera, pero ella parecía estar en trance, con la mirada en blanco. Sus labios se movían sin cesar, pero no oía ninguna palabra salir de ellos.

Rajesh, de inmediato, la tomó de la mano porque sabía que las cosas podían volverse extrañas.

◆◆◆

«Seres de la luz que alumbran los senderos en el reino de los muertos. Seres que ayudan a calmar los tormentos. Seres que consuelan los corazones afligidos. Seres que ahuyentan las tinieblas».

Mhena comenzó a invocar a los espíritus blancos ni bien desmontó, cuando estaban a pocos pasos de las derruidas puertas de Ujmal. Sabía que conectar con el otro reino era peligroso cuando estaba sola, pero confiaba en que Rajesh cuidaría de ella mientras

estuviera buscando ayuda.

«Ancestros de mis ancestros, madre de mi madre, solicito su protección. Madres, tías, hermanas, abuelas. Que el linaje blanco que crearon mis antepasados acuda en este momento. Soy su hija Mhena, la última yaducare de la familia que Manya, la dama de las flores, comenzó dos siglos atrás. Necesito de su favor para no caer en la oscuridad que se acaba de presentar ante mí. Que no corrompa mi esencia, que no debilite mis pensamientos, que no doblegue mis fuerzas, que no me obligue a arrodillarme, a quebrarme, a entregarme, a huir».

Una ráfaga de aire fresco le acarició la piel y le revolvió el cabello, y Mhena supo que los espíritus de las mujeres de su familia estaban junto a ella, para ayudarla.

La muchacha dio un paso y la sombra se acercó, amenazante.

—¿Qué quieren? —rugió una voz y Mhena sintió una fuerte presión en su mano. Rajesh, estaba a su lado, al parecer.

—Buscamos a una amiga y queremos ingresar a Ujmal para saber si ella está aquí.

—No pueden. Traías ánimas blancas contigo antes de invocar más. La luz del reino de los muertos no es bienvenida en Ujmal.

—Mis ánimas pueden ayudarlos a dejar este reino, al que ya no pertenecen.

—Tenemos que custodiar nuestro hogar, para que no termine siendo arrastrado y consumido por las arenas del tiempo. Lo único que mantiene vivo a Ujmal es su pueblo.

—¿Podrían decirme si hay alguien aquí que pertenezca al reino de los vivos?

—Ujmal protege a los suyos. Aléjate, yaducare.

—No intentaré cruzar las puertas, te lo prometo. ¿Puede hacerlo él? No lo acompaña nadie más que yo.

—Déjame inspeccionarlo.

Mhena movió la mano que Rajesh sostenía y lo lanzó hacia las puertas.

—¿Qué haces?

—Solo te dejará pasar a ti, si pasas su inspección.

—¿Qué qué?

—Concéntrate en lo que vinimos a hacer. Piensa solo en que quieres saber si Indra está aquí.

Mhena lo empujó y retrocedió, para no intervenir. El humo negro rodeó por completo a Rajesh y él se agachó, con los brazos protegiendo su cabeza. Bitzan comenzó a aullar.

◆◆◆

Sintió un empujón en la espalda y, cuando miró a Mhena, la vio retroceder, con algo de miedo, de expectativa, de esperanza. Antes de poder preguntarle a qué se refería con «inspección», el humo negro se convirtió en un fuerte torbellino que lo engulló. Se vio rodeado por una infinidad de voces, de gritos, de un olor a quemado y a carne descompuesta que era tan intenso que le parecía, incluso, sentirlo en su boca. El frío le congelaba hasta el tuétano y no sabía cómo hacer para que todo eso se detuviera de una vez. Le costaba creer que Mhena hubiera decidido entregarlo a cambio de pasar, porque… ¿Qué le quedaría a Adheej si él moría? No, Mhena sabía que eso no tendría ningún sentido. Él era el príncipe.

29 – Indra

Desierto de Dunayar
Cingze

Dejando de lado todas las precauciones, el dragón se había ido a cazar. Yásid les pidió que buscaran ayuda en Barzy y eso harían, pero no podían enfrentar un viaje hasta allí con las panzas vacías y sin fuerzas. Indra estaba recostaba entre las piedras, con la muñeca de madera en las manos, aguardando. A veces se ponía de pie, caminaba un poco, y regresaba al mismo lugar. No tenía mucho que hacer y no podía dormir para matar el tiempo; lo intentó, pero su cabeza daba vueltas y vueltas pensando en Yásid y en lo que haría el Tjar con él cuando le pusiera las manos encima. También estaba el asunto de Barzy. No sabía cómo lograría llegar a la Tjarina, ni cómo iba a ser capaz de convencerla de que Yásid, un hienzense, necesitaba de su ayuda. Quizás el dragón le abría algunas puertas, o las derribaba a la fuerza, pero no entendía por qué la Tjarina movería un dedo por un ciudadano común y corriente.

Indra volvió a incorporarse, aunque esta vez no por su incapacidad de quedarse quieta, sino porque le pareció ver una mancha que flotaba frente a ella. Parecía que las estrellas se habían borrado y solo quedara un espacio vacío y negro.

Había oído antes de los espíritus cautivos, por supuesto, todos en Ásico lo hicieron alguna vez, pero nunca había visto a uno de ellos. Su primera reacción, aunque involuntaria, fue espantarse, sudar, y caer sentada. Luego, intentar hablar.

—¿Qué…? ¿Qué eres? —La pregunta era estúpida. No se le ocurrió otra cosa para preguntar, a pesar de que ya sabía qué era. Había visto antes a Mhena lidiar con sus espíritus, pero los de ella eran libres. Se veían blancuzcos, casi se podría decir que luminosos, y el que estaba ante sus ojos era todo lo contrario. Los espíritus errantes eran grises, pero ese era un espíritu al servicio de un cinti y la piel de Indra se erizó de los pies a la cabeza.

La mancha se diluyó tal como había llegado, pero no su miedo ni sus nervios. Alguien parecía estar espiándola y la idea de que fuera el Tjar o sus cintis hizo que se asustara todavía más.

—¡Dragón! —exclamó, con la esperanza de que la oyera y regresara de inmediato. Quería correr, pero no sabía hacia dónde, quería gritar, aunque no tenía idea si serviría de algo—. ¡Dragón!

Indra oyó un pesado zumbido y, a los pocos segundos, el dragón aterrizó junto a ella, envolviéndola en una nube de polvo. Nunca

estuvo tan feliz de bañarse en polvillo.

◆◆◆

Indra se acercó a él y se abrazó a su pata. Apestaba a miedo.

—¿Qué sucede?

—Vino un espíritu —susurró y el dragón se agachó para que ella montara. Levantó vuelo enseguida y se lanzó hacia el cielo estrellado, para alejarla de allí.

—¿Qué viste?

—Un espíritu.

—¿Y qué pasó?

—Nada, llegó y se fue.

—Curioso.

—Y silencioso, además.

El dragón quiso reír.

—Me refería a la situación.

—Ásico está lleno de espíritus y además los cintis los usan para todo. Para defenderse, para atacar, para curiosear, para… —Indra hizo silencio unos momentos—. ¡Por mi tía la bigotuda!

—¿Qué? —El dragón, alarmado, movió apenas el cuerpo, porque le dio la sensación de que Indra estaba a punto de caerse hacia un costado.

—Nada.

—Sonó como algo…

La cría humana se tardó un buen rato en contestar, pero la sintió moverse en su lomo.

—Conocí a un cinti en la prisión, un esclavo del Gran Señor Uzair.

—¿La figura de madera…?

—Sí, él me la dio —dijo, y le pareció que sonreía cuando hablaba.

—Dijiste que los cintis eran todos malos.

—Él no. Me ayudó, me llevaba de comer. Le di mi cabello y mi sangre para que me matara, pero no hizo nada. Podría haberme hechizado para que volviera a la ciudad, o haber mandado a sus espíritus para llevarnos de regreso… Nada.

—¿Tú crees que haya sido uno de sus espíritus?

—No lo sé. Espero que sí, pero pueden ser de algún cinti del Tjar, también.

—¿Lo habías visto antes?

—Nunca me había quedado sola en la oscuridad, siempre había fogatas… Tal vez haya estado antes y no pude verlo por el fuego o por estar mirando a los demás

—Ten cuidado, Indra. No le hables hasta no estar segura.

—¿Y cómo voy a estar segura si no le hablo? Es un espíritu, humo

negro y nada más.

—Eso es cierto —admitió y se sintió un poco estúpido por la obviedad—. ¿Estás segura de que se fue?

—Puede haberse alejado, nada más… ¿Y si nos está siguiendo?

Indra empezó a despedir olor a miedo otra vez y el dragón se dio cuenta de que él también estaba aterrado.

—Hasta que no sepamos qué quiere, no vamos a estar tranquilos.

El dragón comenzó a buscar las corrientes de aire que le ayudaran a descender sin tanto esfuerzo. Quería ahorrar fuerzas por si debían escapar.

—¿Qué haces?

—Tenemos que enfrentarlo, Indra. Tuvo oportunidad de dañarte cuando estabas sola, pero no lo hizo.

—¿Tú…? ¿Tú puedes sentir a los espíritus o algo?

—No lo sé.

—Sería útil que pudieras.

—Tú puedes verlos, y eso nos basta. —Aterrizó, pero no dejó que Indra descendiera. Quería que estuvieran listos para marcharse si hacía falta, sin mencionar que se sentía más seguro así. Quizás el espíritu no podía dañarla si estaba junto a él—. Mira alrededor, tal vez puedas ver el humo.

Esperaron, y lo hicieron por un tiempo bastante largo, pero Indra no volvió a ver nada extraño. Tenían sueño, ambos estaban agotados por la falta de descanso y por los nervios. Habían perdido a Burya y a Shas, Yásid estaba en manos de los soldados de Doury Kasesh y debían ir a Barzy… No sabían qué de todo eso era peor

Llegando el amanecer, el dragón decidió que lo mejor sería buscar un lugar donde dormir, por lo que se impulsó hacia el cielo.

El dragón amaba su cuerpo, la forma en que sus patas podían empujar la tierra y sus alas al aire en perfecta sincronización, para escalar cada vez más alto. Le encantaba sentir cómo las corrientes de aire se colaban entre sus plumas y le cosquilleaban el cuero, o como las púas de su lomo podían moverse para que la resistencia del aire fuera mínima. Se preguntó en qué estaban pensando los humanos cuando creyeron que encerrarlo a él, una bestia del fuego y del aire, sería una buena idea.

—Tengo sueño —dijo Indra—, y no sé cuánto tiempo más pueda sostenerme, dragoncito.

—No encuentro un lugar seguro, volamos muy lejos de los sitios que conocíamos y ahora no sé dónde descender.

—En cualquier lado. Si a ti no te molesta el sol, en cualquier lado está bien.

—Sabes que no me molesta.

Nuevamente el dragón hizo uso de las corrientes de aire para

descender y buscó un lugar entre dos dunas altas para poder echarse a descansar.

—Con lo justo… —Indra se tiró entre sus patas y antes de que él la cubriera con su ala, ya tenía los ojos cerrados y respiraba con tranquilidad. Todavía no se había calmado el ardor de los músculos de sus alas, cuando ella empezó a roncar.

A pesar de que hacía dos días que no dormían y ambos estaban al límite de sus fuerzas, el dragón despertaba a cada cambio de viento que sentía en sus plumas, a cada aroma nuevo, a cada mínimo sonido, pero no percibió nada que le resultara alarmante. Indra despertó cuando el sol comenzó a ocultarse y el dragón dijo que se iría a cazar, porque cuanto más se acercaran a la civilización, más difícil se le haría conseguir alimento.

◆◆◆

Indra observaba atenta su alrededor, buscando en el cielo la mancha negra que había llamado su atención la noche previa, pero no veía nada. Tal vez el espíritu solo quería saber si estaba viva y poco más. Tal vez ni siquiera era de ningún cinti y era un ánima errante, aunque hasta donde ella sabía, estas eran grises… Tal vez, la noche y la falta de una fogata contribuyeron a que no pudiera ver bien de qué color era. Se decía que había muchas errantes, también, aunque Indra no sabía muy bien qué hacía que un espíritu se quedara en el reino de los vivos después de morir. Podría haberle preguntado a Mhena alguna vez, pero antes estaba muy drogada como para interesarle algo más que no fuera seguir drogada y obedecer las órdenes de Rajesh.

Perdió la cuenta de cuánto tiempo pasó desde la última vez que aspiró polvo de estrellas. No lo extrañaba, no sentía la urgente necesidad de meterse algunas pizcas y le gustaba tener la mente despejada. Su cuerpo, gracias a la influencia de la magia del dragón, se sentía veloz y ligero, pero a menudo se preguntaba qué sucedería cuando regresara a la civilización y tuviera la oportunidad de comprar más, o cuando volviera a su templo destruido y su provisión quedara frente a sus ojos. Tenía cajas y cajas de polvo de estrellas… Aunque después de dos meses, dudaba que siguieran ahí. Lo más probable era que alguien más hubiera usurpado su escondite y hubiera hecho uso del polvo, ya sea aspirándolo o vendiéndolo. Las dos cosas, seguro, y eso la puso de mal humor. Ese templo era un lugar seguro y nadie entraba allí, le había costado bastante encontrarlo y más todavía que fuera suyo. Perderlo le molestaba, aun cuando no sabía si algún día podría regresar.

«Qué mierda… Ni siquiera sé si alguna vez voy a poder ir de nuevo a Dkol nur Shana».

En ese momento, una pizca de polvo le hubiera caído de maravillas. No tenía muchas ganas de seguir pensando en lo que sucedería la próxima vez que viera gente, ni en cómo se comportaría la gente al ver al dragón, ni qué querrían hacer los Tjares de Hienza con ellos. Sí, Indra era de Doury Kasesh, pero era libre; los soldados de su país la perseguían, aunque no se atreverían a entrar a Hienza a buscarla y, si lo hacían, los de Hienza responderían, porque no era correcto que cruzaran las fronteras.

El conocido zumbido de las alas del dragón la distrajo y lo vio cuando ya era una enorme mancha que se robaba la luz de las estrellas a su paso. Si no hubiera sido capaz de oírlo, hubiera creído que el espíritu había regresado.

—Ya me llené y no me pareció justo dejárselo a los carroñeros. —El dragón dejó caer frente a ella lo que quedaba de un ciervo. Las patas delanteras, la cabeza, el cuero, y algunas hilachas de carne.

—Es una broma, ¿no? ¿Me trajiste *esto* porque te llenaste? ¿En ningún momento se te ocurrió pensar que hace días que no como nada?

—Al menos lo traje… Come mientras aún está tibio.

—No como huesos ni cuero, menos si están llenos de arena.

—Todavía le queda carne.

—Tampoco como carne cruda.

—Qué delicada… —El dragón abrió la boca y una llamarada envolvió los restos del ciervo, hasta que empezó a sentirse olor a carne asada—. Come.

Indra se acercó y lo que había era una chamusquina de pelos, cuero y carne carbonizada, en su mayoría. Miró al dragón y este se había echado de espaldas a ella. No sabía si estaba enojado u ofendido, pero le daba igual. Ella tenía más motivos que él para estarlo.

Se sentó en la arena y se dispuso a tratar de encontrar algo comestible entre todo eso. No pudo rescatar mucho, más que la carne de la cabeza y un poco de las patas y, cuando terminó, estaba más enojada que satisfecha. Le hubiera gustado decirle que lo correcto hubiera sido que fuera a cazar algo para ella, en lugar de tirarle las sobras, pero no sabía cómo iba a reaccionar; si le rompería la espalda de un zarpazo, si le arrancaría la cabeza de una dentellada o si se iría y la dejaría sola en medio de la nada. Después de todo, él ya era inmenso y podía cazar, podía volar para escapar de los soldados y, pronto, serían ellos los que tendrían que huir del dragón.

—¿Terminaste? —preguntó él, sin voltearse a verla.

—Sí.

El dragón se incorporó y rebuscó entre las plumas de su pecho, hasta que sacó algo y lo dejó caer frente a Indra.

—Fui a donde vimos a Yásid por última vez. Esto tiene su olor.

Indra se agachó para tomarlo y era un saco de cuero, que entraba en la palma de su mano. Lo abrió y dentro había un pequeño rollo de pergamino escrito, una medalla de oro y un anillo del mismo metal. Aun cuando era capaz de ver en la oscuridad, no alcanzaba a distinguir los detalles grabados.

—¿Qué crees que sea?

—No lo sé, pero nos ayudará cuando vayamos a Barzy. Yásid debe pertenecer a alguna familia importante, estas son cosas costosas.

—Él quería que fuéramos al palacio… —dijo el dragón—. Tal vez su familia tiene algo que ver con los Tjares

—Puede ser hijo de algún ministro o pariente de la realeza. —Indra guardó todo dentro del saco y se lo dio al dragón.

—Llévalo en tu atado de telas, puede que se me caiga en el vuelo y que no me dé cuenta.

—Tienes razón —dijo y lo guardó junto a su muñeca de madera—. ¿Nos vamos?

—Sí, tenemos que aprovechar la noche.

—¿Sabes hacia dónde debes volar?

—Un poco hacia el sur, un poco hacia el oeste. Buscaremos el río, primero. Si vemos gente…

—No podemos dejar que nos vean —dijo, alarmada, ante la idea de tener que explicar muchos *qués, cómos* y *cuándos*. Sintió que un sudor frío le corría por la espalda y estuvo a punto de negarse a ir a Barzy, pero de inmediato recordó que a Yásid lo capturaron por querer ayudarlos y lo menos que se merecía era que ellos informaran a su familia.

—Ya no es momento para precauciones. Si vemos gente, preguntarás a dónde queda la capital.

—¿Y si nos atacan?

—No se atreverán, Indra, tengo el tamaño suficiente como para verme aterrador. Los de Hienza no me conocen, no saben si soy un cobarde o una bestia impulsiva que arrasará sus hogares. No saben que salí del cascarón hace apenas unos meses. Hace tanto que los de mi especie se retiraron a las montañas que los humanos ya se han olvidado de nosotros. Shas me lo dijo y lo usaré a mi favor, aunque tenga más miedo a los humanos del que ellos puedan tener hacia mí.

30 – Rajesh

Ujmal
Cingze

Las voces, los susurros y los gritos terminaron de repente y la sensación de asfixia se desvaneció tal como llegó. El aire se sintió frío y, al abrir los ojos, vio que la noche se había apoderado del desierto.

—¿Mhena? —susurró. No sabía si su compañera estaría allí o si el espíritu se la había llevado al reino de los muertos.

—Aquí… ¿Estás bien? —respondió desde detrás de él. Rajesh se giró, pero no pudo ver más que la noche.

—Creo que sí. ¿Qué hago ahora?

—Bueno… Estás vivo, así que ya puedes entrar a la ciudad.

—¿Me iba a matar?

—Solo si eras un peligro para Ujmal o sus habitantes.

—¿Y si me mataban?

—Sabía que no lo harían…

—Pero, ¿y si sí?

—Pues ya viste que no…

Rajesh respiró profundo, porque podrían haber seguido la misma conversación por lo que restaba de noche.

—¿Vendrás conmigo?

—No puedo, soy una yaducare. Yo libero a los espíritus errantes o que son cautivos de los cintis para que puedan irse al reino de los muertos.

—Bueno, pero no lo hagas, por Vari, y acompáñame.

—No puedo. Mi misión en esta vida es ayudarlos. Mi familia lo ha hecho por generaciones enteras y no puedo renunciar a la única herencia que me tocó, a lo único que me queda de mis antepasados.

Rajesh asintió. Mhena podía ser irritante a veces, más que nada cuando Índara estaba cerca, pero se había acostumbrado a estar con ella después de llevar casi siete años a su lado. Era su compañera, su guardia, su paño de lágrimas, quien le daba confianza y lo impulsaba a seguir, aun cuando parecía que todo les salía mal. Ella estaba allí cuando él pensaba que se pasaría la vida entera entre las sombras, siendo solo un príncipe cobarde, escondido en un almacén medio destruido, que no tenía a su disposición nada más que un puñado de sirvientes viejos y algunos ladrones esperanzados.

Los libros que Indra robó les sirvieron para saber cuánto recaudaba el Gran Señor Uzair, qué parte le correspondía al Tjar y, lo más importante, cuándo eso se iría a la capital. Tenían planeado

asaltar a los recaudadores, pero apresaron a Indra primero y el gobernante fue asesinado por su esposa después. Sus planes se echaron a perder mucho antes de comenzar siquiera a afinarlos… Como siempre.

—Tendré que esperar a que amanezca, porque así no podré ver si hay huellas.

—Es de día, Rajesh. La ciudad está en tinieblas, y allí nunca brilla el sol.

«Mierda».

—¿Cómo haré para…?

—No lo sé, esta vez no puedo ayudarte de ninguna forma. Apresúrate, no sabemos cuándo los errantes querrán que dejes sus dominios. Sé coherente con lo que vinimos a hacer. Buscar a Indra. No toques nada, no tomes ni quieras llevarte nada y respeta todo lo que tus pies pisen. Los errantes se quedaron en nuestro reino porque amaban a su ciudad y querían cuidarla de todo y de todos, no los hagas enfurecer o te despedazarán.

«¡Mierda!»

Con el miedo como única compañía, Rajesh respiró profundo y miró a su alrededor. Trató de que sus ojos se adaptaran a la falta de luz y le tomó unos momentos, algo de paciencia y mucha fuerza de voluntad poder distinguir algunos contornos, que fueron volviéndose cada vez más nítidos. Después de unos momentos, era capaz de ver con mayor claridad. No supo si fue porque tenía alguna habilidad que desconocía, si los espíritus estaban permitiéndole ver su ciudad, o si solo fue que se acostumbró a la falta de luz. Así y todo, quiso creer que era la primera opción.

Las torres eran recortes de un negro mucho más oscuro que el cielo, o lo que él creyó en un inicio que era cielo, pero que no era más que un trozo del reino de los muertos en el reino de los vivos. Los edificios se conservaban en buen estado y no lucían como las murallas. La madera resistió de alguna forma al paso de los siglos, de los vientos y de la arena, y tanto las puertas como las ventanas se veían como los de cualquier ciudad habitada. No sabía si era una ilusión de los espíritus o si de verdad estaba ante un milagro, pero no se atrevió a tocar nada. Los espíritus creyeron que sus intenciones eran buscar a Índara y él iba a cumplir con su palabra.

Algo más confiado, pero no en exceso, dio un paso y luego otro más. La calle principal estaba empedrada, custodiada por altas columnas a los lados, y vio que los edificios eran rectos, con uno o dos ventanales junto a la puerta. Le sorprendió, acostumbrado a ver la infinidad de diminutas ventanas de los edificios y casas de Dkol nur Shana. Eran enormes, eso sí, a veces mucho más altos que las entradas principales y, de no haber sido porque no llegaban hasta el suelo,

hubiera creído que eran casas con varias puertas.

Las calles corrían a un nivel más bajo y se podía acceder a los edificios a través de unas escalinatas decoradas con mosaicos, de los que no era capaz de distinguir los colores, tan solo que los intrincados patrones negros resaltaban con el fondo blanco… o de los colores que hayan sido.

Rajesh caminó por la entrada principal de la ciudad y contó que cruzó quince calles cuando topó contra una nueva muralla. La calle se bifurcaba hacia los lados y parecía rodear a una ciudadela circular u ovalada, lo que no podía saber desde donde estaba.

No se atrevió a buscar la puerta a la ciudadela, que no estaba al alcance de su vista, y regresó sobre sus pasos. Perdió la noción del tiempo, pero no vio en Ujmal nada que le dijera que alguien más estuviera allí. Alguien vivo, por supuesto. Los espíritus podían sentirse en el olor acre que contaminaba el aire, en sombras que se arrastraban entre las columnas, en la sensación de saberse observado, en los susurros que decían cosas que él no comprendía. A pesar de lo escalofriante que era toda esa situación, Ujmal era hermosa. O lo había sido en algún momento, al menos.

Cuando llegó a la entrada principal, se sorprendió al ver que no se parecía a lo que había visto desde afuera. Dos pesadas placas de madera, tachonadas con remaches de bronce, eran las encargadas de custodiar la ciudad. Al abrirse las puertas, lo hicieron con suavidad y no se oyó ni un mínimo rechinar en sus bisagras. Vio, asombrado, que la parte que daba al exterior era toda de bronce y ambas hojas formaban la enorme cabeza de un león, el animal de la bandera de Cingze.

Rajesh quiso acercarse para contemplar la impresionante obra de arte que era, pero fue expulsado de Ujmal de un fuerte empujón, que lo dejó medio enterrado en la arena del exterior.

—¿Por qué demonios a todos se les da por empujarme hoy? —preguntó mientras se incorporaba. Mhena llegó hasta él y lo ayudó a quitarse la arena de encima.

—No la viste, ¿verdad?

—Sí, te manda saludos… —respondió malhumorado—. Claro que no la vi, no vi a nadie. Todo esto fue una pérdida de tiempo. —Rajesh miró a su alrededor y vio que el sol estaba acariciando el horizonte. Buscaba su caballo, pero recordó que el muy cobarde se había escapado. Más malhumor—. Meses perdiendo el tiempo. ¡Años!

Rajesh comenzó a caminar hacia el sol, porque no iba a cruzar La Desolación ni aunque le prometieran el trono y la corona de Adheej.

—Espera…

—¡Años desperdiciados! Toda mi maldita vida corriendo detrás de una ilusión. ¿Y para qué? Para que todos los senderos por los que

camino terminen contra un muro. El muro de la realidad de mierda en la que vivimos.

—Tenemos que regresar, vamos a encontrarlos, ya verás.

—¿Cuándo, Mhena, quieres decirme? —Se detuvo y se giró para mirarla—. ¿Cuándo? Considerando mi suerte, seguro que cuando el Tjar ya los haya decapitado a los dos, al dragón y a ella, o cuando ambos estén obligados por algún kanafi a obedecer a los caprichos del Tjar.

—¡El kanafi! —sonrió.

—¿Qué kanafi? ¿De qué demonios hablas? —Retomó su andar, a grandes zancadas.

—El cinti del Gran Señor Uzair, ¿lo recuerdas? El que Indra se encontró cuando fue al palacio.

—¿Qué hay con él?

—Eso… ¿Qué hay con él? Indra se robó al dragón y él no la obligó a regresar. ¿Por qué?

—No la obligó a hablar, tampoco… —Rajesh se detuvo.

—Eso depende de la luna, ahora que lo pienso. Tiene que haber luna negra para que puedan hechizar a las personas y… esa noche la señora Jaya asesinó a su familia.

—¿Y si él ayudó a Indra a escapar?

—No, eso no es posible. Me dijeron que golpearon a Indra y la arrojaron a la cueva. Él no intervino en eso. Puede que haya hechizado a su ama, eso sí.

—Tenemos que ir por él. Necesitamos saber para quién trabaja y por qué asesinó al Gran Señor Uzair.

—¿Será alguien que conocemos?

—No, y no creo que algún prury tenga algo tan especial como para convencer a un kanafi de asesinar a sus amos.

—El kanafi ahora es libre, si lo piensas…

—Si es que su ama no lo degolló a él también, considerando nuestra suerte…

31 – Akram y Baddi

Desierto de Larha
Doury Kasesh

Apenas si había podido dormir esa noche y, ni bien el cielo empezó a aclararse, Akram levantó sus cosas y dejó las ruinas de su aldea. Gracias a su madre, pudo ver a Indra por unos instantes, antes que ella se asustara. Sin embargo, le bastó ese momento para saber que estaba a salvo, lo que lo llenó de tranquilidad. Y de ganas de verla otra vez, también. Vio al dragón, por supuesto. Un animal de plumas negras y púas y cuernos rojos, que tenía el tamaño suficiente como para levantar vuelo llevándola en su lomo, pero eso no lo emocionó tanto como saber que Indra estaba bien.

Tal vez, ella y el dragón decidían regresar a Dkol nur Shana a tomar la ciudad. ¿Quién podría impedírselo? Incluso Indra podría hacerse pasar por la heredera de Adheej, si así lo deseaba, y él estaría encantado de poder ayudarla. No habría quien pudiera detener a alguien con un dragón y un kanafi de su lado. Bueno, tal vez las gemelas paraki. El espíritu de Ákrut, su tío, le dijo que ellas tenían alrededor de cien a su servicio y eso era una cantidad impresionante. Ya de por sí era difícil manejar veintiséis al mismo tiempo, no quería imaginarse lo que sería hacerse cargo de cincuenta… Akram se sobresaltó ante sus pensamientos y casi cae de la montura.

—¡Eso necesito hacer! —Desmontó ni bien el animal se detuvo, lo ató al arbusto más próximo y se sentó a la escasa sombra que este daba. Primero buscó el hueso de su madre y la envió al reino de los muertos para buscar un campo de batalla cercano, luego sacó los de los mercenarios hienzenses y les preguntó, uno a la vez, dónde habían muerto.

Necesitaba hacerse con la mayor cantidad posible de huesos de guardias, guerreros y mercenarios, para poder formar su propio ejército. Eso ayudaría al príncipe, cuando lo encontrara, o a Indra, si llegaba hasta ella antes de hallar al príncipe.

El fénix de Adheej había llevado su fuego a los corazones de los prury y era un pecado dejar que esas llamas se apagaran.

◆◆◆

Manai
Doury Kasesh

Estaba sentada en el jardín, leyendo y viendo a las niñas estudiar con sus maestros, cuando uno de sus sirvientes se acercó a ella.
—Ama, la señora Bherna acaba de llegar.

Baddi cerró el libro y siguió al hombre hasta el salón. La mujer, entre tantos colores que llevaba en su túnica, en sus collares y en sus pulseras, desentonaba groseramente en la armonía de la neutra decoración de su sala.

—Bienvenida, señora Bherna.

—Mi señora —respondió inclinando la cabeza—. Estoy para servirle.

—No todavía. —Baddi la invitó a tomar asiento—. Necesito hacerle una pregunta, ¿cómo se puede cambiar la esencia de una familia?

—Creo que no entiendo, sepa disculparme.

—Hice enojar a un kanafi y sus espíritus conocen nuestra esencia, la de mi familia. Me amenazó con enviarme a sus espíritus si no cumplía con sus peticiones, pero no quiero prestarme a sus juegos.

La mujer abrió la mano sobre la mesa que tenía frente a ella y dejó caer un puñado de huesos muy pequeños.

—Sanda —murmuró y las runas talladas en ellos se encendieron como si fueran de fuego. Baddi se echó para atrás cuando empezaron a salir numerosas columnas de humo y se dispersaron por la sala.

—Señora…

La mujer levantó una mano para silenciarla. La habitación se inundó de susurros, de voces infantiles, que hablaban todas a la vez y Baddi se sintió enferma.

—¿Qué está dispuesta a hacer para conseguirlo? Piénselo bien antes de responder, porque una vez que mis niños lo escuchen, no podrá retractarse.

«¡Niños!»

Baddi se sintió peor que antes, pero luego pensó en sus propias niñas y en que tenía que proteger a su familia a como diera lugar, para así poder detener a Akram. A su vez, estaría librándose de las paraki del Tjar, si era lo suficientemente ingeniosa.

—Cualquier cosa, señora Bherna, menos poner en juego la vida de mis hijas o de mi marido.

—Así será. En la próxima luna negra, vendré por usted. Esté preparada, señora Baddi.

—¿Qué haremos?

—Un sacrificio.

La yadugari juntó los huesos, los guardó en una bolsa de cuero, se levantó y se fue sin decir nada más. Baddi no pudo levantarse del sillón, el malestar no se lo permitía.

32 – Rajesh e Indra

Desierto de Dunayar
Cingze

Bitzan comenzó a ladrar frenéticamente a mitad de la noche y tanto Mhena como Rajesh se levantaron de inmediato. De la fogata no quedaban más que unas pocas brasas rojizas pero, no muy lejos de donde dormían, parecía haber una fogata inmensa, más luminosa que cualquier otra que hubieran visto alguna vez en sus condenadas vidas.

—¿Eso es…?

—… Un puto fénix —susurró Rajesh. No sabía qué hacer, pero quería correr hacia él y… ¿Abrazarlo? Sí, eso quería, aunque se carbonizara antes de llegar a tocarlo, siquiera.

—Es una señal, Rajesh —dijo Mhena, conteniendo apenas su emoción—. Tú eres el fénix de Adheej.

—¿Qué hago?

—Ve hacia él, pero con calma. Piensa en lo que deseas para ti y para tu pueblo, el fénix lo sentirá. Puede que así se fije en ti y consigas su favor.

—¿Y si se va?

—Lo sigues, hasta el fin del mundo si es necesario. Yo iré detrás de ti, pero mantendré la distancia.

Rajesh asintió e hizo lo que Mhena le dijo. Como siempre. No sabía qué sería de él si Mhena no estuviera para ayudarlo.

«¿Y si te concentras, Rajesh?»

Caminó hasta que estuvo a unos cien pasos del crahsti y, en ese momento, el fénix se giró a verlo. Rajesh comenzó a pensar en sus padres, en sus hermanos, en lo mal que vivía su pueblo desde que el Tjar Rizwan acabó con su familia. Pensó en Indra y en el dragón que la acompañaba…

El fénix abrió las alas, corrió algunos pasos y levantó vuelo. Lo vio planear sobre las apagadas dunas, que se volvían doradas a su paso y él se lanzó a correr, pensando que se alejaría y que nunca más podría alcanzarlo. El corazón le saltó de felicidad y de ilusión cuando el fénix remontó una montaña de arena y se detuvo en la cima. Lo estaba esperando, pero se alejó volando en cuanto Rajesh se acercó lo suficiente como para poder ver sus ojos, que eran como dos piedras de obsidiana.

Rajesh volvió a correr tras el brillante animal. Durante lo que quedaba de la noche y todo el día siguiente, el fénix sobrevoló el desierto y él fue detrás, sin cuestionarlo, sin detenerse, a pesar del

agotamiento que sentía. Si el fénix quería saber si Rajesh era digno de su magia, no iba a decepcionarlo. Era importante que Adheej volviera a ser el país que los prury necesitaban y él era el heredero al trono, por lo que era su responsabilidad darle a su pueblo lo que merecía.

Sediento y con hambre continuó detrás del fénix, corriendo o caminando, sin detenerse ni un miserable instante, pero cuando el sol comenzó a crear sombras alargadas, Rajesh pensó que ya no podía dar ni un paso más. Sin embargo, vio al fénix posarse sobre la cima de una duna alta y darse vuelta para mirarlo, como si estuviera alentándolo a continuar. Estaba a más de doscientos pasos de él.

«No te rindas, imbécil, ya casi lo logras» se dijo, aunque no sabía qué carajo iba a lograr, si alcanzar al crahsti o morir de agotamiento, sed, hambre o ardor de pies.

Rajesh se detuvo, aunque no por propia voluntad. Su cuerpo lo hizo por sí mismo, de agotado que estaba. Resbaló y rodó cuesta abajo hacia uno de los lados de la duna por la que caminaba. Se arrodilló para mirar la huella que su cuerpo hizo, dispuesto a averiguar qué tan lejos de la cima estaba, y vio que fue una caída de, al menos, unos ciento cincuenta metros.

Tenía ganas de llorar, porque sentía que, una vez más, su misión había fracasado. No se sentía con las fuerzas suficientes para llegar hasta allí, ni siquiera arrastrándose. Tal vez, nació con mala estrella y se preguntó para qué demonios lo salvaron los sirvientes… Al fin y al cabo, tenía veintiséis años y no había hecho nada de provecho en su vida.

«Lo perdí para siempre».

Se dejó caer otra vez en la arena y pensó en Mhena, en que llevaba a su lado un montón de tiempo, confiando en él, a pesar de lo inútil que era. Pensó en Indra, y en cada uno de los fieles ciudadanos de Dkol nur Shana que, en uno u otro momento, lo ayudaron y le demostraron su lealtad. Pensó que tenía la esperanza de miles de personas en sus manos. Pensó en su pueblo sucio y desnutrido. Pensó en su maldita cobardía.

«No, demonios, no te vas a rendir, Rajesh». Haciendo un esfuerzo más, se incorporó y comenzó a arrastrarse hacia la cima de la duna. «Se los debes. Tienes que subir por ellos, si no quieres hacerlo por ti mismo. Por cada uno de los niños descalzos, por cada una de las mujeres que deja de comer para tener algo que darle a sus pequeños, por cada uno de los hombres que se rompe la espalda cada día por un trozo de pan, por cada uno de los que murieron para que tú pudieras seguir con vida».

Llevaba la esperanza de los prury en las manos, sí, y ellos eran la fuerza que necesitaba para poder alcanzar al fénix. Era eso, o morir intentándolo. Si moría, que lo hiciera dignamente, al menos.

Llegó a la cima cuando el sol besaba el horizonte. Se puso de pie y vio que el fénix estaba un poco más cerca. El crahsti se sacudió al verlo y un puñado de chispas doradas flotaron a su alrededor. Rajesh sonrió. Si moría al próximo paso, al menos que el fénix supiera que lo seguía intentando. El animal volvió a alejarse en cuanto Rajesh retomó la marcha y, al llegar hasta donde el crahsti se detuvo a esperarlo, vio que había una pluma solitaria. Era negra y no brillaba como el animal, sino que era opaca. Sin embargo, ni bien Rajesh la tomó, se encendió en las mismas tonalidades del plumaje del fénix.

«Me eligió, me está dando su magia» pensó sin poder contener su alegría. Sintió que por sus venas corría un torrente de fuego, que lo llenaba de alegría, de esperanzas, de valor y de fuerza. Y no solo fuerza emocional, sino también física. Sentía que podía cruzar de punta a punta todo el condenado desierto en ese mismo instante.

No sabía si agradecerle, si tratar de regresar para encontrar a Mhena, si festejar o si gritar a los cuatro vientos que un fénix lo había elegido.

«Tal vez ya estás casi muerto y estás soñando, Rajesh…»

Para comprobar que no estaba perdido entre extraños delirios, sacó su daga y se hizo un corte en la mano. De la herida brotó algo similar al fuego, pero era líquido y una gota de su extraña sangre rodó por la palma de su mano y cayó sobre la arena.

—¡Soy un puto masdi! —Rajesh levantó los brazos y miró al cielo, que se había convertido en una impresionante paleta de colores. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas, pero esta vez no eran de frustración, tristeza, ni decepción, era porque se sentía el hombre más afortunado del mundo. Podría ser el Tjar que los prury necesitaban, al fin.

El fénix se estiró y graznó. Parecía que un par de ojos curiosos se dibujaban en las plumas de sus alas de fuego y Rajesh rio. El crahsti se confundía con el rojizo disco que buscaba su guarida en el horizonte en el momento del atardecer y cuando el sol estaba a punto de terminar de esconderse, divisó una mancha oscura recortarse en los tonos dorados y rojizos que tenía frente a él.

Pensó que era una formación rocosa, pero desechó la idea cuando la mole se levantó y extendió unas inmensas y aterradoras alas de membranas.

◆◆◆

—Algo se acerca —dijo el dragón. Indra se incorporó y vio una fogata con alas volar hacia ellos.

—¿Qué demonios? ¿Eso es un fénix? —Indra se puso de pie y montó sobre el dragón.

—No teman —dijo una voz dulce y, a la vez, poderosa—. Hay viajeros que los buscan, viajeros importantes que los necesitan.

El dragón se puso de pie y extendió las alas, preparándose para volar de inmediato, si era necesario.

—¿Quiénes? —preguntó Indra, desconfiada.

—El príncipe de Adheej y sus compañeros

Indra se arrojó desde el lomo del dragón, se arrodilló y posó la frente en la arena. Ni siquiera pensó en que se había raspado por todos lados.

—Hace tanto tiempo que deseo conocerlo, y él me busca… A mí —sollozó Indra, inundada por la emoción. Nunca creyó que fuera a tener el honor de estar frente a él, siquiera.

—Si se atreve a sacar un arma, me lo ceno —dijo el dragón, por su parte.

—Es un masdi, como tu jinete.

—¿Crees que soy una bestia ignorante que necesita a un humano para que le ordene qué hacer?

—Ella estaba en tu lomo, es tu jinete —insistió, dando por finalizado el asunto, y el dragón soltó una bocanada de humo—. El corazón del príncipe es noble e inocente y solo desea acabar con las injusticias para que su pueblo sea libre. No atacarás al príncipe de Adheej, porque lo defenderé con mi vida, si es necesario.

—Te cenaré a ti también si Indra sale herida de alguna forma de este encuentro.

—Nadie saldrá herido —dijo, confiado, el fénix.

El tiempo de silencio después de esas palabras se le hizo extraño a Indra. Parecía eterno y, a su vez, un mínimo instante y no dejaba de pensar en que el príncipe la conocería con toda esa mugre encima, con olor a sudor, con el cabello grasoso y lleno de arenisca y polvillo, después de estar sin acercarse al agua por semanas. Le consolaba la idea de que él la buscara y que, probablemente, estuviera tan mugriento e impresentable como ella, pero no dejaba de ser…

—¿Índara?

Indra se incorporó de inmediato al reconocer esa voz, que tantas veces la había regañado antes.

—¿Rajesh?

—El príncipe de Adheej —dijo el fénix, solemne.

—¿Tú? ¿Tú eres el príncipe?

Nunca creyó que sentiría deseos de abrazar a alguien, pero corrió hacia él y se colgó de su cuello. Rajesh rio y la levantó del piso. El príncipe apestaba tanto como ella, pero también estaba tan feliz como Indra de haberla encontrado. El dragón, en cambio, gruñó, molesto.

—Cállate —dijo Indra y Rajesh retrocedió, acobardado. El fénix levantó vuelo y se interpuso entre ellos y el dragón, con las alas

abiertas y en posición vertical. Se veía amenazante y a un gruñido más de atacar. Indra tomó la mano de Rajesh y se puso delante de él—. Cálmense, demonios. Tú quédate quieto —señaló al dragón—. Rajesh es mi amigo, lo conozco desde hace años y no dejaré que le toques ni un miserable pelo, ¿me oyes?

—¿Por qué le hablas así? —murmuró Rajesh—. Podría hacernos pedazos.

—No lo hará.

—Que no vuelva a ponerte las manos encima, o seré yo quien ponga las garras en su cuerpo la próxima vez.

—No… No habrá próxima vez —tartamudeó. El fénix volvió a mover sus alas y aterrizó cerca de Rajesh. Era un animal casi tan alto como Indra, de afiladas garras y pico curvado. Su cola era larga y parecía un manto de fuego que se extendía a su alrededor.

—¿Con quién estás? El fénix dijo que venías con *compañeros*.

—Mhena y Bitzan.

—¿El saco de pulgas aún vive? —preguntó divertida.

—Él me avisó de que había un fénix cerca y Mhena me aconsejó que lo siguiera.

—Los guio hacia nosotros.

—Y me dio su magia, Índara —sonrió y le mostró una pluma que parecía estar ardiendo. Unas pequeñas chispas luminosas se elevaban hacia el cielo, para caer luego con lentitud.

—¿Y dónde están?

—No lo sé, probablemente llegarán pronto. Ahora puedo correr sin agotarme y Mhena venía a caballo, pero dejamos el campamento ayer a mitad de noche y no hemos descansado desde entonces.

—¿Vamos por ellos? Está oscureciendo y se van a perder. —Rajesh asintió—. Hablaré con el dragón, que parecía estar molesto. —Indra se acercó al crahsti y él la miró con sus ojos rojizos. Parecía más atemorizante que nunca—. Perdón por hablarte así.

—No confío en él.

—Le debo mi vida, dragoncito. Nunca hará nada para dañarme.

—¿Estás segura?

—Sí. —Los rasgos del dragón se suavizaron un poco, aunque todavía parecía algo molesto—. Tenemos que ir por Mhena, su compañera, y Bitzan, que es un animalito pequeño, nervioso y que siempre ladra cuando me ve. Mhena es una yaducare y los espíritus que la acompañan…

—¿Fueron ellos los de la otra noche?

—No, los de Mhena son blancos, son ánimas de luz, libres, y la ayudan. No están a sus órdenes, lo hacen porque así lo quieren. El fénix fue quien los guio hasta nosotros.

—Ve con él, no quiero que se asusten al verme llegar volando.

—¿Estás seguro?

—Los seguiré a la distancia y me acercaré cuando me lo digas. Si veo algo raro o huelo tu miedo, los voy a destrozar.

—¿Puedes preguntar antes? Puede que me dé miedo alguna otra cosa.

El dragón se tomó unos momentos en responder.

—Está bien, preguntaré antes de convertirlos en fogatas.

Indra sonrió y le acarició el hocico.

—No vas a tener que cocinar a nadie. Nos vemos en un rato.

◆◆◆

Rajesh le preguntó al fénix si podía volar alto, para que Mhena lo viera desde lejos y no se asustara, y el crahsti accedió a hacerlo. Se acercó de a poco, y, cuando llegaron, encontraron a Mhena frente a una fogata pequeña, a mitad de la nada. Tenía los ojos vidriosos y enrojecidos y se veía bastante más miserable de lo que la recordaba.

Bitzan comenzó a ladrar ni bien Indra entró en su campo visual, y Mhena lo levantó del suelo y se incorporó, asustada. Parecía no haber visto al fénix. Sin embargo, sonrió ni bien pudo verlos. Le cerró el hocico a Bitzan y este quiso zafarse, pero dejó de batallar al ver a Rajesh.

—¿Todavía tienes a esa mugre de perro?

Mhena rio.

—¿Todavía estás drogada?

—La mesa inclinada es un buen método para desintoxicar a las personas.

—Cuánto lo siento —dijo Mhena.

—Sabíamos que podría ocurrir, no te preocupes.

—Pasaste por mucho y lo soportaste sola.

—¿Qué hiciste con Mhena? —preguntó mirando a Rajesh y él encogió los hombros.

—Nada, ¿por qué?

Mhena volvió a reír e Indra sonrió.

—Tienes que conocer a alguien —dijo Indra—. Puede oler tu miedo, así que mantén la calma, ¿sí?

—¿Es verdad, entonces? ¿Tienes un dragón?

—No lo tengo, es mi compañero, nada más. ¿Estás lista?

—Nunca va a estar lista para verlo por primera vez —dijo Rajesh.

—Estoy lista —dijo Mhena, en cambio.

—Ya verás que no —dijo el príncipe en voz baja.

—¡Dragón! —exclamó Indra y, después de unos breves momentos, el zumbido de sus alas comenzó a acercarse, hasta volverse tan intenso que les hizo vibrar el cuerpo. Indra pensó que nunca lo había sentido

de esa forma y que, seguramente, estaba haciendo algo con sus alas para sonar más aterrador de lo que ya era.

Aterrizó detrás de Indra, llenando a todos de polvillo y arena, y al disiparse, vio el rostro asombrado de Mhena y de Rajesh. El dragón plegó las alas y permaneció en el mismo lugar, y parecía mucho más alto al mantener la cabeza erguida. Estaba actuando como si fuera un animal malhumorado, impulsivo y salvaje, e Indra quería reír y decirle que dejara de hacerlo.

—Por los bigotes de mi madre —murmuró Mhena—. ¿Puedo tocarlo?

—Pregúntale a él —respondió, divertida. Mhena dejó a Bitzan en brazos de Rajesh y se acercó despacio.

—Magnífico dragón, ¿me dejarías tocarte?

El dragón bajó la cabeza, la puso a la altura de los humanos y le enseñó los dientes. Indra pensó que Mhena se asustaría, pero ella sonrió.

—Qué maravillosa dentadura. —Como respuesta, el dragón abrió la boca y el rostro de Mhena se iluminó con la brasa que descansaba en su garganta—. Y ya haces fuego, eres sorprendente.

Cerró la boca de un chasquido, abrió las alas y se alejó volando. Indra no comprendió qué le sucedía y corrió detrás de él, llamándolo. Lo vio aterrizar no muy lejos, por lo que lo alcanzó en poco tiempo.

—¿Qué tienes?

—Shas no se merece que lo olvide por otro humano —susurró. Le recordó al cachorro que era apenas dejaron la cueva donde lo tenían cautivo. Parecía chiquito y miedoso, otra vez—. No quiero que me admiren, quiero que me teman.

—¿Te ofende que Mhena te admire?

El dragón se tardó un poco en contestar.

—No quiero querer a otro humano y que me lo arrebaten los soldados con sus lanzas y sus espadas, Indra.

—La muerte es parte de la vida, dragoncito… Puedes querer a Mhena y sentirte a gusto con ella y va a estar bien, puedes permitirte disfrutar de su compañía y de sus cosas, aunque te aseguro que puede ser bastante molesta e insoportable a veces… No vas a olvidar a Shas por ella, no sientas que lo vas a traicionar. Mereces disfrutar de las cosas buenas que te ocurren, aunque sean muy poquitas.

—Nadie podrá compararse con él —dijo y apartó la vista.

—Claro que no, todos los humanos son diferentes, aunque se parezcan mucho.

El dragón permaneció un rato en silencio.

—¿Y si ella también… se va?

—Mhena es una yaducare y tiene a sus ancestros protegiéndola. Cientos de mujeres de su familia que fueron yaducare también y que

comprometieron a sus ánimas a cuidar de su descendencia. Sé que parece que la próxima ráfaga de aire se la va a llevar al demonio, pero no es tan frágil como parece.

—No hay tiempo para eso, para conocer gente ni encariñarse —respondió. Parecía estar hablando consigo mismo—. Debemos ir a Barzy.

—Ahora somos cinco… Seis, contando a Bitzan.

—¿Esa bestia diminuta?

—Es el compañero de Mhena.

—No es un crahsti —dijo con cierto desprecio.

—Es un perro y en las ciudades hay miles de esos, pero este en particular es especial para ella. Si yo no le rompí el hocico de una patada cada vez que quiso morderme, tú lo vas a respetar, ¿de acuerdo?

—Está bien. —El dragón no pudo mantener su actitud dura por demasiado tiempo y volvió a verse como siempre—. ¿Puedo quererla, entonces?

—Hazlo, dragoncito. Me gustaría que lo hicieras, y que volvieras a reír y a soltar chispas al aire.

—Tengo miedo.

—Si no tuviéramos miedo, haríamos demasiadas estupideces. Aunque a veces con miedo y todo las hacemos… De todas formas, querer a alguien no es una estupidez, ¿sí? Es dejar que parte de nosotros sea libre.

—Mi cuerpo ya es libre, gracias a ti, y ahora mi corazón también lo va a ser.

Indra sonrió y le acarició el hocico.

—¿Quieres regresar?

—Monta.

Indra se trepó por su costado para ubicarse en su lugar. El dragón levantó vuelo y volvió a hacer sonar sus alas de la misma forma.

—¿Por qué haces ese ruido ahora?

—¿Te gusta? —preguntó, orgulloso.

—Es intimidante, sí.

—Aprendí a hacerlo la noche que fui hacia donde vimos a Yásid por última vez. Quería causar una buena impresión.

—Lo lograste, te lo aseguro.

Volvió a aterrizar causando una gran nube de polvo e Indra desmontó y se acercó a los demás.

—Puedes tocarlo, Mhena.

—¿Qué le sucedió? ¿No me va a comer?

—Hasta hace dos días compartimos viaje con unos hienzenses. Nos separamos y los soldados de Doury Kasesh los alcanzaron. Dos de ellos murieron y a Yásid se lo llevaron. Para interrogarlo,

seguramente. Shas era muy cercano al dragón y Mhena le recordó a él, porque siempre lo admiraba y alagaba.

—¿Por eso se fue?

—Tiene miedo de encariñarse contigo y que… mueras, también.

Mhena sonrió.

—¡Es tan dulce! —Volvió a dejar a Bitzan en brazos de Rajesh y se acercó al dragón, hipnotizada. Sin ninguna clase de consideración a su integridad física, le puso la mano en el hocico, en el espacio entre las fosas nasales, y la subió hasta la altura de los ojos—. Eres imponente y tierno a la vez. Eres una magnífica obra de la naturaleza.

Indra hubiera jurado que los ojos del dragón se llenaron de lágrimas, pero dejó de mirarlo, para no ponerlo incómodo. Mhena continuó admirándolo y hablándole e Indra se sentó junto a Rajesh. Bitzan gruñó, pero nada más.

—Vaya, hasta Bitzan ha cambiado.

—Si hubiera sabido que les hacía falta un paseo por el desierto, los hubiera sacado antes…

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Han pasado muchas cosas, Índara.

—Ya lo creo.

—El Gran Señor Uzair fue asesinado por su esposa.

—¿Qué?

—Fue una carnicería. La mujer enloqueció y mató a todos. Esposo, hijos, esclavos… —Indra sintió que algo le estaba robando el aire—. No quedó nadie. Ella también se quitó la vida después de que la arrestaron.

—¿Nadie? —murmuró.

—No sabía que iba a afectarte tanto, perdóname. —Indra se levantó y se alejó del círculo de luz, buscando que algo de aire entrara en sus pulmones, que sus oídos dejaran de zumbarle o que sus ojos recuperaran la forma de ver con claridad—. ¿Estás bien?

—Solo… un momento —dijo como pudo. No se sentía capaz de hablar, ni de pensar. ¿Cómo era posible que una mujer asesinara al kanafi? Él había matado a Bjasa, que era un tipo enorme.

—Indra… Creemos que el kanafi lo hizo.

—¿Qué? —Indra se llevó la mano al centro del pecho. Parecía que el corazón se le iba a escapar de entre sus costillas.

—Sucedió la noche de luna negra. Lo conocías, ¿verdad?

—Él… —Indra se dejó caer en la arena—. Él iba a la prisión, me llevaba para comer todos los días, a veces hablaba conmigo. Estuvo allí una vez que Bjasa entró a… Demonios… El kanafi lo siguió y lo mató. Me dijo que iba a liberarme con la próxima luna negra.

—¿Por eso mató a sus amos?

—La primera vez que nos vimos le pregunté por qué no se

liberaba. Tal vez, la única forma en que sería libre era esa.

—¿Entonces fue por ti?

—Por él, Rajesh… No creo que haya hecho algo así por mí, no tiene sentido.

—Lo que tiene sentido para unos, puede no tenerlo para otros, Índara.

—No entiendo qué haces tú aquí, en medio del maldito desierto, si el Gran Señor Uzair está muerto. Eres el príncipe, ¿por qué no te diste a conocer?

—Porque no era el momento. El Tjar estaba en la ciudad, con toda su gente. ¿A quién tengo yo?

—¿Viniste por nosotros?

—Sí. Fuimos a Ujmal, pensando que estarían ahí.

—¿A Ujmal? ¿Están locos?

—Un poco… Fue una experiencia un tanto aterradora.

—Ya lo creo, ni drogada entraría a Ujmal.

—Mhena creyó que sí, pero al final los locos somos nosotros. Debemos volver de inmediato a Dkol nur Shana.

—Demonios, no se puede, tenemos que ir a Barzy.

—¿Por?

—Los hienzenses. —Indra buscó en su atado el saco de cuero—. Ven —dijo y se acercó al fuego—. Yásid, el que fue secuestrado por los soldados, dejó caer esto la última vez que lo vimos. Se lo llevaban en una jaula, fuimos tras él con la intención de liberarlo, pero me hirieron y el dragón decidió que era mejor alejarnos, así que nos largamos. —Indra extrajo el contenido del saco y se lo dio—. No sé qué dice.

—Yásid es el segundo hijo de la Tjarina Navila…

Indra sintió que el aire volvía a ser escaso.

—¿Qué? —exclamó el dragón. Se acercó a ellos, chocando con Mhena y arrojándola al piso en el proceso.

—… Y del concubino Yaser. Es el segundo heredero a la corona de Hienza.

—No puede ser… —balbuceó Indra. No sabía qué tanto más podría soportar su corazón, después de tantas noticias en solo un rato. El cabrón latía cada vez más rápido y no sabía en qué momento iba a colapsar de forma definitiva. Estaba aturdida y mareada.

El dragón se puso a su lado y ella se apoyó en su pata delantera, porque no estaba segura de poder seguir manteniéndose en pie por sus propios medios.

—Un príncipe —dijo el dragón.

—Otro príncipe —afirmó Indra.

—Estás rodeada de príncipes, Índara, quién lo diría, con esas fachas —dijo Rajesh en un intento de distraerla.

—Habla el ejemplo de limpieza y pulcritud…

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Mhena.

—Nosotros iremos a Barzy —dijo el dragón.

—Ustedes deberían acompañarnos. Cuanto más apoyo tenga Rajesh, más fácil será tomar el palacio.

—¿Crees que Hienza me apoyará?

—Tienes a un dragón a tu servicio —dijo el propio dragón—, y el Tjar de Doury Kasesh tiene a Yásid.

—Dos crahsti —añadió el fénix, que se mantuvo al margen hasta ese momento.

—Yo tengo a mis ánimas —agregó Mhena—, y los Tjares siempre tienen cintis a su servicio, sean de la clase que sean. Sabrán que lo que ustedes le digan será la verdad… Bueno, tendrán que decirles toda la verdad, porque si cambian cualquier mínimo detalle, estaremos en problemas.

—Comprendo. —Indra asintió y miró al dragón, que también movió la cabeza de arriba abajo.

—Deberíamos descansar —dijo Rajesh, por su parte—. En la mañana decidiremos qué hacer. Tomaré la primera guardia.

—No hace falta —dijo Indra—. El dragón puede oler si alguien se acerca.

—No es descanso si estás pendiente al entorno, dragón —dijo el fénix—. Descansa, yo seré quien los cuide esta noche.

—¿Y si te buscamos un nombre? —preguntó Mhena y el dragón soltó un par de chispas al aire.

33 – Akram e Indra

Desierto de Larha
Doury Kasesh

El camino por el que cruzó ese día estaba bordeado por altas formaciones rocosas. No crecía ni una miserable brizna de hierba, mucho menos un arbusto o un árbol… Era un lugar más muerto que el mismísimo desierto.

Su madre le indicó que allí encontraría los espíritus de muchos guerreros y Akram fue a buscarlos, pero encontró solo tres huesos útiles.

—Un muro no se compone de una sola roca, sino de muchas, y estas deben colocarse una a una. De otra forma, no sería un muro, sino una pila de escombros —dijo Garth cuando Akram habló de la desilusión que sentía al haber tenido tan poco éxito en el primer día de búsqueda—. Cada roca es un componente esencial y tiene que estar cortada y pulida a la perfección para poder encajar con las demás.

Garth tenía razón y eso le hizo ver la situación desde otra perspectiva así que, cuando la penumbra le impidió seguir buscando, Akram encendió una fogata y se dispuso a preparar los huesos para llamar a los nuevos espíritus que tendría a su servicio. Tenía que conocer sus historias, acostumbrarse al pasado, al carácter, a sus fortalezas y debilidades antes de pensar en usarlos junto a los demás. Cada espíritu era diferente y cada vez que su mente se fragmentaba en otras, de acuerdo a la cantidad de espíritus que llamara, tenía que estar atento a las necesidades propias y las ajenas por el tiempo que los estuviera usando. Hasta donde sabía, los cinti de los que tenía conocimiento, no eran capaces de usar más de dos o tres a la vez. Cinco como una exageración…

La fragmentación era difícil de soportar, no solo por tener muchos ojos y mentes diferentes, sino porque a veces los espíritus no querían hacer lo que el cinti les pidiera y debían, en un inicio, intentar convencerlos por las buenas, con promesas o tratos. Si eso no funcionaba, tenían que someterlos, y todo eso mientras se controlaba a los demás. Cuando supo lo de las gemelas, primero sintió admiración por su habilidad, pero luego un poco de envidia y bastante desprecio por ellas, porque eso lo obligaba a tener que superarlas a ambas y no sabía si su mente iba a soportar algo así.

También había veces en que los espíritus, al conocer el pasado del cinti, se rehusaban a estar a su servicio. No siempre se buscaban guerreros, había otros que fueron en vida habilidosos comerciantes,

pensadores, ministros o, incluso, sanadores. Akram profanó una vez la tumba de una yaducare, pero no fue capaz de someterla y casi termina perdiendo la razón por la fuerza que poseían las ánimas que acompañaban a la *herbolaria*. Al final tuvo que liberar al espíritu y devolver el hueso a su lugar para que lo dejaran en paz… aunque ya hacía años que Akram vivía en un constante tormento.

Después de haberse presentado y de haber conocido un poco de cada uno de los nuevos servidores, se cubrió con las mantas y se acomodó para dormir. Aunque estaba agotado física y mentalmente, el sueño se negaba a llegar y la tentación de usar a su madre para ver a Indra otra vez era cada vez mayor. Jhasia había accedido a que sellara su hueso, pero se sentía extraño pedirle a su propia madre usar su espíritu para ver a Indra. Primero, porque por mucho tiempo olvidó lo que era sentir algo, y luego, porque era raro compartir con ella sus sentimientos. Una cosa era hablarle sobre algunos aspectos de su vida, y otra muy diferente que ella también pudiera sentir lo mismo que él.

Tras muchas vueltas y después de haber vencido su vergüenza, Akram volvió a pedirle a su madre ir a buscar a Indra. Ella se asustó la primera vez, pero quería hablarle, saber cómo estaba, si necesitaba algo, si estaba muy lejos. Quería verla, aunque fuera por unos instantes.

Akram viajó en un santiamén por largas extensiones de arena, que se veía plateada bajo la luz de la luna, y se detuvo de pronto. Indra no estaba sola. Había otras personas junto a ella y, también, un fénix.

«¡El fénix de Adheej!»

Los vio hablar y moverse. Una muchachita flacucha cerca del dragón, Indra y un joven hablando frente al fuego. Indra se levantó y se alejó de él. Se la veía enferma y Akram sintió deseos de acercarse más, para oír qué decían, pero temía que Indra lo viera y se asustara, otra vez. Ese parecía un pésimo momento para asustarla. El joven caminó hacia ella, siguieron hablando, parecía que Indra, de a poco, se recuperaba. Se acercaron al fuego, Indra buscó algo y se lo dio, el joven habló, el dragón arrojó a la muchachita al suelo. Indra volvió a verse descompuesta y se preguntó qué clase de noticias estaba recibiendo para que reaccionara de esa forma.

Esperó, mientras todos los demás hablaban, hasta que dejaron de hacerlo y se cubrieron con mantas para pasar la noche. Todos menos Indra, que se quedó sentada frente al fuego.

◆◆◆

—Indra —dijo una voz e Indra se asustó de muerte. El corazón se le disparó por enésima vez en ese día y no sabía si apretarse las costillas o si empezar a gritar. Sin embargo, la voz habló otra vez—. Indra, no

te asustes.

Cuando su instintiva reacción inicial pasó, se dio cuenta de que era el kanafi, reconocería esa voz entre miles. Se levantó y se alejó del fuego, principalmente, para no despertar a los demás.

—¿Tú? ¡Estás vivo! —Se sentía aliviada y feliz al saber de él otra vez. Una sombra se movió frente a ella, una nube oscura que se robaba la luz de las estrellas.

—¿Estás bien?

—Sí. Encontré… Mis amigos me encontraron hoy.

—No los mencionaste antes.

—No era seguro que lo hiciera. ¿Tú estás bien?

—Sí, estoy mejor que nunca. Te buscan, Indra. Vi carteles con tu rostro en toda la ciudad, aunque te veías un poco diferente a como eres.

—¿Sí? Debe ser porque liberé al dragón.

—Eso dicen los rumores, sí. Piden diez mil monedas por encontrarte.

A Indra se le heló la sangre.

—Demonios, van a salir a cazarme en manada.

—No lo creo.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque ahora mi amo está muerto y…

—¿Tú lo hiciste?

—Me ordenó hechizarte, para que hablaras sobre los libros que les robaste. Una vez que él supiera quién los tenía, te iba a matar. Yo iba a tener que hacerlo… Y no podía hacer algo así.

—¿Indra? —la voz de Mhena le llamó la atención.

—Vete, es una yaducare —susurró, consciente de que Mhena podía usar sus poderes para liberar al espíritu que usaba el kanafi, y la sombra se retiró al instante.

—¿Qué sucede?

—Nada, Mhena, todo está bien. Recibí muchas noticias el día de hoy y necesito pensar en calma… El fuego me distrae.

—Tus ojos se mueven raro cuando mientes, Indra.

—Estaba hablando con un espíritu.

—¿Estás drogada o solo estás loca?

—La última opción.

—¿Cómo con un espíritu? ¿De quién? ¿Sabes lo riesgoso que eso es para todos?

—¿Qué respuesta quieres primero?

—Me gustaría golpearte.

—A veces a mí también me dan ganas de golpearme, para ser sincera…

—¡Ya, Indra! No puedes jugar con esto. Rajesh es el único

heredero de Adheej y hace siete años que me estoy rompiendo el alma y el cuerpo para mantenerlo a salvo. No voy a dejar que tu imprudencia…

—Hablaba con el kanafi del Gran Señor Uzair, Mhena.

—Oh… —La muchacha se serenó al instante.

—A través de uno de sus espíritus. Anoche lo vimos, pero no me dijo que era él. Es la primera vez que me habla. Rajesh me dijo que sospechaban que él había hechizado a su ama… El kanafi me lo confirmó. Fue él.

—¿Por qué lo hizo? ¿Para quién trabaja?

—Era un esclavo, es algo lógico pensar para quién trabajaba… Para nadie, lo hizo porque su amo le ordenó hechizarme, quería saber para qué quería los libros y quién los tenía.

—Vaya… Le debemos la vida.

—Todos nosotros, sí.

—Prometo no volver a interrumpir.

—No creo que regrese… Le dije que eras una yaducare y sabe que corría peligro si permanecía por aquí.

—Mierda…

—Tú sabes mejor que yo cómo funcionan los espíritus. Él pudo encontrarme, de alguna forma. Tal vez los tuyos también pueden hallarlo a él.

—No creo, necesitan un objeto que le haya pertenecido, para buscar su esencia.

Indra sonrió.

—¡La muñeca! —exclamó y buscó en su atado la muñeca de madera—. Creo que puede servirte, me la dio cuando estaba en la prisión.

Mhena retrocedió ni bien la vio y apartó las manos.

—Es un *kadif*, Indra… —Mhena se veía descompuesta.

—¿Qué es eso?

Mhena retrocedió un poco más.

—Eso… Los kanafi los usan para hacer sus hechizos. Trasladan su voluntad a esos muñecos y convierten a la otra persona en su sirviente. Por eso es que hacen lo que el kanafi ordene.

—Pero no se ve aterrador, está sonriendo y… Y tiene un vestido —dijo, confundida. Indra se sentía un poco decepcionada y algo estúpida por haber creído que era una muñeca común y corriente que el kanafi hizo para ella.

Mhena se acercó con precaución y la miró. Respiró aliviada y la tomó, finalmente.

—Es cierto. Tiene la boca sellada. —Mhena soltó un montón de aire con calma—. Perdóname, de verdad me asusté al verla. Estas cosas son peligrosas, pero la tuya es solo una muñeca, no te asustes.

—¿Entonces no tiene nada malo? —Indra regresó de a poco de los sentimientos de decepción.

—No, me alarmé en vano, perdóname. Intentaré encontrarlo. —Una voluta de humo blanco se formó en la mano de Mhena, revoloteó sobre la muñeca y se alejó de inmediato, como si un fuerte viento la hubiera deshecho. No pasó mucho cuando la nube regresó y desapareció frente a sus ojos—. Lo encontramos. Le dije que regresara a hablar contigo, que no intervendría en su conversación. Espero que lo haga.

Mhena le devolvió la muñeca y volvió a acostarse frente al fuego. Indra esperó, impaciente, mirando con atención por si alguna estrella volvía a pagarse, pero el sueño empezó a pesarle y el espíritu que controlaba el kanafi no regresó. Cuando ya no podía mantenerse en pie, buscó el calor y la protección del dragón para poder dormir.

A la mañana siguiente, Mhena quiso saber qué había sucedido, e Indra le dijo que no había regresado.

—Enviaré a mis ánimas. ¿Quieres decirle algo?

—Pregúntale dónde está.

—Lo vi anoche. En medio de la nada, en el desierto de Larha, tal vez, porque es un terreno rocoso.

—Vaya… Dile que sé que no hace favores, pero que me gustaría que lo hiciera y regresara a hablar conmigo.

—Lo haré. —Mhena sacó una de sus ánimas y nuevamente la envió a buscar al kanafi—. Ya lo hice. Estaba cavando, buscando algo… Huesos, tal vez.

—Gracias, Mhena.

—Agradécele en nuestro nombre.

—Lo haré.

Mhena se dio la vuelta e hizo un par de pasos, pero regresó.

—Dile que… Tiene la mayor parte de su torso manchado, Indra. Ese sujeto ha utilizado mucho sus habilidades y no creo que le quede… Bueno… No creo que le quede mucho tiempo de vida, si no deja de hechizar gente.

—Mierda…

—Puedo ayudarlo, si alguna vez lo encontramos y él está dispuesto a aceptarlo, pero tendrá que renunciar a sus prácticas definitivamente si desea continuar viviendo.

—Se lo diré, gracias. Me alejaré de aquí, por si viene.

Mhena asintió e Indra puso distancia con los demás, porque no quería que el kanafi pensara que era una trampa. Los yaducare eran quienes se dedicaban a contrarrestar las maldiciones de los yadugari; liberaban a los espíritus que esclavizaban los demás cintis y guiaban a la luz y al reino de los muertos a los errantes, aquellos que por alguna razón permanecían allí, entre los vivos. Hasta Indra sabía eso, así que

era de lo más natural que el kanafi no quisiera acercarse a ella. Sin embargo, sí lo hizo. Al parecer, estaba esperando a que Indra estuviera sola para poder acercarse.

—Indra.

—Regresaste —sonrió—. Mhena me dijo que estabas ocupado, lamento hacerte perder el tiempo.

—No es una pérdida de tiempo, Indra… Quería hablar contigo… Además han sucedido muchas cosas.

—Lo sé, me lo dijeron.

—¿Y van a regresar a Dkol nur Shana?

—No, no sé cuándo será, tenemos otros asuntos importantes.

—Entonces no lo saben… Los prury se levantaron cuando el Tjar anunció la muerte de mi amo.

—¿Qué?

—El pueblo se cansó del usurpador y salió a las calles. Tomaron edificios, el palacio, incendiaron mansiones, murió mucha gente.

—No puede ser…

—Sí, es. Pedían por el príncipe de Adheej, pero nadie se presentó a liderar al pueblo. Yo puse a mis espíritus a buscar a su familia en el reino de los muertos, para saber si de verdad vive todavía o si es solo una esperanza que todos tienen… Tenemos.

—¿Tú también?

—Estuve ahí, con ellos. Usé a mis espíritus para defenderlos de los soldados y ahora estoy buscando más. El Tjar tiene a dos cintis poderosas y, hasta donde sé, soy el único kanafi entre los prury de Dkol nur Shana, porque no vi a nadie más la noche del levantamiento. Puedo manejar más de veinte espíritus, pero ellas tienen alrededor de cien y debo superarlas si quiero ser útil a nuestro pueblo.

—El príncipe vive, es quien está conmigo, seguro que lo viste.

—¿El fénix es su crahsti?

—Así es…

—¿Te das cuenta? El fénix de Adheej lo eligió —dijo, emocionado—. Vi cuando el fénix extendía sus alas sobre su pueblo, en Dkol nur Shana, vi cómo encendía nuestros corazones, Indra, lo sentí.

Indra sonrió.

—Lamento mucho no haber estado allí en ese momento.

—Estarás cuando el príncipe llegue. Deben regresar cuanto antes, yo estoy dispuesto a protegerlos con todo lo que tengo, Indra, hasta con mi vida si es necesario.

—Tenemos que ir a Barzy. El príncipe de Hienza fue secuestrado por los soldados del Tjar, él nos acompañó hasta hace unos días. Debemos darle la noticia a la Tjarina, su madre. Es lo menos que podemos hacer por él.

—¿Están lejos de Barzy?

—No lo sé, Rajesh…

—¿Ese es el nombre del príncipe?

—Demonios… Sí, pero por favor no lo menciones.

—Estoy solo, no tengo a nadie más que a mis espíritus. No conozco gente, nunca tuve amigos, Indra.

—Me tienes a mí —dijo y estiró la mano para mezclarla con el humo negro que se movía con la cálida brisa.

—Gracias… —El humo se alejó después de unos instantes—. ¿Cuándo tardarán en llegar a Dkol nur Shana?

—No lo sé. ¿Tú estás lejos de la ciudad?

—No mucho… ¿Te das cuenta? El Tjar Rizwan está acabado. Sus hombres se metieron con Hienza sin saberlo y la Tjarina lo va a aplastar.

—Es algo que no podemos asegurar, tal vez lo arreglan con un par de palabras. Vaya uno a saber los acuerdos que tienen entre ellos.

—No hay acuerdo que pueda sostenerse cuando hay hijos de por medio. Ya debo irme, tengo que aprovechar las horas de sol para seguir buscando.

—Espera… Mhena, la yaducare, me dijo que… no te queda mucho tiempo de vida si sigues usando tus habilidades.

—¿Por las manchas azules? Aparecen cada vez que hechizo a alguien y espero no tener que volver a hacerlo de nuevo… Mi amo no me dejaba utilizar a los espíritus, solo hechizar, y eso me fue matando de a poco. Todavía tengo una pierna libre, los dos pies y partes de los brazos… No te preocupes.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí.

—Ella puede ayudarte a revertirlo.

—No lo haré, no puedo renunciar a lo único que es seguro en mi vida. Es lo único que tengo, lo que aprendí, lo que soy… Y Adheej necesita de mis habilidades. Si renuncio a ellas, no tendré nada, Indra. No podré ayudar al príncipe.

—Tenemos a un dragón.

—Lo vi, es hermoso.

—La verdad que sí —respondió, orgullosa.

—Y un fénix, que también es hermoso. Ya debo irme, el espíritu de mi madre está comenzando a agotarse y no sé qué ocurrirá cuando eso suceda. Te buscaré cuando pueda. Cuídate.

—Dime tu… — El espíritu se desvaneció—… nombre. Demonios.

Indra regresó de inmediato con los demás. Debía contarles lo que había ocurrido en Dkol nur Shana.

34 – Azhar y Baddi

Dkol nur Shana
Doury Kasesh

—El kanafi está protegido —dijo Ysha.

—¿Otra vez?

—Sus espíritus no lo dejan ni un instante. Deben ser de gente que conoció en vida y que tienen un lazo con él, porque, de otra forma, habría momentos en que estaría solo. Tal vez debamos intentarlo por varios días seguidos, todo el tiempo, hasta que podamos encontrarlo.

—Eso es imposible, nos perderemos para siempre, sin mencionar que no podremos protegernos, una por estar con los espíritus y la otra por estar agotada.

—Es cierto, no lo pensé muy bien.

—Tendrá que ser de otra forma. Tal vez debamos esperar a que regrese a la ciudad.

Ysha resopló.

—Con lo que costó que dejaran de matarlos… Ni bien el kanafi llegue, van a volver a empezar las protestas, ya verás.

—Por supuesto.

—¿Y si el príncipe llega con él?

—El primer levantamiento no va a ser más que una manifestación pacífica en comparación, Ysha… Tenemos que regresar a Indvhe, no podemos dejar al Tjar solo.

—No está solo, tiene miles de guardias…

—Guardias, pero no paraki. Sacrificamos mucho para estar a su lado, debemos…

—Tener cuidado con la señora Thaba, para empezar.

—O ayudarla a cavar su propia tumba —dijo Azhar, con cierto hastío—, antes que ella cave la nuestra.

—También debemos ocuparnos de Baddi.

—Tendríamos que acabar con ella y toda su familia. La buscaré para saber si sigue en Manai, y lo haremos antes de ir a Indvhe. Ordena que preparen el transporte.

Ysha asintió y dejó a su hermana sola. Azhar buscó el hueso que había utilizado para inspeccionar la mansión de Baddi y llamó al espíritu. De inmediato se transportó hasta la casa de la mujer y se escondió en las sombras para poder ver dónde se encontraban ella y su familia. Seguían todos allí, en su hogar, ignorantes y felices.

—Risda —dijo y regresó a su cuerpo.

◆◆◆

Manai
Doury Kasesh

Salió de su casa antes del amanecer, cuando los demás todavía dormían. La señora Bherna la contactó la tarde anterior para decirle que la esperaba en su casa al día siguiente. Baddi se arrepintió varias veces de haber dicho que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, más todavía cuando la yadugari dijo «sacrificio», pero sabía que era imposible fallarle. Ya le había dado su palabra frente a sus espíritus, y era consciente de que estos no se tomaban bien las ofensas. Mentir era algo que no toleraban. No sabía muy bien qué esperar, pero sabía que sería desagradable… Con los cintis todo era repugnante. Huesos, rituales, fetos y no quería pensar qué otras asquerosidades más utilizaban para hacer sus cosas; tan solo quería salvar a su familia, a cualquier precio.

Caminó por las calles en penumbras, aterrada por los perros que le ladraban a cada paso, por los borrachos que deambulaban por las calles, por las mujeres que la miraban y murmuraban. Llevaba una daga escondida y presionaba la empuñadura con tanta fuerza, que sus uñas estaban enterrándose cada vez más en la palma de su mano. Aun así, no se había dado cuenta y no sentía dolor, porque su mente estaba ocupada observando su entorno para mantenerse a salvo.

Llegó a una casucha destartalada a las afueras de la ciudad. Era una casa baja, de barro y techo de paja, rodeada de matorrales, tablas de madera, escombros, huesos y perros. Baddi se preguntó por qué siempre había tantos perros en las casas de los pobres…

La señora Bherna salió a recibirla, y azotó al suelo con una rama, tratando de darle a los perros, pero estos se alejaron ni bien la vieron levantar el brazo.

—Vino, señora Baddi.

—Acepté hacerlo.

—Pensé que se arrepentiría…

—Mi palabra vale más de lo que parece, señora Bherna.

La mujer le mostró una sonrisa un poco desprovista de dientes.

—Pase, ya tengo todo listo.

La casa no se veía mejor por dentro. Había gatos sentados sobre la mesa, una gallina, que empezó a revolotear por todo el lugar ni bien entró, y excrementos de animales por todos lados. Baddi no sabía dónde poner los ojos para no asquearse ante tanta decadencia. No quería pensar en el olor, o iba a vomitar.

La señora Bherna, sin una introducción siquiera, tomó a la gallina por el cuello y deslizó el filo de un cuchillo justo debajo de donde su mano se cerraba. El cuerpo cayó pesadamente al suelo y empezó a moverse de forma extraña. Baddi contuvo el aire, horrorizada. La mujer, sin reparar en ella ni en el extraño comportamiento del cuerpo decapitado, apartó los gatos que habían saltado sobre la gallina, la tomó por las patas y dejó que su sangre cayera en un cuenco.

—Sosténgala —ordenó, forzando a Baddi a salir de su estupor para obedecerla—. Quite esa cara de asco, esto recién comienza.

—¿Qué…? ¿Qué tengo que hacer… con la sangre?

—Si se lo digo ahora, va a salir corriendo, mis niños irán detrás de usted y la matarán antes de llegar a la casa más cercana. Eso sí, su familia nunca va a encontrar su cuerpo, porque los perros se van a comer lo que quede.

Baddi asintió. En su memoria, los recuerdos de lo que sucedió en la habitación de Akram estaban frescos todavía y no quería terminar hecha un picadillo ensangrentado en medio de la nada. Renjy ni siquiera sabía lo que estaba por hacer.

—Tome su daga y ábrale el vientre a la gallina —ordenó la señora Bherna y Baddi sintió que sus manos comenzaban a temblarle—. Por los bigotes de mi abuela, ¿acaso nunca abrió una gallina? —Baddi negó moviendo apenas la cabeza de lado a lado. La señora puso los ojos en blanco—. Tampoco es algo que se estudie. —Tomó un cuchillo, lo puso a la altura de la parte baja de su vientre y luego lo subió hasta llegar a las costillas—. Le clava el filo y lo desliza. Simple.

La mujer abrió la puerta de la casucha y arrojó la cabeza de la gallina a los perros, que comenzaron a pelear entre ellos. Baddi, mientras tanto, luchó con su repugnancia hasta que pudo armarse de valor. Puso la gallina sobre la mesa y le enterró la daga hasta el cabo.

—¿Qué le pasa? No así, va a arruinar las vísceras, maldición —exclamó la yadugari. Baddi tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no vomitar. La mujer se paró detrás de ella, muy cerca, y le tomó la mano que empuñaba la daga. Olía a cebolla, a suciedad y a humo. Le hizo sacar la hoja casi hasta la mitad y, luego, se alejó un poco—. Deslícela.

Baddi así lo hizo y ni siquiera fue capaz de registrar lo que veía, porque tuvo que apartarse. Abrió la puerta, salió de la casa y vomitó. Los perros se acercaron a oler lo que Baddi había desayunado, buscando algo comestible, lo que le ocasionó una nueva oleada de náuseas, que le hicieron arder la garganta. Se incorporó y sintió la cabeza a punto de estallar. La señora Bherna la miraba de forma burlona, apoyada en el marco de la puerta. Baddi regresó a la casa, y la mujer no dijo nada, aunque parecía tener toda la intención de reírse de ella.

—¿Ahora qué? —preguntó de mala manera.

—Vacíe el vientre…. Del animal, no el suyo, que ya está vacío —dijo y se largó a reír.

«Por un maldito demonio».

Baddi respiró profundo y metió ambas manos en la gallina. Las vísceras estaban tibias, resbaladizas y asquerosas, pero se esforzó por contenerse. La señora colocó una fuente junto a la gallina y Baddi fue poniendo todo allí, a medida que lo sacaba. Lamentó no haber hecho que le cortaran las uñas, porque la sensación de la carne cruda debajo de ellas era espantosa.

—¿Y ahora?

—Mate a un gato.

—¿Qué?

La señora Bherna volvió a soltar otra carcajada.

—Es broma. Si toca a uno de mis gatos, le corto una mano. Desplúmela.

—¿Cómo…?

La señora le indicó que tomara a la gallina por las patas y la sumergiera en la cacerola con agua que hervía en un rincón.

—Ahora puede quitarle las plumas.

Baddi se puso en ello y, luego de unos minutos, ya había cruzado el umbral de la repugnancia y todo le daba lo mismo. Cuando terminó le mostró la gallina y la señora Bherna asintió, aprobando su trabajo.

—¿Ahora?

—Ya tengo almuerzo y cena para tres días…

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó, enfurecida.

La señora Bherna no respondió y le hizo una seña para que la siguiera. Baddi fue detrás de ella hasta que llegaron a una habitación pequeña. Había un niño de no más de tres años inconsciente, tirado sobre una pila de paja. Baddi retrocedió, horrorizada, pero la señora Bherna la tomó del brazo con fuerza, puso un cuchillo de larga hoja en su mano y la empujó hacia adentro.

—Haga lo mismo con él.

◆◆◆

Baddi dejó la casucha al anochecer.

Hacía horas que no estaba en sí misma. Desde que se manchó las manos con sangre inocente.

Antes de eso, se preguntó si de verdad su vida y la de su familia valían más que la de ese pequeño, si el dolor de su madre sería menos valioso que el suyo, si el hecho de pertenecer a uno de los naasdis superiores la hacía más humana que a los demás, más importante, más sufrida, más doliente… Se preguntó si lo que estaba a punto de hacer

no la convertiría en alguien aún peor que Akram. Sin embargo, decidió proteger a su familia, a pesar de las dudas, del miedo y de la repugnancia.

Baddi caminaba, aturdida, por las oscuras calles de Manai. No vio los perros, ni las mujeres que murmuraban, ni a los borrachos, ni a quienes le ofrecían unas monedas a cambio de acompañarlos. Ni siquiera tenía la daga en su mano.

Llegó a su casa, sin saber cómo lo había logrado, y Renjy le dijo a los sirvientes que llevaran a las niñas a sus habitaciones. Baddi no hablaba, no reaccionaba, no contestaba las cientos de preguntas que él tenía. No se quejó cuando él le quitó la túnica ensangrentada, ni en el momento en que la metió a la bañera.

Baddi no dijo ni una sola palabra.

◆◆◆

Ysha y Azhar dejaron la posada a mitad de noche y caminaron hacia la calle principal de Manai, buscando el único jardín donde había plantas.

Lo encontraron, pero algo estaba mal. No había antorchas, ni faroles, mientras que las casas vecinas estaban todas bien iluminadas. Los prury no se contagiaron del sentimiento destructivo de los de Dkol nur Shana, la antigua capital de Adheej, por lo que no hubo revueltas en Manai. Se respiraba una tensa paz en el aire, eso sí, y parecía que faltaba una pequeña chispa para que todo comenzara a arder. Las mansiones de la calle principal, para empezar.

Las gemelas se escabulleron por los jardines y entraron a la casa por la parte de atrás. Estaba vacía, por supuesto.

—Malditos sean —dijo Azhar.

—Dijiste que estaban aquí.

—Hace tres días, sí, pero no volví a fijarme.

—Búscalos, entonces.

Azhar asintió, sacó un hueso y lo envió a buscar a Baddi y a su familia.

—No están… No lo comprendo, no encuentro su esencia en ningún lado.

—Es imposible.

—No tanto… Debe haber algún yadugari importante aquí.

—¿Segura? ¿Uno que sea capaz de cambiar la esencia?

—Otra explicación no hay… —Azhar guardó el hueso—. Estos malditos desaparecieron.

—¿Por qué no sabíamos de su existencia, entonces?

—Tal vez porque se oculta muy bien.

—Maldición… Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Veo a todos muy dormidos… Tendremos que dejar que el fénix de Adheej extienda sus alas en Manai, también.

Ysha sonrió y encendió una antorcha. Luego otra y otra más. Su hermana tomó una y esparció el fuego a los cortinados, a las camas, a los sillones. Pronto la mansión entera ardía en llamas. Las gemelas hicieron estallar todos los vidrios y las llamas saltaron al exterior, buscando más alimento. Comenzaron a tomar los matorrales de los jardines vecinos y las pérgolas de madera, y luego saltaron a los tejados de las casas de los esclavos.

Ysha sacó a todos sus espíritus y los esparció por la ciudad, llamando a la gente, susurrándoles que el príncipe llegaría pronto, que era hora de que el Tjar Rizwan dejara sus tierras y les devolviera su río y su paz.

Fin del libro 1

Epílogo

Desierto de Dunayar
Hienza

—Indra.

—¡Regresaste! —exclamó en cuanto se recuperó del susto inicial. Buscó la mancha negra que se robaba la luz de las estrellas, y la encontró a su lado.

—Dije que lo haría cuando el espíritu de mi madre estuviera en condiciones.

—Antes de que te vayas y no tenga la oportunidad de preguntarlo… ¿Cómo te llamas?

—Akram.

—Me gusta mucho tu nombre, además suena mejor que *kanafi*. —Indra sonrió—. Yo me llamo Índara.

—Pensé que solo Indra…

—Rajesh me llama Índara, los demás Indra. —Hizo silencio unos momentos—. Akram… Sí, definitivamente me gusta mucho.

—¿Dónde te encuentras?

—Mañana llegaremos a Barzy, según los mapas de Rajesh y las indicaciones que pedimos. Iremos el dragón, Mhena, la yaducare, y yo.

—¿Por qué el príncipe no? Sería una buena oportunidad para él.

—No quiere utilizar el secuestro del príncipe Yásid para presentarse ante ellos. Eso los pondría en una situación incómoda, obligándolos a apoyarlo en su reclamo.

—Pues yo creo que es una oportunidad excelente para buscar aliados. No sé qué tan buena es su yaducare, pero lo cierto es que las paraki del Tjar son muy superiores a mí. Los aliados son importantes y necesarios, el orgullo no gana batallas. Y sabemos que Hienza tiene miles de mercenarios y un ejército por demás efectivo.

—Intentamos convencerlo, pero no tuvimos suerte…

—¿La yaducare intentó influenciarlo con sus espíritus?

—No, Mhena no haría eso.

—A mí no me importaría, para ser sincero.

—¿Qué necesitas?

—¿Estás segura? Si la yaducare lo descubre, vamos a tener problemas. Tú, más que yo…

—¿Hay forma de que lo sepa?

—Solo si sus espíritus lo protegen también a él… No, espera. El fénix me lo puede impedir. Sigue con ustedes, ¿no?

—Sí, no se ha marchado de su lado.

—Olvídalo, entonces. No estaba pensando con claridad.

—No te preocupes, de todas formas, ya me había resignado. ¿Cómo vas con tu búsqueda?

—Bastante bien… Tengo veintitrés nuevos espíritus, pero no pude conocerlos a todos todavía, así que no sé qué tan útiles me van a resultar.

—Eso es mucho…

—Pero no lo suficiente. Y todavía me queda practicar con ellos, presentarlos con los demás, ver si son compatibles, si no pertenecen a bandos contrarios y, si es así, si el odio que sintieron en vida trascendió a la muerte. Tengo mucho trabajo para hacer, pero regresaré a Dkol nur Shana ni bien ustedes lo hagan.

—Comprendo... ¿Cómo te sientes?

—Feliz, Indra. Estoy haciendo lo que quiero. Jamás soñé con la libertad, con decidir sobre mí mismo y ahora… Ahora como cuando quiero, la cantidad que quiero… Bueno, lo que consigo, porque es un poco difícil para alguien que nunca aprendió a cazar. Pero tú me entiendes. Duermo cuanto quiero, me levanto cuando me canso de descansar… La libertad es hermosa.

—Y ser feliz también es hermoso, Akram.

—También. ¿Tú eres feliz?

Indra lo pensó unos momentos… ¿Qué era la felicidad para ella? El viento, el calor, el dorado del oro, pero también de la arena, del sol y de su sangre.

—Sí. Quizás no todo el tiempo. Tal vez no todos los días, pero si lo pienso, sí.

—Me gusta saberlo. —Akram hizo una pausa—. Ya debo irme, cuídate.

Glosario

Adheej: Se pronuncia *adij.* País que fue anexado a Doury Kasesh por el entonces príncipe Rizwan.

Barzy: Capital de Hienza.

Birha: Se pronuncia *birja*. Dios de Doury Kasesh, a quien los kanafi usan para poder hechizar a las personas.

Bitzan: Según las leyendas de Ásico, se les llama *bitzan* a unos pequeños demonios a los que les gusta hacer travesuras a los humanos. Esconder cosas, cambiarlas de lugar, hacer olvidar a qué iban a una habitación determinada. No son seres malvados, solo les gusta divertirse con la confusión de las personas.

Cingze: País al noreste de Ásico. Es, en su mayor parte, un país desértico.

Cinti: Persona capaz de utilizar sus poderes para hacer hechizos, pociones, amuletos o talismanes. Se nace con esos dones y se estudia para desarrollarlos y aprender a usarlos. Hay cintis de la luz y de la oscuridad.

Crahsti: Animales mágicos de Ásico. Hay cinco razas: dragones, fénix, mariposas de alas de plata, zorros de la arena y gusanos de pozo. En raras ocasiones, suelen ver cualidades que son de su agrado en algún humano, y por eso le dan su magia .

Dalha: Se pronuncia *dalja.* Orden que le dan los cintis a los espíritus que tienen cautivos. Significa buscar, en el sentido de mirar.

Dkol nur Shana: Se pronuncia *kol nur yana*. Significa ciudad de sol. Antigua capital de Adheej.

Doury Kasesh: Significa nación dorada. País al suroeste de Ásico.

Dwot Vla: País al este de Ásico.

Groni: Orden que dan los cintis. Significa buscar en el sentido de transportar un objeto.

Hienza: País al sureste de Ásico.

Kadif: Muñeco de madera que los kanafi utilizan para hechizar a las personas.

Kanafi: Una de las clases de cintis de la oscuridad. Se diferencian de los demás porque, por medio de un ritual, pueden hechizar a las personas para que cumplan su voluntad. Pueden comunicarse, someter e invocar a espíritus que fueron humanos en vida. Se los suele llamar *dedo azul*.

Kraghe: Se pronuncia *crague.* Ciudad de Hienza, cercana a la frontera con Doury Kasesh.

Krasta: Orden que dan los cintis a sus espíritus. Significa matar.

Paraki: Una de las clases de cintis de la oscuridad. Son capaces de matar con una danza, el *Tuom Karap*. Pueden comunicarse, someter e invocar a espíritus que fueron humanos en vida, pero también con los espíritus de los crahsti. Se los suele llamar *bailarines de la muerte*.

Polvo de estrellas: Sustancia alucinógena que se aspira por la nariz.

Risda: Orden que los cintis dan a sus espíritus para que regresen al reino de los muertos.

Sanda: Saludo que un cinti le da a un espíritu, para invocarlo por primera vez.

Sheera: Se pronuncia *yira.* Diosa de Doury Kasesh.

Tjar: Se pronuncia *jar.* Soberano de las naciones de Ásico.

Tuom Karap: Danza de la muerte, en el idioma de los antiguos. Es una danza que realizan los cinti paraki, mediante la cual encantan a una persona para que camine hasta morir.

Vari: Diosa de Hienza, y también del extinto país de Adheej.

Yaducare: La única clase de cintis de la luz. Siempre son mujeres, y los dones se heredan a toda su descendencia cuando una mujer nace con ellos. Revierten hechizos y maleficios. Liberan a los espíritus cautivos de los demás cintis y conducen a las ánimas errantes al reino de los muertos. Se los suele llamar *herbolarios,* aunque utilizan hierbas en muy pocas ocasiones.

Yadugari: Una de las clases de cintis de la oscuridad. Hacen pociones, amuletos y talismanes para proteger a otros de las demás clases de cintis de la oscuridad. Pueden invocar y manipular espíritus de quienes fueron humanos en vida. Se los suele llamar *brujos.*

¡Saludos, lector!

-Si ya anduviste de paseo por Thoria, ¡qué gusto verte otra vez!

Voy a ser muy breve, porque ya te di la lata en la saga anterior:

*La versión tapa blanda de este libro está ilustrado por quien está escribiendo estas líneas, por si quieres tener una copia en tu estantería. Además, todas las páginas están intervenidas y la maquetación está preciosa. No es que lo digo porque lo hice yo, es que de verdad está buena, en serio ☻

*Las ilustraciones del libro en tapa dura son de Andrea Pardo (@andrea_pardo_at en X).

¡Oh! Te preguntarás si estás leyendo bien, si las dos versiones están ilustradas… Sí, mi estimado lector, así es. Dos versiones ilustradas, para que elijas cuál vas a pedir para tu próximo cumpleaños.

*Tus comentarios y reseñas me ayudan muchísimo a que mis libros tengan más visibilidad en Amazon (y también puedo recibir un premio si recibo muchas calificaciones, ojo a esto ¡eh!), así que no te olvides de dejarme unas estrellitas y alguna palabra sobre qué te pareció «Los colores de la Sangre». Además, me gusta saber qué dicen mis lectores sobre mis historias.

*¡Sígueme en redes! No muerdo, lo prometo ☺

Listo, eso es todo.

Se te aprecia, lector. Un abrazo inmenso y nos vemos en la segunda parte de «Una chica y un dragón».

-Si es el primero de mis libros que lees, ¡bienvenido! Me alegro mucho de que hayas elegido «Los colores de la Sangre» para conocerme y te lo agradezco de todo ♥

Tengo algunos libros más, si te gusto lo que viste hasta ahora. Están en un mundo diferente, con magia diferente y, por supuesto, otros personajes. Eso sí, son tan encantadores como quienes acabas de conocer entre estas páginas.

Mi otra saga se llama «Era de Magos» y empieza con el libro «Bautismo de Acero», al que le siguen «Niebla de Otoño», «Los guerreros también lloran», «Los Astros tienen sus razones» y «Silencio», que es el último. Tengo también dos libros que son historias cortas y autoconclusivas, pero que no están relacionadas con la saga y transcurren en diferentes épocas de la historia: «Su maldita reina» y «Río Rojo».

«Era de Magos» es una saga de fantasía oscura/ grimdark que se

desarrolla en el continente ficticio de Thoria, un mundo donde el uso de la magia estuvo prohibida por casi tres siglos. Sin embargo, los reyes de Pyebra, uno de los cuatro países del continente, decidieron comenzar a entrenar magos para sus ejércitos, obligando a los demás países a adaptarse a las nuevas reglas de juego.

La saga abarca seis años de conflicto en el que numerosos personajes, de más de diez ciudades de Sitnor, Pyebra, Tesar y Morrau, se unirán o enfrentarán para poder llevar a cabo sus planes: salvar el continente de Thoria o destruirlo por completo.

La guerra es sucia y es cruel, y lo vivirán en las páginas de estos libros. Los personajes te guiarán a través de ese mundo violento, frenético y despiadado, sin ahorrarse los detalles de sus penurias.

En «Era de Magos» no encontrarás muchas escenas románticas, príncipes valientes o héroes impolutos. Más bien, todo lo contrario…

Espero haberte convencido para que vayas a dar una vuelta por Thoria.

Antes de cerrar definitivamente este libro, te pido que me dejes tus estrellitas y tus comentarios sobre qué te pareció «Los colores de la Sangre». Las reseñas son muy importantes para escritores pequeños como yo, que no cuentan con una editorial que los apoya ni que les paga la publicidad. Digamos que… todo lo hago por mi cuenta. Escribo, me corrijo, me hago las portadas, la maquetación, la promoción en redes… Y como no me basta con eso, para la versión en tapa blanda de este libro, también hice las ilustraciones. No me quejo, porque la verdad que amo hacer cada etapa del proceso, pero lo comento para que te hagas una idea de lo importante que puede ser tu apoyo, ya que Amazon da mayor visibilidad a aquellos libros que reciben mayor cantidad de calificaciones y eso, querido lector, es lo que hace que mis libros se mantengan a flote y que aparezcan como recomendados para que muchos otros lectores lleguen a ellos.

Y ya la dejo con la auto-promoción y paso a despedirme.

¡Millón de gracias por haberme leído y por haber llegado hasta aquí!

Te dejo mis redes. Seguime, no muerdo ☺

www.twitter.com/samantaesperon

www.facebook.com/erademagos

www.instagram.com/samesperon

www.samantaesperon.com

About The Author

Samanta Esperón



Samanta Esperón nació el 11 de septiembre 1984 en Sierra Grande, Río Negro, Argentina. Es madre de una adolescente y de dos gatos.

Su carrera como escritora inició con la creación de la saga Era de Magos y la escritura de Bautismo de Acero, a mediados de 2016. Salió a la venta en mayo de 2020. Completan la saga: Niebla de Otoño (marzo de 2021), Los guerreros también lloran (marzo de 2022), Los Astros tienen sus razones (febrero de 2023) y el que da cierre a la historia, Silencio (julio de 2023).

Su nueva saga, «Una chica y un dragón», acaba de empezar con el

lanzamiento de «Los colores de la Sangre».

Es autora de «Su maldita reina» (noviembre de 2021) y «Río Rojo» (noviembre de 2022), ambos de la serie «Magos de Thoria», y de numerosos relatos, algunos en el mismo universo de Thoria y otros sin un mundo de respaldo.

Books By This Author

Bautismo de Acero

Una profecía ha sido liberada, pero tan solo uno de los magos sobrevivientes de la primera Era la ha oído. En sus manos está guiar a la nueva Era de magos para evitar que el caos se adueñe de Thoria una vez más.
Hace más de doscientos años la última Gran Guerra finalizó con la firma de la Ley de Protección contra la Magia, en la que, entre otras cosas, se prohíbe el uso de la magia y ordena que cada persona que posea algún tipo de poder sea inmediatamente reportada para su ejecución.
Los magos siguieron existiendo, pero ocultos, hasta que una serie de eventos hace que éstos vuelvan a renacer y con ellos una orden que amenaza con acabar con la paz que existía entre los cuatro países: Pyebra, Sitnor, Morrau y Tesar.
Un Rey impuesto, una esposa ambiciosa, un mago que no quiere serlo, magos que esconden su poder y magos que están siendo entrenados abiertamente para servir a su país. Más de cuarenta personajes entrelazarán sus historias para provocar o evitar la destrucción de un continente que vivía en paz.
Hasta ahora.

Niebla de Otoño

Los reyes de Pyebra han mostrado sus intenciones de llegar a Tesar y destruir todo aquello que se interponga en su camino pero, antes, deben encargarse de una amenaza en sus propios límites: Palmeras. La ciudad amurallada, bajo las órdenes del señor Jeno, ha creado su propio ejército de magos para combatir las descabelladas ideas del rey. La princesa Lena está siendo entrenada y encuentra a un inesperado aliado dentro del Palacio de Las Hojas.
Morrau y Tesar ponen sus ojos en el conflicto, aunque no de la manera que se esperaba que lo hicieran.
Por otro lado, Anibal Pronees, gobernador de Sitnor, se niega a tomar en cuenta las palabras de Reda Almairon, a pesar de la insistencia de su hijo y de los hermanos Guna. Un hecho lamentable, sin embargo, le hará pensar con más detenimiento acerca del asunto de los magos.
Quentin y Josh regresan del Entrenamiento Obligatorio y se encuentran con algunos cambios. Astor ha crecido y a su hermano no

le sienta muy bien en lo que se ha convertido. Un Indigno regresa para acabar con Quentin, a la vez que Josh intenta salvar a su amigo de sus propios demonios.
Astros y dioses caprichosos que juegan con el destino de las personas, un par de reyes que no quieren reinar con demasiada responsabilidad, magos que empiezan a revelar su verdadera identidad, una ciudad oculta en la que el tiempo se detuvo y la guerra por Tesar que está cada vez más presente en el aire que se respira en Thoria.

Los guerreros también lloran

La luna roja anuncia la paz que nace en el mundo
o la destrucción que se acerca a él.
Quizás la paz detenga la destrucción.
Quizás la destrucción detenga la paz.

Los habitantes de Thoria se enfrentan a poderes que no son capaces de comprender y los Astros se han manifestado. La opción de detener el caos está en cada uno, pero… ¿serán capaces de ponerse de acuerdo por el bien de todos?
Las fortalezas y debilidades salen a la luz en los momentos más importantes de la vida, y los personajes de la saga Era de Magos nos mostrarán los suyos. Superándolos por momentos, o sucumbiendo ante las adversidades.
Thoria ha cambiado y, con ello, la vida de todos.

Los Astros tienen sus razones

¿Pueden los sueños anunciar el destino?
Los magos toman cada vez más fuerza y, con ellos, las amenazas sobre Thoria son cada vez mayores. El temor, la incertidumbre y el dolor crecen a medida que se afianzan sus poderes.
Los Astros se pronunciaron, pero los magos parecen haberlo olvidado.

Silencio

Los Astros tienen mucho que decir a los habitantes de Thoria, pero su respuesta es solo el silencio.

Su maldita reina

Antes que los límites dividieran las tierras, antes que se crearan las ciudades, los humanos deambulaban por Thoria, yendo de un lado al otro, según la necesidad se los dictara. El hambre los llevaba a donde

las estaciones y las lluvias fueran más benévolas, se alejaban de las zonas de caza de las fieras y se disputaban las presas con otras tribus. Pero el humano trae consigo instintos que las bestias no conocen. Las traiciones existen desde que el mundo es mundo, al igual que los rencores y la codicia.
Sheik es una muchachita de la tribu kep, tullida, curiosa y extraña, a la que la vida le ha mostrado su peor cara.
Usa la cabeza más que su cuerpo y a su gente eso no le gusta. Siempre hicieron las cosas de esa forma y no tienen por qué cambiar. Se migra al norte en la estación fría, se regresa al sur en la estación cálida. Ha funcionado por muchas generaciones y en la tribu se come casi todos los días, hay ancianos y nacen niños, que es todo lo que se necesita.
Sin embargo, una peste llega a sus tierras para hacerlos cambiar de opinión, tal vez.

Río Rojo

«La venganza es una de las razones por la que se cometen los mayores crímenes y, en la mayor parte de las veces, no se tienen en cuenta las repercusiones de dichos actos».
Poco antes de terminar sus estudios en la Academia de Magos de Tesar, Vink es enviada a su primera misión en Sitnor junto a su "increíblemente apuesto" maestro Tayvir y su compañera de estudios, la princesa Irena. La vida de Vink cambia para siempre después de su primer encuentro con la muerte y eso hace que la percepción que tenía de ella misma se distorsionara abruptamente. Las botellas de ghona no le alcanzan para calmar a sus demonios, ni tampoco encuentra consuelo en las tiendas de los soldados con los que duerme cada noche.
Antes de dejar Sitnor, el maestro Tayvir le comunica a Vink que renunciará a su educación, porque no quiere que las habilidades de su alumna sean cuestionadas por lo que él siente, lo que a ella le parece tan ridículo como absurdo. ¿Cómo alguien podía amarla? No era más que una huérfana ordinaria y trastornada que no sabía qué hacer con su vida.
Al regresar a Tesar Ciudad Capital, Vink intenta hacer lo posible para volver a ser quien era, regresar a sus estudios y cumplir con lo que se esperaba de ella. Rendir bien todos sus exámenes, pagar su deuda con el Consejo de Magos por haberla educado y, luego, comenzar a vivir una vida lo más normal posible. Trabajar y reunir el dinero suficiente para después investigar a los Astros que tanto amaba. También, ver al maestro Tayvir... Tal vez él aceptaba una invitación a dar un paseo, si quería verla otra vez.
Aun así, los planes de Vink se verán alterados al recibir las

calificaciones de sus exámenes finales y tendrá que hacer uso de todas sus habilidades mágicas para poder retomar el control de su destino.

Ambientada en Tesar en el año 1392, Río Rojo es una novela autoconclusiva que puede leerse de forma independiente y no afecta ni se ve influenciada por la saga «Era de Magos».